
MARIAH EVANS
Ella es la fiscal de su caso.
Él es el jefe de la mafia al que debe condenar
y el único capaz de mantenerla con vida.
Pasión
PROHIBIDA
MAFIA #1

MARIAH EVANS

Pasión PROHIBIDA

MAFIA #1

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Pasión prohibida. MAFIA 1.
©Mariah Evans, febrero 2026.
Imágenes de cubierta: Adobe Stock, Freepik.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Isabel Olmo, Isa.

A ti, a la chica que habla de libros con los ojos brillando y el corazón en la mano. A la booktoker que sin saberlo encendió algo en mí cuando más lo necesitaba.

Gracias por apoyarme desde el principio, por creer en mí cuando yo dudaba y por ser la inspiración para estas páginas. Esta novela nació en un tiempo gris, pero también nació de la luz que trajiste contigo.

Ojala disfrutes esta novela tanto como yo disfruté al escribirla.

Un abrazo enorme.

María.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
Agradecimientos



1

Isabel Olmo miró la gran montaña de expedientes que tenía sobre la mesa, tomó su café con leche para llevar y le dio un sorbo. No era nadie sin su café con leche matutino. Aquel era el primero de la mañana, pero aquel día estaba segura de que acabaría tomándose dos o tres más.

Había días en los que la Ciudad de la Justicia estaba más tranquila, sin embargo, aquel era un día bullicioso donde los juzgados estaban repletos y no tendría ni un segundo para descansar.

—Irene, ¿están ordenados? —le preguntó a su oficial.

—Sí, fiscal —respondió la muchacha mientras entraba en el despacho.

Su despacho, situado en la planta once del edificio F de la Ciudad de la Justicia, en Barcelona, gozaba de unas impresionantes vistas.

La Ciudad de la Justicia de Barcelona y de Hospitalet de Llobregat era un conjunto arquitectónico formado por nueve edificios, siete de los cuales albergaban dependencias judiciales pertenecientes a los municipios de Barcelona y Hospitalet de Llobregat, además de viviendas, oficinas y locales comerciales de uso privado en dos de ellos. Era la mayor obra civil ejecutada del Plan de infraestructuras judiciales del Departamento de Justicia de la Generalidad de Cataluña.

Allí se concentraban los juzgados del partido judicial de Hospitalet de Llobregat y los juzgados de Primera instancia, Mercantil, Instrucción, Contencioso administrativo, de lo Penal, de lo Social, de Vigilancia penitenciaria, de Violencia sobre la mujer y de

Menores de Barcelona. A ellos se les sumaba el Decanato, el Instituto de Medicina Legal de Cataluña, donde se practicaban gran parte de las autopsias, y la Fiscalía Provincial de Barcelona, a la que ella pertenecía.

Isabel tomó el primer expediente y observó lo voluminoso que era.

—Madre mía… —susurró—, hoy empiezo fuerte.

Dio otro largo sorbo a su café con leche y miró a través de la puerta.

Su despacho se encontraba situado al final de la planta once, ante ella había diez oficiales que ordenaban, archivaban y completaban los expedientes que se iban tramitando y, ante ellos, había un gran mostrador donde uno de los oficiales atendía las llamadas y a los abogados que se dirigiesen hasta allí.

—Irene… —llamó a su oficial de confianza. Segundos después Irene asomó su cabeza por la puerta con una gran sonrisa—. ¿El abogado del atestado dos mil quince barra dos mil veinticinco se encuentra aquí?

—Creo que no, espera que lo pregunto —dijo dirigiéndose al mostrador.

Isabel abrió el expediente y observó que se trataba de la jurisdicción de Hospitalet de Llobregat. El tipo delictivo era pertenencia a una organización criminal, tráfico de armas y tentativa de homicidio.

—Bonito expediente —bromeó ella. Luego leyó a uno de los acusados—. Alekséi Petrov. —Resopló—. Mierda. —Aquello tenía pinta de mafia rusa.

Sí, sin lugar a dudas tenía pinta de mafia, más cuando comenzó a leer el atestado y vio que se trataba de un tiroteo en el Puerto Marítimo de Barcelona.

—Vaya… —susurró asombrada. La noche anterior, en la televisión catalana, habían informado de un tiroteo entre bandas en el Puerto de Barcelona; suponía que debía de tratarse justamente de ese caso, aunque en ningún momento se mencionaron las nacionalidades de los detenidos—. Así que rusos. Vaya, vaya, con los rusitos —canturreó.

—El abogado no está aquí —interrumpió Irene sus pensamientos.

Isabel resopló y tomó en sus brazos los expedientes que se le habían asignado aquella mañana. Los metió en una maleta dura y se puso en pie.

—Cualquier cosa, avísame —le dijo a Irene antes de salir por la puerta.

—Claro, que vaya bien el día —se despidió de ella sentándose de nuevo frente a su ordenador para seguir introduciendo datos de los expedientes.

Tomó el ascensor y bajó hasta la planta baja. Saludó a los guardias de puerta que vigilaban el arco de seguridad y se dirigió a la calle.

El edificio con competencia para llevar los procedimientos penales con jurisdicción en Hospitalet del Llobregat, como era el caso del Puerto de Barcelona, era uno situado al otro lado de la calle.

Se detuvo en el semáforo y, en cuanto este se puso verde para los peatones, cruzó.

Al menos era viernes y aquel fin de semana no tenía guardia, lo cual agradecía. No es que fuese a hacer nada en especial. Isabel se había alejado de los pocos amigos que tenía por aquel trabajo. También era cierto que la mayoría de sus amigas vivían en pareja e, incluso, tenían ya algún hijo, así que la época de salir de fiesta con sus amigas ya había pasado.

Como mucho, cogería un libro para pasar las horas, vería una película o iría al gimnasio a hacer deporte. A eso se reducían sus fines de semana libres. De vez en cuando, tomaba alguna copa con Irene, su oficial, pues ambas coincidían en que no tenían pareja y eran casi de la misma edad.

A sus veintiséis años había conseguido todo lo que deseaba en el ámbito laboral. Había estudiado Derecho y, posteriormente, se había preparado durante cuatro años las oposiciones a fiscal en la escuela judicial. Habían sido cuatro años de incansable estudio que la habían alejado de los pocos amigos que tenía, pero lo había logrado. Con veinticinco años era una de las fiscales más jóvenes de Barcelona y,

en ese momento, llevaba un año ejerciendo como fiscal de aquel partido judicial.

Le encantaba su trabajo, lo adoraba, sobre todo cuando tenía casos como el que llevaba en la maleta. Siempre se había considerado una mujer de acción, nada impresionable, valiente… por eso mismo se dedicaba al Derecho Penal.

Llegó al juzgado de Hospitalet de Llobregat y dejó la maleta sobre la cinta del arco de seguridad mientras saludaba al guardia.

—Buenos días, fiscal —sonrió el guardia.

—Buenos días —le respondió Isabel con una sonrisa.

—¿Mucho trabajo hoy? —le preguntó el guardia mientras le bajaba la maleta de la cinta.

Ella se lo agradeció con otra sonrisa.

—He tenido días peores…, pero hoy promete ser emocionante —bromeó.

—Caray, que lo disfrutes —respondió el guardia mientras iba hacia uno de los hombres que pretendía pasar el arco de seguridad sin quitarse el abrigo—. Disculpe, señor, coloque el abrigo en la bandeja…

Isabel siguió recto y entró en uno de los despachos, donde había colgada una placa en la puerta que decía "Fiscalía".

Depositó la maleta en el suelo y extrajo aquel expediente, el primero de todos, cuya audiencia comenzaría en media hora, a las nueve y media de la mañana.

—Buenos días —dijo una voz masculina entrando por la puerta.

Ella sonrió al reconocerlo.

—Buenos días, señoría —rio ella. Él chasqueó la lengua—. ¿Estás de guardia aquí, Esteban?

—Eso parece —respondió entrando del todo al despacho y cerrando la puerta—. ¿Muchos expedientes?

—Unos cuantos, luego tengo que ir al juzgado de Barcelona… —dijo mientras depositaba el atestado del primer expediente sobre la mesa—, así que voy con prisa.

—Pues no es un expediente para ir con prisa…

—Lo sé —dijo Isabel abriéndolo—. Me lo he mirado por encima, ahora seguiré.

—Supongo que solicitarás la audiencia del quinientos cinco, ¿verdad?

—Supones bien —bromeó ella mientras se sentaba en la silla. Luego miró al juez y le sonrió—. Supongo que me la concederás, ¿verdad?

—Uy, uy, uy… ¿instigando a un juez? —bromeó él mientras Isabel ponía los ojos en blanco—. Te digo lo mismo que al abogado… deberás ganártela.

—Ja, ja… —rio ella. La suerte que tenía era que Esteban había estudiado con ella en la Escuela Judicial y ambos habían compartido muchas horas de estudio preparando las oposiciones—. ¿El abogado ya está aquí?

—Sí.

—¿Ha pedido hablar conmigo?

—No, que yo sepa, aunque eso pregúntaselo mejor a los oficiales —dijo abriendo la puerta. La miró y le sonrió—. Empezamos en quince minutos…

Ella se miró el reloj.

—Que sean treinta, por favor… —dijo mostrándole el grueso expediente—. El investigado es ruso, ¿necesitará traductor?

Esteban resopló.

—Según su abogado, no. Te mando llamar cuando comencemos… voy a tomar un café —susurró antes de salir del despacho.

Isabel abrió el expediente y comenzó a leer con interés el atestado redactado por la policía. Normalmente llevaba casos de violencia de género, hurtos, robos con violencia…, los delitos como los de aquel atestado tampoco eran muy comunes… por suerte.

Resopló y se quedó mirando la puerta.

Se levantó y la abrió. Miró directamente a uno de los oficiales que se giró hacia ella.

—¿Me puedes traer un café, por favor? —suplicó—. Iría yo misma, pero tengo que leerme un atestado muy detallado.

El joven muchacho asintió.

—Claro, ahora se lo traigo —aceptó gustoso.

Isabel se pasó la mano por los ojos, intentando despejarse, y parpadeó varias veces mientras tomaba asiento en la sala donde se realizaría la declaración y la comparecencia.

Saludó con un movimiento de cabeza a la secretaria judicial y situó el expediente sobre sus rodillas.

Esteban, el juez, tomó asiento y miró a uno de los policías que esperaban en la puerta, asintiendo hacia él.

—Pueden pasar —ordenó.

Dos policías de los *Mossos d´Esquadra* que realizaban la custodia de los detenidos pasaron. Al principio, Isabel no prestó atención hasta que el detenido tomó asiento al lado de su abogado. Parpadeó varias veces al observarlo.

Como era bien sabido, los rusos eran hombres altos y fornidos, y este no se quedaba atrás. Así sentado no podía apreciar cuánto debía medir, pero le sacaba más de una cabeza a su abogado. Tenía el cabello negro, con unos mechones que colgaban sobre su frente. Sus ojos eran de un azul cielo precioso. Cuando coincidió la mirada con la de ella, se le heló la sangre.

Isabel descendió su mirada rápidamente hacia el expediente y miró las preguntas que tenía preparadas para hacerle. Cada día se las veía con criminales; sin embargo, aquel hombre llamado Alekséi Petrov destilaba un aura de peligrosidad como ningún otro que había conocido.

—Señor Alekséi Petrov —indicó Esteban tomando el pasaporte del hombre—. Ya se lo he preguntado anteriormente a su abogado, pero estoy en la obligación de volver a hacerlo. ¿Entiende bien el castellano?

Alekséi asintió.

—Sí, señor —respondió.

El juez se quedó observándolo y finalmente asintió.

—Se le va a tomar declaración de los hechos acontecidos en fecha cinco de diciembre a las dos de la madrugada en el puerto de Barcelona. ¿Desea declarar?

El abogado miró a su cliente unos segundos.

—Sí —respondió Alekséi con una voz grave.

—Tiene derecho a guardar silencio y a negarse a responder a cualquier pregunta que se le realice —le recordó el juez.

Isabel pestañeó varias veces y apartó la mirada de él. ¿De dónde le salía aquella voz tan grave y masculina? Era hipnotizadora.

—Fiscal. —Dio paso a Isabel, la cual asintió.

Elevó la mirada hacia el ruso, el cual tornó su mirada hacia ella, sin pestañear. Aquel hombre parecía muy seguro de sí mismo, incluso parecía querer intimidarla con aquella mirada fija. Bien, pues no sabía con quién se había topado. La mayoría de los delincuentes, al menos los que no tenían experiencia, cuando se encontraban en aquella situación se desmoronaban, temblaban, lloraban… sin embargo, aquel hombre gozaba de una entereza que no había visto en ningún otro.

—Buenos días, señor Petrov —comenzó Isabel—, ¿podría explicarnos por qué se encontraba ese día en el puerto de Barcelona?

—Estaba descargando el material que habíamos traído —explicó.

Isabel pasó unas cuantas hojas hacia delante, hasta dar con los documentos del atestado donde la policía había realizado un inventario con las manufacturas recuperadas.

—¿A las dos de la madrugada? —ironizó ella.

Alekséi se encogió de hombros.

—Eso no es cosa mía, el puerto de Barcelona marca la hora en que quedan libres las grúas y en las que puede realizarse la maniobra de descarga —explicó él.

—¿Qué traía?

—Manufacturas.

—¿Qué tipo de manufacturas?

—Pieles rojas para zapatos y cinturones —añadió—. Son muy comunes en Siberia —continuó con un sutil tono ruso, arrastrando las palabras.

Ella asintió.

—¿Usted es el capitán?

—Sí.

—¿Cómo se llama el barco? —preguntó directamente ante la atenta mirada del abogado defensor.

—Groza —comentó él—. Significa tormenta eléctrica en ruso.

—¿Cuántos años hace que es capitán?

—Cinco años —respondió rápidamente, sin dudar—. Me saqué el título en la Universidad Estatal Marítima Almirante Ushakov, donde se preparan especialistas para la flota civil y comercial en Moscú.

Ella lo miró fijamente.

—¿A cuántos nudos debe entrar un barco mercante a puerto? —preguntó mirándolo fijamente.

Alekséi le sonrió de soslayo comprendiendo lo que pretendía hacer: desacreditarlo como capitán del buque.

—A menos de tres nudos.

Isabel apretó los labios.

—¿Cómo debe actuar un barco que se aproxima a otro si este último está a una marcación mayor de veintidós punto cinco grados a popa del través, según el reglamento de prevención de abordajes?

El abogado defensor miró a Isabel mosqueado.

—Señoría, está instigando a mi representado, esas preguntas no tienen relevancia respecto a los hechos que se investigan —se quejó.

—Señoría —intervino Isabel—, fiscalía necesita acreditar los conocimientos del señor Petrov y probar que realmente se trata del capitán del buque Groza. Es una pregunta que todo capitán de barco mercante debe saber.

El juez chasqueó la lengua y miró al investigado.

—Responda, por favor —lo señaló con la mano.

Alekséi asintió y miró con una sonrisa de superioridad a Isabel.

—Primero, es una pregunta muy difícil incluso para un capitán de barco mercante, aun así, tiene suerte, fui uno de los primeros de mi promoción.

—Letraaado —riñó lentamente el juez al abogado defensor—, controle a su cliente, si va a responder a la pregunta de fiscalía que responda, pero que no entre en conversaciones ajenas al caso.

Fue Alekséi quien asintió.

—Según la regla trece del Reglamento Internacional para Prevenir los Abordajes, conocido como RORB, y que rige la conducta de los buques que se alcanzan, el barco que se aproxima al otro

desde una marcación mayor de veintidós grados y medio a popa del través debe actuar de la siguiente manera: primero, mantenerse apartado, el buque tiene la obligación de mantenerse apartado de la derrota del buque alcanzado. Segundo, hay que tener en cuenta la prioridad del buque alcanzado, es decir, el de delante es el que tiene el derecho de paso y debe mantener su rumbo y velocidad. La obligación continua, es decir, la obligación es del buque que alcanza, obligación a mantenerse apartado hasta que el otro buque esté completamente adelantado y en franquía, es decir, hasta que la maniobra de adelantamiento haya finalizado, no exista riesgo de abordaje y, sobre todo, hay que ejecutar una maniobra clara y a tiempo. Cualquier maniobra que realice debe ser lo suficientemente clara, considerable y ejecutarse con la debida antelación para evitar el abordaje y pasar a una distancia segura. —Isabel escuchaba e iba leyendo la respuesta que se había apuntado de internet—. En resumen, el barco que se aproxima desde esa posición es el buque que alcanza y, como tal, es el buque que debe ceder el paso y evitar interferir con la navegación del buque que está siendo alcanzado.

Isabel se removió incómoda y carraspeó. El juez miró a Isabel como si no hubiese entendido nada de lo que el ruso decía.

—¿Todo bien?

Isabel volvió a carraspear.

—Sí —respondió no muy segura.

—¿Alguna pregunta más?

—Por supuesto… —respondió a su señoría y miró a Alekséi que la observaba con una sonrisa maquiavélica, intentando recuperarse de aquella respuesta donde claramente demostraba sus conocimientos—, ¿acostumbra a llevar armas?

—Nosotros no llevamos ningún tipo de arma —respondió él.

—Sin embargo, en el muelle encontraron doce fusiles de asalto AK cuarenta y siete, ¿no es cierto?

—Desconozco lo que encontró la policia —respondió encogiéndose de hombros—. Nos asaltó un grupo armado asiático.

—No obstante, señor Petrov, los fusiles de asalto AK cuarenta y siete son el arma por excelencia rusa, ¿no es cierto?

—Desconozco la procedencia de esas armas y dónde son fabricadas.

—¿Disparó usted algún arma? —preguntó rápidamente.

—No.

—Entiendo que la policía científica, cuando extraiga las huellas de las armas, no encontrará ninguna huella suya, ¿verdad?

—Fiscal —la interrumpió el juez—. Ya ha contestado que no disparó ningún arma —dijo lentamente.

Isabel asintió.

—¿Sabe cuántos miembros conforman su tripulación?

—Incluyéndome a mí, mmm… veintidós.

—¿Alguien de su tripulación disparó algún arma?

—No, que yo sepa. Cuando hubo el tiroteo, nos escondimos y dos hombres de mi tripulación fueron heridos, uno de ellos de gravedad. Yo no vi a nadie, aunque, como comprenderá, no tenía la mirada puesta en mi tripulación. Todos intentábamos protegernos y auxiliar a nuestros compañeros heridos.

Isabel apretó los labios.

—Dice que los asaltaron un grupo armado de asiáticos.

—Así es.

—¿Cómo fue?

Alekséi seguía con su mirada fija en ella.

—No estaba cuando comenzó. Estaba supervisando en cubierta que todos los contenedores estuviesen bien enganchados con la grúa —respondió—. Escuché unos disparos y, poco después, gritos. —La miró fijamente—. Cuando corrí hacia la pasarela, uno de mis hombres, Nikolau, se estaba arrastrando por ella. Le habían disparado en el brazo.

—¿Y usted qué hizo?

Alekséi rio incrédulo por la pregunta.

—¿Usted qué cree? —preguntó ofuscado.

—Letrado —volvió a advertir el juez al abogado defensor para que calmase a su cliente.

—Contesta, por favor… —lo instó el abogado.

Alekséi inspiró hondo y miró con fiereza a Isabel.

—Lo ayudé a avanzar hasta la cubierta y lo senté. Estaba muy pálido por el dolor y perdía mucha sangre, así que presioné la herida con fuerza para evitar que se desangrase —respondió apretando la mandíbula.

—¿Cuánto tiempo duró el asalto?

Alekséi se quedó pensativo y negó.

—No lo sé bien, quizá… diez minutos. Fue rápido.

—¿Sabe lo que se llevaron?

—Sé que se llevaron varias toneladas de pieles rojas.

—¿Usted avisó a la policia? —preguntó rápidamente.

—No.

—¿Sabe quién la aviso?

—No.

—La avisaron desde el puesto de mando del puerto marítimo de Barcelona porque había un tiroteo. —Pasó varias páginas—. Uno de los hombres a los que se le tomó declaración dijo que los disparos también provenían desde el interior de su buque.

—Los asiáticos entraron en el buque —respondió.

—Dígame, ¿los asiáticos que se encontraban en el interior del buque disparaban contra los asiáticos en el muelle?

Todos miraron a Alekséi.

—No lo sé, solo sé que hubo disparos y dos de mis hombres están heridos. Nada más —sentenció.

—¿Usted llevaba guantes?

Alekséi oscureció su mirada, pues sabía por dónde iba.

—Siempre que manipulamos material nos los ponemos. Es la ley.

—¿Y usted estaba manipulando material?

—No, pero me los pongo por si alguno de mis hombres necesita ayuda en cualquier momento.

—Ya… —dijo ella—, sin embargo, cuando llegó la policia, usted tenía entre sus manos una AK cuarenta y siete, ¿verdad?

Alekséi apretó los labios y la miró con contundencia. Isabel no respondió a aquella mirada amenazante, solo se quedó observándolo y esperando una respuesta.

—La había cogido del suelo.

—Sin embargo, ¿los asiáticos llegaron a subir a cubierta?

—No —rugió.

—Y, ¿cómo consiguió ese arma?

—Estaba en la pasarela donde ayudé a mi compañero herido —respondió lentamente.

—¿La disparó?

—No.

—¿Sabe disparar?

—No.

—En el atestado, la policía confirma que tuvo que repetirle varias veces que dejase el arma sobre la cubierta.

—Es cierto —le dio la razón—. Estaba muy asustado, ya me disculpé con ellos.

Isabel miró al abogado que miraba de reojo a su cliente, como si analizase cada una de sus respuestas, y se sentó cómodamente en la silla.

—¿Pertenece a algún grupo militar u organización delictiva?

—No.

—¿Cómo explica que desde el puesto de mando del puerto dijesen que se estaba disparando desde fuera y desde dentro del buque?

—Los asiáticos ascendieron por la rampa para amenazarnos con sus armas y dispararon. Le repito que dos de mis hombres están heridos —pronunció más fuerte.

—¿Vio si algún asiático resultaba herido?

—Si resultaron heridos fue por sus propias armas y balas, pero no, lo desconozco —pronunció con la mirada penetrante.

Isabel inspiró hondo y se apartó el mechón de cabello rubio que caía de su cola alta.

—En el atestado se confirma que cuando llegó la policía no había ningún asiático.

—Se marcharon antes —respondió Alekséi—. Cogieron las cajas que había en dos de nuestros contenedores y se dieron a la fuga.

—¿Vio los vehículos?

—Sí, se lo dije a la policía.

—¿Podría repetirlo aquí, por favor? —insistió ella.

—Eran tres furgonetas jumper negras, de techo alto —explicó.

—¿Vio las matrículas?

—No, yo estuve en todo momento en la cubierta, excepto cuando fui a la rampa a ayudar a mi compañero. Las furgonetas estaban ya lejos para entonces.

Isabel asintió y revisó de nuevo el expediente para ver si podía realizar alguna pregunta más.

—¿Alguna pregunta más, fiscal? —le preguntó el juez.

Isabel miró a Alekséi que la observaba fijamente, con una mirada oscura y fría.

—Ninguna pregunta más, señoría, gracias —acabó diciendo mientras cerraba el expediente.

—Letrado. —El juez dio paso al abogado de la defensa para que procediese con sus preguntas.

—Señor Petrov, ¿es la primera vez que viene al puerto de Barcelona?

—Sí, es mi primera vez —confirmó.

—¿Cuánto tiempo pretende quedarse aquí?

—La empresa para la que trabajo me ha destinado aquí durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó el letrado.

—Mínimo seis meses.

—¿Cómo se llama su empresa?

—Lorabl Morozov. —Miró al juez—. Es una naviera de mercaderías.

—¿En qué otros puertos ha estado últimamente?

—En los puertos de Tarragona, Málaga, Oporto, Roma… en muchísimos.

—¿Es la primera vez que se encuentra con una situación así? —preguntó el abogado.

—Sí, aunque desde la gerencia de la empresa para la que trabajo ya nos avisaron de que el puerto de Barcelona era peligroso.

—¿Por qué razón?

—Por lo que sé, otros compañeros míos habían visto que, últimamente, personas asiáticas merodeaban mucho cerca de nuestros barcos cuando estos estaban atracados. De hecho, esto se

había puesto en conocimiento del puerto de Barcelona, dado que nos preocupaba.

Isabel enarcó una ceja al escucharle decir aquello.

—¿Qué os dijeron desde vuestra empresa?

—Que fuésemos con cuidado, pues parece que hay mafias asiáticas en el puerto de Barcelona.

Isabel apretó los labios y miró ofuscada al juez.

—¿A qué hora amarraron?

—A las seis de la tarde del día anterior al ataque —explicó Alekséi.

—¿Vieron algo raro por la zona?

—Yo personalmente no, pero uno de mis compañeros sí.

—¿Lo pusieron en conocimiento de la guardia portuaria?

—Sí, se les notificó avisándolos por radio.

Isabel inspiró hondo y miró a Esteban que escuchaba muy atento.

Durante el resto de la declaración, Alekséi se limitó a explicar de nuevo, paso a paso, cómo había ocurrido todo. Cuando acabó con la declaración, el juez asintió.

—Bien, vamos a proceder a la comparecencia del artículo quinientos cinco de la ley de Enjuiciamiento Criminal, ¿fiscal? —la señaló.

Ella asintió.

—Habida cuenta de los hechos narrados por el señor Alekséi Petrov, el cual fue encontrado por la policía con un arma de origen ruso en las manos y, además, varios de los testigos de la guardia portuaria atestiguan que vieron un intercambio de disparos, fiscalía solicita la medida de prisión provisional. —Se fijó en cómo el ruso la miraba fijamente. Seguramente, si las miradas matasen, ella estaría bajo tierra en esos momentos—. Existen indicios suficientes para creer que el investigado es responsable de un hecho delictivo como es la tenencia de armas sin licencia, como mínimo. Además, varios testigos ajenos a la trifulca aseguran que hubo un intercambio de disparos y el señor Alekséi fue encontrado con un arma en las manos. Por otro lado, siendo el señor Petrov de Rusia, se pretende evitar el riesgo de fuga, dado que no es originario de España. Por

ello, es de vital importancia, señoría, que se decrete la medida de prisión provisional. Gracias.

El juez asintió y miró al abogado.

—Con la venia, señoría, esta parte se opone firmemente a las medida propuesta del artículo quinientos cinco por fiscalía en base a que mi representado tiene un domicilio aquí para el tiempo de trabajo y que este se comunicaría al juzgado si fuese pertinente. Por otro lado, es imposible que desaparezcan pruebas, dado que todas ellas están en manos de la policía. Se trata de una medida injustificada y excesiva, pues en ningún momento existe un testigo o prueba contra mi representado en la que se pueda asegurar que disparó el arma. Solo tenemos el testimonio de la policía, donde mi representado sostenía un arma y la soltó cuando la policía llegó, explicando un relato coherente. Por ello, esta parte solicita que se deniegue la medida de prisión provisional solicitada por fiscalía. Muchas gracias.

—Bien, en cuanto tenga la resolución se la comunicaré —pronunció el juez poniéndose directamente en pie.

Isabel hizo lo mismo, colocando el expediente en su pecho, e iba a girarse cuando sintió aquella mirada como si fuese electricidad en su piel.

Observó aquella mirada helada, observándola fríamente, incluso con una rabia que no había visto en ningún otro hombre anteriormente. Alekséi era un hombre que imponía muchísimo, no solo por su gran corpulencia, sino por su carácter imponente. Se fijó en que, cuando la policía iba a cogerlo por el brazo para conducirlo fuera del despacho y bajarlo de nuevo a los calabozos, él hacía un giro brusco para que no lo tocasen.

Alekséi apartó la mirada de ella, con la mandíbula apretada como si contuviese su ira, y se giró para alejarse.

El abogado lo siguió, suponía que para acompañarlo a los calabozos o bien para esperar fuera de la sala a que llegase el auto con la aprobación o no de las medidas cautelares.

Lo vio salir tras su cliente y, durante unos segundos, se quedó allí pasmada mientras la secretaria judicial imprimía unas copias y seguía al juez.

¿Podía sentir miedo por un detenido y a la vez sentirse totalmente atraída por él?

Era un hombre diferente a los que había conocido, no solo porque era ruso, sino por su porte, por el peligro que emanaba cada poro de su piel. Tenía unos ojos grandes y azules que contrastaban con el cabello negro, con aquellos mechones que caían por su frente. Debía de medir cerca de un metro noventa y se notaba que iba al gimnasio. Si no fuese un detenido, seguramente pensaría muchas más cosas buenas de él, pero lo cierto es que lo era, y no podía permitirse pensar o fantasear con eso.

Salió de la sala y se dirigió a su despacho para atender las posibles conformidades que se darían durante el resto de la mañana hasta que le llegase el auto del juez.



2

—De acuerdo, gracias —respondió el abogado mientras salía de su despacho.

Había realizado ya las tres conformidades que tenía programadas para aquella mañana y solo le quedaban dos comparecencias más. Al final no había sido para tanto; muchas veces las conformidades se alargaban demasiado. Sin embargo, aquella mañana todos los abogados habían aceptado a la primera su propuesta. Ahora solo le quedaba redactarlas y pasárselas al juez.

—Disculpa, Isabel… —comentó la oficial—, me confirma el juez que ya te ha enviado por correo el auto del procedimiento dos mil quince barra dos mil veinticinco.

Isabel miró atenta la pantalla y abrió el correo interno.

—Gracias —comentó a la oficial.

Abrió el archivo adjunto del correo con el auto de dicho procedimiento enviado por el juez.

—Veamos cómo acaba todo esto, rusito… —susurró mientras movía el ratón descendiendo hasta la parte baja del auto donde el juez decidía si aplicaba la medida cautelar—. Alekséi Petrov, natural de Moscú… bla, bla, bla… —Fue leyendo hasta que se detuvo y entornó sus ojos hacia la pantalla—, que no han sido demostrados indicios suficientes para aplicar la medida de prisión provisional decretada en el artículo 505 de la LECrim, por lo tanto, denegando la petición del fiscal… —Dejó caer la mandíbula—, será… —dijo poniéndose en pie, incrédula—. Estebaaan —rugió. Se detuvo y siguió leyendo. Aunque lo siguiente no la calmó, sí aplacó un poco su ira—. Se aplicará la retirada del pasaporte, así como la obligación

de firmar cada quince días en el juzgado hasta que se resuelva la instrucción y se realice el juicio oral.

Resopló y miró en dirección a la puerta. ¿Cómo el juez podía hacer algo así? Se olía a la legua que aquel ruso no era trigo limpio.

Salió de su despacho y caminó por el pasillo hasta que entró en el del juez sin avisar, sin siquiera llamar a la puerta.

Esteban estaba tecleando en el teclado de su ordenador, pero antes de que ella comenzase a hablar y mientras tomaba aire, él elevó su dedo indicándole que guardase silencio.

—No puedo decretar prisión provisional si no hay indicios reales —le recordó. Esteban sabía perfectamente a qué había ido Isabel allí.

Ella resopló de nuevo y se removió nerviosa mientras se acercaba al escritorio del juez.

—Existen indicios reales —se quejó ella—. Por Dios, Esteban, cuando llegó la policía tenía un rifle en sus manos, hay testigos que aseguran que hubo disparos desde dentro del barco también.

—Testigos que estaban lejos —insistió el juez—, y en cuanto a que tuviese el arma entre las manos… ha explicado cómo la obtuvo. La policía, en el atestado, no especifica que hubiese ningún arma a bordo, solo la que mantenía el señor Petrov en sus manos.

—Armas rusas… —insistió ella. Esteban suspiró—, y que pudieron lanzar los rusos desde la cubierta al muelle, total, todos llevaban guantes, la policía no va a encontrar ni una sola huella en esas armas para poder incriminarlos —rugió.

—Oiga, he decretado dos medidas cautelares para asegurarme de que esté aquí para el juicio oral, el resto, en mi opinión, es una medida abusiva y que el abogado defensor recurriría con toda la razón.

Ella volvió a rugir.

—Pues se lo recurriré yo…

Esteban le sonrió y se encogió de hombros.

—Está en todo su derecho, señorita fiscal —bromeó él. Ella enarcó una ceja y negó con la cabeza mientras se giraba para dirigirse a la puerta—. Espero su recurso —canturreó.

Isabel cerró la puerta y apretó los labios.

Maldito fuese, sabía que Esteban, su señoría, tenía razón, una prisión provisional era una medida muy extrema y que solo debía aplicarse cuando los hechos delictivos estaban muy claros. Aquí no lo estaban, aunque algo dentro de ella le decía que tenía razón. No solía equivocarse con las corazonadas. Aquel hombre, Alekséi, tenía toda la pinta de pertenecer a la mafia rusa, sabía que uno nunca se podía guiar por las apariencias, pero en su interior sabía que no estaba equivocada.

Chasqueó la lengua justo cuando se giró para ver al final del pasillo, y tras el mostrador, a aquel abogado defensor recibir con los brazos abiertos a Alekséi, al cual acababan de subir de calabozos para comunicarle la decisión del juez. Alekséi pareció conforme y, aunque no esbozó ninguna sonrisa, sí golpeó levemente la espalda del letrado indicándole que había hecho un buen trabajo.

¿Por qué no le daba ninguna buena impresión aquel hombre? Sin embargo, su imponente físico le imponía.

Alekséi elevó la mirada y se encontró con la de Isabel. Llevaba una melena rubia por el hombro y lucía unos enormes ojos marrones color miel con unas espesas y largas pestañas. Aquella mujer era de armas tomar. Normalmente, las mujeres que lo conocían ni siquiera se atrevían a levantar la mirada hacia él. Pocas mujeres, y aún menos hombres, podían sostenerle la mirada sin echarse a temblar.

En un acto descarado, Alekséi se despidió de ella con un leve movimiento de cabeza, un movimiento que a Isabel le pareció altanero.

—Será idiota… —susurró para ella misma al verle hacer aquel gesto.

Alekséi se giró y salió por la puerta mientras el abogado entregaba su pasaporte. Poco después, el abogado, que parecía más bien un perrito faldero, salía tras él.

Isabel los observó hasta que los perdió de vista cuando giraron la esquina.

Alekséi fue hacia la carretera con el abogado al lado justo cuando un todoterreno negro se detuvo ante él.

Abrió la puerta trasera y entró directamente seguido de su abogado.

En cuanto cerró la puerta, miró hacia el juzgado.

—Me alegro de que haya salido, vor —pronunció el conductor en ruso.

—Gracias, Sergei.

El abogado situó su maletín sobre sus rodillas y sonrió a su cliente.

—Bueno, ha ido todo bien —dijo sonriente. Alekséi lo miró y asintió sin decir nada. En ese momento, el teléfono del abogado sonó y este sonrió. Descolgó y lo llevó a su oído—. Señor, el tema ya está resuelto… —Alekséi enarcó una ceja hacia el abogado cuando este se quedó callado y luego lo miró—, quiere hablar con usted —dijo tendiéndole el teléfono.

Ya se imaginaba de quién se trataba. Llevó el teléfono al oído y miró a través de la ventanilla.

—Alekséi —pronunciaron al otro lado de la línea. Reconoció la voz de inmediato, una voz grave y profunda que solo podía pertenecer a Mikhail.

—Vor —comentó Alekséi refiriéndose a él con la forma abreviada y más común de referirse a un miembro de alto rango—. Estoy fuera —continuó en ruso.

—Ya me dijeron que José María era un buen abogado. Ayudó a otro de nuestros miembros hace poco. —Alekséi lo miró de reojo—. ¿Cómo estás?

—Bien, hermano —respondió—, he estado en un celda para mí solo, sobreviviendo con bocadillos y café, pero todo bien.

—Siento que te hayas visto en esta situación. La tríada está intentando apoderarse de nuestro territorio…

—Y sabes que no lo van a conseguir —lo cortó Alekséi.

—Por eso mismo te envié ahí —respondieron al otro lado de la línea.

Mikhail carraspeó y tuvo que dar un trago.

—Me han quitado el pasaporte y debo ir a firmar cada quince días al juzgado.

Mikhail rio al otro lado.

—No será un problema, supongo. Sabes que mi intención es que te quedes ahí un buen tiempo.

—No, no lo será… —apretó los labios—. La fiscal me pedía prisión provisional —pronunció con rabia.

—Pues suerte que podemos conseguir los mejores abogados. —Hubo unos segundos de silencio—. ¿La entrega se pudo hacer efectiva?

—Sí, tranquilo. Los putos chinos llegaron más tarde —pronunció con desprecio—, cuando ya habíamos entregado toda la mercancía.

Hubo unos segundos de silencio.

—Sabes lo que hay que hacer —dijo Mikhail a modo de orden.

—Lo sé perfectamente —respondió Alekséi lentamente.

—Tenme al tanto de todo.

—Así lo haré —respondió antes de escuchar cómo colgaban al otro lado de la línea.

Mikhail, su hermano de sangre, no era muy dado a largas conversaciones, más bien todo lo contrario: era rápido y conciso. Entre todos era conocido como el Vor, la forma abreviada y más común de referirse a un miembro de alto rango de la mafia rusa.

Aquella fiscal tenía una gran intuición, lo había notado desde que la había visto sentada en aquel pequeño despacho donde se había celebrado la declaración y la comparecencia. Era la primera vez que lo detenían; jamás se había visto involucrado en un juicio. Por suerte para él, y sobre todo para aquella fiscal, su abogado había hecho bien su trabajo y no fue condenado a prisión provisional.

Tanto su hermano de sangre, Mikhail, como él, dos años más pequeño, se habían criado en un ambiente difícil, pero desde pequeños habían comenzado a aprender los entresijos de aquella organización que les daba tanto reputación sangrienta como beneficios económicos.

Su bisabuelo ya había formado la Bratva que ellos dirigían, una de las organizaciones más grandes y bien organizadas de Rusia. Tenían relaciones con otras mafias, pero ninguna era tan poderosa como la que había creado su familia. Alekséi era quien la dirigía ahora desde Barcelona. Desde los años sesenta, se habían apoderado del puerto marítimo de Barcelona, así como de otros puertos donde realizaban sus intercambios de mercancía, sobre todo armas soviéticas, de buena calidad y a buen precio. Los podían

acusar de muchas cosas: tráfico de armas, fraude, conspiración, blanqueo de capitales, evasión de impuestos, etc., pero lo cierto era que, gracias a ellos, estaban limpios muchos territorios de otras mafias que pretendían traficar con estupefacientes o incluso con trata de blancas, como la tríada china con la que llevaban dos años topándose en el puerto de Barcelona.

Aquella última vez los habían atacado, intentando exterminarlos, pero lo único que había logrado la tríada china con aquel ataque era provocarlos. No se iban a contener, su Bratva tenía una potencia armamentística y una fuerza muy superior a la de la tríada. Si tenían que luchar por mantener un territorio, lo harían sin dudarlo. La tríada no era consciente de que acababa de despertar al oso que todos llevaban dentro y que, si hacía falta, arrasarían con todos ellos sin dudarlo un momento. Cualquiera que se interpusiese en su camino para evitar que pudiesen conseguir su cometido sería apartado y exterminado de inmediato.

Si por algo lo había escogido su hermano para intentar solucionar el problema era porque sabía que lo erradicaría de raíz, sin contemplaciones.

Con otras mafias podrían llegar a un acuerdo, como dejar que usasen su territorio a cambio de un porcentaje de sus ganancias, pero no con la tríada china. Para comenzar, sus sucios negocios no le interesaban y, sobre todo, porque desde un principio, sabiendo que aquel era territorio ruso, los habían provocado e intentado quedarse con él. Su vanidad, egocentrismo y ansias de poder no iban a ser consentidos por los rusos.

Habían querido guerra y la iban a tener, una guerra que iban a perder. Haría desaparecer a la tríada china del puerto marítimo de Barcelona, aunque tuviese que ir matando uno a uno a todos los miembros de aquella organización. Se consideraba un hombre paciente, pero aquella vez habían ido demasiado lejos. Aquello se iba a acabar.

—Disculpe —interrumpió sus pensamientos José María, el abogado—. Le doy mi tarjeta para que cualquier cosa que necesite se pueda poner en contacto conmigo. —Alekséi asintió y se llevó la mano al bolsillo de su pantalón para buscar otra tarjeta y

entregársela, pero recordó que la policía lo había metido todo en una bolsa que llevaban en el maletero—. No se preocupe —continuó el abogado muy sonriente—, su compañero… —dijo señalando a Sergei—, me ha dado una tarjeta suya antes. Yo me bajo aquí —señaló hacia delante—, en cuanto tenga más datos me pondré en contacto con usted.

Alekséi asintió mientras el abogado se quitaba el cinturón.

—Muchas gracias por todo, José María —pronunció Alekséi tendiéndole la mano para estrechársela.

El abogado se la estrechó emocionado y muy sonriente. En ese momento, José María le recordó a un perrito que tenía de pequeño y al que cada vez que le ofrecían un trozo de carne movía todo el cuerpo como si bailase de alegría.

Se despidió del abogado con un movimiento de cabeza mientras bajaba del coche y Sergei volvió a acelerar.

Alekséi suspiró mientras miraba por la ventanilla, observando los altos edificios de Barcelona. Era la primera vez que viajaba a aquella ciudad.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A Castelldefels —respondió Sergei—. No está muy lejos de aquí, a unos quince minutos.

—Perfecto, necesito una ducha urgente, huelo a calabozo —se quejó—. ¿Has visitado a Nikolau?

—Sí, le dieron el alta ayer por la noche —respondió—. Está en casa.

—Bien —respondió pasándose la mano por los ojos.

—La policía le tomó declaración en el hospital —continuó explicando Sergei—. Por suerte, el abogado lo llamó para decirle lo que debía explicar.

Alekséi hizo un gesto gracioso.

—Pequeñito pero matón —bromeó haciendo referencia al abogado, pues no le llegaba ni a la barbilla y estaba un poco rellenito.

—Eso parece —continuó Sergei con la broma—. Hace unos meses ayudó a blanquear el dinero que conseguimos por el anterior

encargo. Tiene varias empresas vinculadas por donde limpia el dinero.

—Entiendo. —Suspiró y echó su cabeza atrás, apoyándola en el reposacabezas. Aquella noche no había dormido prácticamente nada, pues en el calabozo había varios maleantes que no dejaban de gritar y dar voces solicitando hablar con el abogado, una llamada o simplemente ir al lavabo.

Sergei lo miró a través del retrovisor.

—¿Cansado?

—Mucho —respondió abriendo los ojos de nuevo.

Miró por la ventanilla y observó a lo lejos el mar.

Parecía una zona bonita y, seguramente, en verano lo sería mucho más. Ahora, en pleno invierno, pese a que hacía buen día, hacía bastante frío, no como en Moscú, donde siempre había residido, pero sí lo suficiente como para necesitar un jersey grueso y una chaqueta. Acostumbrado al frío de Moscú aquello no era nada.

La urbanización Bellamar, en Castelldefels, era una urbanización llena de chalets tradicionales y modernistas, la gran mayoría con una gran parcela de jardín con su respectiva piscina.

Sergei tomó la carretera y comenzó a subir a la parte alta de la urbanización, la cual ofrecía unas vistas increíbles al mar y a la montaña.

Llegó hasta una de las enormes casas de construcción modernista y la puerta corredera se abrió para dejar pasar al vehículo.

Sergei llevó el vehículo al interior de la parcela. Un camino asfaltado pasaba por medio del extenso jardín que rodeaba la casa por ambos lados, donde había un césped muy bien cuidado y varios olivos rodeados de flores. La parcela parecía mucho más larga al otro lado, aunque no pudo verla, pues el vehículo entró a un subterráneo de la casa. Se fijó en que había varios hombres vigilando la parcela, como era habitual, sobre todo para custodiar la vivienda y asegurarse de que nadie los seguía.

En el subterráneo, inmenso, había un par de todoterrenos más y varias motos. Sergei aparcó el vehículo y salió de este, al igual que Alekséi.

Alekséi siguió a su amigo a la planta alta por las escaleras, aunque se dio cuenta de que había un ascensor.

La casa era muy luminosa, con unas grandes ventanas que dejaban entrar la luz.

En la primera planta se encontraba un enorme salón. El suelo, de mármol blanco, hacía que la vivienda se viese muy luminosa. El salón central tenía una larga mesa de madera para diez comensales bajo una lámpara con diversos focos que, en ese momento, estaban apagados, pues entraba una gran claridad. Tanto la pared de la izquierda como la de delante de la mesa eran de cristal, pudiendo verse desde ahí el extenso jardín con su zona de descanso, la gran parcela de césped donde había varias hamacas y la gran piscina. Tras la piscina, seguía la parcela de césped con varios árboles al final, donde había varios bancos para descansar y una casa más pequeña que parecía o bien de invitados o para guardar las herramientas de jardinería.

El comedor era muy abierto y había dos largas y enormes cortinas de color gris que tapaban todo lo largo de las dos paredes de cristal para dar intimidad.

El salón era abierto hasta una cocina con una larga isla en medio y taburetes alrededor.

Pese a lo agotado que estaba, una sonrisa apareció en los labios de Alekséi al reconocer a su gran amigo Nikolau. Su amigo le sonrió también, se levantó del taburete donde tomaba un café y fue hacia él para darle un gran abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Alekséi mientras veía su hombro vendado, pues Nikolau llevaba una camiseta de manga corta. Dentro de la vivienda la temperatura era agradable.

—Todo bien —dijo con una gran sonrisa—. En diez días me quitan los puntos de sutura —explicó—. Ningún problema, estoy deseando ir a por los putos chinos.

Alekséi se puso serio y miró a Sergei que también se encontraba a su lado.

—Mañana convocaremos una reunión de urgencia para ver cómo proceder —ordenó.

Ambos asintieron y Alekséi dio una palmada en la espalda de Nikolau, dando a entender que se alegraba de que se encontrase bien.

Nikolau era su fiel amigo desde hacía más de veinte años. Se conocían desde niños, desde que tenían unos diez años. La familia de Nikolau siempre había estado vinculada con su familia y él mismo había decidido que lo acompañase durante esos meses a Barcelona como su hombre de confianza, su mano derecha.

Sergei también era de su confianza, aunque había trabajado menos con él. Aun así, gozaba de la confianza de su hermano, Mikhail, y por eso mismo lo acompañaba.

Miró de un lado a otro buscando a otro de sus hombres.

—¿Dónde está Dmitri? —preguntó.

Sergei fue quien respondió.

—Está investigando los lugares donde puede estar la tríada escondida. Haremos que se arrepientan de lo que han hecho —pronunció con los dientes apretados.

Alekséi asintió y miró a sus dos amigos.

—Está bien —asintió—. Luego me ponéis al corriente de todo. —Miró hacia la planta de arriba.

Tanto Sergei como Nikolau captaron que quería ir a descansar.

—Hemos dejado tus maletas en una de las habitaciones de la planta alta. Pensamos que te gustaría —sonrió Nikolau mientras explicaba—. Es la última a la izquierda.

—¿Quieres ver el resto de la casa, Vor? —preguntó Sergei.

Alekséi lo miró de reojo. No estaba acostumbrado a que lo llamasen de aquella forma, pero suponía que era lo correcto, pues en aquel momento era el de mayor nivel en la pirámide de la mafia rusa en Barcelona.

—Más tarde, ahora solo me apetece un baño y dormir —comentó con sinceridad.

—Cuando te levantes te ponemos al corriente de todo —prometió Nikolau.

Alekséi asintió y se dirigió directamente a las escaleras, aunque vio que al otro lado había varios salones más, uno con una gran televisión de pantalla plana y otro donde había un enorme piano de

cola. Siempre había disfrutado de la calma que le producía aquel instrumento en momentos de tensión.

Subió por las escaleras, cuya baranda era de cristal, y giró por el pasillo a la izquierda.

Llegó hasta la que le habían indicado que era su habitación y se sorprendió al abrir la puerta. Era mucho más grande que la habitación de su piso en Moscú.

La habitación tenía varias partes diferenciadas. Nada más entrar, tenía una puerta a la izquierda con un aseo pequeño donde había un lavamanos, un váter y una ducha que ocupaba toda la pared a lo largo. Siguió caminando. El suelo era de un mármol color crema, había un enorme armario empotrado y una mesa de estudio con una silla. Aquella casa disponía de todos los lujos necesarios, ya que había una enorme bañera de hidromasaje redondeada en la habitación y, separada por un vidrio, una enorme cama que miraba hacia el enorme ventanal que daba a una terraza desde donde se veía el mar. Se acercó a la vidriera y observó las vistas: eran impresionantes.

Habían depositado sus maletas al lado del escritorio.

Sin más dilación, tomó el mando que había sobre el escritorio y pulsó el botón haciendo que los estores color gris descendiesen poco a poco, sumiendo a la habitación en la oscuridad.

Encendió la luz y fue directo al aseo. Se daría una ducha rápida y se echaría un rato a dormir. Tenía muchas cosas que planificar y necesitaba tener la mente despejada.

Comenzó a quitarse la ropa, arrojándola al suelo mientas se dirigía al aseo para tomar una ducha.



3

Isabel tecleó en el ordenador mientras miraba el nombre de uno de los investigados.

No estaba conforme con la pena impuesta al señor Alekséi Petrov. Comprendía que el juez no pudiese dictar una condena de prisión provisional, era lo más lógico, pero ella no se iba a conformar con aquella decisión.

Llevaba todo el viernes y el sábado dándole vueltas a los argumentos que debía aplicar para recurrir en apelación el auto del juez donde denegaba dicha prisión provisional. Realmente, bajo su punto de vista, sí existían indicios de participación criminal grave, así como un riesgo de fuga y reiteración delictiva, pese a que el señor Petrov no tenía antecedentes penales según la INTERPOL.

Igualmente debía intentarlo, como fiscal no podía quedarse de brazos cruzados.

Presentaría su escrito solicitando las pruebas pertinentes para que se investigasen en la instrucción del procedimiento.

Abrió el correo y envió por valija privada al juzgado su recurso de apelación para recurrir el auto del juez y conseguir la prisión provisional para el señor Petrov. Iba a darle trabajo al juez Gómez, pensó con una sonrisa.

De hecho, ya tenía a medias el escrito contra el señor Petrov solicitando la prueba necesaria para investigarlo. Cogió el expediente y lo leyó de nuevo.

Había solicitado en el escrito infinidad de pruebas.

—Contrato laboral del señor Petrov con Lorabl Morozov. Registros financieros de Loralbl Morozov consistentes en escritura de constitución, contratos y facturas de los últimos cinco años, así como

las cuentas bancarias y los libros económicos. Evidencias digitales como mensajes, llamadas, correos electrónicos y archivos del dispositivo del señor Petrov de los últimos dos años —leyó Isabel—. Las pertenencias incautadas por la policía, las AK cuarenta y siete, partes de armas y huellas, así como un peritaje balístico y forense de lo ocurrido. Grabaciones de vigilancia del puerto marítimo de Barcelona, así como un análisis exhaustivo de la escena del crimen por parte de la policía de investigación —siguió leyendo—. Con suerte, habrá más sangre en el muelle, además de la del herido llamado Nikolau, y podría solicitar un ADN. Y, para finalizar, un conjunto de testigos perteneciente a la policía portuaria.

Creía que con eso ya bastaba. Seguro que cuando consiguiese todas aquellas pruebas sacaría algo en claro. De lo que sí estaba segura era de que el señor Petrov no era trigo limpio, pondría la mano en el fuego por ello.

Terminó de leer el escrito e iba a enviarlo por valija interna cuando sonó su móvil, provocando que diese un brinco sobre la silla.

Se llevó la mano al corazón sintiendo cómo este palpitaba con fuerza en su pecho y resopló.

Lo cogió y miró la pantalla de su móvil.

"Irene oficial".

Sonrió mientras llevaba el teléfono a su oído.

—Hola, Irene —canturreó Isabel.

—Buenas tardes, señorita fiscal —bromeó ella—. ¿Qué tal? ¿Trabajando mucho?

Isabel sonrió.

—¿Cómo lo sabes? —ironizó—. Estoy acabando un escrito.

—Son las siete de la tarde del sábado. ¿Por qué no descansas un poco? —se quejó Irene.

—Prefiero adelantar trabajo —se excusó mientras con la otra mano manipulaba el ratón de su portátil y adjuntaba el escrito que acababa de redactar—. Así voy más tranquila entre semana.

—¿No tienes fiesta en Navidad?

—Sí, tengo unos días —indicó—, por eso, todo lo que pueda adelantar, tanto mejor.

—Ya, bueno… —dijo más animada—, tengo dos propuestas que hacerte.

—Dispara —rio Isabel.

—Primero de todo, ¿qué haces en Fin de Año? En el juzgado estamos creando un grupo para ir a festejar el Fin de Año a un restaurante de la Barceloneta. Tienen un menú y fiesta hasta bien entrada la madrugada —explicó—. Roberto está mirando varios restaurantes…

—¿Roberto? —preguntó intentando hacer memoria.

—Sí, el oficial de instrucción cuatro —le recordó.

—¿No te liaste con Roberto hace medio año? —preguntó pensativa.

Escuchó cómo Irene chasqueaba la lengua.

—No sé para qué te explico esas cosas… —protestó con voz grave.

—Ya sabes… todo lo que diga puede ser usado en su contra —bromeó Isabel.

—Bueno, pues Roberto está haciendo una lista con todos los que nos apuntamos y me acaba de enviar un mensaje preguntando si me apunto y si quieres apuntarte tú.

—Mmm… no sé.

—¿Cómo que no sabes? —gritó ella—. Tienes que hacer algo más que recursos, escritos de acusación y juicios.

—Hago más, leo, veo películas, voy al gimnasio…

—Ya, bueno, ya me entiendes —la cortó Irene—. Le diré que te apuntas —sentenció ella.

Isabel suspiró y asintió.

—Está bien, me apunto —respondió alargando las palabras.

—Bien —rio Irene al otro lado—, ahora le escribiré para decírselo. Y bueno, la siguiente cosa… ¿has cenado?

Isabel miró su mesa llena de documentos, el ordenador encendido y varios bolígrafos y pósits.

—Mmm… no.

—¿Te apetece ir al japonés y luego a tomar una copa? —le sugirió—. Estoy aburrida.

Isabel apretó los labios y luego miró su reloj de pared que marcaba las siete y diez de la tarde. Realmente no tenía ningún otro plan más que ver una película romántica o leer algún libro. Le iría bien tomar un poco el aire y despejarse.

—Está bien —aceptó Isabel—. Yo conduzco —se ofreció ella—. ¿Te paso a recoger a las ocho y media?

—De acuerdo —respondió Irene emocionada.

—Vale, pero… yo decido dónde tomar la copa —ordenó.

—Claro, claro… faltaría más —respondió Irene con una gran sonrisa.

Irene miró de reojo a Isabel, mosqueada por el lugar donde la había llevado.

Habían cenado en un japonés al cual solían acudir de vez en cuando y luego habían cogido el coche. Isabel había comprado un par de refrescos y era la encargada de conducir.

—Oye, cuando me dijiste que tú decidirías el lugar donde tomar la copa no esperaba que fueses a venir aquí —pronunció molesta.

—Shhh —la mandó callar Isabel extrayendo de su bolso un bloc de notas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó aún sin entender nada. Al verla sacar el bloc de notas la miró con los ojos muy abiertos—. ¿Es por algún procedimiento? —preguntó esta vez más intrigada, incluso con un matiz de nerviosismo en su voz. Isabel asintió mientras abría el cuaderno—. Ay, ¡qué emoción! —gritó.

—Shhh… no grites tanto.

—¿Cuál es? —preguntó antes de dar un sorbo a su refresco y depositarlo entre los dos asientos.

Durante la hora previa a salir en busca de Irene para ir a cenar, había anotado con pulso meticuloso todos los datos necesarios en un cuaderno. También había intentado orientarse a través de Google Maps, observando la localización del puerto marítimo de Barcelona, aunque la pantalla no lograba ofrecerle una imagen clara ni tangible del lugar. Así que, ni corta ni perezosa, allí estaba.

—El expediente dos mil quince barra dos mil veinticinco —le informó ella.

Irene se quedó pensativa.

—Es de la jurisdicción de Hospitalet de Llobregat, ¿verdad? —preguntó ella—. No me suena ese número. ¿Es el del ruso guapo? —Isabel giró su cuello levemente hacia ella. Estaba claro que entre las oficiales de los juzgados las noticias volaban. Isabel chasqueó la lengua y asintió—. ¿Eres la fiscal de ese procedimiento?

—Ajá —dijo revisando sus notas.

—Pensaba que era Enrique.

—No, soy yo —confirmó ella.

—Pues dicen que es un caso fuerte —comentó sedienta de obtener información—. Salió por la televisión, ¿verdad?

—Sí —respondió Isabel y miró hacia delante.

Se habían detenido a unos metros de la valla que impedía el acceso al interior, custodiada por una caseta donde un guardia de seguridad vigilaba la entrada.

—¿Vas a explicarme lo que ha pasado? —preguntó entusiasmada.

—Voy a hacer más que eso… —comentó metiendo el cuaderno en el bolso y dando un último sorbo a su refresco—. Vamos, ven conmigo —dijo abriendo la puerta de su vehículo con decisión.

Irene desencajó la mandíbula.

—¿En serio? —preguntaba mientras salía del vehículo emocionada—. ¿Vamos a visitar el lugar de los hechos? Qué guay, qué guay —canturreaba a punto de ponerse a dar palmas.

Cerró la puerta con un portazo y apretó el mando de su Kia XCeed color blanco para activar el cierre centralizado.

Irene corrió a su lado abrochándose el abrigo, pues a esas horas de la noche hacía bastante frío, más ahí, al lado del mar, donde corría una gélida corriente de aire.

—¿Vamos a colarnos? —preguntó en un susurró, divertida y emocionada, como una niña a la que se le ofrece cometer una travesura.

Isabel arqueó una ceja y la miró graciosa.

—No hace falta que nos colemos, soy la fiscal de este procedimiento, ¿recuerdas? —ironizó ella.

—Ya, pero… ¿no hace falta una orden judicial?

—El puerto de Barcelona tiene titularidad pública, no me hace falta permiso del juez. Diferente sería si fuese privado —explicó mientras se acercaban a la garita del guardia—. Tienes tu carné de identidad, ¿verdad?

—Sí, claro, claro… —respondió Irene rápidamente.

Isabel asintió y fue decidida hacia el guardia, el cual se encontraba en el interior de la caseta leyendo una revista.

—Buenas noches —pronunció ella situándose enfrente.

El guardia elevó la mirada y se puso en pie rápidamente.

—Buenas noches —contestó este saliendo de la garita—. ¿Necesitan algo?

Isabel asintió y extrajo su cartera del bolso, luego cogió su carné de fiscal y se lo mostró.

—Soy Isabel Olmo, de la Fiscalía de Barcelona, llevo el procedimiento dos mil quince de este año en referencia a unos hechos acontecidos el día cinco de este mes a las dos de la madrugada en el muelle. —El guardia la miró sorprendida—. Estoy interesada en ver el lugar de los hechos.

El guardia no sabía qué hacer.

—No sabíamos que iba a venir —comentó sin saber qué otra cosa decir.

Isabel le sonrió.

—Lo sé, pero prefería que fuese así y a una hora parecida a la que ocurrieron los hechos —explicó ella—. ¿Podría dejarnos pasar? —preguntó tendiéndole el carné—. Ella es Irene García, mi oficial. —Le tendió la mano a ella para que le diese su DNI. Lo cogió y se lo tendió también al guardia—. Me interesaría ver la terminal diecisiete donde ocurrió el tiroteo. Por lo que sé, el barco sigue aquí.

El guardia observó los dos carnés.

—Si me lo permiten… hablaré con mi superior —dijo el hombre intimidado.

—Claro, ningún problema —aceptó Isabel.

El guardia se dirigió a su caseta y tomó un teléfono.

—Ponme un poco al día de lo que ocurrió —le pidió en un susurro Irene.

—Hubo un tiroteo aquí, en el puerto —susurró.

—Sí, eso ya lo sé…

—El investigado, el señor Alekséi Petrov, es el capitán del navío, por lo que dice llevaba encurtidos, piel roja —explicó—. Sobre las dos de la madrugada sufrieron un robo a manos de una banda, según el señor Petrov, de chinos.

Ella lo miró extrañada.

—¿De chinos?

—Sí —respondió—. Hirieron a dos miembros de su tripulación, el resto, por suerte, no.

—¿Chinos y rusos? —preguntó Irene—. No pinta muy bien.

Isabel abrió mucho los ojos y la señaló.

—Eso mismo digo yo… graaacias —dijo emocionada porque le diese la razón—. Pedí prisión provisional para el señor Petrov, pero su señoría la denegó, según él no había indicios suficientes; sin embargo, se encontraron más de diez AK cuarenta y siete en el muelle, un arma rusa, aunque el señor Petrov se defendió diciendo que era de los asiáticos, excepto un arma que él mismo llevaba en sus manos cuando llegó la policía.

—Vaaayaaa —reaccionó conmocionada—. ¿Tiene antecedentes?

—El señor Petrov no, se pidieron a la INTERPOL y sale limpio. —Se acercó un poco más a ella—. Según los testigos de la guardia portuaria hubo un tiroteo desde fuera del barco y desde dentro, lo que implica que los rusos también llevaban armas. Quiero ver a qué distancia se encontraba la guardia portuaria del navío y, de paso, ver también el barco.

—Entiendo —respondió Irene.

—He recurrido el auto conforme a que su señoría ha denegado la prisión provisional para el señor Petrov, y estoy a punto de acabar el escrito de solicitud de prueba, pero necesito concretar unas cosas.

Ambas miraron al frente cuando el guardia llegó hasta ellas y les tendió los carnés.

—Lamento decirles que en estos momentos no se encuentra el presidente del puerto ni el coordinador de los estibadores, pero uno

de los estibadores que lleva con nosotros doce años puede llevarla a la terminal diecisiete y responder todas sus dudas.

—Claro, se lo agradezco mucho —respondió Isabel dando un paso atrás.

El guardia les invitó a que entrasen y esperó junto a ellas hasta que uno de los estibadores llegó en un cochecito pequeño.

—Buenas noches —dijo mientras rodeaba el vehículo y tendía la mano hacia ellas—. Soy Ramón Ortega.

—Isabel Olmo, fiscal de Barcelona, llevo el procedimiento por los hechos ocurridos en el puerto hace unas noches —se presentó estrechando su mano—. Ella es Irene, es mi oficial —explicó.

—Claro, si me acompañan —dijo mostrándoles el vehículo—. Les llevaré hasta la terminal diecisiete, andando está un poco lejos y hace frío.

—Muy amable —respondió Isabel mientras se subía en el asiento del copiloto.

Irene se sentó en el asiento de atrás.

—A la terminal diecisiete, ¿verdad? —preguntó Ramón.

—Sí, por favor —respondió Isabel.

Recorrieron la zona del puerto marítimo de Barcelona donde enormes buques desembarcaban con la ayuda de grúas los grandes y coloridos contenedores hasta que llegaron a la número diecisiete.

—Aquí es —informó Ramón apagando el vehículo.

Ambas bajaron de este y rápidamente Isabel abrochó el abrigo, pues corría una fría corriente de aire.

Isabel miró de un lado a otro mientras Irene se situaba a su lado. Miró el suelo y observó que, en el asfalto, se encontraban las huellas de haber quemado rueda, como si alguien hubiese acelerado fuertemente allí.

Miró al frente y encontró el buque llamado Groza amarrado al muelle, con unas cintas que prohibían el paso en las que se leía: "Policía".

—Si quieren entrar al barco puedo llamar a la policía para que…

—No, no hace falta —respondió a Ramón ante su ofrecimiento—. Puedo hacerme una idea desde aquí.

El buque era enorme, mucho más de lo que había imaginado. Debía de tener unos trescientos o cuatrocientos metros de eslora. Desde luego, dirigir un buque de aquellas dimensiones no debía de ser tarea fácil.

—Es enorme —susurró Irene a su lado.

Isabel asintió y se giró hacia Ramón, el cual esperaba con las manos en los bolsillos. Miró alrededor de ellas.

—¿Dónde se encuentran los guardias portuarios?

Ramón señaló en dirección a una cabina que se situaba a unos cincuenta metros de allí.

Si el tiroteo se había desarrollado en aquella zona, desde aquella garita elevada debían de haberlo visto todo sin problema, así que, si los guardias estaban seguros de que los tiroteos habían tenido lugar tanto dentro como fuera del buque, seguramente estarían en lo cierto.

Observó las enormes grúas.

—¿Sabe si había aquella noche algún estibador en la grúa?

—Pues no lo sé, señorita. No estaba el día de los hechos.

—En el momento de la trifulca estaban descargando los contenedores, la descarga debió realizarse con esa grúa, ¿verdad?, ¿o puede realizarse con otra?

Ramón negó con la cabeza.

—No, debió realizarse con esa grúa a la fuerza.

Isabel se aproximó a Irene y le tendió el cuaderno con el bolígrafo.

—Apunta que debe solicitarse el nombre y testimonio del estibador que se encontraba en la grúa de la terminal diecisiete. —Se giró y miró a Ramón con una sonrisa—. ¿Es normal que la descarga se haga a esas horas de la madrugada?

—El puerto no descansa nunca. A veces un buque llega un día, pero hasta horas después o el día siguiente no puede descargar —explicó.

Isabel asintió y apretó los labios.

—Supongo que tenéis cámaras de seguridad, ¿cierto?

—Así es.

—¿En todo el puerto?

—Prácticamente —respondió encogiéndose de hombros.

Ella chasqueó la lengua.

—Uno de los testigos dice que fueron atacados por una banda de asiáticos —dijo observando la marca de rueda quemada sobre el asfalto—. ¿Ha escuchado algo sobre eso?

—Sí, por lo visto sí —respondió Ramón—. He escuchado a varios de mis compañeros comentarlo.

—¿Y cómo escaparon del puerto?

—Echaron la valla abajo —explicó—. De hecho, ayer por la tarde tuvieron que arreglarla.

Se quedó mirando a Ramón y se removió abrazándose, pues hacía bastante frío.

—¿Ha ocurrido más veces algo así?

Ramón negó con la cabeza.

—No, hemos tenido problemas con bandas asiáticas que se cuelan, robos… pero no algo así —respondió con sinceridad.

Isabel asintió y volvió a mirar en dirección a la caseta donde se encontraban los guardias de vigilancia la noche en que ocurrieron los hechos.

—Bien, con esto es suficiente… —pronunció Isabel mirando a su compañera, la cual la miró sorprendida.

—¿Ya?

—Sí, solo necesitaba ver la distancia que había entre la garita de la guardia y el barco. —Señaló en aquella dirección.

Ramón dio un paso hacia ella.

—¿Necesita algo más?

—No, nada más —contestó ella educadamente.

Ramón asintió y fue hacia el vehículo.

—Las acerco a la entrada —les ofreció.

Isabel se subió de nuevo en el asiento del copiloto e Irene en la parte de atrás.

En pocos minutos se despedían del guardia de seguridad y salían por la puerta del puerto marítimo de Barcelona.

—Sí que ha sido rápido —comentó el guardia de seguridad a Ramón.

—Sí. —Se encogió de hombros y fue hacia el vehículo de nuevo —. Me marcho, tenemos que descargar —pronunció.

—Hasta luego —se despidió el guardia entrando de nuevo en su garita.

Ramón se sentó en el vehículo y condujo mientras buscaba en su móvil un número de teléfono. Cuando llegó a la terminal diez, donde estaban trabajando, se quedó dentro del coche mientras llevaba el teléfono a su oído y escuchaba los tonos de llamada al otro lado.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro lado.

—Hola, buenas noches, es usted José María, ¿verdad? El abogado del señor Petrov.

—Sí, soy yo.

—Soy Ramón, el estibador del puerto marítimo de Barcelona con el que habló hace unos días. Me pidió que si veía algo raro lo llamase —le recordó.

—Sí, claro —respondió José María interesado al otro lado de la línea—, ¿ha ocurrido algo? —preguntó interesado.



4

—¿Por qué no me has avisado antes? —preguntó Alekséi levantándose de la silla con gesto enfadado.

Se quitó el móvil del oído y puso el manos libres mientras lo depositaba en la mesa y rugía.

Todos sus hombres se pusieron tensos.

Llevaba toda la mañana junto a ellos en el comedor, analizando lo ocurrido en el ataque de la tríada china de hacía ya casi diez días.

—No quería ponerlo nervioso. Solo le estoy poniendo al tanto. Lo tengo todo controlado.

—¿Todo controlado? —gritó Alekséi hacia el móvil mientras el resto de sus hombres se miraban entre ellos—. Me estás diciendo que esa fiscal ha recurrido el auto del juez donde denegaba la prisión provisional para que el juez cambie de parecer y me condene, que esa fiscal se presentó en el puerto marítimo de Barcelona para buscar información y que… ahora… en un escrito de no sé qué mierda… —gritó.

—Escrito para solicitar pruebas —susurró el abogado al otro lado de la línea.

—¡Cállate! —lo amenazó situando sus dos manos al lado del móvil y echándose hacia delante—. Haz lo que tengas que hacer —comentó con la mandíbula apretada.

José María tragó saliva.

—Claro, señor. Es solo que… —se le notaba un ligero tartamudeo —, la fiscal solicita una documentación específica sobre la empresa para la que trabaja.

—¿Qué? —preguntó contrariado.

—Supongo que… bueno… mmm… está buscando indicios de organización criminal para poder solicitarle la pena máxima.

—Hija de… —pronunció con los dientes apretados y miró a sus compañeros.

Nikolau, Sergei y Dmitri lo miraban tensos.

—Le pasaré el escrito en el que solicita la prueba documental a su hermano, a Mikhail, para que me envíe lo que más le convenga —susurró.

—Sí, hazlo así —respondió intentando calmarse. Sabía que no era culpa del abogado y que este intentaba hacer lo mejor posible para ellos—. Mi hermano puede enviarte la documentación que tengas que presentar y, aun a malas, supongo que podrá blanquearla —admitió.

—Claro, yo también conozco empresas que podrían hacernos ese favor en el caso de que nos hiciese falta.

—Perfecto —respondió Alekséi y miró a sus compañeros, los cuales lo observaban como si esperasen órdenes. Carraspeó y se puso firme—. Una cosa más… ¿cómo se llama la fiscal?

Aquella pregunta pareció coger de improviso al abogado.

—Mmm… no lo sé.

—Pues averígualo —rugió.

—Claro, señor.

—Y en cuanto lo sepas, dímelo.

—Puedo llamar ahora al juzgado y preguntar por ella, a ver si lo averiguo.

—Hazlo. ¡Ya! —ordenó antes de colgar, sin esperar respuesta por parte del abogado.

Con suerte, en pocos minutos, sabría el nombre de aquella fiscal que estaba haciéndole la vida imposible.

Aquella fiscal no sabía con quién estaba tratando. Era joven, con poca experiencia, y quizá por eso rebosaba una valentía imprudente que alguien, más pronto que tarde, debería rebajarle.

Sin lugar a dudas, buscaba indicios de banda criminal para poder meterlo en prisión y, seguramente, se basaría en el tráfico de armas, aunque si conseguía toda la documentación que solicitaba a la

empresa de su padre encontraría mucho más. Blanqueo de capitales, sobre todo.

No iba a permitir que aquella fiscal siguiese inmiscuyéndose en sus asuntos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Nikolau con el brazo ya al descubierto. Le habían quitado los puntos de sutura dos días antes y aún se le notaba la cicatriz.

Alekséi miró fijamente a su amigo.

—Creo que es obvio —respondió este. Inspiró hondo, intentando mantener la compostura, y se sentó—. No voy a dejar que una fiscal con aires de grandeza destruya todo lo que mi familia ha conseguido durante tantos años. Haremos lo que tengamos que hacer.

Sus tres hombres asintieron.

—¿Qué hacemos mientras tanto con la tríada? —preguntó Sergei.

Alekséi miró a Dmitri.

—¿Sabes dónde están ubicados?

—He escuchado rumores de que el jefe de la tríada se llama Zhiang Xu. Tengo que investigar más sobre ello —respondió Dmitri.

—Intentad averiguar si el nombre es real o simplemente un apodo.

—Su apodo es el Dragón Rojo —aclaró Dmitri de nuevo—. Yuri… —Hizo referencia a otro de sus compañeros—, se habla con el colectivo chino de Barcelona y dice que muchos de ellos mencionan ese nombre.

—¿Mencionan? —interrogó Alekséi.

—Sí, ya sabes… —Dmitri se encogió de hombros—, le temen. Muchos de ellos tienen deudas con él y dicen que reciben la visita de sus hombres. Visitas nada agradables, por cierto —explicó.

—Entiendo —pronunció Alekséi pensativo—. Dile a Yuri que siga investigando, a ver si podemos hacerle nosotros una visita amistosa al tal Dragón Rojo —ironizó despertando una sonrisa en el resto de sus compañeros.

Su móvil volvió a sonar con la música clásica de *Las cuatro estaciones*, concretamente con *La Primavera* de Vivaldi.

Alekséi respondió al teléfono mientras ponía el manos libres de nuevo y dejaba el móvil sobre la mesa.

—Dime.

El abogado carraspeó un poco.

—La fiscal… se llama Isabel Olmo —pronunció.

—Perfecto —respondió con una leve sonrisa recordando el dulce rostro de aquella muchacha. Aquella mujer era hermosa, pero hincaba sus colmillos como una víbora—. Muchas gracias, José María —pronunció con voz grave—. Avísame cuando recurras el escrito de la fiscal.

—Hoy mismo lo recurriré, señor, no se preocupe. ¿Quiere que se lo envíe?

—No, no… —chasqueó la lengua—, no quiero perder el tiempo leyendo tecnicismos, ya confío en usted. Muchas gracias.

—No le defraudaré —pronunció el letrado al obtener el beneplácito de Alekséi.

—Más te vale —respondió provocando un sonido agudo por parte del letrado al otro lado de la línea.

Directamente colgó el teléfono.

—¿Dónde está Yuri? —preguntó al resto de sus compañeros sin mirar a nadie.

—Supongo que estará investigando, codeándose con los chinos… —bromeó Dmitri.

—Al menos no está durmiendo —bromeó Nikolau.

Alekséi buscó en la agenda de su móvil hasta que encontró el nombre de Yuri y lo marcó. Esta vez lo puso en su oído mientras paseaba por el gran salón de la casa en la urbanización de Bellamar, en Castelldefels.

—Vor —lo saludó Yuri al otro lado de la línea.

—Hola, Yuri —respondió Alekséi—. Necesito que averigües una cosa, es de vital importancia —dijo situándose ante la vidriera donde se veía la enorme piscina que ocupaba gran parte del jardín.

—Claro, dígame —aceptó de buen grado.

—Hay una fiscal de Barcelona llamada Isabel Olmo. —Inspiró hondo—. Necesito que averigües dónde vive.

—Claro, no hay problema —respondió—. Y… ¿necesita que haga algo más con ella? —le insinuó. No sería la primera vez que apretaban el gatillo para defender sus intereses o daban una paliza a alguien.

—De momento no. Solo quiero saber dónde vive. De lo otro ya me encargo yo —ordenó.

—Por supuesto, en cuanto tenga los datos se los comunicó.

—De acuerdo, gracias —respondió.

Alekséi colgó el teléfono y se quedó observando el cielo.

Aquella fiscal parecía decidida a ir a por él. Sabía que los fiscales tenían esa función, pero no sería la primera vez que persuadía a alguien para que le obedeciese.

Recordó sus enormes ojos marrón claro rodeados de sus largas pestañas y su media melena rubia por el hombro. Era una mujer de armas tomar. Siempre había admirado a aquel tipo de persona que luchaba por su trabajo, pero jamás se había dejado acobardar ni había dado su brazo a torcer ante otras personas, al contrario, la gente, cuando lo conocía, lo obedecía, pues no hacerlo tendría sus consecuencias.

Aquella fiscal dejaría de molestarle por su propio bien.

Se giró y miró a sus hombres, hablando entre ellos y sonriendo como si se tratase de una familia. Realmente aquella era su familia, y no dejaría que nada ni nadie se interpusiese en su camino o hiciese daño a uno de los suyos. Aquello lo tenía grabado a fuego desde su nacimiento. Su familia era lo primero y lo único que importaba realmente. Haría cualquier cosa por mantenerla a salvo, incluso acabar con la vida de todo aquel que se interpusiese en su camino o intentase perjudicarlo a él o a los suyos.

Isabel llevó la mano enguantada hacia atrás y descargó el golpe con fuerza contra el saco de boxeo que colgaba de la pared.

Varias veces a la semana acudía al gimnasio. Lo usaba básicamente para desestresarse, y aquel saco de boxeo daba buena cuenta de ello.

—El pie izquierdo más adelante —la corrigió Antonio, su entrenador personal con el que llevaba más de un año—. Rodillas más sueltas… ¿por qué te pones tan tensa? —se quejó.

Isabel suspiró.

—Perdona —dijo girándose hacia el saco de boxeo.

Antonio la miró unos segundos más y la animó dando palmas.

—Vamos, *jab*, *jab* —exaltó para que diese aquellos golpes al saco. Isabel llevó su puño izquierdo hacia delante mientras se cubría con el puño derecho su mejilla. Golpeó con fuerza moviendo el brazo hacia delante y hacia atrás—. La cadera, Isabel… gírala —le recordó. Ella asintió—. *Cross* —ordenó provocando que Isabel golpease en este caso con su puño derecho, cubriéndose la cara con el izquierdo —. Gira más la cadera para dar impulso. —Fue corrigiéndola para que perfeccionase los golpes—. ¡Gancho! —ordenó para que Isabel golpease el saco de nuevo—. ¡Combo! —ordenó—. Cuando un puño vuelve el otro sale… ¡vamos! —la animó mientras Isabel repetía los movimientos—. Vamos, uno, dos, tres y cuatro… —Dio unas palmadas mientras ella aporreaba el saco—. Uno, dos, tres y cuatro… *Round*, *round*… sigue.

Isabel seguía golpeando el saco que se movía de un lado a otro mientras ella repetía la serie con esos movimientos.

Había bastante gente en el gimnasio a esa hora, aunque hacia un buen rato que había anochecido.

Repitió la serie varias veces hasta que sintió que sus músculos le dolían y se detuvo con la respiración agitada. Se reclinó hacia delante apoyando sus manos en las rodillas, recuperando el aliento. Nada como una hora con Antonio para dejar su mente en blanco, sacar toda la adrenalina de la semana y dormir como un bebé por la noche.

—¿Repetimos? —la animó su entrenador.

Ella lo miró.

—¡No! ¿Quieres matarme? —bromeó con el pecho agitado por la respiración. Comenzó a quitarse los guantes—. Por hoy ya he tenido suficiente. —Antonio le sonrió de una forma sarcástica—. No me mires así… —se quejó ella mientras se quitaba el otro guante—, soy fiscal, no deportista de élite —bromeó.

Antonio fue hasta ella y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Está bien, te dejaré por hoy… —rio—, pero la semana que viene más —la señaló con el dedo—. Creo que ya estás preparada para seguir con las patadas laterales…

—Al fin —exclamó ella.

—Ya hicimos patadas laterales —le recordó Antonio sin comprender su queja.

—Ya, pero quiero aprender la técnica *low kick*.

Antonio ladeó su cuello y suspiró.

—Está bien, el próximo día haremos esa técnica.

—Genial —comentó Isabel pasándose la mano por el cabello recogido en una cola alta.

—¿Cuándo vienes? —preguntó Antonio cogiendo su cuaderno donde apuntaba los entrenamientos personales.

—Martes y viernes, ya lo sabes —le recordó ella.

—Así que… ¿martes? —dijo apuntando en el cuaderno—. ¿A las seis? ¿A las siete?

—A las siete mejor —respondió cogiendo la toalla y limpiándose el sudor—. Así tengo más rato libre antes de venir y aprovecho para hacer cosas.

—Bien, pues nos vemos el martes que viene a las siete —dijo acabando de apuntar en el cuaderno. Ella asintió mientras daba un sorbo a la botella de agua—. Bien, pues no machaques a muchos detenidos esta semana.

Isabel rio ante aquel comentario y asintió.

—Descuida —rio recuperando todavía el aliento.

Le encantaba la sensación de pesadez en los músculos. Reconocía que muchos martes y viernes sentía pereza y estaba a punto de llamar a Antonio para no acudir, pero hacía un esfuerzo y siempre valía la pena. Sin duda, era el mejor desestresante que existía. Unos buenos guantes y un saco de boxeo y adiós al estrés acumulado durante la semana.

Cogió sus guantes, la toalla, su botella de agua y se dirigió a los aseos para darse una ducha.

Los viernes cuando salía del gimnasio no tenía nada más que hacer. Normalmente pedía algo de comida que le llevaban a casa y

veía una película o leía un libro hasta que el sueño la vencía.

Eso pensaba hacer aquella noche. Pizza y una película romántica… eso era lo que más le apetecía. Después de maltratar el saco de boxeo con sus puños nada mejor que contrarrestar aquella rabia con una buena película de romance.

Llegó al vestidor y abrió su taquilla.

Sacó la toalla de su bolsa de deporte y fue a las duchas mientras pensaba qué pizza pedirse.

A esas horas de la noche y con el frío que hacía siempre se secaba el pelo con un pequeño secador que llevaba, así evitaba caer enferma.

Se vistió, acabó de arreglarse el cabello y cogió su mochila de deporte colgándosela a la espalda. Salió del gimnasio saludando a los administrativos de puerta y comenzó a caminar por la calle rumbo a su piso, situado en el barrio de Sants-Badal.

Había comprado su piso hacía un año, en cuanto había conseguido plaza de fiscal en la jurisdicción de Barcelona, justo la que ella deseaba.

Por cosas del destino y que ni siquiera ella quería recordar, se había criado con sus abuelos en la ciudad de Tarragona. Cuando había decidido estudiar derecho, su primera opción fue la Universidad Autónoma de Barcelona, ya que disponía de un buen campus, por eso mismo se había trasladado allí durante sus años universitarios y ya cuando había acabado la carrera había trabajado en un despacho de abogados mientras estudiaba las oposiciones. No ganaba mucho, lo justo para pagar un piso de alquiler junto a tres estudiantes más de la carrera judicial. Aquellos cuatro años de oposiciones habían sido duros y, básicamente, se había dedicado a subsistir, pero sabía que, con el tiempo, valdría la pena… y así era. Había sido una de las primeras de su promoción, pudiendo escoger plaza en la Fiscalía de Barcelona. Nada más otorgársela, se había comprado un bonito piso en la rambla de Badal, bastante cerca de la Ciudad de la Justicia, así que cuando hacía buen tiempo iba caminando, pues a paso rápido se encontraba a menos de veinte minutos. Sin embargo, cuando llovía o hacía un frío excesivo, eran

de cinco a ocho minutos en coche, dependiendo de los semáforos que cogiese en rojo.

Le gustaba su barrio.

Bajo su piso disponía de un mercado y el gimnasio estaba a escasos diez minutos a pie.

Se abrochó su chaquetón negro y se subió el cuello para cubrirse, pues corría una brisa helada.

Sacó su móvil y marcó el número de Irene. Normalmente era Irene quien la llamaba para proponerle algún plan, así que ya era hora de que Irene también viese algún interés por parte de ella.

Por un lado, aquella noche quería paz, pero había pensado en ir al día siguiente a tomar algo con Irene. Podían dar un paseo y luego disfrutar de un café calentito en algún bar. Lo cierto era que con aquel frío solo le apetecían cosas calientes. Por otro lado, de vez en cuando sentía la necesidad de socializar.

—¡Hola! —exclamó Irene al otro lado de la línea.

—Hola, Irene, ¿qué tal? ¿Te pillo bien?

—Sí, sí… estaba viendo una película en la tele, ¿qué tal todo?

—Pues acabo de salir del gimnasio —explicó Isabel girando una calle a la derecha—, y ahora voy a casa. Hoy toca pizza y película romántica —rio.

—Buen plan, el mismo que el mío, solo que con comida china —bromeó.

Miró hacia delante y siguió caminando.

—Qué frío hace. —Tiritó—. Estaba pensando… a ver qué te parece…

—Dime —respondió Irene animada.

—No sé si mañana haces algo, ¿te apetece quedar después de comer para dar un paseo y tomar algo?

—¡Claro! ¿A dónde quieres ir? —se apuntó Irene de inmediato—. ¿Quieres investigar otro caso?

Isabel rio por su tono de voz.

—Pues no tengo ni idea… a algún sitio calentito —dijo abrazándose con el brazo que tenía libre—. Por Dios, ¿a qué temperatura estamos?

—Mmm… espera… —pronunció Irene—. Seis grados —sentenció —. Lo he mirado en el móvil.

—Es horrible…

—Oye, podríamos ir a la Villa Olímpica, por la zona de la playa, allí hay muchos bares.

—Sí, estaría bien —aceptó.

—O podemos ir al cine, que estaremos calentitas dentro, no sé qué películas hay en cartelera.

—¡También es buena idea! —exclamó Isabel—. Hace mucho que no voy al cine.

—Pues hecho, depende de la cartelera que haya… o cine o quedamos para tomar algo. ¿Quedamos a las cinco? —propuso Irene.

—De acuerdo. ¿Quedamos en La Maquinista? En ese centro comercial hay de todo.

—Vale, nos vemos ahí en la planta de arriba, donde los bares y el cine.

—Hecho. Hasta mañana —se despidió Isabel.

—Hasta mañana —canturreó Irene.

Isabel colgó la llamada y guardó el móvil en su bolsillo. En ese momento sintió cómo el vello de la nuca se le erizaba, y no solo por el frío.

Giró la cabeza para comprobar que, por aquella calle oscura y desierta, dos hombres con largos abrigos y pasamontañas caminaban varios metros por detrás de ella. Inspiró hondo y miró de nuevo hacia delante. Lo del pasamontañas imponía bastante, sabía que mucha gente vestía así por el frío, cubriendo su rostro excepto sus ojos, pero la imagen era escalofriante.

Tragó saliva y aceleró un poco más.

Giró la siguiente calle a la izquierda y, nada más girar, aceleró más el paso.

Había avanzado unos metros cuando giró el cuello y sintió cómo sus músculos se tensaban. Los hombres habían acortado la distancia y caminaban con rapidez en su dirección, con la mirada fija en ella.

Inspiró hondo y comenzó a acelerar más de la cuenta. Se giró y se dio cuenta de que los hombres también comenzaban a correr en

su dirección.

—Mierda —gimió comenzando a correr.

Se sujetó la mochila en la espalda y giró su cuello para comprobar que, efectivamente, aquellos hombres iban a por ella, probablemente con la intención de robarle.

Corrió más aún, estirando sus piernas al máximo. Por suerte, tenía buena forma física y era rápida, pero iba tan concentrada vigilando que los hombres no le ganasen terreno que al cruzar una calle no se dio cuenta de que un gran todoterreno se situó ante ella.

Frenó en seco y dio unos pasos atrás. Iba a rodearlo para seguir huyendo cuando la puerta del todoterreno se abrió y otro hombre con pasamontañas la sujetó por el brazo.

¿Qué era todo aquello?

—¡Suélteme! —gritó Isabel intentando deshacerse de aquellas manos.

Bien, para eso mismo iba a boxeo. Inspiró hondo y adoptó la postura con la que Antonio, su entrenador personal, tanto le insistía.

—¡*Jab*! —gritó ella echando su puño izquierdo hacia delante. Aquel hombre se apartó un segundo antes de que lo golpease, aun así, en los agujeros del pasamontañas por donde se veían sus ojos pudo ver su mirada sorprendida—. ¡*Cross*! —exclamó recogiendo su puño izquierdo y atacando con el puño derecho.

—*Kakogo cherta*![1] —exclamó el hombre.

Isabel no hizo caso de lo que decía y siguió concentrada en lo suyo.

—¡Gancho! —gritó recordando cada uno de los pasos con los que Antonio le insistía.

Echó con fuerza su brazo izquierdo hacia delante en un ángulo de noventa grados y golpeó con fuerza la mejilla de aquel hombre que gritó de inmediato, soltándola del brazo. Estaba segura de que lo había cogido de improviso, así que debía aprovechar aquella situación para huir de aquellos hombres y buscar una calle más concurrida donde poder despistar a los malhechores.

Se giró para salir corriendo cuando se dio cuenta de que los dos hombres que habían comenzado a seguirla por la calle se

encontraban pasmados tras ella, aunque no parecían prestarle atención, sino que enfocaban toda su atención en el compañero al que ella acababa de golpear. Aquellos dos hombres lo miraban sorprendidos, como si no diesen crédito a lo que había ocurrido. Apartaron la mirada de su compañero y miraron a Isabel con los ojos muy abiertos. Estaba claro por sus miradas que nunca se habían topado con una mujer que tuviese tan buena técnica en boxeo.

Isabel se creció ante aquellas miradas y adoptó su pose defensiva.

—¿Queréis también vosotros? —los amenazó.

Los tres hombres se miraron, aunque, sin esperárselo, dieron unos pasos hacia ella y la cogieron directamente de los brazos.

—Ahhh —gritó Isabel.

El hombre al que acababa de golpear en la mejilla se llevó la mano a la zona dolorida y movió su mandíbula, aquella mujer era más fuerte de lo que habían imaginado por las fotografías donde lucía como una chica delgada y delicada.

Los dos hombres la empujaron al interior del todoterreno.

—¡Soltadme! —gritó Isabel, luchando con uñas y dientes por zafarse.

Se quedó inmóvil de inmediato y tragó saliva al ver el cañón de una pistola apuntándole a escasos centímetros de los ojos, empuñada por el conductor que se había girado hacia ella con expresión implacable.

—¡Siéntate! —ordenó con un grito. Isabel apretó los labios y tragó saliva mientras miraba asustada el cañón del arma—. ¡Que te sientes! —ordenó tan fuerte que pensó que los tímpanos iban a estallarle.

Isabel se movió lentamente, obedeciendo aquella orden, cuando los tres hombres, el que había golpeado y los dos que la habían seguido por la calle, entraron en el todoterreno. El primero se sentó en el asiento delantero del copiloto y los otros dos detrás, uno a cada lado de ella.

—Vas a estar callada y quieta —ordenó el conductor apuntándola aún con la pistola.

En ese momento, Isabel se dio cuenta de que tenía un extraño acento, le parecía un acento de países del este.

El conductor miró a uno de los hombres que Isabel tenía sentados al lado y asintió.

Isabel no supo qué significaba aquel gesto hasta que todo se tornó oscuro.

Se movió de un lado a otro luchando, aunque rápidamente le ataron las manos. Habían tapado su cabeza con una bolsa de tela que le impedía ver nada.

—¡Hijos de puta! —gritó desesperada—. ¡Soltadme! ¡Cabrones!

—Quieta o acabaremos contigo aquí mismo —la amenazó el hombre sentado a su lado.

Tragó saliva y sintió cómo todo su cuerpo temblaba. No sabía de qué iba todo aquello, pero, por lo pronto, sería mejor que obedeciese las órdenes o estaba segura de que acabaría con una bala atravesando su cráneo.



5

Los nervios eran tales que había perdido por completo la noción del tiempo. No sabía cuánto llevaba en el interior del vehículo, aunque habría jurado que no más de media hora. Tampoco lograba orientarse: le habían cubierto la cabeza por completo y no podía ver absolutamente nada.

Había estado en lo cierto en cuanto a que eran del este, pues, si bien no conocía el idioma, podía ubicar la zona de donde provenía. Un nombre vino a su mente en cuanto tuvo claro que aquellas personas eran de un país del este: Alekséi Petrov, el detenido de hacía diez días. Un hombre tan atractivo como peligroso. No sabía por qué, pero su rostro había aparecido en su mente.

Aproximadamente media hora después, el vehículo se había detenido. Había escuchado cómo se abría la puerta automática de un subterráneo.

Tragó saliva y movió su cabeza de un lado a otro, nerviosa mientras escuchaba cómo aquellos enormes hombres bajaban del todoterreno.

—Baja, ya —ordenó uno de ellos tirando de su hombro.

Isabel cayó sobre el asiento del vehículo, pues habían maniatado sus manos con unas bridas y no podía moverlas, de modo que no podía desplazarse por el asiento con tanta facilidad.

La habían arrastrado entre dos hombres por unos pasillos y, después, la habían subido a lo que creía que era un ascensor. ¿Estaba en un bloque de pisos?

Sentía su corazón latir con fuerza en su pecho y le costaba respirar con la bolsa de tela en la cabeza.

La hicieron caminar de nuevo, sujeta por ambos brazos, por un pasillo hasta que, directamente, la empujaron hacia abajo, sentándola en una silla de madera.

Miró de nuevo de un lado a otro sin poder ver nada hasta que alguien quitó la bolsa de tela de su cabeza.

Isabel cerró los ojos de inmediato, pues había un foco iluminándola directamente. Bajó su cabeza intentando acostumbrarse a la luz y resopló. Comenzaba a sentir el estómago revuelto por los nervios.

Inspiró aire intentando mantener la situación bajo control.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó de los nervios, sin atreverse prácticamente a levantar la cabeza.

Miró de reojo a los tres hombres que la habían llevado hasta allí, aunque una silueta tras el foco le llamó la atención.

—*Ona ranena?*[2]

—Net[3]

Alekséi paseó por detrás del foco.

Isabel permanecía sentada en aquella silla de madera con las manos sujetas a la espalda y mirando de un lado a otro nerviosa, estaba claro que con aquel foco no podía verlo.

La habían llevado a una sala de estar cercana al comedor. Había varios sofás, una mesa y una televisión de pantalla plana. Las cortinas estaban corridas para que no pudiese ver el exterior y así no tener ninguna pista de dónde se encontraba aquella vivienda.

A la muchacha le molestaba el foco, ya que entreabría los ojos intentando averiguar algo.

—*Privet*[4]—exclamó Isabel.

Todos se miraron de reojo, incluso Alekséi la escudriñó con la mirada viendo cómo Isabel se removía nerviosa sobre la silla. ¿Sabía ruso?

Alekséi miró a Sergei, el cual se encogió de hombros.

—Privet —respondió Alekséi con voz grave.

Isabel aguantó la respiración. Reconoció aquella voz de inmediato, sabía perfectamente de quién se trataba. Una voz tan

grave y varonil solo podía pertenecer a una persona, además, hablando ruso.

—*Vy Alekséi Petrov?*[5]

Él puso su espalda recta y la siguió escudriñando. El resto de los hombres hacía lo mismo, aquellas palabras en ruso los había cogido de improviso.

Alekséi dio un paso hacia delante, acercándose a la lámpara que la deslumbraba. Isabel no dejaba de mover su cabeza de un lado a otro, nerviosa.

—*Vy znayete russkiy yazyk?*[6]

Isabel apretó los labios y cerró los ojos quedándose callada. Intentó calmarse hasta que volvió a abrirlos. No entendía nada de lo que le había dicho en aquel momento, pues solo sabía aquellas palabras.

—¿Eres Alekséi Petrov o no? —gritó ella de los nervios, sin responder a aquella pregunta que le había hecho él y que no comprendía, pero mejor disimular. Alekséi alzó su mentón. Aquella mujer tenía genio. Había capturado a muchos hombres que aparentaban ser valientes y se habían hecho sus necesidades encima al ser atrapados por él, sin embargo, ahí estaba aquella mujer con gesto enfadado e intentando averiguar quién era su captor—. Te he reconocido —sentenció ella gritando—, maldito hijo de puta —susurró—. Tu voz es inconfundible. ¡Desátame!

Alekséi suspiró y miró a Sergei y a Nikolau, los cuales la observaban también sorprendidos por la reacción de la muchacha. Estaba seguro de que pensaban lo mismo que él.

Fue hasta la lámpara y la apagó directamente para que la luz no incidiese en sus ojos y la deslumbrase.

Isabel parpadeó varias veces y cerró los ojos para intentar recuperarse. Tanta luz había contraído sus pupilas y no podía ver nada.

Alekséi apartó la lámpara de la silla y se la tendió a Sergei para que la apartase de allí, luego tomó asiento en la misma silla.

—Enciende la luz del pasillo —le ordenó a Dmitri para que, al menos, entrase un poco de claridad en la habitación y dejasen de

estar totalmente a oscuras, pues a través de las cortinas se filtraba poca luz.

Los ojos de Isabel se fueron acostumbrando poco a poco hasta que parpadeó mirando la silueta que tenía sentada frente a ella, observándola astutamente.

Aunque había poca luz, sí permitía que ella viese las facciones de su captor. Lo observó fijamente mientras se acomodaba mejor en la silla, con sus manos aún atadas a la espalda.

—Suéltame —ordenó ella.

Alekséi se echó hacia delante, apoyándose en sus rodillas.

—Aquí no das tú las órdenes —respondió con voz cortante. Isabel tragó saliva.

Isabel miró hacia los lados lentamente. Sí, ahí estaban los tres hombres que la habían capturado y llevado hasta allí.

Isabel volvió su mirada hacia el hombre que tenía enfrente y que la estudiaba detenidamente.

—Después de esto… —pronunció ella—, ¿tengo que seguir creyendo que no eres de la mafia rusa? —ironizó.

Aquella pregunta provocó que Alekséi curvase sus labios en una sonrisa irónica.

—Tienes más agallas que muchos de los hombres a los que he capturado y sentado en una silla —respondió él con una mezcla de sorpresa e incluso excitación.

Ella lo miró con odio y asco.

—Me las veo cada día con gente delincuente como tú —respondió con repugnancia.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Lo dudo —comentó con una mirada fija.

Ella apretó los labios mientras intentaba soltar sus manos.

Isabel inspiró hondo mientras miraba de reojo a aquellos hombres que la rodeaban y luego fijaba de nuevo su mirada en Alekséi.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó sin rodeos—. ¿Vas a matarme?

Alekséi miró de reojo a sus hombres e hizo un gesto de no estar muy seguro. Se situó firme sobre la silla, apoyando su espalda en el

respaldo.

Se levantó ante ella, lo que provocó por primera vez que ella se sintiese intimidada. Aquel hombre era enorme, más visto desde abajo.

—Te estás metiendo en mis asuntos —pronunció—, y eso es algo que no voy a permitir.

—Ja —ironizó ella recuperándose de aquella intimidación—, ¿y qué pensabas que hacía un fiscal? —Se reclinó hacia ella provocando que Isabel echase su espalda hacia atrás—. Traficas con armas, ¿verdad? Por eso encontraron tantas AK cuarenta y siete en el muelle. Además, tú tenías una en tus manos. Si piensas que voy a detenerme estás muy equivocado —rugió ella echándose hacia delante también, enfrentándolo—. Mi trabajo es limpiar Barcelona de escoria como tú —acabó mirándolo fijamente.

Aquellas palabras produjeron que Alekséi volviese a sentirse confundido por la actitud de la muchacha.

—Te estás equivocando conmigo —pronunció.

—¿Sí? ¿Tú crees? —bromeó ella intentando deshacerse de las bridas.

Alekséi volvió a ponerse firme y, esta vez, se distanció de ella paseando hacia un lateral.

—Tu verdadero problema no soy yo… —Ella rio sarcástica—, ¿has oído hablar de la tríada?

Ella apretó los labios.

—¿La mafia china? Sí, claro que he oído hablar de ellos.

—¿Y sabes con qué trafican? —le preguntó quedándose quieto. Ella miró de un lado a otro sin saber qué responder—. Trafican con mujeres —explicó provocando que ella apretase los labios—. La tríada trae en contenedores decenas de mujeres asiáticas para ser explotadas sexualmente en Barcelona. Y adivina cuál es la puerta de entrada —dijo mirándola fijamente.

Ella apartó la mirada de él y tragó saliva.

—El puerto marítimo de Barcelona —contestó ella.

—¡Bravo! —exclamó Alekséi arrastrando más de la cuenta la erre —. Fíjate… —miró a Sergei—, tenemos aquí a una fiscal muy lista.

Ella lo miró con furia.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —le gritó —. ¿Quieres que vaya a por ellos para que tú puedas seguir traficando e introduciendo sin problema armas en Barcelona? ¿Es eso? ¿Estáis en una lucha por el territorio?

—No es solo eso… —dijo girándose hacia ella—, me parece que no comprendes realmente lo que ocurre —continuó con un tono de voz más grave—. Nosotros somos los únicos que estábamos frenando esa entrada masiva de mujeres asiáticas. —Ella puso su espalda recta y lo observó. Se quedó unos segundos en silencio, analizando aquellas palabras—. La tríada china nos atacó para quedarse con nuestro territorio, intentan apoderarse de él.

—Bien, entonces tendré que ir a por los chinos también —ironizó ella.

Alekséi se rio al ver que ella usaba la palabra "también", dando a entender que no iba a rendirse con ellos. Se apoyó contra la pared y metió las manos en sus bolsillos con actitud despreocupada.

—Te ofrezco un acuerdo —dijo él.

Ella arrugó su nariz.

—¿En serio? ¿Crees que puedes ofrecer un acuerdo teniéndome atada? —le gritó.

Alekséi miró a Sergei y le indicó con un movimiento de cabeza que soltase las manos de Isabel.

Sergei fue hasta ella y con una navaja le cortó las bridas. Ella resopló y comenzó a masajearse las muñecas mientras miraba a Alekséi.

—Te informaré de todo lo referente a la tríada china para que puedas dar con ellos y acabar con la trata de blancas en Barcelona…

Ella alzó el mentón.

—¿A cambio de qué? —lo interrumpió ella.

Alekséi dio unos pasos hacia ella y se situó justo enfrente.

—Retira la acusación y déjanos tranquilos —sentenció—. No quiero hacerte daño —acabó diciendo. Isabel lo miró fijamente a los ojos y le dio la impresión de que aquella última frase la decía con sinceridad—. Nosotros somos los únicos que hemos mantenido a raya a la tríada china. Si desaparecemos, la tríada se hará con el control del puerto marítimo de Barcelona y la entrada de mujeres

para la explotación sexual será descontrolada. —Alzó sus cejas—. La policía no hace nada —continuó—. Sí, desmantelan una organización y recuperan a veinte mujeres, pero eso no es ni un cinco por ciento de lo que nosotros evitamos teniendo la posesión del puerto.

Ella lo miraba fijamente, incrédula ante lo que escuchaba.

—No voy a llegar a ningún acuerdo con usted, señor Petrov —espetó ella alzando el mentón, casi escupiendo aquellas palabras—. Desmantelaré la tríada china y desmantelaré tu equipo ruso también. Lo único que veo aquí es que tienes miedo de mí… —Alekséi rio, como si le divirtiese ver aquel estallido de honor y valentía por parte de ella—, te encuentras entre la espada y la pared porque, al fin, alguien tiene cojones a enfrentarte y…

Isabel se golpeó contra la pared con brusquedad y alzó el mentón cuando Alekséi se plantó frente a ella, casi aplastándola contra el muro.

—¿Que yo te tengo miedo? —ironizó—. Tú eres una pequeña hormiguita… solo debo dar un paso y te aplastaré —la amenazó mientras ella no apartaba los ojos de él—. Podré traficar con armas, pero no soy un explotador de mujeres ni de niños. Eso sí, pon un pie de nuevo en mi camino… y no dudaré en hacer lo que tenga que hacer para proteger a mi familia y a mi negocio.

—Oh… claro… —susurró ella—, la famiiilia —imitó con un tono italiano. Él enarcó la ceja—. No me das miedo, Alekséi. A los tipos como tú, yo… me los meriendo, ¿entiendes? —lo amenazó ella también—. Has secuestrado a la fiscal de Barcelona, intimidándome y queriendo extorsionarme, ¿crees que vas a quedar impune por esto? —continuó con tono grave ella también, con su mandíbula apretada y sin apartar la mirada de los ojos claros de él. Situó sus manos en el estómago de él y lo empujó hacia atrás, aunque no consiguió desplazarlo más que unos pocos centímetros, eso sí, pudo detectar unos tonificados abdominales bajo la fina tela de la camisa blanca que llevaba puesta—. Y ahora, ¿qué? ¿Vas a amenazarme? ¿Vas a decir que vas a matarme? —lo retó.

Alekséi se quedó mirándola sorprendido. Si bien Isabel intentaba hacerse la dura, podía ver cómo su pecho ascendía y descendía rápidamente, fruto de los nervios que sentía.

—Te sientes muy sola, ¿verdad? —comentó—. Ese modo de actuar solo se lo he visto a gente que no tiene nada que perder.

—¿Ahora eres psicólogo? —se burló.

—Pero siempre hay algo con lo que se puede conseguir obediencia… —Metió las manos en sus bolsillos—. Tus padres te abandonaron cuando eras solo un bebé, no fuiste una niña deseada, de hecho, preferían la cocaína a cuidar de un bebé de pocos meses. —Ella puso su espalda recta—. Ni siquiera sabes si están vivos o muertos —le espetó—. Tus abuelos fueron quienes te criaron, aunque tu abuela falleció hace cinco años y tu abuelo dos. Apenas tienes amigos… solo una chica que trabaja en el juzgado contigo, Irene, ¿verdad? —le preguntó. Ella alzó el mentón—. Quizá deberíamos hacerle una visita a Irene. —Ambos se miraron, retándose, hasta que Alekséi miró a Nikolau y asintió—. Tienes la dirección de Irene, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió este.

A Isabel se le cortó la respiración.

—¿Qué tal si vas a buscarla y la traes aquí? Así podremos…

—¡No! —lo cortó ella. Una sonrisa se dibujó en los labios de él—. Eres un hijo de puta —le susurró mientras él ladeaba el cuello.

—Bien, ya hemos encontrado tu talón de Aquiles —continuó mientras elevaba la mano para que Nikolau se detuviese—. Tenemos más cosas en común de las que tú crees… los dos luchamos por lo que nos interesa proteger.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —pronunció con la respiración acelerada.

Alekséi elevó su mano y, directamente, la pasó por la mejilla de Isabel, acariciándola suavemente. Isabel tragó saliva mientras sentía que su piel se erizaba ante aquel contacto. Apartó la mirada de él rápidamente al sentir que su cuerpo la traicionaba. Ella no debería sentir aquello ante aquel contacto.

Alekséi se acercó hasta su cuerpo, situando una mano en la pared y echándose casi encima de ella. Isabel apreció que aquel hombre descendía su mirada hacia sus labios, como si intentase provocarla.

De repente, Alekséi llevó la mano al bolsillo y sacó una tarjeta. No tuvo prisa. Cada movimiento fue calculado, provocador, hasta que la mano que la sujetaba descendió despacio y se posó en la cintura de ella, acariciándola sin pudor. Isabel tragó saliva y permaneció inmóvil, aferrándose al control como a un salvavidas. ¿Cómo podía odiarlo, temerlo, sentir repulsión por él y, aun así, dejarse embriagar por su cercanía?

Sintió cómo la mano de él descendía por su cintura hasta llegar a su cadera y cómo metía la tarjeta en el bolsillo de su pantalón.

—Ahí tienes mi número —susurró provocativo contra sus labios y la miró a los ojos—. El tuyo ya lo tengo —le sonrió con malicia. Ella inspiró hondo y llevó sus manos hasta el pecho de él, empujándolo para alejarlo. Esta vez Alekséi sí se retiró levemente para devolverle su espacio, aunque su mirada seguía siendo ardiente—. Averigua quién es Zhiang Xu —le propuso—. Luego… llámame y te ayudaré a detenerlo.

Ella se puso erguida.

—Tú y yo no vamos a colaborar —sentenció.

—Por supuesto que vamos a colaborar. Es algo que nos conviene a los dos —volvió a usar aquel tono de voz magnético, intentando provocarla.

Acto seguido, Alekséi miró a Dmitri y la señaló con un movimiento de cabeza.

Isabel observó cómo aquel hombre se acercaba a ella con la bolsa de tela en la mano para volver a taparle la cabeza.

Miró a Alekséi enfadada, sin decir nada. Estaba claro que él había dado aquella reunión por finalizada. Lo miró con odio, aunque él no apartó la mirada de ella, como si se tratase de una guerra entre ambos, hasta que Dmitri se situó a su lado y elevó la bolsa de tela, obviamente para cubrirle la cabeza de nuevo.

Para sorpresa de todos, Isabel dio un paso hacia Dmitri y cogió de malos modos la bolsa de tela de las manos del hombre y se giró hacia Alekséi.

—No puedo decir que me alegre de haberte visto —dijo ella—. Ya nos veremos de nuevo…

—Por supuesto que sí —respondió él con un tono altanero.

—En el juzgado —sentenció ella antes de ponerse a sí misma la bolsa de tela en la cabeza, dejándolos a todos pasmados al ver su reacción.

Alekséi se miró con sus compañeros, los cuales observaban la escena con una mezcla de incredulidad, y puso los ojos en blanco. Señaló con un movimiento de cabeza hacia la puerta y directamente cogieron de los brazos a Isabel y la condujeron por el pasillo rumbo al ascensor para descender al parquin.

Alekséi se quedó mirando la puerta de salida sin saber aún cómo reaccionar. No esperaba un comportamiento así por parte de ella. No le gustaba extorsionar, aunque era una medida que usaba solo cuando era necesario. Él prefería trabajar limpio, sin molestias y sin perder de vista lo que importaba realmente: que su trabajo funcionase. Entregas y recogidas rápidas y sin problemas. Eso es lo que quería. Sin embargo, aquella fiscal era una mujer mucho más valiente de lo que esperaba, una mujer íntegra y audaz, y eso se merecía todo su respeto, por mucho que ahora se tratase de su mayor enemigo y la única persona que podía ocasionarle problemas reales.

—Está loca —susurró Nikolau que se había quedado allí mientras Sergei y Dmitri la llevaban de vuelta a su casa.

Aquellas palabras hicieron que Alekséi despertase de sus pensamientos y miró de reojo a Nikolau.

—Sí… sí que lo está —pronunció asombrado por la fortaleza de la joven.

—Antes le ha pegado un puñetazo a Dmitri —explicó su amigo. Alekséi se giró hacia él al escuchar aquello y enarcó una ceja—. La muchachita debe de practicar boxeo porque casi le desencaja la mandíbula, ¿te lo imaginas? —acabó riendo—. Menudo gancho tiene.

Isabel no solo tenía carácter, sino que además parecía saber cuidarse sola. La joven le parecía muy atractiva y, además, le había atraído su carácter fuerte y valiente. Eran dos cualidades que sabía apreciar, y más en una mujer.

—Ya veo —dijo Alekséi acercándose a la ventana y corrió la cortina por donde entró un poco más de claridad—. Hay que tenerla

vigilada. No creo que se atreva a ir a la policía a denunciar lo ocurrido. No le conviene.

La luz aún seguía apagada en aquella sala que estaba en penumbras. El cielo comenzaba a nublarse por el horizonte, tal y como había informado el hombre del tiempo.

En ese momento, vio cómo el todoterreno con el que habían traído a Isabel hasta allí salía del parquin y se dirigía a la carretera.

Había sido una conversación corta pero intensa.

Esperaba que Isabel no le diese más quebraderos de cabeza. Aquella muchacha le resultaba demasiado interesante como para deshacerse de ella. No era su estilo, pero siempre había una primera vez.

—Avisaré a unos cuantos hombres para que la vigilen —dijo Nikolau.

—Bien —confirmó Alekséi girándose y dirigiéndose hacia la puerta.

En el trayecto hasta su vivienda Isabel se mantuvo en silencio, aunque un poco más tranquila sabiendo que saldría viva.

Aún no sabía de dónde había sacado aquella garra para plantarle cara. Alekséi Petrov no era un hombre cualquiera; lo supo desde el primer instante. Era un capo de la mafia rusa, alguien peligroso, alguien que debía temer. Y, aun así, esa certeza no lograba sofocar la inquietante atracción que despertaba en ella.

El vello de su cuerpo se erizó al recordarlo: la forma en que él había acercado su cuerpo al suyo, el calor que desprendía, tan distinto al de ella, y la manera en que sus labios insinuantes se habían quedado a un suspiro de los suyos.

Inspiró hondo e intentó relajarse mientras escuchaba alguna palabra cruzada entre los hombres que la acompañaban en el todoterreno. Tampoco iba a molestarse en intentar adivinar qué decían, no sabía nada de ruso, aunque, visto lo visto, no le iría mal aprender algunas palabras.

Nada más subir al todoterreno, lo primero que quiso fue correr a la comisaría y denunciarlo todo cuando la liberasen. Ahora, la adrenalina comenzaba a disminuir y, con ella, la claridad de que eso habría sido un grave error. Debía mantener la cabeza fría. Si estaba

tratando con una organización criminal, era evidente que la vigilarían; podían pincharle el teléfono o incluso instalar micrófonos en su casa. Debía tener todo en cuenta y no apresurarse. No debía dejarse guiar por impulsos, debía meditar cada una de las ideas que la asaltasen antes de tomar una decisión y actuar.

Minutos después, el todoterreno se detuvo y le quitaron la bolsa de la cabeza. Ella se quitó el cabello de la cara con movimientos tensos y observó al hombre que tenía al lado. Todos ellos parecían cortados por el mismo patrón: hombres altos, musculados, con rasgos del este, con los ojos muy grandes y claros.

—Quiero bajar —le espetó al hombre para que se apartase—. Y esto es mío —rugió cogiendo la mochila de deporte.

Dmitri chasqueó la lengua y abrió la puerta. Se bajó e instó a Isabel a que hiciese lo mismo con un movimiento de cabeza.

Ella tomó aliento y miró hacia el otro lado para observar que el otro hombre vigilaba que no hiciese ningún movimiento brusco. El que conducía se había girado para observarla, ya no cubrían sus rostros con pasamontañas, lo cual no sabía si la tranquilizaba o la asustaba más aún.

Bajó del vehículo con todos los músculos en tensión y se giró hacia ellos mientras se ponía la mochila a la espalda.

—Sé buena —pronunció Dmitri con paciencia y una sonrisa burlesca mientras se subía al vehículo.

Ella dio unos pasos atrás, alejándose.

—¿Que sea buena? —susurró ella con los dientes apretados, llena de ira—. ¡Sois unos cabrones! —gritó a pleno pulmón. Todos dieron un brinco al escucharla.

—Vete a tu casa, anda —ordenó con otro grito Dmitri, señalándola—. ¡Largo!

Sin más, Dmitri cerró la puerta mientras ella daba unos pasos más, alejándose.

Oh, pero aquello no quedaría así, había pasado demasiados nervios y ahora necesitaba desahogarse.

Isabel observó que el vehículo comenzaba a avanzar y miró de un lado a otro. De repente, encontró lo que buscaba. Corrió unos metros y se agachó para coger una piedra del suelo. Estiró el brazo

hacia atrás para tomar impulso y arrojó la piedra en dirección al todoterreno.

—¡Rusos de mierda! —les gritó como una loca, aunque se quedó petrificada cuando la piedra que les había arrojado golpeó el techo del todoterreno con un fuerte estruendo. ¿Había dado en el blanco? Menuda puntería la suya—. Ups… —dijo abriendo mucho los ojos y removiéndose nerviosa. El todoterreno se detuvo de golpe y las luces de freno se encendieron con intensidad, iluminando el camino detrás de ellos. ¿Se habían detenido? Mal asunto—. Oh, oh… mierda.

Se giró y salió corriendo a toda prisa de allí. Al menos la habían dejado en el mismo lugar donde la habían capturado, así que realmente estaba al lado de su piso, concretamente a dos calles. Ya sabía cómo se las gastaban aquellos rusos y no iba a esperar a que alguno de ellos saliese del todoterreno a reprenderle que les hubiese arrojado una piedra. Si por ella fuese les arrojaría más… pero mejor no tentar a la suerte, pensó mientras giraba la esquina y seguía corriendo todo lo que le daban las piernas.

Sergei detuvo el vehículo ante el golpe y miró por el retrovisor.

—¿Nos ha arrojado una piedra? —preguntó sorprendido.

Tanto Yuri como Dmitri se giraron para observar a través de la luna trasera cómo Isabel se removía nerviosa dando saltos y luego salía corriendo a toda prisa, como alma que lleva el diablo.

Los tres arquearon una ceja sin dar crédito.

—No veas cómo se las gasta la chica —pronunció Yuri—. Seguro que nos ha abollado el techo —susurró mirando hacia arriba.

Dmitri puso los ojos en blanco y se giró hacia Sergei.

—Vámonos.

Sergei metió primera de nuevo y arrancó.

Isabel corrió como nunca antes. Se sacó la mochila de la espalda y buscó desesperada las llaves de su piso en el bolsillo lateral de la mochila. Sus manos temblaban en exceso y ni siquiera podía abrir la cremallera.

Rugió y logró sacar las llaves.

Subió a la segunda planta donde estaba su piso y cerró la puerta tras ella con un portazo.

Encendió la luz y se apoyó contra la puerta, intentando recuperar el aliento.

Dejó caer la maleta al suelo mientras su respiración era acelerada, no solo por la última carrera, sino por todo lo que había vivido en aquella última hora.

Notó que sus piernas no aguantaban el peso de su cuerpo y se dejó caer sobre el suelo. Había mantenido la compostura todo aquel rato, pero realmente estaba aterrorizada. Jamás había vivido una experiencia así en su vida, la más terrorífica hasta ese momento.

Necesitaba recomponerse, calmarse y ordenar las ideas.

Se puso en pie y fue temblorosa hasta su dormitorio para tirarse sobre el colchón. Cuando se tiró sobre la cama, sintió que se clavaba algo en la pierna. Metió su mano en el bolsillo y extrajo la tarjeta que el señor Petrov había introducido en su bolsillo.

Era una tarjeta simple, con su nombre y un número de teléfono, nada más.

Resopló y la dejó sobre su mesita de noche mientras se inclinaba hacia un lado, recuperándose aún del susto.



6

—¿Estás bien?

No había podido dormirse hasta altas horas de la madrugada. Por un lado, aquella experiencia la mantenía en un estado de crispación que le impedía descansar. Por otro lado, se sentía exhausta.

Había logrado dormirse cuando eran cerca de las cinco de la madrugada y no había despertado hasta las dos de la tarde de ese mismo día. Por suerte, no había soñado nada, había caído en un sueño tan profundo que todo era un fundido a negro.

Cuando vio que eran las dos de la tarde dio un brinco sobre la cama.

Tenía muchas cosas que hacer.

Primero, quería revisar a conciencia su piso. No se fiaba de que no hubiesen puesto algún micrófono o cámara para espiarla, pues sabía que la mafia actuaba de esa forma. En segundo lugar, tenía que arreglarse, pues había quedado con Irene.

—¡Irene! —Saltó de la cama en busca del móvil y le envió un simple mensaje para recordarle que habían quedado aquella tarde. Solo se quedó tranquila cuando recibió respuesta por parte de ella diciéndole que se acordaba.

El resto de la tarde hasta las cinco menos cuarto la había pasado poniendo su piso patas arriba. Había revisado los cajones, debajo de las mesas y las sillas, toda la cocina, el comedor, su habitación y los aseos. Nada, no había encontrado nada. Quizá no habían escondido nada…

—Eh, ¿estás bien o no? Estás en la inopia.

Isabel parpadeó varias veces volviendo de sus pensamientos y la miró con una sonrisa.

—Sí, claro… todo bien —dijo cogiendo su taza de café, intentando aparentar naturalidad.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí, sí… —dijo encogiéndose de hombros.

Lo cierto era que no lo estaba. Desde que había salido por la puerta de su piso para quedar con Irene, tenía todos sus sentidos alerta. Se giraba cuando veía acercarse una persona, cualquier ruido más fuerte de lo normal la hacía brincar sobre la silla, se giraba para mirar de un lado a otro esperando encontrar a cualquier ruso vigilándola… no le extrañaba que Irene le preguntase si estaba bien, estaba totalmente ausente e inmersa en sus pensamientos.

Las palabras del señor Petrov en referencia a Irene y a hacerle daño la mantenían asustada. Era extraño cómo no le había importado poner su vida en riesgo, pero cuando le habían hablado de Irene, su única amiga, sí se había puesto alerta. El señor Petrov se había empapado de lo que era su vida para atacarla. Era cierto todo lo que le había dicho, estaba sola, totalmente sola si no fuese por su amiga Irene.

—Entonces, ¿te parece bien ir? —Isabel miró a su amiga sin comprender. Irene se dio cuenta de que, de nuevo, se había ausentado—. Isabel, en serio… si hay algo que te preocupe… sabes que puedes confiar en mí.

Ella le sonrió.

—No, no es nada, de verdad —dijo quitándole importancia y dio otro sorbo a su café—. Simplemente estoy pensando en la gran cantidad de expedientes que aún tengo que tramitar antes de Navidad. —Le sonrió—. Quiero quitármelos de encima lo antes posible.

—Bueno, pues mañana te pones a ello —rio Irene—. Ahora intenta despejarte un poco. ¡Es domingo! Descansa la mente. —Isabel asintió—. Te decía de ir el próximo fin de semana a comprar algún vestido o conjunto para la fiesta de Fin de Año.

—Sí, claro, me iría bien —aceptó gustosa—. Tengo algunos vestidos que están bien, pero me gustaría estrenar algo para

comenzar bien el próximo año.

—Algo de color rojo… y recuerda que también hay que llevar algo azul y algo viejo. —Dio unas palmadas—. ¿Vas a hacer algo esta Navidad?

—No. —Se encogió de hombros—. Supongo que estar tranquila en mi piso viendo películas navideñas.

—Yo voy a casa de mis tíos en Navidad, el resto de días nada de nada… así que si quieres podemos ir quedando. Oye, ¿quieres que les diga a mis tíos algo para que te vengas? No les importará tener más compañía…

—Oh, no, no… —dijo moviendo la mano rápidamente.

—Vamos, mis tíos son encantadores y no les importará nada poner otro plato más en la mesa. Mi tía siempre hace de comer para un regimiento —rio.

—Te lo agradezco mucho, Irene, de verdad… pero no te preocupes.

—¿Y qué vas a hacer el día de Navidad tú sola?

Isabel se encogió de hombros.

—No me importa estar sola. —Irene resopló—. Además, me apetece dormir hasta altas horas del día. Es mi plan perfecto, pero muchísimas gracias, de verdad.

Su amiga chasqueó la lengua.

—Bueno, tú piénsatelo. Si cambias de opinión, ya sabes… no habrá ningún problema. Por cierto, antes de que se me olvide, Roberto ha dicho que abrirá un grupo de WhatsApp para todos los que vamos a la cena de Fin de Año. Va a pagar un adelanto y luego dirá cuánto es por persona para hacerle un bizum.

—Perfecto.

—Espero que no suba mucho… —se encogió de hombros—. Ha encontrado un sitio chulísimo donde hacen cotillón y luego fiesta hasta altas horas de la madrugada. La idea, después del fiestón, es recibir el amanecer del primer día del año en la playa —rio.

Isabel abrió los ojos.

—Vaya, eso está muy bien. Seguro que nos divertimos mucho.

—Seguro que sí —rio Irene

Isabel acabó de dar un sorbo a su café y miró su reloj de muñeca: las siete y media.

—Creo que es hora de irnos a casa.

Irene miró su reloj de muñeca y abrió los ojos.

—¡Las siete y media! —exclamó—. Vaya, qué rápido pasa la tarde cuando se está entretenida —le sonrió—. Sí, vámonos ya. Mañana toca madrugar y todavía me quedan muchas cosas que hacer en casa… —dijo levantándose—. Tengo que vaciar el lavavajillas y poner una lavadora.

Isabel le sonrió mientras sacaba su monedero donde guardaba la tarjeta. Colgó su bolso en su hombro y fue hacia la barra.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Irene siguiéndola y viendo que llevaba la tarjeta en la mano.

—Hoy invito yo —pronunció Isabel.

—No, de eso nada —se negó extrayendo su tarjeta también.

—Oh, vamos… Irene, es solo un café —rio Isabel—. A la próxima invitas tú —le ofreció.

Irene hizo un gesto de no estar muy segura y finalmente aceptó.

—Está bien, pero a la próxima invito yo.

—Trato hecho —respondió Isabel llamando la atención del camarero con un movimiento de mano.

Salieron del local y, tras despedirse con un abrazo y un "hasta mañana", cada una tomó rumbo a su hogar.

Isabel se quedó mirando a Irene alejarse, observando a la gente con la que se cruzaba, nerviosa. ¿Cómo unas simples palabras podían poner a una tan nerviosa?

Cuando Irene giró la calle, suspiró y se obligó a dirigirse al subterráneo de La Maquinista donde había aparcado. Condujo durante un poco más de veinte minutos, mirando de un lado a otro.

Por su mente circularon imágenes de lo ocurrido la noche anterior: aquellos ojos tan azules frente a los suyos, cuando el señor Petrov la había tomado de la cintura acercando su cuerpo insinuante al de ella…

Inspiró con fuerza mientras esperaba a que un semáforo se pusiese en verde.

Condujo con aquellos enormes y azules ojos en su mente, tan cerca de ella… ¿por qué se sentía así? ¿Cómo un hombre que era todo lo contrario a lo que ella representaba podía atraparla de aquella forma? Aquella era la palabra, el señor Alekséi Petrov poseía un magnetismo que no había visto en ningún otro hombre; sin embargo, lo odiaba… Ella se encargaba de limpiar Barcelona de gente como él, gente peligrosa, pero en esta ocasión no podía dejar de recordarlo y sentir cómo su vello se erizaba.

Debía de estar enloqueciendo.

Lo que sí tenía claro es que era un hombre peligroso y, aunque lo hubiese desafiado una vez, sabía que era mejor no provocarlo.

Aparcó el vehículo en su parquin y subió hasta su piso situado en la segunda planta de un edificio residencial.

Nada más entrar a su piso, suspiró. Se quitó el abrigo y se dirigió al comedor. Su piso era pequeño, pero disponía de todo lo necesario para vivir allí: un comedor que tenía decorado de forma austera y desde el cual se salía a una terraza. Aquello era lo que más le había gustado de aquel piso, su enorme terraza donde tenía una mesita y dos sillas.

Antes de acceder al comedor, a la izquierda, había una cocina con todo lo necesario y desde la cual se accedía a un lavadero donde tenía la lavadora y la secadora. El lavadero daba a un patio de luces.

Desde el comedor, un largo pasillo daba acceso a tres habitaciones. Una, la que daba a través de una ventana a la terraza, era su habitación, y en el centro de esta había una gran cama de matrimonio donde dormía muy a gusto. Al final del pasillo había una habitación que tenía adecuada para los invitados, aunque nunca había acudido nadie, pero donde había puesto otra cama pequeña, y la siguiente era una habitación que había adecuado como despacho. Ahí era donde había invertido más dinero. Había comprado un enorme escritorio donde trabajaba y había rodeado toda la habitación con estanterías, excepto la pared de la ventana que daba al patio de luces, donde había colocado decenas de libros de la carrera y de las oposiciones, así como varios adornos que hacían referencia a la justicia, tales como una pequeña figura de la diosa de la justicia o las balanzas.

Al lado de la ventana había colgado su orla de la universidad. La miró con una sonrisa, realmente había conseguido todo lo que deseaba en aquella vida.

Inspiró y se apoyó contra la pared aún con aquellos ojos azules en su mente.

El señor Petrov era peligroso, pero ella no podía dejarse amedrentar por él. Ella era la única persona que podía hacerle frente, y pensaba hacerlo.

—Bien —dijo avanzando hacia el escritorio donde tenía su portátil e impresora—, hay que prepararse —susurró sentándose sobre su acolchada silla *Newskill Kitsune V2*.

Ya sabía que al señor Petrov no le constaban antecedentes penales, ni siquiera en la INTERPOL, sin embargo, pertenecía a una organización criminal.

Cogió un papel en blanco y apuntó su nombre, seguido del número tres en referencia a los tres hombres que ayudaban al señor Petrov y que había visto, aunque no sabía sus nombres.

—Zhiang Xu —susurró recordando el nombre que él había pronunciado con relación a la tríada china.

Debía documentarse de todo ello para estar preparada y, sobre todo, para comprender realmente la magnitud de lo que ocurría.

Lo cierto era que nunca se había enfrentado a un caso como aquel y, aunque le provocaba cierto temor, siempre había sido una mujer de acción, poco dada a asustarse. Por eso, en el fondo, también la emocionaba. Sí, tenía algo de masoquista en ese sentido.

Puede que no encontrase mucha información por internet, pero sí recabaría datos para comprender mejor el contexto y la situación.

Encendió el ordenador y fue a su buscador de internet.

—Zhiang Xu. —Tecleó en el buscador. Para su sorpresa, ese nombre aparecía bastante en internet—. ¿Qué es esto? —preguntó sorprendida.

El buscador había dado con un montón de páginas web donde salía dicho nombre.

En la primera web se hablaba de un famoso fotógrafo chino que había ganado varios premios de fotografía.

La segunda página llamó más su atención.

—Un empresario que tiene varios restaurantes chinos en Barcelona —susurró sorprendida. ¿Tendría que ver con la tríada china?

Zhiang Xu era el empresario de tres restaurantes chinos, uno de ellos ubicado en el Puerto Olímpico de Barcelona, otro en el barrio de *Sant Andreu* y otro en *Les Corts*. Aquel último estaba más o menos cerca de su barrio.

Entró en la sección de fotografías y observó ese restaurante.

¿Qué tenía que ver aquel hombre con la tríada china? Parecía un empresario de éxito, pues el último restaurante que observaba llevaba más de veinte años abierto.

Apuntó las localizaciones de los tres restaurantes y se quedó observando la web.

Echó para atrás y volvió al buscador.

—Mafia rusa en Barcelona —susurró tecleando y le dio a la tecla *Intro*.

El buscador arrojó un montón de webs, la mayoría de periódicos y noticias. Una noticia del dos mil dieciocho narraba que tres capos de la mafia rusa habían sido arrestados en Marbella y en Barcelona.

"Cae un peligroso jefe de la mafia rusa en el aeropuerto de Barcelona que iba a refugiarse en España: *desarticulada una red de la mafia rusa que blanqueaba dinero del crimen organizado en España, unos 300 000 euros diarios."*

—Caray —susurró asombrada por la gran suma de dinero.

Una de las noticias llamó en especial su atención: "el dueño de un restaurante de lujo en Barcelona entre los once detenidos por pertenencia a la mafia ucraniana". ¿Un restaurante? Igual que el nombre chino que le había dado el señor Petrov, el señor Zhiang Xu, que también tenía restaurantes.

Sí, sabía cómo muchos empresarios blanqueaban dinero a través de negocios y empresas, pero ¿sería posible que aquellos restaurantes sirviesen para eso?

Fue hacia atrás en el buscador y escribió.

—Tríada china en Barcelona —susurró mientras tecleaba.

El buscador arrojó muchas webs que hablaban también de noticias sobre esa mafia.

Se sorprendió cuando leyó justo lo que el señor Petrov le había mencionado.

"Desarticulada una tríada china dedicada a vender mujeres en España para ser explotadas sexualmente, trece de esos hombres en Barcelona. Durante la operación se han liberado a treinta y tres víctimas, una de ellas menor de edad."

Se le erizó la piel. Además, una de las ramas de la tríada se dedicaba al tráfico de drogas.

Según lo que el señor Petrov le había explicado, la tríada china operaba también a través del puerto marítimo de Barcelona, entrando mujeres para explotarlas sexualmente en Barcelona, suponía que con la ayuda de barcos que proviniesen de aquel país, en contenedores.

Se apoyó contra el respaldo de su silla y suspiró.

Podía investigar por su cuenta, sin necesidad de denuncia previa al señor Zhiang Xu, no iría mal averiguar un poco más para quedarse tranquila.

Quizá el señor Petrov solo estaba intentando desviar la atención de su organización y centrarla en otra, aunque algo dentro de ella le decía que le estaba proporcionando información veraz.

Si ambas mafias estaban interesadas en el territorio que abarcaba el puerto marítimo de Barcelona para llevar a cabo sus negocios, era normal y lógico que el señor Petrov le diese información fidedigna para intentar desarticular aquella organización criminal.

¿Debía creer a un capo de la mafia rusa?

Si era cierto lo que decía, seguramente ellos, los rusos, estarían evitando con la posesión de aquel territorio la entrada masiva de mujeres asiáticas para la prostitución.

Apagó el portátil y se levantó de la silla. Fue hacia su dormitorio y su mirada recayó sobre la tarjeta que le había entregado la noche anterior el señor Petrov. Fue hacia ella y se fijó en el número de teléfono. Lo guardó en la agenda de su móvil y rompió la tarjeta en pedazos, arrojándola a la papelera.

Aquella semana aprovecharía para investigar al señor Zhiang Xu. Quería saber si tenía algo más escondido o no. Con suerte, podría

desarticular dos organizaciones criminales de Barcelona.

Fue hacia la cocina para prepararse algo de cenar antes de irse a dormir, pues al día siguiente le tocaba madrugar.



7

Isabel acabó de redactar el escrito de acusación y se apoyó contra el respaldo de la silla en su despacho en el juzgado.

Aquel era su último día de guardia antes de coger vacaciones, el resto de días podría estar simplemente en su despacho firmando conformidades con los abogados particulares y, en una semana, sería libre por fin. Por suerte, aquel año le habían concedido todos los días de vacaciones que había pedido, excepto dos días que un compañero le había solicitado un cambio y ella había aceptado, de aquella forma el compañero podía irse de vacaciones toda una semana seguida. De todas formas, ¿qué iba a hacer ella? Nada, absolutamente nada, excepto en Fin de Año, donde quedaría con sus compañeros.

Sí, planeaba quedar con Irene algunos días, uno de ellos para ir a comprar algún vestido para la fiesta, pero aparte de eso… no tenía ningún plan.

Adjuntó el escrito de acusación y se lo envió a Irene por correo electrónico para que lo incluyese en el expediente y lo hiciese llegar al procurador del abogado particular.

Se quedó mirando el correo y le dio a actualizar. Había enviado el escrito solicitando la prueba oportuna del caso dos mil quince de aquel año hacía tres días, el caso del señor Petrov, y aún no tenía noticia alguna sobre si se había notificado al procurador de la parte contraria. Suponía que sí, pero de momento no le había llegado nada en cuanto a recurrir alguna de las pruebas solicitadas.

Suponía que el señor Petrov se había enfadado por el hecho de que recurriese el auto que denegaba la prisión provisional. Si a eso se le sumaba la prueba que había solicitado en cuanto a

documental, testigos y cotejo de datos… entraría en cólera seguro. Sabía que estaba jugando con fuego, pero quizá de aquella forma el señor Petrov se diese cuenta de que no estaba bromeando con él.

Suponía que el abogado particular del señor Petrov haría llegar en breve un escrito para recurrir la prueba solicitada por fiscalía y luego sería el juez quien debería acordar su práctica, o… quizá… no se negase y aportasen la documentación. Tenía curiosidad por saber lo que haría una organización criminal como la del señor Petrov.

Se levantó y fue hacia la puerta. Se asomó y miró a su amiga Irene.

—Irene, por favor, ¿puedes venir? —Irene la miró y asintió. Entró en el despacho y cerró la puerta—. ¿Qué tal? —preguntó.

—Con ganas de vacaciones —bromeó su amiga acercándose a la mesa de Isabel—. Dime, ¿qué necesitas?

Isabel se aseguró de que la puerta estuviese bien cerrada y cogió un trozo de papel donde apuntó un nombre.

—Toma —dijo entregándoselo. Irene lo miró y luego estudió a Isabel—. Necesito que pidas los antecedentes penales de esta persona.

—¿Zhiang Xu? —leyó Irene—. ¿Quién es?

Isabel apretó los labios y le sonrió.

—De momento busca antecedentes penales tanto en España como en la INTERPOL, pide al Registro de la Propiedad los inmuebles que tenga a su nombre y necesito un oficio a la Tesorería y a la Seguridad Social para saber sus cuentas corrientes y la vida laboral.

No quiso responder ni explicar nada a Irene sobre lo ocurrido.

Irene la miró confundida, pero finalmente asintió.

—Vaaaleee —respondió arrastrando la palabra.

Isabel la miró con una sonrisa tranquilizadora.

—Supongo que los antecedentes penales los tendrás hoy mismo. El registro, la Tesorería y la Seguridad Social tardarán un poco más. Pídelos ahora mismo —le pidió, luego inspiró hondo mientras se ponía en pie—. Y, sobre todo… —dijo bajando más el tono—, esto es algo entre tú y yo, nadie más debe saber sobre esto. Encárgate tú personalmente.

Irene asintió lentamente.

—Claro, tranquila… —susurró, aunque miraba preocupada a Isabel—. Mmm… abro un nuevo expediente o incluyo un anexo en alguno.

Isabel se quedó pensativa.

Si lo incluía en el expediente del señor Petrov, su abogado podría verlo y no quería eso. Sería mejor abrir uno nuevo, de todas formas, si el señor Zhiang Xu tenía abogado, no tendría constancia de aquella investigación durante la instrucción y solo lo sabría en el momento en que el señor Xu obtuviese el grado de investigado. De aquella forma, todo permanecería más en secreto.

—Abre uno nuevo, por favor —dijo avanzando hacia ella.

—Claro… —respondió pensativa. Nunca solía pedirle ese tipo de favores, aunque, como fiscal, la ley la amparaba a ello y podía hacerlo—. Te lo pido ahora mismo.

—Gracias —dijo Isabel. La acompañó a la puerta y la abrió—. Cuando tengas el expediente abierto, dímelo.

—En diez minutos está hecho, tranquila —respondió con una sonrisa.

Isabel cerró la puerta una vez Irene hubo salido de su despacho.

Fue hacia su silla y se sentó.

¿Se había excedido con la petición? No lo creía, aquello era lo primero que le arrojaría algo de claridad sobre el señor Xu, aunque también sabía que la mafia sabía esconder muy bien sus delitos. No era fácil dar con un cabo suelto que arrojase luz sobre un hecho delictivo o su encubrimiento.

Normalmente, ese tipo de organizaciones criminales tenían abogados y gestores que sabían perfectamente cómo encubrir sus blanqueos de capitales.

Cuando supiese si tenía antecedentes, sus cuentas bancarias y los inmuebles a su nombre, podría investigar más. También cabía la posibilidad de que el señor Petrov le hubiese tomado el pelo.

Irene se sentó y miró el nombre que había escrito la fiscal en el papel, así como la documentación que debía solicitar.

—Recuerda que hay que pagar el restaurante —dijo una voz a su espalda. Irene dio un brinco en su silla y se giró. Roberto la miraba

con una sonrisa—. Perdona, vaya susto, ¿eh?

—Y que lo digas —rio Irene llevándose la mano al corazón.

Roberto miró su mesa y luego arqueó una ceja en su dirección.

—Andas liada, ¿eh?

Irene asintió y, disimuladamente, ocultó con su mano el nombre que le había escrito Isabel en el papel.

—Sí, muy liada.

—Pues que no se te olvide hacerme el bizum, por favor —rogó —. Lo pagué todo ayer y me he quedado con la cuenta a cero —se sinceró e hizo un gesto de desagrado.

—Sí, claro… ahora mismo te lo hago y se lo digo también a Isabel.

—Vale, gracias —dijo divertido. Luego se apoyó en la mesa de Irene que lo miró enarcando una ceja—. Oye… —susurró. Irene se percató de que miraba a los lados, asegurándose de que ninguno de los oficiales que los rodeaban estuviesen pendientes de su conversación—. Quería pedirte si… bueno… mmm… Sé que estos últimos meses no hemos hablado mucho y… —tragó saliva. Irene lo miró tímida—, quería disculparme por ello. ¿Te gustaría ir a cenar conmigo esta semana? —preguntó rápidamente, como si necesitase soltarlo a bocajarro.

Irene puso su espalda recta y parpadeó varias veces. ¿Roberto? ¿Le estaba pidiendo una cita?

Apartó la mirada de él, avergonzada, y miró hacia la pantalla del ordenador. Roberto era un chico encantador y, para qué negarlo, era muy atractivo.

Hacía medio año, en una salida que habían organizado desde el juzgado entre todos los compañeros, habían bebido unas copas de más y los dos habían acabado contra la pared de la discoteca besándose con desenfreno.

Roberto siempre le había parecido muy atractivo, pero debía admitir que la bebida había jugado con fuerza a la hora de decidir besarse con él. Ella no era así, pero el calor del verano, la música, el baile, la bebida… la habían llevado a cometer uno de los mayores errores de su vida. Parecía que él pensaba igual, porque durante las siguientes semanas apenas se dirigieron la palabra, como si un muro

invisible se hubiera levantado entre ellos. Poco a poco habían recuperado la relación, pues eran grandes amigos, y las cosas habían ido calmándose entre ellos, aunque nunca habían hablado sobre lo acontecido.

Le sonrió y vio que él esperaba nervioso una respuesta.

—Claro, ¿por qué no? —respondió con una gran sonrisa.

—Bien —exclamó él—. ¿Te parece si te escribo esta tarde y concretamos un día?

—Sí, estaría muy bien —continuó ella emocionada.

Roberto dio un golpecito en la mesa, emocionado, y se puso en pie.

—Luego te escribo —dijo dando unos pasos atrás—. Me vuelvo a mi juzgado, aún tengo muchas cosas que tramitar antes de irme a casa.

Ella asintió con una sonrisa y lo saludó con la mano.

Observó a Roberto alejarse bastante tenso, aunque al girar por la puerta y observar su perfil, vio que estaba sonriente.

Se le aceleró el corazón. ¿Tenía una cita? Estuvo a punto de gritar en medio del juzgado, pero se contuvo. Siempre se había llevado muy bien con él, aunque ahora que le había pedido una cita comenzaba a verlo con otros ojos.

Intentó controlar su sonrisa y apartó la mano del papel donde Isabel había escrito el nombre y la documentación que debía solicitar.

Isabel acabó de redactar otro escrito de acusación y dio otro sorbo a su café.

Miró su reloj de muñeca y vio que marcaba la una y media de la tarde. En media hora se iría para casa.

Se levantó y salió de su despacho.

Se fijó directamente en la espalda de Irene que tecleaba con vehemencia las teclas de su teclado.

Al menos, no parecía haber más abogados allí para realizar conformidades. Muchas veces, los abogados hacían cola para hablar con ella, pero aquel día había acabado antes.

Se acercó a su amiga y situó una mano en su hombro.

—Eh… —le dijo—, ¿lo has pedido?

Irene asintió.

—En cuanto me he sentado… —le ofreció una gran sonrisa—, ¿sabes qué? —susurró—. Roberto me ha…

Isabel se puso totalmente firme y sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba su espalda cuando observó al señor Petrov entrar por la puerta del juzgado. Irene seguía hablando, pero era como una voz amortiguada que no comprendía.

¿Qué hacía allí? Lo vio entrar al juzgado acompañado de su abogado.

—¿Isabel? —preguntó Irene—. ¿Ocurre algo?

Isabel tragó saliva y se quedó paralizada observando al señor Petrov entrar por la puerta y avanzar hacia el mostrador. El corazón se le disparó y los oídos comenzaron a zumbarle. ¿Qué estaba haciendo allí?

Miró a su alrededor, ninguno de los oficiales allí presentes daba importancia al hecho de que el señor Petrov se encontrase en aquel lugar.

—Un segundo, Irene —pronunció sin apartar la mirada de él.

Los ojos de Alekséi se alzaron y la miraron fijamente justo cuando se situó frente al mostrador. Tenía una mirada muy poderosa, capaz de dejar a una helada y sin capacidad de reaccionar, aunque ese no era su caso. Sabía la razón por la cual la miraba así y por qué sus labios comenzaban a curvarse en una sonrisa sensual. Claramente quería intimidarla.

Si pensaba que iba a intimidarla con su mirada o presentándose allí lo llevaba claro.

Se puso firme y fue hacia él sin apartar la mirada de sus ojos.

—Señor Petrov… —pronunció ella situándose enfrente, con una voz grave y fría—, ¿qué hace usted por aquí?

Alekséi solo la miró sin mediar palabra.

—Fiscal… —pronunció el abogado acercándose—, mi cliente viene a firmar tal y como ordena el auto del juez. Entrega de pasaporte y firma cada quince días en el juzgado —le recordó.

En ese momento, la oficial le entregó un documento para que el señor Petrov firmase.

—Buenas tardes, señorita Olmo —saludó Alekséi con su acento ruso mientras cogía el bolígrafo.

Ella apretó los labios.

—Fiscal… —pronunció ella y ladeó su cabeza enfadada—, para usted señora fiscal —enfatizó.

Él alzó sus cejas y asintió dándole la razón, como si no le importasen sus palabras o la autoridad que pretendían reflejar. Estaba claro que era un hombre que no se dejaba impresionar fácilmente.

—Ya que está aquí, fiscal —continuó el abogado—, ¿tendría un momento para poder hablar?

Ella enarcó la ceja hacia el letrado y luego observó de reojo a Alekséi dejar el bolígrafo y entregar con una bonita sonrisa a la oficial el documento con su firma.

—¿Tiene hora, letrado? —le preguntó ella, retándolo.

—No, pero he pensado que…

—Pida hora, letrado, y podremos tratar personalmente el caso de su cliente —dijo muy seria. Dicho esto, miró un segundo al señor Petrov que tenía las manos en sus bolsillos con actitud despreocupada y se giró para dirigirse a su despacho.

—Fiscal —insistió el abogado—, será solo un minuto y…

—Letrado, ahora no puedo. Como le he dicho, pida hora —insistió ella.

—Señorita Olmo —intervino Alekséi. Ella lo miró con los labios apretados—, puede interesarle —pronunció serio.

Isabel se removió y miró alrededor. Al menos, todos los oficiales estaban inmersos en su trabajo y no prestaban atención.

Hubiese dicho que no, pero después de lo que había leído la noche anterior en internet sobre la tríada china, le interesaba también atraparlos. Puede que estuviese dispuesto a hacer un trato con ella, quizá quería confesarse culpable y dar información a cambio de una rebaja de la condena.

Isabel miró al letrado y suspiró.

—Está bien, tiene cinco minutos —dijo girándose directamente.

Fue hacia el despacho directa, al final del pasillo, y abrió la puerta. Entró dirigiéndose hacia la mesa y se giró para tomar asiento

cuando vio que en el interior del despacho se encontraba el letrado junto al señor Petrov.

Ella enarcó una ceja.

—Lo siento, señor Petrov, pero usted no puede estar en esta reunión… la reunión la realizaré solo con su letrado —pronunció. Alekséi miró seriamente a su letrado—. Supongo que su letrado estará al tanto de lo que quiere hablar u ofrecer.

—Mi representado querría estar delante para… —comenzó el abogado.

—Sabe que eso no puede ser, así que, por favor, salga de mi despacho —acabó con la voz más grave y una mirada enojada hacia Alekséi.

Este suspiró y, finalmente, asintió y se giró hacia la puerta. La abrió y salió cerrando tras de sí.

Isabel fue hacia su silla y tomó asiento, ofreciéndole al letrado con la mano que tomase la silla frente a la mesa y se sentase.

—¿Quiere negociar una condena? —preguntó ella directamente.

El letrado la miró extrañado mientras situaba su maletín sobre sus piernas.

—¿Una condena? —Se quedó en silencio unos segundos—. No, mi cliente es inocente de los cargos que se le imputan —respondió rápidamente.

Isabel rio y puso los ojos en blanco.

—No me tome por idiota, letrado —comentó volviendo su mirada hacia él.

—Jamás se me ocurriría hacer algo así —respondió directamente.

Ella se acercó a la mesa apoyando los brazos, sin apartar los ojos de él.

—¿Sabe lo que ocurrió hace unas noches? —El letrado negó con la cabeza—. Su representado me metió en un todoterreno y me llevó a una casa para persuadirme de que lo dejara… tranquilo —enfatizó. El abogado puso su espalda recta—. Sé perfectamente que su cliente, el señor Petrov, es el capo de una mafia rusa que trafica con armas y blanquea capitales. —El letrado la miraba extrañado—. Y sé que están en discusión con la tríada china por el territorio del puerto

marítimo de Barcelona, así que… le vuelvo a decir, no se haga el idiota conmigo. ¿Quiere llegar a un acuerdo o no?

El letrado se quedó unos segundos en silencio, aunque no parecía escandalizado por lo que ella le explicaba.

—Verá, lamento mucho lo que me explica, pero… ¿tiene pruebas de eso? —preguntó encogiéndose de hombros.

—La palabra de un fiscal es más que suficiente —remarcó ella.

El letrado chasqueó la lengua

—Verá, mi representado no quiere llegar a ningún acuerdo con Fiscalía, pero me ha pedido encarecidamente que le entregue esto —dijo abriendo su maletín.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Cualquier cosa que deba entregarme debe hacerlo a través del procurador —le recordó ella.

—Lo sé, pero no es propiamente de este caso —dijo tendiéndole un sobre.

Ella lo miró intrigada y, finalmente, lo tomo no muy segura entre sus manos.

Abrió el sobre y extrajo una carpeta.

—¿Qué es? —preguntó depositando la carpeta sobre la mesa.

El letrado negó.

—No ha querido decirme mucho, simplemente que usted lo comprendería.

Abrió la carpeta y encontró varias fotografías.

Le sorprendió cuando vio que las tres fotografías eran de un chino. Supo enseguida que eran de Zhiang Xu. Sin duda, aquel era el capo de la mafia china, según ellos, el máximo dirigente de la tríada china, el responsable de la trata de blancas en Barcelona.

No quiso observarlas más con el abogado delante.

—Me ha dicho que las consiguieron hace unos días, que son para usted y que, ante cualquier duda, tiene su teléfono.

Ella pestañeó y lo miró.

—No voy a retirar mi recurso contra el auto de las medidas cautelares —indicó Isabel.

—Tampoco se lo he pedido —respondió el letrado y le sonrió—. Creo que ambos sabemos que ese recurso no prosperará.

Ella inspiró y apretó los labios.

—Tampoco voy a retirar mi escrito de petición de prueba.

El letrado se encogió de hombros.

—Aunque no lo crea, señorita Olmo, somos más legales de lo que piensa…

Ella rio.

—Sí, claro —ironizó y se apoyó contra el respaldo—. José María, ¿verdad? ¿Puedo tutearle? —lo señaló.

—Claro.

—¿Qué se siente cuando estudias una carrera para defender el bien y la justicia y acabas justo en el bando contrario? Defiendes a capos de la mafia que trafican con armas y seguramente con drogas y estupefacientes. Dime… ¿puedes dormir bien por las noches? —acabó con asco.

El letrado no modificó ni un ápice su semblante. Luego, le sonrió.

—Como le he dicho, fiscal, somos más legales de lo que piensa.

—Ya lo veremos —dijo introduciendo de nuevo las fotografías en el sobre y se lo tendió.

—Oh, no… es para usted —dijo el letrado poniéndose en pie—. Si no las quiere, destrúyalas en la trituradora.

—Bien… —dijo Isabel. Luego se quedó pensativa unos segundos —, pues dígale a su representado que yo sí le ofrezco un trato. —El letrado enarcó una ceja—. Dígale que le ofrezco la pena mínima por posesión de armas sin licencia, solo por ese delito, y que se lo rebajaré en un grado por colaboración con Fiscalía para atrapar a la tríada china.

El letrado la miró y le sonrió. Directamente se puso en pie y negó.

—Lo siento, fiscal, pero como le he dicho, mi cliente es inocente de…

Ella se puso en pie y se echó hacia delante, apoyando las manos en su escritorio.

—¡Su cliente me cubrió la cabeza con una bolsa de tela y me amenazó! —le gritó—, así que conmigo no se haga el tonto. Si no acepta ese trato, le aseguro que iré a por él hasta verlo en prisión,

tanto a él como a los tres hombres que me secuestraron. Le estoy ofreciendo una salida en la que todos salimos ganando. —Dio un golpe en la mesa—. Así que antes de hablar en nombre de su cliente, consúltelo con él. Ahora, largo de mi vista —rugió con los dientes apretados señalando la puerta.

El letrado no dijo nada más, simplemente asintió y se giró encaminándose hacia la puerta.

Salió del despacho y cerró la puerta con sumo cuidado. Isabel aún tenía la respiración acelerada cuando se dejó caer sobre la silla.

Aquel abogado no parecía inmutarse por nada, ni siquiera cuando le había relatado los hechos ocurridos con su cliente. Tampoco era de extrañar, las mafias ya sabían a quién contrataban.

—Hijo de puta —susurró.

Tenía razón, no podía demostrar nada de lo que le había explicado, solo su testimonio sobre el secuestro. Además, en la calle donde había ocurrido no había nada abierto ni ninguna cámara que hubiese grabado el momento. Sabía que no tenía nada que hacer, solo contaba con la tarjeta que le había entregado el señor Petrov con su número privado y que ella misma había roto en varios pedazos. De todos modos, aquel número de teléfono sería, con toda probabilidad, uno de prepago.

—Mierda —susurró pasándose la mano por la frente, angustiada.

Miró el sobre y sacó las fotografías.

Estaba claro el mensaje que le estaba brindando con aquellos documentos. Tal y como le había dicho durante aquella noche, ellos mantenían a salvo la ciudad de aquellos depredadores asiáticos que traían a mujeres para la explotación sexual. Ellos eran el muro de contención más eficaz frente a ese tipo de mafia que operaba en Barcelona y, en parte, no le discutiría eso, ellos serían seguramente más eficaces que la policía. El problema era que también se trataba de una organización criminal constitutiva de delitos. Con aquellas fotografías le estaba poniendo en bandeja al jefe de la tríada china y también le daba a entender que tenía mucha más información que compartir con ella, siempre y cuando obedeciese sus normas y dejase de molestarle, es decir, que retirase el recurso y el escrito de solicitud de prueba.

Eso no iba a pasar, lo único que podía hacer era lo que le había ofrecido al letrado, un acuerdo de conformidad donde ambas partes saldrían beneficiadas, pero ni mucho menos iba a operar fuera del margen de la legalidad e iba a retirar sus escritos contra una banda criminal. Si quería llegar a una conformidad, la aceptaría, si no, seguiría el procedimiento como dictaba la ley.

En la primera fotografía, Zhiang Xu salía de la puerta trasera de un vehículo y entraba en la parte trasera de un local cuyo paradero no sabía dónde ubicar. Había un cubo de basura enorme y un poste de electricidad, pero podía ser cualquier calle de Barcelona o, incluso, de España. En la segunda fotografía, caminaba rodeado por varios hombres más. Estaba segura de que se trataba de su escolta. Por último, en la tercera fotografía, volvía a entrar en el vehículo oscuro.

Dejó las fotografías sobre la mesa y se quedó observándolas mientras intentaba recobrar la calma.



8

Yuri miró el mapa que habían desplegado sobre la gran mesa del comedor, un mapa de la ciudad de Barcelona.

Se cruzó de brazos y miró a su amigo Nikolau que señalaba con unas figuritas de cerámica los lugares donde creían que podía ubicarse la tríada china.

Miró hacia la ventana observando que ya había oscurecido y era noche cerrada, pese a ser las siete de la tarde.

—Los puntos rojos son los tres locales que pertenecen a Zhiang Xu —explicó Yuri—, al menos que nosotros sepamos. Las últimas noches los hemos visto entrar y salir de uno de ellos, seguramente han realizado reuniones.

—¿De cuál? —preguntó Alekséi.

Yuri señaló uno en concreto.

—Es de donde saqué las fotografías. El local es un restaurante, pero sospechamos que debe de tener un subterráneo donde se reúne con sus socios. —Alekséi asintió—. La entrada a Barcelona se realiza por barco, en contenedores…

—Seguramente también la realizarán por carretera o por aire —pronunció Sergei.

—Los aeropuertos de Gerona y Lérida están menos controlados, es posible que también transporten las mercaderías por esa vías —aportó Nikolau.

Alekséi negó con la cabeza.

—No las llames mercaderías…

—Las mujeres —rectificó Nikolau.

Alekséi inspiró hondo observando el mapa.

—Tenemos que darle donde más duele, que sepa que nosotros somos los que controlamos esta ciudad —pronunció con tono grave, cruzándose de brazos—. ¿Sabes cuáles son los locales donde llevan a las mujeres?

Yuri asintió.

—He investigado algunos de los burdeles de Barcelona, pero no parecen llevar a esas mujeres allí. La mayoría son rumanas o sudamericanas. No vi a ninguna mujer china.

—Deben de ser locales clandestinos —pronunció Alekséi pensativo.

—Eso mismo he pensado yo —respondió Yuri.

Alekséi dio unos pasos atrás y observó las armas que se encontraban sobre la mesa de cristal.

—¿Con quién está negociando? —preguntó.

Yuri negó con la cabeza.

—No lo sabemos. El local es un restaurante, entra y sale mucha gente.

Alekséi asintió pensativo.

—¿Cuántos hombres suelen acompañarlo?

—Cuatro o cinco —respondió Yuri.

Él asintió.

—Quizá deberíamos hacerle una visita —propuso provocando que sus hombres sonriesen—. ¿Crees que podrías indagar sobre los locales clandestinos?

—Podría preguntar —aceptó Yuri.

—Bien… —dijo acercándose a la ventana para observar. Las vistas desde allí eran impresionantes—, hazlo, quiero saber a dónde las lleva. —Se giró y los miró—. Nosotros podemos hacer una visita a ese local. —Señaló el punto que había marcado en el mapa.

—Claro —respondió Nikolau con una gran sonrisa—. Al fin un poco de diversión.

Sergei lo miró y ladeó su cabeza.

—¿Y la fiscal? ¿Qué hacemos con ella?

Alekséi avanzó hacia él.

—Es un hueso duro de roer —pronunció—. Esperemos un poco. Ayer le entregué unas fotografías en el juzgado. Es posible que ella

inicie su propia investigación y de esa forma lo acorralemos más. Respecto a mí… —Se encogió de hombros—, no me preocupa. ¿La tenéis vigilada?

—Sí, pero la fiscal solo va de su piso al trabajo y del trabajo a su piso. Muy de vez en cuando sale a comprar o queda con su amiga Irene… no tiene mucha vida social —explicó Yuri encogiéndose de hombros.

—Al menos no ha denunciado lo que hicimos el otro día —intervino Sergei—. Debe de estar asustada.

Alekséi comenzó a reír.

—¿Asustada? —ironizó—. Esa mujer tiene más huevos que muchos de nuestros hombres —pronunció. Se quedó callado y suspiró—. Yuri, seguid controlándola durante el día, en cuanto a Zhiang Xu, vigiladlo de cerca, todo nos da a entender que parece ser el líder de la tríada, pero hay que asegurarse.

—¿Le hacemos entonces una visita? —preguntó Nikolau frotándose las manos.

Alekséi los miró y una sonrisa de soslayo se dibujó en sus labios.

—Hay que controlarlo, quiero saber quiénes son sus socios —respondió.

—Mandaré a más hombres a controlar los otros locales, por si se le ve por ahí —informó Yuri.

Alekséi avanzó hasta el mapa y observó el punto azul donde estaba el restaurante al que solía acudir Zhiang Xu las últimas noches.

—Si lo ven, que hagan fotografías de cada una de las personas que entran y salen del local —ordenó—. Nosotros, por lo pronto… —miró a sus cuatro hombres—, vigilaremos este local. —Miró directamente a Yuri—. Parece su centro de reuniones.

—Al menos en los últimos días —respondió este.

—Veremos si hay suerte. —Fue hacia la mesa de cristal y cogió una de las armas situándola en su cinturón—. Preparaos.

—¿Quieres que lo capturemos? —preguntó Sergei situándose a su lado y cogiendo una de las armas.

—A él no —contestó Alekséi—, pero sí a uno de sus hombres o socios, por eso es muy importante saber quiénes son. Si capturamos

a Zhiang Xu, seguramente no le sonsacaremos nada, sin embargo, sus hombres o los socios se consiguen con dinero… y en eso estoy seguro de que puedo ganarle. —Miró a sus hombres mientras cogían también sus armas—. Iremos en dos vehículos.

Isabel se asomó a la esquina y observó el cubo de basura y el poste de electricidad. Puede que fuese coincidencia, pero eran iguales que los que aparecían en una de las fotografías que le había entregado el abogado del señor Petrov.

Giró la esquina y miró el letrero de aquel restaurante chino: "*El dragón rojo*".

El restaurante hacía esquina y tenía una enorme vidriera a cada lado donde se veía el interior. Era un local bastante amplio con mesas distribuidas por la estancia y, al final, una barra desde donde distribuían los platos que iban dejando desde cocina. Al lado de la barra había un pasillo largo por donde supuso que se accedía a los aseos y a la cocina.

No estaba muy concurrido, así que no tendría problema para pedir una mesa y cenar.

Ese era uno de los locales que, en principio y según internet, pertenecían al señor Zhiang Xu, el nombre que le había facilitado el señor Petrov y que, según él, era el líder de la tríada china.

Había buscado su rostro por internet, pero no lo había encontrado. Necesitaba saber si era el mismo de las fotografías que le había entregado el abogado del señor Petrov.

Miró de un lado a otro y suspiró. De primeras, había pensado en decirle a Irene que la acompañase, pero quería hacer esto sola y no inmiscuir a su amiga. Se había dirigido allí en transporte público, usando el metro, y se disponía a cenar en ese restaurante.

Suponía que al ser una noche entre semana no estaría tan concurrido como los fines de semana.

Fue hacia la puerta sujetándose al bolso y entró.

Uno de los chinos se acercó a ella.

—¿Mesa para uno? —preguntó.

—Sí —respondió ella.

El chino la llevó hasta una de las mesas para dos personas situada al lado de la vidriera y tomó asiento. En la mesa, cubierta por un mantel de color rosa, había una carta con los menús y los platos sueltos que podía elegir.

Según indicaba la placa situada al lado de la barra, el aforo era de sesenta y seis personas.

Había tres parejas cenando y un grupo de cinco personas al final del local.

El local estaba bien decorado, con unos cuadros que simulaban varios dragones en un bosque chino con templos de angulosos tejados en cada pared. En cada esquina había una figura sobre una columna de un dragón en varios colores, sobre todo verde y rojo y, en el techo, en una escayola dorada, había una figura de un dragón.

Miró a su alrededor, aunque no veía nada sospechoso. Extrajo el móvil y vio que tenía un mensaje.

Roberto le había enviado un mensaje.

Roberto: Recordad ingresar los noventa euros para la cena y el cotillón de Fin de Año, por favor.

—Mierda —susurró abriendo su aplicación del banco, pues se le había olvidado ingresarle el dinero, pero era algo que iba a remediar en aquel preciso momento.

Hizo el ingreso justo cuando observó que por la puerta entraba un grupo formado por tres hombres, todos asiáticos.

Sintió cómo sus músculos se tensaban, incluso cómo se quedaba sin respiración cuando reconoció al primero de ellos. Todos los asiáticos tenían rasgos similares, pero sin duda aquel hombre era el señor Zhiang Xu.

—Joder —susurró apartando la mirada de él.

Soltó el móvil sobre la mesa y cogió la carta, abriéndola y concentrándose en ella.

Aún no había recibido la documentación que había solicitado sobre él, solo sabía que no le constaban antecedentes penales, igual que con el señor Petrov, pero esperaba que durante la Navidad o pocos días después le llegase la documentación requerida a la Seguridad Social, así como las cuentas bancarias y registros.

Se quedó totalmente paralizada cuando este avanzó hacia el pasillo. Isabel no se movió ni un pelo e intentaba disimular haciendo ver que miraba la carta.

Algo llamó su atención, le pareció que el hombre la miraba unos segundos y luego intercambiaba palabras con los hombres que lo seguían.

Zhiang Xu fue hacia el pasillo y, finalmente, Isabel lo perdió de vista. Solo en ese momento recuperó la respiración que había estado conteniendo. Pensar que podía estar en el mismo lugar que el capo de la mafia china y sin protección alguna le ponía los vellos de punta.

Tragó saliva y miró hacia ese pasillo disimuladamente. Quizá para el resto de personas fuese solo el jefe del restaurante, aunque dudaba siquiera que se hubiesen dado cuenta de que había entrado, pues las parejas y aquel grupo de jóvenes estaban entretenidos hablando. Estaba claro que aquel hombre iba con sus guardaespaldas, protegiéndolo.

Se le aceleró el corazón, pero también necesitaba saber.

—¿Qué desea pala bebel? —dijo uno de los camareros situándose frente a ella, con un marcado acento chino.

Ella lo miró y luego miró la carta.

—Agua —contestó.

—¿Sabe qué quiele pala cenal?

Ella centró su atención en la carta.

—Sí, una ensalada china y unos rollitos de primavera, por favor —contestó cerrando la carta.

—¿Algo más?

—No, de momento no, gracias —dijo situando la carta sobre la mesa, luego se puso en pie y tomó su bolso—. Disculpe, ¿el aseo?

El camarero le señaló hacia aquel pasillo.

—Plimela puelta a la izquielda —le informó.

—Gracias —contestó dirigiéndose directamente hacia allí.

Pasó entre las mesas y tomó el pasillo. Tal y como había deducido, aquel pasillo conducía a la cocina situada a la derecha, donde podía ver a través de una ventana redondeada en la puerta a los cocineros preparar los platos. Al final del pasillo había una

pequeña sala donde, para su sorpresa, se topó con la mirada directa de Zhiang Xu, el cual parecía estar manteniendo una conversación con uno de los camareros, rodeado de los otros dos hombres en actitud vigilante.

Aquel hombre tenía una mirada que asustaba. Le recordó en parte a la mirada de Alekséi.

Entró rápidamente en el aseo y suspiró. Había ido allí con la esperanza de sacar algo en claro, de saber si iba por buen camino o no.

Aquel hombre, Zhiang Xu, era imposible que tuviese idea alguna sobre la petición que había realizado en el juzgado sobre sus negocios, pero si algo tenía claro era que aquel hombre tampoco era trigo limpio.

Se miró en el espejo y suspiró.

Cenaría y se marcharía de allí. Si gracias a la documentación que había solicitado en el juzgado y que esperaba recibir en pocos días encontraba indicios delictivos, tendría que citarlo al juzgado, por eso mismo no quería que la reconociese, ni siquiera que le sonase su rostro.

Tampoco había pensado en que él se presentase allí, solo quería observar qué tipo de local era, pero aquello era mucho mejor. Le sorprendía que fuese el mismo rostro de las fotografías entregadas por el abogado del señor Petrov. Si estaba en lo cierto, como creía que podía ser, quizá lograría atrapar no solo a un capo de la mafia, sino a dos.

Inspiró hondo y salió del aseo cogiendo su bolso con fuerza. Miró disimuladamente hacia la sala donde se encontraba el señor Zhiang Xu en compañía de sus dos guardaespaldas y el camarero y sintió cómo todas sus miradas se centraban en ella. Su corazón se aceleró cuando los encontró a los cuatro observándola. Sí, estaba claro que no querían visitas por allí.

Fue directa hacia su mesa y encontró el plato de la ensalada ya servido.

Se sentó y dejó el bolso colgado de la silla.

Removió la ensalada con la salsa blanca e iba a pinchar unos trozos de lechuga cuando su móvil sonó.

Abrió rápidamente el bolso y tragó saliva cuando vio que en la pantalla de su móvil aparecía el nombre: *Alekséi Petrov*. ¿Qué hacía llamándola? Aquello no podía ser.

Colgó directamente y miró de un lado a otro, asustada.

Iba a meterse el tenedor en la boca cuando de nuevo volvió a sonar su móvil, indicando en la pantalla el nombre del señor Petrov.

—Joder —susurró quitándole el volumen. Apretó los labios y descolgó antes de llevárselo al oído—. Usted no puede llamarme —dijo con los dientes apretados—. Así que ni se le ocurra volver a marcar mi número —pronunció con un tono tenso, pero bajo, ya que no quería llamar la atención de nadie.

Iba a colgar cuando la voz grave de Alekséi la dejó petrificada.

—Levántese de la mesa y salga poco a poco del restaurante. Ahora —ordenó.

El corazón se le disparó y miró de un lado a otro, nerviosa.

—¿Qué? —preguntó removiéndose sobre la silla. Miró el restaurante a lo largo y ancho sin encontrar a nadie que fuese sospechoso, luego se fijó en la gran ventana que tenía al lado y pensó que debía de estar vigilándola desde fuera.

—El señor Zhiang Xu se encuentra reunido en una sala con dos de sus matones, no sé qué ha hecho, pero me temo que la han reconocido, ya que señalan hacia su mesa… —Aquella afirmación provocó que todos los músculos de su cuerpo se tensasen—. Salga de ahí poco a poco y con naturalidad. ¡Ya!

Isabel carraspeó y miró en dirección a la ventana, luego giró su cabeza hacia el pasillo donde, justamente, el camarero miraba en su dirección. Fue coincidir la mirada con él y el camarero se dio media vuelta.

—Mierda —susurró levantándose poco a poco.

¿Cómo sabían de quién se trataba? Se había dado cuenta de que cuando había ido al aseo los cuatro hombres la habían observado, igual que cuando había salido de él. Ella nunca había tenido contacto con el señor Xu ni había acudido al restaurante. ¿Sabía que se trataba de la fiscal de Barcelona? ¿Eran conscientes de que había solicitado documentación sobre él y sus negocios?

Ahí estaba pasando algo raro… raro y peligroso para ella.

Se giró mientras cogía su bolso para dirigirse a la puerta cuando los dos hombres que acompañaban al señor Zhiang Xu se asomaron al comedor coincidiendo la mirada con ella.

Sí, estaba claro que algo sabían o, al menos, sospechaban.

—Joder —susurró acelerando el paso en dirección a la puerta de salida.



9

Alekséi se encontraba sentado en el asiento del copiloto. Sergei era el encargado de conducir y en las plazas traseras iban Nikolau y Dmitri. Yuri había quedado con otros de sus hombres para vigilar otros locales.

Desde allí, dentro del vehículo, observaban a través de unos prismáticos el interior del local llamado *El dragón rojo*, un restaurante chino que ahora mismo no estaba muy concurrido. En el rato que llevaban habían visto entrar a pocas personas.

—Tengo hambre —pronunció Nikolau desde atrás.

—Aguántate —respondió Alekséi—. Dentro de un rato podemos pedir unos bocadillos en el bar de ahí detrás —indicó llevándose de nuevo los prismáticos a los ojos.

Sergei lo miró gracioso.

—¿No prefieres ir a cenar al chino? —bromeó.

Alekséi enarcó una ceja en su dirección y chasqueó la lengua.

Por lo que decía Yuri, los anteriores días el señor Zhiang había acudido a aquel local. Sin duda alguna, tantas reuniones seguidas solo podían significar una cosa: estaban buscando socios o inversiones.

Yuri debía de tener razón, aquel restaurante debía de tener un sótano adecuado que sirviese como tapadera para llevar a cabo sus turbios negocios, como la trata de blancas, un lugar a ojos de todo el mundo que podía pasar por un sótano destinado a guardar alimentos y bebidas, pero que, cuando era necesario, podían acondicionar para mantener reuniones.

—¿Sobre qué hora dijo Yuri que llegaba el señor Zhiang al local?

—Sobre las nueve —respondió Dmitri desde atrás.

—Son las nueve y diez y, de momento, nada de nada —comentó Nikolau.

—Démosle un margen de tiempo —pronunció Alekséi con los prismáticos en las manos.

—Joder, me muero de hambre —repitió Nikolau.

Alekséi resopló y se giró hacia él.

—Si no vas a parar ve y compra unos putos bocadillos en el bar de la esquina —comentó con el ceño fruncido.

—Perfecto —dijo rápidamente—. ¿De qué los queréis?

—Eh, eh… —intervino Sergei y golpeó en el brazo a Alekséi.

—¿Qué? —respondió este de mal humor.

—¿Esa no es tu fiscal? —preguntó con los prismáticos en los ojos.

—¿Qué? —preguntó girándose para mirar en dirección a donde su compañero le indicaba.

Se llevó los prismáticos a los ojos y observó a aquella muchacha que miraba en la esquina el contenedor y el poste de luz. Reconoció su perfil de inmediato. Cada vez que la veía, más cuenta se daba de lo hermosa que era. Su nariz respingona, sus pómulos sonrosados… aunque ahora la oscuridad no le permitiese verlos. Llevaba la melena rubia suelta por el hombro, muy lisa. Era preciosa, pero lo que más le gustaba de aquella mujer y le hacía respetarla era su valentía y su fuerte carácter, no había conocido a ninguna mujer como ella—. ¿Qué cojones está haciendo aquí? —susurró asombrado.

Tanto Nikolau como Dmitri que miraban desde atrás se acercaron a la ventanilla para observar.

—¿Es ella? —preguntó Nikolau.

—Sí —respondió Alekséi.

—¿Y qué pinta aquí? —continuó Nikolau desde atrás.

Alekséi se giró levemente hacia él hecho un manojo de nervios.

—¿Te crees que yo lo sé? —le preguntó—. Joder…

Sergei miró a su jefe de reojo.

—Ya es casualidad… —pronunció lentamente—, ¿crees que tiene algo que ver con…?

Ni siquiera pudo acabar la frase antes de que Alekséi lo interrumpiese.

—No, no tiene nada que ver —intervino cortante—. Se está fijando en el cubo de la basura y en el poste de la luz, los mismos que salían en la foto. Debe de estar investigándolo. —Se llevó de nuevo los prismáticos a los ojos para observarla mejor—. Es una mujer demasiado íntegra como para pertenecer a la tríada china.

—Entonces… eso es bueno, ¿no? —propuso Nikolau—. Si lo está investigado… quiero decir.

Alekséi le dio la razón con un leve movimiento de cabeza. Estaba claro que debía haber investigado por internet sobre el señor Xu y, posteriormente, con las fotografías cedidas por el abogado de Petrov, había decidido investigar los locales igual que ellos.

—Qué huevos tiene, joder —pronunció Sergei—. Está entrando al local.

—Está loca, os lo dije —comentó Dmitri.

Alekséi inspiró hondo cuando vio a través de los prismáticos que un asiático la acompañaba a una de las mesas para cenar.

—¿Qué pretendes? —susurró Alekséi sin perderla de vista.

La habían sentado al lado de la ventana, por lo que era fácil verla. Vio cómo cogía la carta para decidir la cena, pero apreció sus movimientos observando e investigando el local. Estaba claro que no estaba allí de casualidad, que había ido con un propósito.

—Se ha detenido un coche negro delante del local —comentó Dmitri desde atrás.

Alekséi movió sus prismáticos para observar la puerta delantera justo cuando reconoció con toda claridad que de esta salía Zhiang Xu.

—Mierda —pronunció.

—¿Qué? —preguntó Nikolau.

—Zhiang Xu, acaba de llegar —explicó Sergei que también los observaba.

Dmitri los miró confundidos.

—¿Seguro que esa fiscal no tiene tratos con la mafia china? —preguntó asombrado.

Alekséi apretó los labios y volvió la mirada hacia Isabel, la cual seguía mirando la carta con naturalidad.

Supo que ella no tenía nada que ver con la mafia china cuando su rostro cambió, expresando sorpresa al ver entrar en el local al señor Xu. Fue solo un segundo, pero suficiente para saber que lo había reconocido de las fotografías que le habían entregado.

—Mierda —susurró Alekséi. Observó cómo ella apartó rápidamente la mirada y subió la carta como si así pretendiese cubrir parte de su rostro.

El camarero se situó ante ella anotando los platos que quería cenar y, posteriormente, Isabel se puso en pie y se dirigió al pasillo.

—¿Adónde va? —preguntó Sergei.

Alekséi sintió su corazón latir rápidamente al verla ir por el pasillo y meterse en la puerta que suponía debía de ser el aseo.

Resopló y se fijó en Zhiang Xu que se encontraba junto a sus dos hombres y un camarero. Le sorprendió cuando Zhiang Xu señaló en dirección al aseo y habló enfadado hacia sus hombres. ¿Por qué señalaba hacia el aseo donde se encontraba Isabel? De hecho, todos los hombres que lo acompañaban miraban en aquella dirección.

Zhiang Xu empujó a uno de sus hombres, enfadado, y luego señaló en dirección al baño de nuevo, donde se encontraba Isabel.

—Esto no tiene buena pinta —susurró Alekséi.

Inspiró hondo cuando vio que ella salía del aseo y los cuatro hombres la miraban. Sí, sin duda ahí ocurría algo. Estaba claro que Isabel no parecía ser consciente del peligro que corría, pero él llevaba demasiado tiempo en ese negocio como para no detectar cuándo se corría un riesgo.

Vio cómo ella iba hacia la mesa y se sentaba. Tragó saliva y observó a Zhiang Xu dando unas órdenes hacia sus hombres. Pudo apreciar que uno de ellos se asomaba para mirar en dirección a Isabel y luego se giraba hacia Zhiang para aceptar las órdenes.

Sus nervios se incrementaron cuando vio que aquel hombre se aseguraba de llevar un arma escondida bajo la americana.

—Joder, Alekséi —exclamó Sergei consciente también de lo que ocurría. Alekséi resopló y tomó su móvil directamente. Buscó en su agenda con rapidez, marcó el número de teléfono de Isabel y se lo llevó al oído—. ¿Qué haces?

Alekséi esperó a que ella cogiese el teléfono. Pudo apreciar cómo Isabel observaba el móvil y luego colgaba.

Separó el móvil de su oreja y lo observó sorprendido.

—¿Me ha colgado?

Sergei inspiró hondo mientras miraba por sus prismáticos.

—Si no la sacamos de ahí la matarán —indicó Sergei.

Alekséi volvió a marcar el número, aunque esta vez abrió la puerta del vehículo. Se aseguró de que llevaba también un arma en el cinturón de su pantalón.

—Preparaos —ordenó a sus hombres, los cuales cogieron sus armas mientras el teléfono sonaba en su oído—. Vamos, cógelo —pidió sin moverse de al lado del vehículo, preparado para actuar si hacía falta.

Suspiró cuando Isabel descolgó al otro lado de la línea.

—Usted no puede llamarme —reconoció la voz de Isabel enfadada—. Así que ni se le ocurra volver a marcar mi número.

—Levántese de la mesa y salga poco a poco del restaurante. Ahora —ordenó Alekséi dando unos pasos al frente.

—¿Qué?

—El señor Zhiang Xu se encuentra reunido en una sala con dos de sus matones, no sé qué ha hecho, pero me temo que la han reconocido, ya que señalan hacia su mesa…. Salga de ahí poco a poco y con naturalidad. ¡Ya! —ordenó con un grito mientras cerraba la puerta de su vehículo y miraba a sus hombres. Con una sola mirada ya se entendían.

Dmitri y Nikolau salieron de la parte trasera del vehículo listos para actuar si su jefe se lo ordenaba mientras Sergei se quedaba al volante por si tenían que salir de allí a toda prisa.

Alekséi observó a Isabel caminar en dirección a la puerta con todos los músculos en tensión y mirando hacia atrás asustada.

Su alarma se encendió del todo cuando observó cómo uno de los hombres del señor Xu comenzaba a caminar detrás de ella. Isabel avanzó más rápida y abrió la puerta del restaurante con un gemido asustado.

Aquello no podía estar sucediéndole. ¿Qué pretendían aquellos hombres? ¿Cómo la habían reconocido?

Salió del restaurante a toda prisa mientras sujetaba el bolso en su pecho, con la respiración acelerada y los latidos de su corazón desbocados. El aire frío provocó que su melena volase hacia atrás mientras aceleraba el paso.

Gimió cuando vio que el hombre asiático salía del restaurante con la mirada clavada en ella y se introducía una mano en el interior de la americana. Su corazón lo comprendió. Aquel gesto le dio a entender que llevaba un arma y que no dudaría en dispararle. Debía llegar al metro lo antes posible y huir de allí.

Iba a comenzar a correr, pero no tuvo tiempo de reaccionar.

Alekséi llegó hasta ella y la abrazó con un brazo haciéndola girar y situándola a su espalda.

El movimiento de él fue excesivamente ágil, rápido, sin que ella tuviese un segundo siquiera para reaccionar o intentar zafarse de aquel abrazo que la situó a la espalda de Alekséi, protegiéndola. En aquel momento fue cuando se sintió segura.

Alekséi fue más rápido que el asiático y con un movimiento acelerado extrajo un arma de su cinturón apuntando al asiático que iba tras ella, el cual quedó paralizado.

Isabel gimió y dio unos pasos atrás, atemorizada al ver que Alekséi apuntaba con un arma a aquel hombre.

—Quieto —ordenó Alekséi al asiático.

El hombre alzó sus manos nervioso y tragó saliva.

Alekséi se giró levemente para observar a Isabel a su espalda, abrazada a su bolso y temblando de miedo. Miró de reojo a Nikolau que se acercaba por detrás.

—Llévala al coche —le ordenó.

Isabel miró hacia Nikolau que se acercaba apresurado. La tomó del brazo y comenzó a arrastrarla hacia el vehículo.

Alekséi miró al frente, hacia ese hombre que permanecía a escasos metros de él y que se había acercado a Isabel con malas intenciones.

—¿Qué pretendías hacer, hijo de puta? —bramó.

Isabel se giró al escuchar aquel grito furioso por parte de Alekséi. Lo cierto era que con aquella postura y el arma en sus manos la imagen era sobrecogedora.

El asiático se removió sobre sus pies. Alekséi miró a la espalda de ese hombre y pudo ver cómo otro hombre asiático se había quedado en la puerta sin atreverse a salir del local, pues había visto cómo apuntaba a su compañero con el arma. Eran unos cobardes.

El resto de personas que se encontraban en el bar no parecían ser conscientes de lo que estaba ocurriendo fuera.

Rugió y fue hacia él cogiéndolo del brazo, se lo dobló haciéndole agacharse mientras el asiático gritaba y le colocó la pistola en la cabeza.

Isabel gritó al verle hacer aquello, pensando que en cualquier momento con un disparo esparciría sus sesos sobre el asfalto.

—Entra —le ordenó Nikolau abriendo la puerta del vehículo. Isabel se negó, no porque no quisiese entrar, sino porque quería ver lo que ocurría. Nikolau la empujó—. Vamos, Isabel, entra —pronunció.

Ella apretó los labios y, finalmente, subió al vehículo.

Al otro lado del asiento se encontraba Dmitri, el cual tenía un arma en sus manos y se echó al final del asiento para que ella pudiese acomodarse.

Isabel se sentó a su lado, temblorosa, situando el bolso entre sus rodillas.

Alekséi empujó al asiático hacia el vehículo, sin ningún miramiento, presionando el cañón de su arma contra la cabeza del hombre.

—Saca unas bridas —pronunció esta vez en ruso.

Nikolau cerró la puerta dejando a Isabel en el interior mirando asustada a Dmitri y a Sergei.

Fue el mismo Nikolau el que anudó con las bridas las manos del asiático a la espalda.

—¿Nos lo llevamos? —le preguntó mientas el asiático se removía nervioso.

Alekséi apretó más el arma en su cabeza provocando que el asiático gimiese atemorizado.

—Nos va a dar la información que necesitamos —seguía hablando en ruso.

Directamente elevó su arma y le golpeó con la culata en la sien, dejándolo inconsciente.

Tanto Alekséi como Nikolau tomaron su cuerpo inconsciente y lo arrojaron al enorme maletero con nula delicadeza.

Nikolau acabó de introducirlo mientras Alekséi rodeaba el vehículo apuntando en dirección al restaurante, dispuesto a disparar si hacía falta, aunque parecía que el otro asiático, mucho más joven que el que acababan de meter en el maletero, se había quedado bloqueado ante la situación y no se movía de allí, pese a que el señor Zhiang Xu le gritaba desde el otro lado del local.

En ese momento, comprobó que todos los que antes se encontraban cenando dentro del local se habían escondido debajo de las mesas, conscientes ya de lo que ocurría.

Alekséi se sentó en el asiento del copiloto a la vez que Nikolau. Sergei puso primera y aceleró quemando rueda, derrapando para girar a la derecha y alejarse del local.

Alekséi se giró desde el asiento del copiloto y miró directamente a Dmitri.

—Vigila que no se despierte —ordenó. Dmitri se incorporó con el arma en la mano, observando al asiático inconsciente en el maletero, luego desvió su mirada hacia Isabel, la cual tenía los ojos llorosos y temblaba. Aun así, cuando sus ojos coincidieron con los de Alekséi, este la miró fijamente—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó como si su presencia le molestase.

—¿Tú que crees? —preguntó de los nervios—. ¡Investigar!

—Creo recordar que te dije que creíamos que Zhiang Xu era el capo de la tríada china, ¿verdad? —continuó cada vez más furioso—. Y tú… —rugió provocando que ella apretase los labios—, vienes aquí sola, a su local…

—Tú me diste la información —lo interrumpió con otro grito.

—¡Pero para que lo investigases desde tu confortable despacho!

Sergei miró de reojo a su jefe sin decir nada mientras este se encontraba mirando hacia atrás y con el arma aún en la mano. Dmitri y Nikolau se observaban también de reojo sin saber cómo actuar ante aquella explosión de su jefe… aunque lo cierto es que ella tampoco se quedaba corta.

—Tú no tienes que decirme cómo debo hacer mi trabajo —se señaló a sí misma.

—¿Y si no llegamos a estar nosotros aquí? —le gritó—. ¿Eres consciente de que te has puesto en peligro para nada?

Ella seguía mirándolo fijamente, colérica.

—¿Y a ti eso qué te importa? —le espetó.

Se quedaron mirándose unos segundos, como si se retasen, hasta que Alekséi se giró y se sentó correctamente con movimientos tensos.

Resopló y guardó su arma en la guantera del vehículo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sergei en ruso.

—A casa.

—¿Qué? —gritó ella desde atrás—. ¿Qué decís? Hablad en castellano.

—Menudo genio —comentó Sergei en ruso de nuevo.

—¿¡Qué decís!? —gritó ella.

Alekséi la miró enfadado.

—Vamos a llevarte a casa.

—¿A mi casa? —preguntó más tranquila.

Él la miró sin comprender.

—¿A tu casa? —preguntó con una sonrisa socarrona—. ¿Acaso quieres morir? Te tendrán vigilada. Te vienes con nosotros.

—¿Qué? —volvió a gritar—. No, ni hablar. No pienso ir con vosotros.

—Y tanto que sí…

—Pero bueno, ¿tú qué te has creído? Tú no eres nadie para darme órdenes a mí —protestó mientras él enarcaba una ceja.

El resto del equipo se miraban de reojo.

Isabel abrió su bolso y rebuscó hasta que extrajo el móvil.

No hizo falta que Alekséi dijese nada, con una simple mirada a su compañero Dmitri, este le quitó el móvil de las manos a Isabel y se lo dio a su jefe.

—Ehhh —se quejó ella.

—¿Qué pretendes hacer con el móvil? —se burló.

—¡Llamar a la policía! —rugió.

Alekséi rio y luego ladeó su cabeza mientras la observaba. Se puso más serio. Ella tragó saliva al verlo así.

—Me parece que no eres consciente del lío en el que estás metida…

—Ah, ¿y por qué estoy en este lío? —se quejó ella.

—La tríada china no tiene tanta paciencia como nosotros… ni como yo —pronunció lentamente, aunque su tono de voz era imperativo—. Lo primero que harán será dirigirse a tu piso y…

—¿Cómo sabes que vivo en un piso? —lo interrumpió.

—Y si te encuentran, te matarán.

Ella rugió.

—Esto es culpa tuya —lo amenazó.

Él se encogió de hombros.

—Eres demasiado impetuosa y entrometida…

—Soy fiscal —repitió ella.

—Si no llega a ser por nosotros, ahora mismo estarías desangrándote sobre el asfalto —pronunció él, lo que provocó que ella se estremeciese—, y es lo que pasará si te dejamos en tu piso. La tríada irá, te capturará y te matará. ¿Quieres eso? —preguntó. Ella se removió nerviosa y miró a los dos hombres que tenía al lado —. ¿Lo quieres o no? —preguntó Alekséi en un tono más elevado, exigiendo una respuesta por su parte.

—No —respondió Isabel al final.

—Entonces mantente callada —exigió.

Todos se giraron, incluso Isabel, cuando el asiático que llevaban en el maletero se quejó. Dmitri no lo dudó. Se asomó por encima del asiento y volvió a golpearlo en la sien. Isabel cerró los ojos al ver y escuchar aquello y gimió. Por suerte, el asiático se mantuvo en silencio de nuevo, no sabía si por miedo o porque había caído inconsciente de nuevo.

Tragó saliva asustada y miró hacia delante. Aquellos hombres eran unos bárbaros. Ciertamente, le acababan de salvar la vida, pero eso no quitaba que fuesen despiadados.

—¿Qué vais a hacer con él? —preguntó.

Alekséi se giró y enarcó una ceja en su dirección.

—¿Ha estado a punto de matarte y aun así te preocupas por él? —ironizó.

—No digo que me preocupe… solo quiero saber —respondió esta vez con voz más calmada.

Alekséi miró hacia delante.

—No es asunto tuyo —respondió.

Ella inspiró hondo y miró de reojo a los hombres que tenía sentados a cada lado. Tragó saliva y apretó los labios. Estaba asustada, pero no podía dejar que sus emociones la dominasen, debía mantenerse firme y no sucumbir al miedo o sería mucho más manejable por ellos.

Decidió quedarse callada y mirar por la ventanilla para saber o intuir a dónde se dirigían.



10

Era plena noche y no solía frecuentar aquella zona. Tan solo en verano, alguna vez, para ir a la playa y, aun así, apenas había visitado Castelldefels en un par de ocasiones. Pese a todo, lo reconoció de inmediato, no solo por el enorme letrero que anunciaba la entrada al pueblo, sino por la sensación inequívoca de estar cruzando un umbral distinto, más exclusivo, más vigilado.

El todoterreno comenzó a subir por una calle sinuosa, plagada de curvas, hasta detenerse frente a una imponente casa de estilo modernista. Isabel tuvo que admitirlo: aquellas construcciones le fascinaban, con su elegancia silenciosa y su aire de poder contenido.

El vehículo permaneció inmóvil unos segundos hasta que la puerta que daba acceso al jardín se abrió lentamente, revelando un camino que conducía hacia un subterráneo. Observó por la ventanilla sin disimular. El jardín trasero era enorme, cuidado con un esmero casi obsesivo; imaginó que, con la luz del día, debía de resultar aún más bello y lleno de colores.

El todoterreno descendió por una rampa hasta un amplio subterráneo donde aguardaban otros vehículos similares y varias motocicletas alineadas con precisión.

Cuando el coche se detuvo, Isabel se removió inquieta en su asiento. Los hombres comenzaron a bajar y ella, tras inspirar hondo para reunir valor, salió también por la puerta trasera.

Aquellos hombres eran altos, corpulentos, y su presencia la empequeñecía. Isabel sintió el peso de aquella diferencia, física y simbólica, justo cuando Alekséi rodeó el vehículo y se acercó a ella, reclamando su atención.

—Vamos, ven… —dijo para que lo siguiese.

Isabel se situó correctamente el bolso en el hombro y avanzó con todo el cuerpo en tensión.

Se giró para observar que el resto se quedaba allí y abría el maletero para coger al asiático que aún parecía mantenerse inconsciente.

Subieron unas escaleras y llegaron a un enorme salón que la dejó sobrecogida.

Había unos cuantos hombres más, los cuales saludaron a Alekséi con un movimiento de cabeza.

Alekséi se dirigió a ellos en ruso. Isabel no comprendió nada de lo que decían, pero supuso que les ordenó que se marchasen, porque los hombres asintieron y salieron del salón. Se quitó la americana y la situó sobre una de las sillas, luego se giró hacia ella y la miró de la cabeza a los pies.

Isabel se mantenía firme mirando de un lado a otro, toda tiesa, luego giró su cabeza hacia él y también lo miró fijamente, sin saber qué hacer.

—No has llegado a cenar, ¿verdad?

Ella tragó saliva y se puso más recta.

—No tengo hambre —respondió. Luego se giró hacia atrás cuando escuchó unos golpes y gritos. Sin duda, estaban trasladando al asiático ya consciente.

—No te preocupes, lo suben en el ascensor a la planta alta —explicó.

Ella asintió no muy segura.

Alekséi dio unos pasos hacia delante y, aunque Isabel no retrocedió, mostrándose firme, él se quedó quieto de nuevo, observándola. Era una mujer bellísima. Se mantuvo en silencio mientras la estudiaba. Ella, por el contrario, se puso nerviosa ante la mirada firme de Alekséi.

—Así que este es tu domicilio habitual —susurró ella mirando de un lado a otro.

Él enarcó una ceja al escucharla hablar de aquella forma, como si estuviese en un juzgado haciendo referencia al domicilio donde solía ubicarse.

—Sí.

—En Castelldefels… —pronunció ella mirándolo.

—Sí, veo que has estado atenta.

Isabel chasqueó la lengua.

—Bueno, al menos esta vez no me has puesto una bolsa de tela en la cabeza —ironizó.

Él inspiró hondo y dio unos pasos más en su dirección. Isabel seguía sin retroceder, manteniéndose firme en su posición, hasta que Alekséi se situó justo delante de ella.

Ambos mantenían la mirada fija en el otro.

—No me das miedo —le susurró ella.

Él sonrió.

—Pues deberías tenerlo —respondió.

Ella irguió más su espalda ante aquella respuesta.

Aquel hombre, pese a lo peligroso que era, provocaba en su cuerpo y en su mente emociones que la aturdían.

Tragó saliva y, esta vez, sí retrocedió un paso.

—¿Cuándo me vas a dejar ir a mi piso? —preguntó tirante.

Él ladeó su cuello.

—Mañana podrás ir a recoger tu ropa —explicó él.

—¿Recoger mi ropa?

—No puedes quedarte allí hasta que el asunto con la tríada esté solucionado.

Ella resopló.

—Mañana trabajo, es… mi último día antes de las vacaciones. Debo ir al juzgado. —Él negó—. ¿No? —gritó ella.

—Es peligroso —pronunció más lentamente—. Es mejor que, por ahora, estés aquí.

Isabel elevó su dedo hacia él.

—¿Me estás secuestrando? —exclamó incrédula.

—Te estoy protegiendo —respondió alzando el mentón.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —dijo dando unos pasos hacia él y, sin pensarlo, clavó el dedo en su pecho. Le alteraba que él planease su vida—. Todo esto es culpa tuya —dijo dándole un golpe en el pecho—. No puedes aparecer en mi vida y pretender que yo te rinda pleitesía —pronunció casi escupiéndole mientras seguía golpeando su pecho visiblemente enfadada—. Mañana mismo me

llevarás al juzgado… —ordenó—, y después me iré a mi piso y seguiré con mi vida como si no…

Alekséi apartó su mano con un golpe suave, situó la suya en el estómago de ella y la empujó contra la pared. De nuevo acercó su rostro al de Isabel, intimidándola.

—¿O qué? —preguntó con la mirada fija en sus ojos.

Ella tragó saliva, no tenía escapatoria ni podía huir a ningún lugar.

—O… te denunciaré —respondió elevando su mirada hacia él, con gesto enfadado.

Él sonrió.

—Oh, sí… vamos… —la animó irónicamente—, hazlo —la provocó bajando sus labios hacia los de ella, aunque manteniendo unos centímetros de distancia. La miró a los ojos, aquella cercanía sí estaba poniendo nerviosa a Isabel, aunque intentase disimularlo—. Aquí quien da las órdenes soy yo —pronunció seriamente—. Permanecerás aquí hasta que yo lo diga, y ya puedes gritar, golpearme o amenazarme con ese dedito que tienes… Tú permanecerás aquí —sentenció—. No me haría ninguna gracia que te matasen. —Descendió su mirada hacia sus labios. Isabel fue consciente de ello e inspiró con fuerza—. Tú y yo tenemos aún muchas cosas por hacer.

—Yo no tengo nada que hacer contigo —dijo mirando disimuladamente los labios de él.

Alekséi ignoró aquella última frase por parte de Isabel.

—Vas a ayudarme a atrapar a Zhiang Xu y a destruir su organización.

Ella lo miró sin comprender.

—No pienso entrar en tu guerra —respondió con firmeza—. Lo destruiré… pero luego iré a por ti.

Aquel comentario amenazante provocó que él riese, aunque no se distanció ni un milímetro.

—Me encantará que lo hagas —contestó ladeando su cuello. Se quedó observando su mirada firme, sin titubear—. Me fascinan las mujeres fuertes como tú —susurró contra sus labios, acercándose.

Ella puso su espalda firme al ver que se acercaba hacia sus labios y golpeó su pecho rápidamente para distanciarlo, pero Alekséi la agarró por la muñeca clavando su mano en la pared, sin soltarla. Isabel se removió nerviosa.

—No te acerques… —susurró contra sus labios—, o gritaré —lo amenazó.

—¿Crees que mis hombres vendrán a defenderte? —se burló. Isabel hizo fuerza con su mano para zafarse. Alzó la otra para golpearlo, pero él también se la cogió. Ella rugió mientras observaba aquella sonrisa tan sensual en los labios de él. Alekséi elevó sus manos por encima de su cabeza, sin soltarlas y acercó su cuerpo al de ella. La respiración de Isabel se aceleró—. ¿Crees que no noto cómo reacciona tu cuerpo cuando estoy cerca? —murmuró contra sus labios y luego acarició su mejilla con la suya. Fue despacio hasta su oído y situó sus labios a su lado—. Sé una niña buena… —susurró despacio—, y quizá podamos llevarnos mejor de lo que piensas.

Se situó ante ella mirándola fijamente. Aunque el pecho de Isabel subía y bajaba acelerado, su mirada seguía siendo firme.

—Eso ni lo pienses… —susurró a escasos centímetros de sus labios—. Jamás conseguirás nada de mí.

Él la miró y le sonrió.

—Dame unos días y te aseguro que suplicarás que seamos más que colaboradores.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Eres un engreído.

Alekséi la miró fijamente a los ojos.

—Seremos grandes amigos —puntualizó.

Ella resopló y removió sus muñecas entre sus manos, consiguiendo que él la soltase finalmente. Alekséi dio un paso atrás justo cuando Dmitri entró por la puerta.

—Vor —pronunció. Alekséi se giró levemente ofreciéndole el perfil a Isabel que aún permanecía apoyada contra la pared—, ya está arriba.

Alekséi asintió y volvió a mirar a Isabel, la cual se mantenía con los labios apretados y las manos convertidas en puños.

—Hay comida en la nevera, sírvete lo que quieras —dijo dándose la vuelta.

Ella observó su espalda y dio unos pasos hacia delante.

—¿Dónde vas?

—Creo que ya lo sabes —respondió sin girarse, caminando hacia las escaleras para acceder a la planta superior.

Sí, lo sabía perfectamente, iban a interrogar al asiático.

Isabel se removió inquieta y avanzó hacia él.

—Quiero ir —ordenó. Alekséi se giró y ladeó su cabeza mientras ella daba unos pasos más, acercándose—. Si vas a interrogar al hombre de Zhiang Xu, quiero estar. —Se quedó mirándolo—. Recuerda quién soy —se señaló a sí misma.

Él chasqueó la lengua e indicó a Dmitri que subiese las escaleras. La miró de nuevo y negó con la cabeza.

—Recuerda también quien soy yo. Los interrogatorios que hago yo no son como los tuyos —pronunció—. No te lo recomiendo. Cena algo —ordenó antes de subir las escaleras sin dar pie a que ella pudiese replicarle o insistir más.

En pocos segundos se encontró allí sola. Escuchó unas pisadas en la planta superior y luego que se cerraba una puerta.

Tragó saliva en tensión y miró de un lado a otro. Dio unos pasos hacia el lado, comprobando lo enorme que era aquella casa. Desde luego, salía mucho más a cuenta ser mafioso que fiscal, se ganaba mucho mejor la vida.

Dio un paseo por aquella planta. Estaba dividida en varias estancias, una de ellas tenía un gran piano de cola en un lateral y otra unos grandes sofás frente a una enorme pantalla plana colgada en la pared.

Se fijó en que estaba allí sola y una sonrisa iluminó su rostro cuando encontró el pasillo que daba al recibidor y a la puerta de entrada a la vivienda. Corrió hacia allí y directamente agarró el pomo. Lo giró, pero debía de estar echada la llave.

—Mierda —rugió ella tirando del pomo.

Tenía que escapar de allí. Se giró y corrió hacia una de las puertas de cristal por la que se accedía a la parte trasera el jardín. Intentó abrirla, pero era imposible.

—Maldición —gritó.

Resopló y miró de un lado a otro, desquiciada. Debía encontrar algún lugar por el cual escapar. Alekséi le había quitado el teléfono móvil, así que no podía llamar a nadie y allí no parecía haber ningún teléfono a su alcance, así que lo único que podía hacer era intentar escapar.

—El garaje —susurró mirando la puerta por donde habían accedido a la vivienda. Directamente fue hacia allí. Escaparía de aquella casa como fuese.

Abrió la puerta y descendió rápidamente las escaleras.

Buscó en la oscuridad un interruptor y finalmente la luz se hizo presente.

Fue hasta la puerta del garaje para observar el mecanismo para abrirla, pero no había nada.

Necesitaba un mando para que la puerta se abriese.

—Joder —susurró mientras iba hacia uno de los vehículos para ver si en su interior había alguno que pudiese usar.

Alekséi entró por la puerta y la cerró.

Había solo una silla en medio de la sala y una mesa donde reposaban varias armas. El hombre asiático se encontraba con las manos atadas a la espada y los pies unidos también por unas bridas, por lo que era imposible que pudiese escapar. Tenía una brecha en la cabeza que sangraba, fruto de los golpes que había recibido anteriormente.

Alekséi dio unos pasos hacia él metiendo las manos en sus bolsillos, estudiando al hombre sentado en la silla que lo miraba furioso.

—¿Cómo te llamas? —El asiático apartó la mirada de él y observó al resto de los hombres que lo rodeaban—. Tu nombre —insistió, pero seguía sin responder—. *Nǐ jiào shénme míngzì* —preguntó en chino, aunque el rehén seguía sin responder a la pregunta.

Suspiró y comenzó a desabrocharse los puños de la camisa, arremangándose las mangas con una actitud amenazante.

Se acercó a él y miró a sus compañeros. Sin previo aviso, clavó su puño en la mejilla del asiático provocando que este girase su cuello por el impacto.

El chino gimió y cerró los ojos con fuerza.

Alekséi se agachó hacia él.

—¡Tu nombre! —ordenó con un grito.

El chino escupió sangre y luego lo miró.

—Gao —respondió—. Gao Ma.

—Bien —asintió Alekséi poniéndose erguido y arremangándose de nuevo—. Así que entiendes el castellano, bien… —lo felicitó—. Podrías haberte evitado ese puñetazo si hubieses respondido a la primera. —Gao resopló—. Trabajas para Zhiang Xu, ¿verdad? —Gao no respondió de palabra, sino con un gesto de su cabeza, asintiendo —. ¿En qué negocios está metido tu jefe? —Gao lo miró y tragó saliva, luego apartó la mirada de él, intimidado. Alekséi chasqueó la lengua al no recibir respuesta. Echó el brazo hacia atrás y esta vez golpeó tan fuerte su pómulo que estuvo a punto de arrojarlo de la silla.

La respiración de Gao se aceleró y comenzó a gemir.

—No me gusta preguntar las cosas dos veces —explicó Alekséi. Llevó su mano al rostro de Gao, tomándolo por las mejillas y obligándolo a que lo mirase—. Esto funciona así: yo pregunto y tú respondes. Si no hay respuesta, te golpeo… si aun así sigues sin responder… tengo otros métodos para hacerte hablar. —Soltó su rostro y se agachó hacia él—. Aunque no lo creas, no soy un hombre agresivo ni sádico, no me gusta la violencia, así que vamos a hacer esto lo más fácil posible —pronunció seriamente frente a su rostro—. Vas a colaborar, ¿verdad, Gao? —lo amenazó dándole unas palmaditas en la mejilla mientras Gao cerraba los ojos y apretaba los labios—. Volveré a preguntártelo, ¿en qué negocios está metido tu jefe?

Gao tragó saliva y negó con la cabeza.

—Yo… no… no sé —contestó—. Yo solo plotejo y acompaño, nada más.

Alekséi miró de reojo a sus hombres, los cuáles hicieron un gesto de no estar muy seguros ante aquella respuesta.

—No, no, no… —respondió Alekséi moviendo su dedo ante él—. Esa no es la respuesta que quiero escuchar. Vamos, Gao… ¿crees que merece la pena morir por tu jefe? —ironizó dando un paso atrás. Gao lo miró fijamente mientras tragaba saliva—. ¿No? ¿No vas a decir nada más? —ironizó—. Bien —dijo encogiéndose de hombros.

Cerró su puño e iba a golpear su mejilla de nuevo cuando Gao agachó su cabeza.

—Sé… sé que tiene valios socios —pronunció rápidamente—. Estos últimos días se ha leunilo valias veces.

Alekséi se quedó con el puño en alto, amenazante.

—Dime nombres, Gao.

Él comenzó a negar.

—No, no sé nomble, yo… yo solo…

Recibió otro golpe, esta vez en la otra mejilla, por lo que Gao escupió de nuevo y gimió.

—No, jodelll… —sollozó—, yo no sé nada… solo lo acompaño a las leuniones. Me quedo fuela.

Sergei dio un paso adelante situándose al lado de Alekséi. Gao abrió mucho los ojos cuando Sergei hizo rodar en su mano una llave inglesa, amenazando con golpearle con ella.

—Quiero nombres, Gao… va… —insistió Alekséi—, seguro que puedes darme nombres… —Gao se removía nervioso sobre la silla—, o quizá has escuchado algo sobre los negocios que tiene.

—Habla… habla del puelto de Balcelona —respondió rápidamente.

Alekséi suspiró y luego miró hacia el techo como si se cargara de paciencia.

Miró a Sergei y le hizo un gesto con la cabeza para que lo golpease.

—No, no, no… —sollozó desesperado, aunque eso no pareció frenar a Sergei.

Fue hasta él y golpeó la rodilla fuertemente con la llave inglesa.

—Ahhh —gritó, aunque rápidamente Alekséi fue hasta él y le tapó la boca.

—Shhh… shhh… —susurró como si así intentase consolarlo—. Todo eso no tiene por qué ocurrir si colaboras. Evítate este sufrimiento —le decía intentando frenar los gemidos de él. No quería que Isabel escuchase los gritos—. Venga, sé que puedes hacerlo mejor.

Le sacó la mano de la boca y este respiró con fuerza echándose hacia delante.

Alekséi cogió una silla y la situó frente a Gao, sentándose. Gao elevó su cabeza hacia él, con un ojo medio cerrado, pues uno de los golpes que le había propinado en la mejilla le había hecho un corte y propiciaba que el pómulo se hubiese hinchado rápidamente.

Llevó su mano hasta su barbilla y lo obligó a mirarlo.

—No me creo que no sepas nada. Vas con tu amo a todas partes… algo has debido escuchar, si no… no me sirves de nada —pronunció amenazante mientras extraía el arma de su cinturón.

Gao tragó saliva, abrió los ojos asustado y apartó la mirada de él con un rápido gesto de su cabeza.

—Pol favol… —sollozó—. Yo… tengo una hija…

—Ohhh… qué conmovedor —se burló Alekséi—, ¿has procreado? —rio.

—Sí, por lo visto ha "chin-gao", ¿eh? —estalló Sergei, que era de humor simplón, en una carcajada. Sus otros compañeros esbozaron una sonrisa, más por la reacción de Sergei que por el "chiste" en sí.

—Muy bien, Gao… —Alekséi fue hasta él y le hizo separar las piernas, luego situó su pistola justo en su entrepierna—. Entonces ya has usado bastante la colita…

—Dicen que los chinos la tienen pequeña —se burló Nikolau.

—Y más pequeña que la va a tener si no responde —amenazó Alekséi apretando más aún. —Gao apretó los ojos y los dientes mientras gemía asustado—. Tres, dos… uno…

—Yoldi… —gritó.

Alekséi lo miró extrañado.

—¿Yoldi? ¿Qué es eso? —gritó.

Gao lo miró.

—Yoldi, Yoldi… catalán… —repitió rápidamente—. Es el nomble de uno de sus socios.

—¡Ah! ¿Jordi? —lo corrigió Alekséi.

Gao asintió rápidamente.

—Yoldi Casamada —dijo rápidamente.

—¡Joder con la pronunciación, Gao! —se quejó Alekséi—. Hay que mejorar eso.

Gao se removió inquieto sobre la silla y asintió efusivamente.

—Sí, sí… yo mejolal, yo mejolal…

Alekséi resopló y quitó el arma de su entrepierna con una ligera sonrisa.

—Lo que uno hace por conservar su pollita, ¿eh? —Gao lo miró sin comprender aquellas últimas palabras—. Sí, pequeña —enfatizó. Gao se echó hacia atrás cuando Alekséi subió su arma por su pecho y la situó en su cabeza—. Dime más, ¿a qué se dedica ese Jordi Casamada?

Gao negó con la cabeza.

—No sé, no sé… —dijo desesperado—. Sé que mi jefe se leúne con él y hablan del puelto de Balcelona… pelo de veldad que no sé nada más. —Abrió los ojos hacia él, lloroso—. Si no yo te lo dilía… de veldad que sí.

Alekséi resopló, giró su pistola y lo golpeó con la culata. Luego se echó sobre él colocándole el arma en la cabeza, apretando el cañón contra su sien.

—¿Te crees que con un solo nombre te voy a perdonar la vida? —le gritó escupiéndole.

—De veldad que no lo sé… —lloró con la cabeza hacia abajo—. No lo sé… —continuaba desesperado—. Plometo que no lo sé…

Alekséi giró su cuello hacia sus compañeros y enarcó una ceja.

—¿Trafican con mujeres? —insistió Alekséi.

—No lo sé —lloró y sorbió por la nariz.

—Mala respuesta.

—No, no, no… —gritó Gao antes de recibir un fuerte puñetazo en la mejilla donde ya le habían golpeado, aunque rápidamente se le entrecortó la respiración cuando Alekséi clavó su puño también en el estómago.

—¿Usan algún transporte además de los barcos? —Gao lloraba mientras recuperaba el aliento—. ¿Cómo se llama su compañía

naviera? —El asiático ni se atrevía a contestar, solo negaba con la cabeza mientras lloraba y gemía.

Alekséi miró a sus compañeros, los cuales se cruzaban de brazos y negaban. Aquel asiático era jovencito, sin mucha experiencia en el mundo de la mafia, por lo que estaba seguro de que había cantado todo lo que sabía. Probablemente sería su primer interrogatorio y su primera paliza.

Chasqueó la lengua y situó su arma en la frente del asiático.

—Te doy una última oportunidad… —El rostro del asiático era una mezcla entre sangre, lágrimas y mocos—. Dime algo que no sepa, Gao… —lo animó como si se tratase de un niño—. Algo que me guste… —canturreó—. Tu vida depende de ello… vamos, seguro que sabes algo que pueda interesarme… ¿dónde vive tu amo? —volvió a burlarse.

—No sé cómo se llama la calle… —contestó entre suspiros. Alekséi apretó más el arma en su frente—, pero sé… —dijo temblando—, sé dónde es. Puedo… puedo llevalte —dijo—. Algunas leuniones también son en su casa.

Alekséi apartó el arma de él rápidamente y ladeó su cuello. Gao elevó su cabeza maltrecha hacia él, entornando un ojo ensangrentado.

—Bien, eso me interesa, Gao. —Dio unas palmaditas en su hombro mientras Gao lo miraba asustado. Se reclinó hacia él—. Hoy he sido compasivo contigo… —Parpadeó varias veces—, debes estar agradecido por ello.

Gao asintió efusivo.

—Lo estoy, lo estoy… —respondió rápidamente mientras Alekséi golpeaba suavemente su mejilla.

Alekséi pellizcó sus mejillas como si se tratase de un niño chico.

—Dos de mis hombres te van a acompañar y les vas a indicar dónde vive tu jefe, ¿de acuerdo?

—Sí, sí…

—Y… por tu bien, no te dediques a esto. No aguantas ni un asalto —le riñó.

—Clalo… —dijo con un tono agradecido.

Alekséi suspiró y se separó de Gao indicándole a Dmitri que se acercase.

—Desatadlo y cubridle la cabeza, que no vea dónde nos encontramos. —Dmitri asintió—. Ve con Nikolau y que os enseñe dónde vive supuestamente Zhiang Xu.

Dmitri fue hacia Gao para desatarlo mientras Alekséi salía de aquel cuarto y cerraba la puerta.

Se observó las manos manchadas de sangre y chasqueó la lengua.

Fue directamente hacia su dormitorio y se dirigió al aseo para lavárselas.



11

Alekséi bajó los escalones hasta la planta baja donde en principio se encontraba Isabel mientras escuchaba cómo introducían a Gao en el ascensor para bajarlo al garaje.

Miró de un lado a otro y avanzó hasta una de las zonas donde se encontraba el piano de cola.

—¿Isabel? —preguntó elevando la voz—. ¿Isabel? —continuó con el tono más elevado.

Se giró cuando escuchó una puerta abrirse. Ladeó su cabeza al ver que Isabel se encontraba bajo el marco de la puerta que conducía a través de unas escaleras al garaje.

—¿De dónde vienes? —preguntó tajante.

—¿Tú qué crees? —respondió dando unos pasos en su dirección, con la espalda erguida—. Está todo cerrado, hijo de pu…

—¿Creías que iba a dejar alguna puerta abierta para que escapases? —la interrumpió mirándola de arriba abajo—. No soy idiota.

Ella rugió.

—Esto es un secuestro —sentenció. Él negó con la cabeza como si se le agotase la paciencia y le dio la espalda dirigiéndose a la cocina. Aquella actitud alteró a Isabel—. Eh, ehhh —le gritó, aunque él no se detuvo—. ¡Te exijo que me lleves a mi piso ahora! ¡No pienso quedarme aquí! —Alekséi llegó a la cocina y abrió la nevera, ignorándola por completo. Isabel fue hasta allí a paso acelerado, colérica, así que Alekséi se limitó a mirarla de reojo mientras buscaba qué comer. Unos gritos llegaron desde el garaje. Sin duda estaban metiendo a Gao en uno de los vehículos. Ella arrugó la

frente y la nariz mirando en aquella dirección—. ¿Es el chino? ¿Qué le habéis hecho?

Alekséi la miró incrédulo.

—¿De verdad te importa lo que le hayamos hecho a Gao? —Sacó un cuenco donde había pasta cocinada—. Te recuerdo que ha estado a punto de matarte.

Ella alzó el mentón.

—No digo que me importe, solo quiero saber qué le habéis hecho —sentenció.

Alekséi se encogió de hombros.

—Lo hemos interrogado.

—¿Cómo?

Él enarcó una ceja en dirección a ella mientras sacaba dos platos de un armario superior.

—Yo no soy tan educado como tú, soy más práctico. —Isabel se removió nerviosa y miró de un lado a otro sin perder la esperanza de encontrar alguna de las llaves o mandos que abriesen la puerta del garaje—. Tenemos nueva información… quizá te interese.

Aquel dato llamó la atención de ella que lo miró con curiosidad. Inspiró hondo, pensativa, y dio unos pasos hacia él.

—¿Qué información?

Alekséi echó unas cuantas cucharadas de ensalada de pasta en cada plato y volvió a guardar el cuenco en la nevera.

—Uno de los socios de Zhiang Xu se llama Jordi —explicó—. Apuesto a que hay algún Jordi que es empresario de locales.

Isabel comprendió la conexión enseguida.

Si Zhiang Xu realizaba trata de blancas y las traía desde mar, tierra o aire, debía de tener algunos locales donde explotarlas sexualmente. Ese tal Jordi podía ser el propietario de algunos de los locales que usaban para la explotación.

—No tengo ni idea sobre eso, además, puede haber miles de Jordis en Cataluña.

—Propietarios de locales no tantos —la cortó Alekséi—. Apuesto a que hay muchos menos.

Isabel se cruzó de brazos y apretó los labios mientras lo observaba. Él se encontraba tras la isla de la cocina, sacó unos

cubiertos del cajón y le tendió el plato con un tenedor—. Come algo, anda.

Isabel suspiró y, durante unos segundos, se quedó pensativa. Miró el plato con la ensalada de pasta y dio unos pasos nerviosa en esa dirección.

Cogió el tenedor y lo movió entre sus dedos mientras miraba la ensalada de pasta. Tenía lechuga cortada muy fina, trozos de queso, tomate, atún, frutos secos y macarrones con forma de espiral (*fusilli*).

Removió la pasta en su plato. Alekséi no parecía querer hacerle daño, de eso estaba segura. De hecho, la había salvado de morir seguramente aquella noche. Aquello no quería decir que fuese buena persona, al contrario, sabía que era peligroso y era mejor no enfurecerlo, pero lo cierto era que si no fuese por él estaría muerta en aquel momento.

—Solicité a través del juzgado documentación sobre Zhiang Xu —explicó. Alekséi la miró dubitativo—. Se trata de información general, antecedentes penales, sus propiedades, cuentas corrientes… —Se encogió de hombros.

Alekséi asintió mientras pinchaba con su tenedor la pasta.

—¿Y? —le preguntó.

Isabel negó con la cabeza.

—Supongo que todo me llegará en breve.

Alekséi se quedó observándola.

—¿Quién del juzgado sabe que pediste eso?

Ella puso su espalda recta y lo miró sin comprender.

—¿Por?

—Está claro que alguien sabe lo que hiciste y se lo ha comunicado a Zhiang, ¿si no por qué iba a enviar a sus hombres a por ti?

Isabel apretó los labios y se quedó pensativa. La única que sabía lo que había solicitado era Irene, su amiga Irene, pero era imposible que ella formase parte de la tríada china, que la vendiese por aquella información a Zhiang Xu.

Miró a Alekséi, el cual esperaba una respuesta y finalmente ella negó con la cabeza. No iba decir el nombre de Irene o sabía que

irían a por ella.

—Nadie lo sabe, lo solicité yo —pronunció cortante—. Ni siquiera le ha llegado una notificación al señor Xu sobre mis investigaciones. El fiscal puede investigar a quien quiera sin necesidad de autorización judicial ni de informar al investigado, al menos, hasta que se vaya a realizar una acusación por mi parte.

Alekséi sonrió y asintió.

—Entiendo… pero alguien lo sabe —la rectificó—. Haremos buen equipo.

Isabel sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se tensaban y soltó el tenedor, golpeándolo con el plato.

—Tú y yo no somos un equipo, que te quede claro. —Él ladeó su cabeza mientras daba buena cuenta de su plato de pasta—. Por lo que a mí respecta, tú eres el mal y yo el bien, ambos estamos en polos opuestos y no colaboraremos.

—Pero estamos colaborando… —pronunció Alekséi—. Tú me das información, yo te doy la mía y te protejo. A eso, amiguita, se le llama colaborar —enfatizó echándose hacia delante—. Y que me definas como… el mal —apostilló con los dedos—, no me importa. Es cierto, no soy una persona amigable, no me importa golpear o disparar a alguien que cruza los límites…

—¿Los límites? ¿Los que tú fijas? —ironizó ella—. ¿Tienes tu propia ley?

—Si alguien trafica con mujeres o niños, sí, eso es asqueroso hasta para mí —respondió.

—Ya, ¿y los que trafican con las armas con las que matan a mujeres o niños? —preguntó directamente—. Con esos no eres tan duro, ¿verdad? —ironizó.

Él la escudriñó con la mirada.

—Yo no soy el que disparo esa arma, yo solo la vendo —se señaló a sí mismo—. Lo que haga cada uno con esa arma es cosa suya. Cada uno es responsable de sus actos.

Ella lo miró y dio un paso atrás.

—La gente como tú que se cree por encima de la ley me dais asco.

—Pues vomita —la instó con la mano y dejó el tenedor sobre el mármol de la isla. Cogió una servilleta de papel y se limpió la boca, luego comenzó a rodear la isla en su dirección—. La gente como tú también me dais asco a mí… —Ella puso su espalda tirante—. Os creéis mejores que nadie, imponiendo vuestras leyes… —le gritó provocando que ella diese unos pasos atrás—, obligándonos a que obedezcamos y, si no hacemos lo que vosotros decís, nos multáis o encarceláis, nos priváis de libertad y de nuestra vida. ¿Quiénes sois vosotros para decidir eso? ¿Qué autoridad tienes tú sobre mí? Y te digo más, ¿quién eres tú para juzgar a una persona sin saber sus circunstancias? —la provocó.

—La ley es igual para todos —sentenció ella.

—La ley la creáis para vosotros… ilusos, que vivís en un mundo de ilusiones que no se corresponde con la realidad. Dime… ¿por qué te dedicas a esto? —Ella lo miraba fijamente—. ¿Es por lo de tus padres? —lo preguntó con una mirada provocadora. Sabía que con esas palabras la provocaría.

Ella lo miró con odio, durante unos segundos sintió deseos de arrojarse sobre él y golpearlo.

Dio unos pasos hacia delante.

—Eres un hijo de puta —le susurró con la mirada clavada en él.

Directamente se giró y comenzó a correr en dirección a la puerta que daba al garaje, la abrió y descendió las escaleras a toda prisa.

Alekséi se quedó observando cómo giraba la esquina derrapando y bajaba las escaleras. Cerró los ojos y suspiró.

¿Qué estaba haciendo? ¿Realmente pensaba que podía escapar?

Isabel descendió las escaleras a toda prisa. Giró cuando llegó al final, pero iba tan rápida que no calculó bien el ángulo y se golpeó contra la pared.

—Ay, mierda —gimió.

Podía escuchar cómo el vehículo había salido del garaje y subía la rampa. Con suerte, podría salir de la vivienda y, si se daba prisa, correr lejos de allí. En esa zona había mucho bosque, ¿llegaría a tiempo para esconderse e intentar despistarlos?

Entró al garaje a toda prisa cuando vio que la puerta se estaba cerrando.

—No, no, no… —susurró. Si se daba prisa aún podía salir.

Corrió hacia la puerta, se agachó y rodó por el suelo igual que una de las heroínas de aquellas películas de acción y aventura que tanto le gustaban. La puerta pasó a escasos centímetros de ella, pero consiguió rodar lo suficientemente rápido como para salir ilesa.

Se levantó y no pudo evitar dar un brinco y gritar.

—¡Sí! —exclamó elevando los brazos, aunque cuando observó el vehículo negro a escasos metros de ella, se agachó.

Esperaba que no la hubiesen visto. Solo necesitaba que la puerta de acceso a aquella lujosa vivienda acabase de abrirse y podría escapar de allí. Cierto que estaba tratando con delincuentes, con gente entrenada para luchar, pero ella también lo estaba, tenía buena forma física para correr y sabía cómo defenderse gracias a Antonio, su profesor de boxeo.

Observó el vehículo salir de la finca y girar hacia la derecha. La puerta aún permanecía abierta, aunque en pocos segundos comenzaría a cerrarse. Era ahora o nunca.

Corrió hacia allí justo cuando Alekséi apareció a su lado cogiéndola del brazo.

Intentó soltarse, pero no pudo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó sin soltarla.

Isabel miró hacia la puerta de entrada de la vivienda. Resultaba evidente que él tenía las llaves, solo había tenido que abrir, esperar con paciencia y dejar que ella intentara huir para interceptarla sin esfuerzo.

—¡Que me sueltes! —gritó ella y con un movimiento acelerado consiguió zafarse de él dando unos pasos atrás.

Alekséi observó de reojo cómo la puerta del jardín comenzaba a cerrarse.

—Por favor, Isabel, vamos a ahorrarnos una carrera. No me apetece.

Ella rugió y corrió rápidamente hacia la puerta, pero él se interpuso en su camino haciendo que se detuviese en seco.

—Vas a conseguir que me enfade de verdad —la amenazó él—. Eso no te conviene.

—Oh, sí, qué miedo me das —ironizó Isabel—. ¿Quieres luchar? —preguntó adoptando una pose de defensa—. A uno de tus compañeros ya le aticé. ¿Quieres recibir tú también? —preguntó alzando el mentón.

Sin duda, la actitud de ella le estaba divirtiendo, aunque eso la enfadaba todavía más.

—Sí, ya lo sé, te felicito —respondió asintiendo—. Estás hecha toda una campeona.

Ella miró de reojo, la puerta estaba cada vez más cerrada. Dio unos pasos rápidos para el otro lado, intentando rodear a Alekséi, pero este le cortó el paso de nuevo. Él extendió levemente los brazos mientras caminaba de un lado a otro, evitando que Isabel pudiese huir.

La puerta ya casi se había cerrado del todo. Isabel dio otros pasos más corriendo hacia un lado. Si era lo suficientemente rápida podría rodearlo y huir, aunque debía confesar que aquel hombre parecía adivinar sus próximos movimientos.

Corrió más rápido hacia la derecha e intentó rodearlo cuando Alekséi la cogió del brazo tirando de ella hacia él.

—¡Suéltame! —le gritó.

—Quieta —exigió él cogiéndola de los dos brazos mientras ella tiraba para soltarse.

Isabel rugió.

—¡Me tienen secuestrada! ¡Socorrooo!

Alekséi la acercó a su cuerpo, la hizo girar colocándola de espaldas a él y le tapó la boca mientras con su otro brazo rodeaba su cintura para que no escapase.

—La madre que te parió… —dijo arrastrándola hacia la puerta de la casa.

—So… cooo… rro… —gritaba ella moviéndose con agilidad para huir—. ¡Ayuda!

Ah, no… no pensaba dejarse atrapar tan fácilmente.

Echó la cabeza con fuerza hacia atrás, golpeándole en la nariz.

Alekséi no esperaba aquel movimiento y la soltó con un grito, llevándose las manos a la nariz.

—Serás… —pronunció cerrando con fuerza los ojos y apretando los dientes.

Isabel corrió hacia la puerta justo cuando esta se cerró.

—Ahhh… —gritó pataleando, luego miró de un lado a otro—. Pues nada, a escalar se ha dicho —susurró para ella misma.

Se giró justo para ver cómo Alekséi se miraba las manos, comprobando si había sangre o no. Este se giró hacia ella justo cuando vio que se cogía a la parte superior de la puerta y hacía fuerza con las piernas para treparla y saltar.

Aquella mujer estaba loca… pero no solo eso, estaba intentando ser delicado con ella, pero se le estaba agotando la paciencia.

Rugió y fue hacia ella, observando a Isabel hacer fuerza con sus brazos para trepar.

—¡Me has agotado la paciencia! —gritó Alekséi.

Isabel miró hacia atrás un segundo mientras intentaba pasar una pierna al otro lado para sentarse sobre la valla y saltar desde allí.

—Y tú has agotado la mía… ¡a ver qué te crees! —le devolvió el grito ella, aunque al verlo acercarse acelerado y con aquel gesto de furia en su rostro tragó saliva—. Oh, oh… mierda —susurró. Aquello iba de mal en peor—. No, no, no… —Alekséi llegó hasta ella antes de que pudiese sentarse correctamente en lo alto de la valla para saltar. La cogió por la pierna y tiró de ella hacia abajo con bastante fuerza —. ¡Nooo! —gritó Isabel al caer en el suelo.

Alekséi la cogió rápidamente del brazo, poniéndola en pie, y la sujetó con los dos brazos mientras ella comenzaba a patalearle.

—Escúchame bien —le gritó él mientras ella se removía—. Si no te estás quieta te amordazaré y te ataré. —Su amenazaba fue tan contundente y cargada de furia que ella se quedó quieta unos segundos.

—¡Nooo! —reaccionó Isabel de nuevo.

Alekséi rugió enfadado, aquella actitud por parte de ella lo estaba sacando de sus casillas.

—Tú lo has querido —la amenazó.

La cogió del brazo, se agachó levemente echándosela sobre el hombro y se puso firme, cargándola.

Isabel se quedó sin respiración unos segundos por el golpe contra su hombro, pero en cuanto se vio alzada comenzó a gritar y a golpearle la espalda con los puños.

—¡Estate quieta! —ordenó él mientras caminaba hacia la puerta de la casa—. ¡Me cago en todo!

—Para ser ruso sabes muchos insultos en castellano, ¿no? —preguntó ella golpeándole la espalda—. ¡Suéltame! —ordenó—. ¡No puedes retenerme aquí!

Sergei se asomó a la puerta de la casa, asombrado por los gritos, mientras Alekséi se acercaba a él con Isabel a cuestas.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó en ruso.

Alekséi negó mientras llegaba hasta él.

—No, no hace falta —respondió mientras pasaba bajo el marco de la puerta, aunque Isabel se enganchó a este, sujetándose con fuerza—. Joder —susurró al no poder seguir avanzando.

—Ahhh… ¡ayuda! —gritó desesperada mirando al exterior—. Por favor… ¡ayudaaa! —Sergei soltó sus manos del marco de la puerta para que Alekséi pudiese entrar al interior de la vivienda—. ¡Gilipollas! —gritó Isabel hacia Sergei. Estiró la mano y golpeó en la mejilla todo lo fuerte que pudo a Sergei que se quedó petrificado al recibir ese golpe.

Sergei cerró la puerta directamente y echó la llave de nuevo mientras veía a su jefe llevar a aquella fiera al hombro en dirección a las escaleras. Isabel no dejaba de gritar, patalear y golpear a Alekséi en la espalda.

Alekséi subió las escaleras y siguió caminando por el pasillo, manteniéndola cargada en su hombro.

—Aunque no te lo creas, acabarás agradeciéndomelo —pronunció este sujetándola con el brazo y con la mano contraria en lo alto de su hombro.

—Ahhh —gritaba ella a pleno pulmón.

Llegó hasta una de las habitaciones, abrió la puerta y entró en su interior.

La habitación era muy similar a la suya, dividida en dos espacios. El más apartado tenía una enorme cama en el centro de este, mirando hacia la ventana, así como un escritorio y una confortable

silla. En el otro lado de la habitación había un aseo con una enorme ducha y un retrete separado en otra pequeña estancia.

Fue directo hacia la cama y la arrojó sobre esta con brusquedad.

Isabel cayó sobre el colchón destartalada, con las piernas abiertas y sus brazos en cruz, aunque reaccionó rápidamente sentándose sobre esta. Lo miró con furia y se separó de él arrastrándose sobre el colchón, alejándose hasta la otra punta de la cama.

Alekséi no tenía cara de buenos amigos, al contrario, tenía el ceño fruncido y la miraba con ira.

—Te quedarás aquí. Esto no se trata de un juego.

—Sé que no es un juego, con un juego te diviertes —exclamó.

Alekséi la miró como una fiera que está a punto de saltar sobre su próxima presa.

—Me parece que no eres consciente de lo que ocurre. La mafia china está al corriente de quién eres y, seguramente, de lo que has hecho pidiendo información sobre su jefe. ¿Eres consciente de lo que eso implica? Irán a por ti, ahora mismo lo que más desean es meterte una bala entre ceja y ceja y no pararán hasta conseguirlo. —Ella tragó saliva y apartó la mirada de él—. Yo soy el único que puedo protegerte. Ni tú ni la policía tenéis idea de cómo actúa la tríada, así que, si quieres tener alguna posibilidad de vivir, deberás confiar en mí.

Isabel apretó los labios y lo miró furiosa.

—No puedo confiar en ti.

—Pues toma esto como un acuerdo entre ambos. Yo necesito información sobre la tríada y que los atrapen, tú necesitas que te protejan… será un intercambio. —Ella bajó su cabeza enfurecida—. Eso sí… —la señaló—, vuelve a hacer algo como lo que has hecho ahora y te aseguro que no tendré paciencia. Te interesa no verme enfadado.

—Ni tú a mí… —dijo con los dientes apretados y alzando el mentón.

Alekséi se puso erguido y la miró.

—Pasarás la noche aquí, mañana te llevaremos al trabajo y mirarás si has recibido los documentos que solicitaste sobre Zhiang

Xu… luego volverás aquí.

—Quiero ir a mi piso… —Alekséi no respondió—. ¡Necesito ropa! —le gritó.

Inspiró aire y asintió.

—Está bien, mañana irás, será rápido.

—Y quiero mi móvil —exigió.

Alekséi sonrió sarcástico y fue hacia la puerta.

—No —sentenció.

Isabel resopló y saltó de la cama por el otro lado.

—Sabes que esto te traerá consecuencias, ¿verdad? —preguntó ella.

Alekséi abrió la puerta de la habitación y la miró.

—Sabes que si no te protejo te matarán, ¿verdad? —Ella se removió nerviosa—. La única razón por la que aún sigues con vida es porque yo estaba allí. —La miró fijamente—. Elija bien a sus enemigos, señorita fiscal —pronunció antes de cerrar la puerta de la habitación con un portazo.

Isabel inspiró hondo hasta que escuchó que echaban una llave tras la puerta. ¿Sería capaz? Aunque después de la que había liado… tampoco lo veía extraño.

Corrió hacia la puerta y giró el pomo. La había encerrado con llave.

—Ehhh… —gritó dando unos golpes en la puerta—. No me encierres.

Alekséi miró la puerta desde el otro lado mientras guardaba la llave en su bolsillo. Prefirió no contestar a esa súplica. Isabel había cambiado su tono de voz y ahora era mucho más dócil.

Fue directo hacia las escaleras y bajó por ellas. Sergei se encontraba en la cocina comiéndose el plato de pasta que Isabel se había dejado.

—¿Todo bien? —preguntó.

Alekséi chasqueó la lengua.

—Sí, todo bien —respondió cogiendo su plato y su tenedor.

—Menudo genio tiene la fiscal. ¡Tiene un par de ovarios!

Él inspiró hondo y asintió.

—Eso puede ser un problema, es demasiado impulsiva. —Se metió el tenedor en la boca y miró a su amigo—. La necesitamos para que atrape a la tríada. Mañana hay que llevarla al juzgado.

—Claro.

—Luego pasaremos un momento por su piso, quiere coger ropa y sus enseres —explicó.

Sergei asintió.

—¿Se va a quedar mucho tiempo aquí?

—El que haga falta hasta que consigamos expulsar de nuestro territorio a la tríada. Ella es la pieza clave para esto. La necesitamos, al menos de momento. La alternativa es meterle una bala en la cabeza a Zhiang Xu, y no quiero comenzar una guerra… —se quedó pensativo—, de momento. Esa fiscal es la pieza clave que necesitamos para sacarlos de nuestro territorio.

Sergei enarcó una ceja.

—No la veo muy por la labor de ayudarnos.

—Colaborará —pronunció convencido—. Dame un par de días y tendré a esa fiscal haciendo todo lo que yo le pida —sentenció.



12

No había podido dormir en casi toda la noche. Finalmente, sobre las cuatro de la madrugada había caído fulminada, pero a las siete ya estaba en pie. Se había dado una ducha y se había vuelto a poner la misma ropa que llevaba el día anterior, unos tejanos y un jersey. Ni siquiera era la ropa que usaba para ir a trabajar, pues siempre vestía elegante, con traje de chaqueta o falda.

Se había sorprendido cuando había podido abrir la puerta de la habitación.

Había bajado a la planta baja donde se escuchaban bastantes voces, aunque no entendía nada de lo que decían. Alekséi, acompañado de dos hombres, tomaban café en la isla de la cocina. Los tres se giraron cuando ella llegó al último escalón y se quedó quieta.

Los cuatro se miraron.

—¿Café? —le preguntó Alekséi levantando la taza.

Ella se quedó mirándolo y, finalmente, fue hacia él situándose enfrente.

—No tengo ropa, ni siquiera tengo un maletín —pronunció mosqueada.

Él la miró de la cabeza a los pies.

—Con lo de la ropa no puedo ayudarte —respondió—, pero sí con el maletín. —Indicó con un movimiento de cabeza a uno de los hombres que fuese a buscar uno—. ¿Te sirve en negro?

Ella lo escudriñó.

—No, lo quiero en rosa… —protestó—, pues claro que me sirve.

Alekséi inspiró hondo y se pasó la mano por la barbilla pensativo o, más bien, intentando hallar la paciencia que necesitaba para no

gritarle. Estaba siendo paciente porque la necesitaba, pero si seguía así acabaría conociendo al verdadero Alekséi.

Uno de los hombres de cabello rubio oscuro y ojos de un azul intenso trajo un maletín y se lo tendió. Ella lo cogió y lo miró. Era de piel oscura y muy bonito.

—¿Nos vamos? —le preguntó Isabel dirigiéndose hacia la puerta que conducía al garaje—. No quiero llegar tarde.

Alekséi miró su espalda alejarse y suspiró mientras se levantaba del taburete, luego indicó a dos hombres más que lo acompañasen.

Isabel descendió los escalones sin esperarlos ni pedir permiso y se giró para esperarlos al lado del vehículo. Se sorprendió cuando vio que no solo Alekséi iba hacia el vehículo, sino dos hombres más, el que le había dado el maletín y uno de cabello negro con ojos marrón claro.

El de cabello negro se dirigió al asiento del conductor mientras el rubio oscuro que le había entregado el maletín se sentaba en el del copiloto.

Alekséi y ella se sentaron en las plazas traseras.

A esa hora había bastante caravana, así que comenzó a impacientarse cuando vio que a duras penas avanzaban un poco.

Ni siquiera la música clásica que inundaba el vehículo podía calmarla.

Miró a los tres, iban muy bien vestidos, de traje. Se fijó concretamente en Alekséi, el cual vestía con un traje gris oscuro y camisa negra con una corbata del mismo color que el traje. Iba muy elegante, sin duda, el traje hacía que se viese más corpulento aún.

Si no fuese un mafioso…

Cerró los ojos con fuerza y miró por la ventanilla intentando apartar aquellos pensamientos de su mente. No podía pensar así sobre Alekséi. Él pertenecía a la mafia rusa, ni siquiera podía sentir aprecio por él.

—¿A dónde vais después? —preguntó ella girando su cabeza hacia él. Alekséi estaba con el móvil en las manos. Giró su cuello levemente para mirarla y volvió a atender el móvil—. Vais muy elegantes.

—Tenemos una reunión —respondió él sin mirarla.

Aquello la intrigó.

—¿Con quién? —preguntó con un tono de voz más grave.

Él la observó de reojo.

—No te importa.

—¿Cómo que no? —preguntó ella—. ¿No dijiste que cambiaríamos información? —le recordó.

Alekséi inspiró hondo y dejó de atender el móvil para mirarla.

—Información sobre el tema que tenemos en común, pero mis asuntos personales son míos. Esos no te importan.

—Ya… —respondió—, ¿compradores de armas? —ironizó.

Alekséi se fijó en que Dmitri que conducía el vehículo la observaba por el retrovisor.

Alekséi alzó el mentón y la miró fijamente.

—Vamos a dejar las cosas claras… —pronunció colocándose los puños de la americana correctamente—. No soy tu amigo, no soy alguien con quien puedas bromear… las personas que trabajan para mí ni siquiera se atreven a levantarme la voz, me guardan respeto. Así que se acabaron las ironías… soy de la mafia rusa, no me ando con tonterías.

—Ah, vale… entiendo —pronuncio ella asintiendo—. Vamos a dejar las cosas claras… —comenzó ella de la misma forma que había comenzado él—. No soy tu amiga, no soy alguien con quien puedas bromear —lo copió—, las personas que trabajan para mí también me guardan respeto, pero a diferencia de ti no es por miedo, sino porque me he ganado su respeto a base de educación, trabajo y esfuerzo. Soy la fiscal de Barcelona, no me ando con tonterías.

Dmitri volvió a echarle una mirada por el retrovisor, pero esta vez apartó los ojos de inmediato cuando Alekséi apenas ladeó la cabeza.

—Interesante —murmuró él con una media sonrisa—. ¿Te crees muy valiente ahora que estás segura dentro de mi coche? —Se inclinó ligeramente hacia ella, no para invadirla, sino para que entendiera que podía hacerlo cuando quisiera—. Escucha bien, fiscal de Barcelona —dijo su título con un tono que sonó a desafío, no a respeto—. Tú te has ganado tu reputación trabajando, yo me la he ganado sobreviviendo, son cosas muy distintas… y la tuya no te

servirá de nada si decides enfrentarte a la mía. —Volvió a acomodarse en el asiento, como si nada—. Así que… sí, dejemos las cosas claras. Puedes mantener tu educación, tu esfuerzo y tus discursos, pero no olvides esto: en tu mundo mandas tú. En el mío… mando yo. Y ahora mismo estás en el mío.

Ella le sostuvo su mirada, aunque tragó saliva sin querer. Él lo notó.

Alekséi entornó los ojos. Su voz bajó un tono, volviéndose más profunda y lenta, como si cada palabra fuera una advertencia cuidadosamente medida.

—¿Sabes qué es lo que más me sorprende de ti? —continuó él—. Esa facilidad que tienes para hablarme como si realmente entendieras con quién estás sentada.

—Sé perfectamente con quién…

Él levantó un dedo, muy despacio, sin mirarla siquiera.

—No he terminado —la interrumpió con un tono seco, muy diferente a como le había hablado hasta ahora.

Un silencio pesado llenó el coche. Incluso Dmitri dejó de respirar por un segundo.

Alekséi volvió la mirada hacia ella, sin suavidad, sin prisa.

—Tú crees que porque conoces leyes puedes anticipar a las personas, pero yo… —ladeó su cabeza ligeramente—, yo me he pasado la vida leyendo lo que la gente no dice, lo que callan… lo que temen. —Se inclinó apenas sobre ella, lo suficiente para que ella sintiera la presión invisible de su presencia—. Y, ahora mismo, fiscal, estás temiendo algo. No sé si es a mí… o a lo que no puedes controlar, pero lo huelo, lo veo. —Ella carraspeó inquieta mientras una sonrisa casi imperceptible apareció en los labios de Alekséi, una sonrisa nada amable—. Cuando detecto miedo en alguien… tomo decisiones, no porque quiera asustar, sino porque necesito saber hasta dónde puedo confiar, hasta dónde puedo apretar… sin que se rompan. —Ella bajó la mirada un instante, recuperándola enseguida con firmeza—. Así que piénsalo bien antes de volver a desafiarme con ese tono. No soy un hombre al que te convenga poner a prueba. Nunca sale gratis.

Ella lo miró fijamente, aunque su mirada ya no denotaba furia, sino que había una ligera chispa de miedo.

—¿Intentas intimidarme? —preguntó ella, aunque en un tono más sosegado.

Él le sonrió de soslayo, aunque su mirada no transmitía alegría.

—Te daré un consejo gratis, fiscal: las personas que me tratan sin respeto terminan deseando no haber llamado nunca mi atención. —Isabel puso su espalda recta por el tono de voz que empleaba—. No confundas mi paciencia con debilidad. Si decides no respetarme… aprenderás muy rápido por qué nadie se atreve a intentarlo dos veces. —Se quedó mirándola fijamente—. Me basta con que entiendan quién soy… y tú, fiscal, si sigues así… estás a un suspiro de entenderlo. —Alekséi se colocó la americana correctamente—. No tienes que temerme… mientras sepas dónde estás y a quién tienes delante. Que me guardes respeto es la única forma de que esta conversación siga siendo segura para ti. —Ella aguantó la respiración. De acuerdo, estaba claro que estaba tirando de la cuerda más de lo debido, no podía olvidar que estaba tratando con el cabecilla de una mafia—. ¿Entiendes? —preguntó apartando la mirada de ella—. Soy un hombre paciente, pero me estás agotando la paciencia, fiscal.

Isabel tragó saliva. No eran solo sus palabras, sino la forma fría y calculadora en que las pronunciaba, sin alterarse lo más mínimo.

En ese momento, el vehículo se detuvo y Dmitri volvió a mirar a través del retrovisor.

—Hemos llegado —pronunció lentamente.

Isabel sentía todo su cuerpo en tensión. Apretó los labios y miró por la ventanilla. Hasta ese momento creía tener la situación bajo control, sin embargo, ahora se daba cuenta de que eso no había ocurrido nunca.

La Ciudad de la Justicia estaba ante ella. La gente caminaba por la calle ajena a lo que estaba ocurriendo en el interior del vehículo o a las personas que se encontraban en él.

Cogió con fuerza el maletín y abrió la puerta del vehículo para salir.

La corriente de aire frío hizo que sus cabellos volasen hacia atrás. Sentía todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Llevaba tiempo en aquel trabajo, nunca se había dejado intimidar por ningún delincuente, pero aquello era diferente. Alekséi no era un simple delincuente, era algo más. Era la primera vez que se sentía en peligro.

Alekséi miró la espalda de Isabel, detenida en la acera recobrando el aliento. Luego miró a Sergei que se encontraba en el asiento del copiloto.

—No te separes de ella —ordenó mirando hacia la ventanilla—. Cualquier cosa, avísame.

—De acuerdo —contestó Sergei abriendo la puerta.

Isabel comenzó a caminar aún con la mente aturdida por las palabras de Alekséi, sintiendo su corazón acelerado.

Sabía que tenía que ponerse en su sitio, no dejarse intimidar y mostrarse fuerte, pero aquello había sido del todo inesperado.

Se giró y observó al hombre que había ido de copiloto caminar hacia ella. Se quedó confundida y miró hacia el vehículo del que acababa de salir. ¿Qué significaba aquello?

Se giró y volvió a caminar en dirección al edificio de Fiscalía mirando de reojo hacia atrás, comprobando que aquel hombre la seguía a poca distancia. ¿Iban a perseguirla por todos lados? ¿No iba a dejarla tranquila ni siquiera en su trabajo?

En ese momento, el vehículo donde se encontraba Alekséi arrancó, alejándose del lugar. Apretó los labios mientras lo veía tomar una curva y desaparecer, luego se fijó en Sergei que esperaba a unos metros de ella, vigilándola.

Se quedó mirándolo sin fiarse, con las dos manos sujetando el maletín ante ella, sin saber cómo reaccionar ante aquello. Estaba conmocionada.

Se obligó a ser fuerte y a recordar quién era y fue directa hacia el hombre, situándose ante él.

—¿Vas a seguirme todo el día? —le preguntó recobrando de nuevo su carácter.

—Son mis órdenes —respondió Sergei.

Ella se removió nerviosa y se pasó la mano por la frente, luego miró hacia la Ciudad de la Justicia, pensativa.

—¿Llevas armas? —le preguntó directamente. Sergei enarcó una ceja hacia ella—. Hay un arco de seguridad. —Señaló hacia el edificio en el cual trabajaba.

Sergei alzó el mentón.

—No.

Inspiró hondo sin saber qué hacer.

—Intuyo que no te vas a ir, aunque te lo pida u ordene, ¿verdad? —Sergei no respondió, solo continuó con su ceja enarcada, dándole a entender que sus palabras no tenían ninguna influencia sobre él—. Está bien, pero hay que fijar unas normas. No puedes entrar en mi despacho personal —dijo alzando su dedo índice hacia él—. Debo tener reuniones privadas con abogados a las que no puedes asistir. —Levantó un segundo dedo—. Y no puedes entablar conversación con nadie… o tu acento te delatará —acabó levantando un tercer dedo. Movió los tres dedos ante él y, directamente, se giró hacia la puerta circular por donde se accedía al edificio.

Al menos, aquel hombre parecía mantener las distancias con ella.

Isabel se giró y le señaló hacia uno de los arcos de seguridad para que accediese al edificio por él.

Sergei se situó detrás de una persona que colocaba el bolso en la cinta para pasarlo por el arco cuando un guardia de seguridad se le acercó.

—Disculpe, señor, debe pasar la americana y el cinturón si lleva —le indicó.

Sergei asintió quitándose la americana justo cuando vio a Isabel saludar a otro guardia de seguridad y pasar directamente sin tener que hacer cola.

Se quedó observando cómo se alejaba, sin esperarlo. Apretó los dientes al ver que se dirigía directa a los ascensores, se giraba y se despedía de él moviendo la mano con un saludo.

—*Yebat*[Z] —pronunció acabando de situar la americana en la cinta transportadora del arco de seguridad.

Isabel le sonrió con sarcasmo mientras accedía a uno de los ascensores y él le devolvía una mirada cargada de enfado. ¿Iban a jugar al ratón y al gato por el edificio de la Ciudad de la Justicia?

Pudo ver cómo el hombre encargado de su protección corría con la americana en su mano una vez pasado el arco en dirección al ascensor, pero la puerta se cerró a escasos metros de él.

Isabel suspiró y se apoyó contra la pared del ascensor, captando la mirada de varias de las personas que se encontraban en el interior de este.

Tenía que volver a reorganizarlo todo. ¿Pensaba que tenía la situación bajo control? No, unas simples palabras por parte de Alekséi y ya se sentía totalmente intimidada, su cerebro ni siquiera podía pensar con claridad. Necesitaba un rato a solas para asimilar todo lo ocurrido.

En cuanto las puertas se abrieron en su planta, salió directamente y entró en su oficina.

—Eh, hola… —pronunció Irene desde su mesa, aunque la miró de la cabeza a los pies, paralizada. Isabel intuyó lo que ocurría, sí, hoy no era un día en el que ella luciese sus preciosos conjuntos—, ¿Qué… haces… así…?

Isabel se detuvo ante ella con una sonrisa cohibida.

—Ya, bueno… —Se miró a sí misma—, he cogido un café para llevar y se me ha caído encima, me he puesto lo primero que he pillado.

—Ah —pronunció Irene asombrada, aunque luego sonrió a su amiga—. Tienes todo preparado sobre la mesa.

—Gracias, por cierto… —dijo acercándose más a ella y bajando el tono—, hoy no quiero recibir visitas que no sean las de los abogados que tenía programados, nadie más… —puntualizó.

—Claro —respondió Irene encogiéndose de hombros.

—Tenía un juicio hoy, ¿verdad?

—Sí, he dejado el expediente sobre tu mesa.

Ella asintió.

—¿A qué hora?

—Creo que sobre las once y media.

—¿Y las conformidades? —preguntó rápidamente, aunque miró de reojo hacia el final del pasillo.

Con suerte, estaría libre un rato, sin la estrecha vigilancia de aquel hombre.

—Tienes tres programadas, la primera a las diez. También tienes los expedientes sobre la mesa.

—Gracias. —Chasqueó la lengua—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Dime.

—Ayer no cené nada y esta mañana no me ha dado tiempo a desayunar. ¿Puedes ir a buscarme un bocadillo?

—Claro, ¿de qué lo quieres?

—De lomo con queso —respondió con la voz grave mientras le tendía un billete—. Y un café con leche, largo de café.

—De acuerdo —dijo Irene guardándose el billete en su bolsillo—. Voy a buscártelo.

—Gracias —respondió Isabel.

Observó cómo su amiga iba hacia el final del pasillo cuando vio aparecer ahí al hombre de Alekséi, parecía que tenía la respiración acelerada. Subir once plantas corriendo debía de ser agotador.

Isabel le sonrió y le guiñó el ojo con ironía. Sergei resopló y la miró mosqueado.

Ella se limitó a girarse y fue hacia su despacho.

Suspiró mientras cerraba la puerta y cerró los ojos unos segundos intentando calmarse.

Rodeó la mesa y se sentó sobre el butacón, situando el maletín de Alekséi sobre esta.

Tenía que calmarse y ordenar las ideas, además, tenía trabajo por hacer. Aquel era su último día antes de coger vacaciones. No se había puesto mucho trabajo para ese día, de aquella forma podría acabar su jornada laboral a la hora estipulada, no como la mayoría de los días, que siempre salía tarde.

Miró los expedientes y se sorprendió al ver otra carpeta sin nombre.

La abrió y observó que era justamente la documentación que había solicitado sobre Zhiang Xu.

—Bien —susurró situando los documentos ante ella. Estaba todo lo que había pedido. Situación actual y civil, antecedentes penales, propiedades y cuentas corrientes—. Perfecto —dijo hojeando los documentos.

Al menos no la habían molestado mientras atendía las tres reuniones con los abogados. Entre las reuniones había salido de su despacho y observado. Aquel hombre se encontraba sentado a las afueras del pasillo, controlando quién entraba en aquel espacio y, sobre todo, quién lo hacía en el despacho de Isabel.

Isabel tomó el expediente del juicio que tenía programado en media hora y lo metió en el maletín.

Salió de su despacho y saludó a Irene.

—Ánimo, ya queda poco —pronunció Irene.

Isabel le ofreció una sonrisa y caminó por el corto pasillo con la mirada fija en el hombre que permanecía allí sentado. Cuando ella accedió a la zona donde se encontraba, se puso en pie, mirándola. Ella suspiró y se dirigió a los ascensores seguida por él.

—¿Qué? —bromeó ella mirando de reojo a su espalda donde Sergei no le quitaba el ojo de encima—. ¿Mucho deporte hoy?

Sergei apretó los labios, pues comprendía a lo que se refería, a las once plantas que había tenido que subir a pie para dar con ella.

—Tengo bastante aguante —respondió.

Ella sonrió.

—Me alegra saber eso

Las puertas del ascensor se abrieron y ella entró seguida por él.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—Tengo un juicio en la Ciudad de la Justicia —explicó mientras el ascensor descendía—. Un chico amenazó con un machete a la gente del tren en la plaza de Cataluña. De hecho, apuñaló a uno. —Se giró hacia él ladeando su cuello—. Dime, ¿traficáis solo con armas de fuego o también con armas blancas?

Sergei suspiró.

—Menuda mañanita me estás dando… —Ella se encogió de hombros—. Así que ese es tu juego, ¿verdad? —continuó él con un

tono que no sonaba a broma—. Provocar. Pinchar. A ver si consigues algo.

Isabel no retrocedió, aunque el latido le golpeó en las sienes.

—Solo pregunto —respondió con calma estudiada—. Trabajar cerca de ti me genera curiosidad profesional, nada más.

Sergei inclinó la cabeza, estudiándola con una intensidad cortante.

—Armas blancas, armas de fuego… —repitió en un susurro lento, casi reflexivo—. Te gusta mezclarnos en tus casos, como si estuvieras esperando que diga algo que puedas usar en nuestra contra. —Se acercó a ella—. Si quieres información tendrás que esforzarte más —continuó en voz baja—, y preguntársela a mi Vor.

La puerta del ascensor se abrió en la planta baja con un "ding" metálico.

Sergei sostuvo la mirada de ella un segundo más.

—¿Tu Vor?

—A Alekséi.

—Es como… ¿tu jefe? —Él asintió con la cabeza. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Isabel—. Ya, bueno… prefiero no preguntarle a él —acabó diciendo antes de girarse y salir del ascensor.

Salieron a la calle. Sergei se situó a su lado mientras caminaban.

Cruzaron la calle y llegaron a la Ciudad de la Justicia. Esta vez Sergei ya se estaba quitando la americana mientras entraban por la puerta y buscó rápidamente una de las cintas que no estuviese ocupada con el fin de que Isabel no se le volviese a escapar.

Igualmente, Isabel pasó antes que él saludando a uno de los guardias y caminó hacia las escaleras mecánicas. Se subió, pero no esperó a que Sergei se pusiese la americana de nuevo. Lo vio caminar rápidamente hacia las escaleras cuando ella llegó a la primera planta y tomó el pasillo a la derecha.

Isabel caminó rápidamente por este, pasando entre la gente que esperaba allí a ser llamada para el juicio, bien fuese como acusado, víctima o testigo.

—Juzgado siete de lo penal —susurró pensativa mientras seguía avanzando, observando el letrero de la puerta que anunciaba el juzgado.

Dio unos pasos hacia delante y, de repente, se quedó petrificada allí mismo.

Sintió su corazón latir más fuerte y su espalda ser recorrida por una corriente eléctrica que provocaba que sus músculos entrasen en tensión. Se quedó sin respiración y prácticamente inmóvil.

Ante ella había un grupo de asiáticos, justo frente al juzgado al que tenía que acceder. Uno de ellos se giró hacia ella, la observó y se giró de nuevo.

En ese momento, su instinto de supervivencia fue más fuerte.

Se giró hacia atrás y observó a aquel guardaespaldas que Alekséi le había enviado. Sergei caminaba directo hacia ella, colocándose correctamente la americana, cuando se encontró con aquella mirada por parte de Isabel, una mirada que le hizo detenerse. La escudriñó de la cabeza a los pies hasta que le hizo un gesto como preguntándole "¿qué ocurre?".

Isabel se obligó a llenar de nuevo sus pulmones y caminó tensa hacia él, intentando disimular ante toda la gente la tensión y el miedo que sentía en aquel momento.

Se situó ante él, con una mirada aterrada y la mandíbula tensionada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sergei.

Ella se giró levemente para observar a aquel grupo.

—Hay un grupo de chinos frente a la puerta de mi juzgado —susurró nerviosa.

Sergei miró en aquella dirección y asintió. Sí, era un grupo de seis hombres asiáticos que discutían entre ellos.

—No todos los chinos que veas pertenecerán a la tríada —le susurró. Ella se removió nerviosa. En ese momento, Sergei se dio cuenta de que buscaba su protección, parecía asustarle más aquel grupo de asiáticos que el hecho de que un miembro de la mafia rusa la persiguiese para ofrecerle su protección—. Tranquila —pronunció lentamente—. Esos chinos parecen más preocupados por resolver un asunto de una pelea que tuvieron que en perseguirte a ti.

Ella miró hacia atrás, con temor, pero finalmente asintió.

—¿Sabes chino?

—Un poco —respondió Sergei que directamente situó una mano en su hombro para tranquilizarla—. Te acompaño hasta la puerta.

Ella asintió nerviosa y fueron hacia allí. Realmente, aquel grupo de hombres ni siquiera se inmutó cuando pasaron por su lado, pero sí se sintió más segura.

Situó la mano en el pomo de la puerta que conduciría a la sala donde se realizaría el juicio y se giró hacia Sergei que se encontraba a su lado.

—¿Puedo entrar? —le preguntó él ofreciéndose a acompañarla.

Ella negó con la cabeza.

—No —explicó mirando de reojo a aquellos asiáticos. Por Dios, ¿cada vez que viese a una persona de origen oriental iba a sufrir un ataque de ansiedad? Miró a Sergei que estaba muy cerca, cubriendo con su cuerpo parte del de ella y haciéndola sentir protegida—. Antes de comenzar el juicio, el oficial ofrecerá audiencia pública. Puedes entrar y quedarte en los asientos situados al final de la sala —dijo antes de abrir la puerta y entrar a esta.

Sergei asintió mientras cerraba la puerta. Se giró situándose ante esta y observó a aquel grupo de hombres que ni parecían prestarle atención.

Esperó un buen rato antes de que la oficial llamase a los abogados, acusados y víctimas, así como a los testigos, solicitándoles el DNI a todos. Poco después, llamó a la audiencia pública. Sergei no dudó un segundo en entrar al juicio y sentarse al final de la sala, controlando a todo aquel que también entraba y a aquel grupo de hombres que con su sola presencia habían atemorizado a Isabel.

Cuando se sentó y el oficial cerró la puerta, se fijó en que Isabel se encontraba sentada en el estrado con su toga puesta y revisando el expediente. Su mirada se encontró con la de ella y, por primera vez, vio en su rostro una mirada de agradecimiento por estar allí.



13

El juicio se había alargado más de lo previsto. Por suerte, solo le quedaba una última conformidad con un abogado. Para las dos de la tarde ya había terminado; se puso el abrigo y respiró aliviada.

Salió de su despacho y fue hacia Irene, aunque vio de reojo cómo su guardaespaldas la miraba desde el fondo del pasillo, intentando pasar desapercibido entre toda la gente.

—¡Al fin! ¡Vacaciones! —sonrió Isabel.

—Qué bien, oye… ¿te has pensado lo de Navidad? ¿Te quieres venir a comer con mis tíos a…?

—Ay, te lo agradezco mucho, Irene, pero no quiero molestar.

—Sabes que no molestas.

Ella tomó su mano.

—Te lo agradezco muchísimo, pero me quedaré en casa. —Se encogió de hombros.

Irene suspiró y puso los ojos en blanco.

—De verdad, no te entiendo… pero bueno, si te lo piensas mejor y cambias de opinión, ya sabes que puedes venirte.

—Lo sé… —dijo dándole un abrazo—. Sé que siempre puedo contar contigo.

Irene le sonrió mientras se fundía en un abrazo con ella.

—Venga, a disfrutar de las merecidas vacaciones. Vamos quedando, ¿de acuerdo?

Isabel asintió y se dirigió al pasillo para avanzar hacia donde se encontraba Sergei, el cual estaba sentado en una de las sillas. Sergei miraba de un lado a otro, controlando la gente que se encontraba en el vestíbulo, la mayoría abogados u otros fiscales.

Se situó ante él y suspiró. Sergei la miró y ladeó el cuello.

—¿Ya has acabado?

—Sí, ya estoy oficialmente de vacaciones —respondió con una sonrisa—. ¿Vamos? —le preguntó señalando el ascensor.

Sergei la siguió y se situó a su lado metiendo las manos en los bolsillos.

Isabel lo miró de reojo mientras esperaban el ascensor.

Sí, era de la mafia rusa, pero cuando se había encontrado a aquellos hombres asiáticos en el juzgado de lo penal había sentido pavor de que pudiesen hacerle daño. En aquel momento, el único que había garantizado su protección era el hombre que tenía a su lado. Aquello le había hecho replantearse las cosas y aceptar la ayuda que le ofrecía Alekséi asignándole a uno de sus hombres. Lo cierto era que ellos eran los únicos que realmente podían garantizar su protección en esos momentos. La policía podría protegerla, más o menos, pero no con la dureza con que lo hacía la mafia.

Subieron al ascensor y bajaron en silencio.

Tras salir del edificio de Fiscalía ella miró de un lado a otro.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó.

Sergei miró su teléfono móvil y chasqueó la lengua.

—Estarán aquí en veinte minutos —explicó guardando el teléfono en su bolsillo.

Ella resopló y se removió abrazándose a sí misma, corría un viento gélido y hacía frío.

Miró a Sergei que solo llevaba un traje puesto, sin más abrigo que ese.

—¿Tú no tienes frío?

Él la miró de reojo, pues parecía más interesado en vigilar que nadie con actitud sospechosa se acercara.

—Me crie en Sant Petersburgo, eso sí es frío.

Ella se encogió de hombros dándole la razón. Se quedó mirando al horizonte durante unos segundos, sin saber qué hacer, hasta que se giró hacia él.

—¿Cómo te llamas? —Él enarcó una ceja en su dirección—. Vamos, te llevo pegado a mi trasero toda la mañana… ¿cómo te llamas? —repitió en un tono amable.

Él asintió y le medio sonrió.

—Sergei.

—Ajá, vale… Sergei —asintió ella mirando hacia atrás—. Tú estás claramente más acostumbrado que yo al frío… te invito a un café, vamos —dijo dando unos pasos hacia la cafetería que se encontraba entre el edificio de medicina forense, Fiscalía y los juzgados.

Sergei valoró durante unos segundos la idea y finalmente aceptó.

—De acuerdo.

—Claro que sí —dijo esperándolo para situarse a su lado y caminar a la par—. Café calentito, rico… —bromeó. Él la miró, aunque no sonrió—. Por cierto, gracias por lo que has hecho antes. —Sergei se sorprendió al recibir aquellas palabras por parte de ella —. Me he puesto un poco nerviosa con los chinos. —Él se detuvo mirándola, asombrado por la actitud de ella—. ¿Qué? —rio al verlo con aquella actitud.

Finalmente, Sergei hizo un gesto pensativo y continuó caminando a su lado.

—No hay de qué —respondió más relajado.

Los grupos o mafias albanokosovares estaban especializados en el crimen violento, como robos y extorsiones, pero también en actividades como el tráfico de drogas, aunque ese no era el caso de Besnik Bajraktaraj, el hombre que tenía sentado ante él y que se dedicaba sobre todo a robos violentos en domicilios o los denominados secuestros exprés.

De aspecto fino y elegante, Besnik vestía un bonito traje de chaqueta y pantalón azul marino con una camisa blanca.

Se encontraban en un bar de Barcelona no muy grande, pero que habían cerrado aquella mañana solo para ellos. Aquel local debía de pertenecerle.

Alekséi se encontraba sentado frente a él con Nikolau y Dmitri sentados a los lados.

Una mujer vestida únicamente con un sujetador y unas bragas rojas se acercó a ellos y depositó una bandeja con varias rayas de cocaína, ofreciéndoselas.

Otra mujer vestida del mismo modo depositó otra bandeja frente a Besnik, el cual no dudó en coger uno de los canutillos, colocarlo en su nariz y esnifar parte de la sustancia blanca.

Cerró los ojos con fuerza y estiró su cuello mirando hacia arriba, sintiendo cómo el placer que solo le proporcionaba aquella sustancia blanca lo embriagaba.

Golpeó el trasero de la muchacha antes de que se alejase y sonrió a Alekséi.

—Como prueba de agradecimiento —dijo señalando la bandeja que había situado frente a él.

Alekséi le sonrió y cogió uno de los canutillos, lo colocó en un extremo de la bandeja y esnifó la mitad de la raya, luego le tendió la bandeja a sus compañeros para que se sirviesen si querían. Normalmente no se drogaba, pero sabía que el albanés podía tomárselo como una ofensa si no aceptaba.

—Es buena —comentó pasándose el dedo por la nariz, pues le producía picor.

Besnik rio y lo señaló con la mano.

—Sí, tú sabes apreciar lo bueno, amigo —dijo mientras la mujer iba de nuevo hacia él, le ponía un cigarro en la boca y se lo encendía.

Besnik inhaló y se quitó el cigarro de la boca soltando una larga bocanada. Miró a Alekséi y asintió.

—Está bien… —dijo directamente—, ciento veinte mil dólares. —Le sonrió—. Cada vez subís más la cuota, amigos —acabó con tono grave.

—Cada vez es más difícil entrar armas al país.

—Puta mierda de policía… —se quejó el albanés—. Siempre intercediendo en nuestros asuntos. —Indicó a uno de sus hombres que se acercase. Situó un ordenador portátil ante él y marcó una cifra, esperó unos segundos y giró el ordenador hacia Alekséi para mostrarle la pantalla—. Hecho.

Alekséi sacó su teléfono del bolsillo y accedió a la cuenta corriente de la República de Liberia. Actualizó y a la tercera vez vio cómo la cifra aumentaba. Posteriormente, los abogados que tenía su

hermano contratados lo limpiarían y lo harían pasar como facturas por pieles.

Guardó su móvil en el bolsillo y miró a Nikolau haciéndole un gesto con la cabeza. Nikolau salió del local en compañía de Dmitri.

—Tengo un regalo para ti… —pronunció Alekséi volviendo su cuello hacia él lentamente.

Besnik puso su espalda recta y lo miró fijamente. Aunque llevaba colaborando muchos años con la Bratva sabía que no podía fiarse de aquellos hombres.

—No hace falta —respondió un poco temeroso.

—Créeme, te gustará —dijo Alekséi mirándolo fijamente. Se apoyó contra el respaldo de la silla y ladeó su cuello—. Mientras te lo traen, dime… ¿conoces a la tríada china?

El albanés pestañeó sorprendido.

—Sí, claro… aunque no me mezclo con ellos. Sus negocios me parecen repugnantes.

Alekséi asintió.

—¿Te suena el nombre de Zhiang Xu?

Besnik se quedó pensativo.

—Él es el Dragón Rojo, ¿no? —preguntó—. No estoy muy seguro, como te he dicho, no tengo trato con ellos, lo sé por los rumores.

Alekséi asintió de nuevo y se quedó mirándolo.

—¿Y Jordi Casamada? —preguntó.

—¿El Patufet? —preguntó sorprendido. Alekséi enarcó una ceja en su dirección—. Creo que te refieres al Patufet, lo llaman así porque no es muy alto que digamos —explicó echándose hacia delante con una sonrisa de soslayo—. Es un empresario, tiene muchos locales distribuidos por Barcelona.

Alekséi alzó el mentón.

—¿Son socios?

El albanés negó.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Ya te he dicho, no me interesan sus asuntos.

Alekséi apretó los labios y miró hacia atrás, donde varios de sus hombres esperaban.

—La tríada intenta apoderarse de mi territorio, lo usa para traer a mujeres —comentó enfadado.

Besnik abrió los ojos al máximo unos segundos y luego intentó permanecer tranquilo sobre el asiento.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—Necesito información —respondió directamente—. Creo que ese tal Jordi, el Patufet, tiene locales en Barcelona y se los ofrece a la tríada para la trata de blancas. Me dan igual sus negocios, pero ese territorio es mío…

Besnik asintió.

—¿Por eso os atacaron? —preguntó Besnik, aunque se dio cuenta de que no debería haber sacado ese tema con Alekséi, ya que este oscureció la mirada—. Es algo que todos sabemos… —tartamudeó—, ya… ya sabes, se habla.

La mirada penetrante del ruso lo dejó congelado unos segundos.

—Sí —respondió finalmente y luego se giró cuando escuchó la puerta abrirse. Nikolau y Dmitri entraban con una caja de madera depositándola en el suelo—. ¿Puedo confiar en ti, Besnik? —preguntó estudiándolo. Luego miró a Nikolau de nuevo y le indicó con la cabeza que saliese fuera. Justo cuando su compañero salió del local, volvió su mirada hacia el albanés que asintió rápidamente.

—Claro, ya lo sabes. Llevo muchos años de socio con vosotros.

Alekséi se echó hacia delante.

—Vosotros sois los mejores en crimen violento, en robos y secuestros… —Besnik asintió con una sonrisa, recibiendo aquellas palabras como un cumplido—. Quiero que me hagáis un favor.

—Por mis amigos, lo que necesites —respondió.

Alekséi le ordenó con la mirada a Dmitri que abriese la caja.

—Cinco fusiles de asalto —explicó Alekséi señalando la caja—. Un regalo por tu confianza y… por tu ayuda.

—Son… son… —pronunció el albanés asombrado.

Se puso en pie y tomó uno de ellos en sus manos, estudiándolo maravillado, sin poder articular palabra.

Alekséi se levantó con una sonrisa y tomó en sus manos otro de ellos.

—Una versión mejorada de la carabina M4, el HK416, versión alemana. —Lo depositó de nuevo en la caja y miró a Besnik que observaba maravillado el fusil—. Si te gusta su funcionamiento podemos conseguir miras, linternas o supresores para ellos.

—Guaaau —susurró impresionado.

—Tu pedido sabes que llegará en un par de semanas, pero como muestra de agradecimiento por tu lealtad… —dijo señalando la caja —. Esto corre de nuestra cuenta.

—Muchas gracias —respondió el albano con una gran sonrisa y tendió uno de los fusiles a sus hombres para que lo observasen. Besnik dio unos pasos hacia el ruso que observaba con una mano en el bolsillo—. Y por lo de la información que necesitas sobre la tríada, no te preocupes, como bien sabes somos los mejores obteniéndola —le sonrió con malicia y le señaló con el dedo—. Oh —rio—, siempre me ha gustado hacer negocios con vosotros.

—Consígueme la información que necesito sobre Zhiang Xu, sobre si él es realmente el líder de la tríada de Barcelona, dónde puedo encontrarlo y sobre Jordi Casamada. Necesito saber qué locales le ha cedido para sus negocios.

—Tranquilo, sabes que lo conseguiré. Dame unos días —respondió con seguridad.

Alekséi lo escudriñó con la mirada y asintió.

—Hazlo y, quizá, recibas algún regalo más —comentó dando un paso hacia él, tendiéndole la mano. Aquellas palabras provocaron una sonrisa en Besnik mientras se la estrechaba—. Eso sí, traicióname y…

—Jamás se me pasaría por la cabeza hacer algo así —respondió directamente.

Alekséi soltó su mano con la mirada fijada en él y finalmente asintió, no dijo nada más y se giró para dirigirse hacia la puerta.

—Tendrás noticias mías en breve —continuó Besnik alzando un poco más la voz antes de que el ruso saliese por la puerta.

Alekséi caminó por el pasillo en compañía de sus hombres hasta que llegó a la puerta de salida. Cuando salió al exterior miró hacia el cielo, hacía buen día, el sol lucía con fuerza, aunque hacía un frío espantoso. Tomó la calle recto y fue a parar a una de las calles más

emblemáticas y conocidas del Barrio Gótico de Barcelona, el *Carrer del Bisbe*, con su icónico puente neogótico llamado el Puente del Obispo, reconocido por su belleza medieval. Era una calle muy visitada por los turistas, como en aquel momento, donde aprovechaban que comenzaban las fiestas de Navidad para visitar aquella zona.

Siguieron caminando por aquella calle, toda empedrada, hasta que salieron de ella, topándose con la Catedral de Barcelona, llamada Catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia, sede del arzobispado de Barcelona, un ejemplo notable de la arquitectura gótica catalana del siglo XIV.

Se giró hacia Dmitri.

—¿Has avisado?

—Sí… —respondió este y luego señaló hacia delante—. Ahí está.

El vehículo se detuvo ante ellos y los dos subieron. Rápidamente se pusieron en marcha.

Nikolau conducía lentamente por las calles y Dmitri se había sentado en el asiento del copiloto. Él prefería ir detrás en ese momento.

—Hay bastante caravana, Vor —pronunció Dmitri.

Alekséi asintió.

—Sí, ya lo veo… avisa a Sergei de que tardaremos un poco menos de media hora —ordenó mientras volvía a extraer el teléfono de su bolsillo.

Buscó en su agenda el teléfono de su hermano y lo marcó. Se llevó directamente el móvil a su oído mientras miraba por la ventanilla.

—Alekséi, buenas tardes —dijo su hermano Mikhail al otro lado de la línea.

—Buenas tardes —respondió Alekséi.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Has tenido la reunión con los albaneses?

—Sí, ya tenemos la transferencia —respondió Alekséi—. Esta tarde te envío el pedido para que lo preparéis. —Inspiró hondo y miró de reojo a sus hombres—. Le he pedido a Besnik información sobre la tríada.

—¿Cómo va ese asunto?

—Estamos investigando, de momento todo controlado —respondió—. En breve daremos con ellos, los sacaremos de nuestro territorio y, con suerte, mucho más —acabó alzando el mentón.

—Bien —dijo Mikhail con una sonrisa desde el otro lado de la línea—. ¿Algo más que deba saber?

—De momento nada más.

—Bien, hablamos pronto. Cualquier cosa, ponme al corriente.

—Por supuesto, hermano —respondió antes de que este colgase al otro lado.

Guardó de nuevo el teléfono en su bolsillo y miró por la ventanilla, guardando silencio.

Con suerte, entre la información que pudiesen ofrecerle los albaneses, la que consiguiese a través de Yuri, que solía infiltrarse en otras bandas y tenía contactos en todos lados, e Isabel, la fiscal que podía garantizarle información legal e instruir una causa contra la tríada, conseguiría acabar con la misma.

Isabel le ponía de los nervios, pero, por otro lado, no podía negarse a sí mismo que estaba deseando volver a verla. Era una mujer fuerte, demasiado fuerte. Aquello le encantaba y le entretenía al mismo tiempo.

Le enfadaba y excitaba sobremanera.

Nikolau puso la radio mientras miraba por el retrovisor. La música clásica inundó el vehículo que avanzaba lentamente por las calles de Barcelona. Aquellas melodías le ayudaban a relajarse y despejar la mente, a tranquilizarse, y siempre las escuchaba cuando salía de una reunión. Al menos había ido bien y había logrado una venta importante.

Minutos más tarde, Nikolau avisó por el móvil a Sergei de que se aproximaban a la Ciudad de la Justicia. Se detuvieron delante del edificio y pudo ver a su compañero junto a Isabel aproximarse al vehículo.

Sergei fue quien abrió la puerta para que Isabel pasase delante de él.

Isabel se agachó para mirar. Alekséi la observaba desde el interior con un gesto muy serio. Desde su última conversación, se le aceleraba el corazón más de la cuenta solo de pensar en él. Alekséi,

por su parte, la miró unos segundos y giró su cabeza hacia la ventanilla de nuevo.

Isabel tragó saliva y entró en el interior del vehículo seguida por Sergei.

Por suerte, el coche era muy ancho y espacioso.

Sergei se sentó en el asiento y cerró la puerta. Segundos después, mientras se ponían el cinturón, el vehículo arrancó.

Estar allí en medio de todos aquellos enormes hombres le imponía. Antes de la discusión con Alekséi no había sentido temor, al contrario, se sentía valiente, pero una vez que Alekséi le había demostrado parte de su genio, reconocía que le imponía más de la cuenta.

Se mantuvo callada, sintiendo a ese hombre a su lado mirarla de reojo, aunque él se mantenía absorto en sus pensamientos.

—Sergei, ¿ha ido todo bien? —preguntó en ruso.

—Todo bien, aunque a Isabel le dan miedo los chinos —respondió con una sonrisa. Alekséi también sonrió jocoso ante aquella afirmación.

Isabel apretó los labios, no le gustaba que hablasen en ruso, ya que no entendía nada y sabía que estaban hablando de ella, pues había identificado su nombre en medio de la frase. Ella lo miró de reojo y suspiró, no iba a entrar al trapo y discutir con él, mejor tenerlo calmado, al fin y al cabo, después de encontrarse con un grupo de asiáticos, se había dado cuenta de que se sentía mucho más segura con ellos cerca.

—Vamos a su piso —pronunció Alekséi en castellano esta vez. Giró su cuello y miró a Isabel, la cual giró rápidamente su cuello mirando al frente y ofreciéndole su perfil.

Estaba claro que estaba atemorizada después de su última conversación antes de que bajase del coche aquella mañana.

Alekséi asintió y miró también al frente mientras el vehículo se dirigía por las calles en dirección al piso situado a pocos minutos en coche de allí.



14

Habían aparcado cerca de su piso.

Sergei, Nikolau y Alekséi la acompañaban mientras Dmitri se había quedado en el coche esperando.

Isabel abrió la puerta que daba acceso al portal y entró seguida de cerca por los tres rusos, con Alekséi a la cabeza. Se dirigieron todos hacia el ascensor.

Alekséi ordenó con un movimiento de cabeza a sus dos hombres que subieran por las escaleras mientras ella se situaba frente al ascensor y miraba asombrada a aquellos dos hombres subir las escaleras. Hizo ademán de seguirlos, pero Alekséi la detuvo cogiéndola del brazo.

—Nosotros dos iremos en el ascensor —ordenó situándola a su lado. Ella separó su brazo de su mano con un gesto rápido y le ofreció su perfil, mirando las puertas del ascensor—. Es mejor que revisen primero la segunda planta.

Isabel resopló y lo miró escudriñándolo. ¿Sabía que vivía en la segunda planta? Estaba claro que la habían vigilado.

Prefirió no decir nada al respecto, ya sabía cómo se las gastaba Alekséi y no quería volver a repetir una conversación como la de aquella mañana que la pusiese tan nerviosa, sin embargo, ahí estaba él, con ese porte, esa mirada capaz de helarla y hacer que todo el vello de su cuerpo se erizase. Era difícil describir lo que sentía. ¿Miedo, tensión? Sin embargo, lo miraba y su respiración se aceleraba levemente.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambos entraron. Él fue quien pulsó el botón a la segunda planta. El silencio entre ellos era denso.

Alekséi se apoyó en la pared metálica, cruzando los brazos, observándola mientras el ascensor comenzaba a subir. Se la notaba tensa.

—Respiras más rápido —murmuró.

Ella arqueó una ceja, intentando parecer indiferente.

—Subir dos pisos con un mafioso acelera el pulso de cualquiera —pronunció Isabel.

Él soltó una risa floja, peligrosa. De nuevo volvía a tener aquella mirada desafiante en sus ojos.

—¿De verdad crees que tu cuerpo reacciona así por miedo? —preguntó inclinando ligeramente la cabeza—. No soy tan ingenuo, Isabel.

Ella tragó saliva, manteniendo la vista al frente. ¿Tan obvio era? Alekséi le había explicado que sabía leer los gestos de la gente, y realmente lo estaba haciendo con ella.

—No te hagas ilusiones —respondió girando su cuello hacia él con indiferencia.

Alekséi dio un paso en su dirección, despacio y controlado. No llegó a tocarla, pero el espacio que dejó entre ambos era lo suficientemente pequeño para que ella sintiera el calor de su presencia. Isabel lo miró de reojo, intentando parecer tranquila, aunque no lo consiguiese.

—Las ilusiones son para los débiles —susurró cerca de su oído—. Yo solo veo hechos… y tú te tensas cada vez que me acerco.

Ella respiró hondo e intentó mantener un tono firme.

—Me tenso cuando alguien peligroso invade mi espacio personal.

Él sonrió, esa sonrisa mínima y oscura que sabía que no presagiaba calma.

—Interesante elección de palabras —murmuró—. Por lo poco que te conozco, si realmente te sintieras en peligro ya habrías pedido que me apartara —acabó mirándola a los ojos, recorriendo su rostro sin disimulo—, pero no lo haces.

Ella apretó los labios y respondió con voz baja.

—Tengo autocontrol —susurró.

El ascensor se detuvo en su planta. Las puertas se abrieron lentamente.

Alekséi dio un último paso hacia ella, obligándola a retroceder.

—Puedes mentirte todo lo que quieras, pero cuando yo decida acercarme de verdad, no tendrás dónde esconder esa reacción.

Ella lo miró fijamente, estudiando también su rostro. ¿Cómo podía intimidarla y hacer que se quedase sin respiración a la vez? Tenía una mirada tan intensa que era capaz de hacer que su corazón latiese a gran velocidad, y no precisamente por miedo.

Mierda, no debería pensar así de él.

—Perfecto —respondió sin apartar la mirada de él—. Cuando decidas acercarte de verdad, avísame… así preparo el extintor. —Alekséi sonrió al escuchar aquello, aunque no retrocedió ni un milímetro—. Verás, si algún día me preocupa de verdad tu "acercamiento" —enfatizó con un movimiento de manos como si pusiese comillas a aquella palabra—, te lo haré saber con una orden judicial si hace falta. —La sonrisa de Alekséi se hizo más visible, sin duda alguna le divertían las reacciones de ella.

Alekséi se echó sobre ella provocando que ella tocase con su espalda la pared y ladeó su cuello.

—Deja de fingir que controlas este juego… cuando eres la primera en responder a cada uno de mis movimientos.

Para sorpresa de Alekséi, Isabel dio un paso al frente, encarándolo y subiendo el mentón. —¿Responder a tus movimientos? Anda ya… si esto fuera un juego, tú ya habrías perdido por exceso de dramatismo. —Ladeó su cuello sin apartar la mirada de él—. Si algún día decido jugar contigo de verdad… créeme, vas a ser el primero en notarlo. —Se acercó más a sus labios—. Y, probablemente, serás tú el que pida clemencia.

Dicho esto, situó sus manos en el pecho de él, empujándolo hacia atrás sin borrar la sonrisa de sus labios.

Sí, sin duda le divertía aquel intercambio de palabras con ella, pero había algo en su sonrisa que dejaba claro que se sentía atraído. La provocaba porque era demasiado evidente que ella también lo estaba.

Alekséi dejó escapar una risa corta, profunda, que retumbó en el pequeño espacio del ascensor. Su mirada no se apartaba ni un segundo de la de ella.

—¿Clemencia? —repitió con tono grave y divertido a la vez—. No suelo pedir nada, menos aún clemencia. —Alekséi apoyó suavemente una mano a cada lado de ella, sujetándose al marco del ascensor. No la tocaba más de lo necesario, pero la cercanía era suficiente para que ella sintiera cada movimiento suyo—. Así que, si algún día decides "jugar conmigo de verdad", asegúrate de estar preparada. Cuando yo juego, no hay vuelta atrás. —Su sonrisa se volvió lenta, calculada, divertida… y peligrosamente atractiva.

—¿No hay vuelta atrás? —Arqueó ella una ceja, ladeando la cabeza con una sonrisa traviesa—. Qué alivio… porque la verdad es que me aburro rápido de los juegos fáciles. —Lo empujó más para intentar apartarlo—. Así que prepárate, Alekséi. Si fuese a jugar contigo de verdad no solo ibas a notar mis movimientos, ibas a tener que esforzarte para seguirme el ritmo.

Alekséi rio de nuevo y, finalmente, se apartó para dejarla salir del ascensor.

Ella resopló y pasó por su lado golpeando su pecho con su hombro, pero él la cogió del brazo para mantenerla a su lado unos segundos más.

—Llevo años manejando a hombres que tiemblan con solo escuchar mi nombre… ¿y tú crees que voy a cansarme contigo? —Se inclinó lo justo para rozar su oreja con su aliento, sin tocarla realmente—. Te advierto algo… —susurró mientras ella se mantenía firme—. Si tú corres, yo te sigo. Si tú atacas, yo respondo. Y si tú marcas el ritmo… —sonrió, amplia y peligrosamente confiado—, yo soy el que decide cuándo se acaba la música.

Ella lo miró enfadada y apartó de malos modos el brazo de su mano. Dio unos pasos adelante, saliendo del ascensor seguida por Alekséi que llevaba en su rostro aquella enigmática sonrisa mientras ella resoplaba una y otra vez, seguramente de forma inconsciente.

Alekséi la tomó del brazo de nuevo, paralizándola. Ella se iba a girar para protestar otra vez cuando él se situó ante ella y caminó rápido hacia Nikolau y Sergei que permanecían ante la puerta de su piso sin osar entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alekséi acercándose.

—Está abierta —respondió Sergei señalando la puerta de la vivienda de Isabel.

Todos la miraron a ella. Isabel tragó saliva asustada. ¿Estaba abierta?

Alekséi la estudio unos segundos y le indicó con la mano que se mantuviese quieta allí.

—Supongo que no eres de dejarte las puertas abiertas, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza mientras retrocedía unos pasos, asustada —. Quédate ahí —le ordenó Alekséi mientras extraía una pistola de su cinturón y se dirigía a la puerta entreabierta.

Sergei se situó a un lado de la puerta, al igual que Nikolau, y esperaron unos segundos a ver si se escuchaba algo.

Alekséi también dio unos pasos adelante, situándose frente a la puerta, y miró de reojo a Isabel que permanecía alejada, con todo su cuerpo en tensión.

Miró a Sergei y a Nikolau y asintió. Acto seguido, empujó la puerta hacia delante con la mano y con la otra apuntó hacia el interior. Debía de haber alguna persiana subida, porque entraba bastante claridad.

Entró él primero apuntando de un lado a otro, seguido por Sergei y Nikolau. Estaba claro que aquello no era un simple robo, seguramente aquel allanamiento de morada era cosa de la tríada china.

—Aseguraos de que no hay nadie —ordenó mientras seguía avanzando por el pasillo rumbo al comedor, con la pistola sujeta con las dos manos hacia delante, dispuesto a disparar. La puerta del comedor estaba entreabierta. La movió levemente con el pie y se asomó.

El comedor estaba ordenado, con las persiana abiertas, de ahí que entrase tanta luminosidad.

Entró en el comedor apuntando con la pistola allá donde miraba. Nikolau había entrado en la cocina mientras Sergei lo seguía por el comedor. Señaló hacia el lado para que Sergei fuese hacía el pasillo que suponía que iría a los aseos y a las habitaciones.

Mientras Sergei se adentró por el pasillo más oscuro y abrió las puertas de golpe, entrando sin dudarlo en las habitaciones y

examinándolas, incluso el interior de los armarios y debajo de la mesa, Alekséi fue hacia la pequeña terraza. Ahí, por lo menos, no había nadie.

Nikolau accedió al comedor.

—Cocina y lavadero están limpios —explicó.

—Ve con Sergei —ordenó.

Nikolau obedeció la orden y cinco minutos después, una vez estaba todo revisado, los tres se juntaron en el comedor.

—No hay nada revuelto —explicó Sergei.

Alekséi asintió.

—Sí, vinieron únicamente a por ella —contestó mientras se dirigía por el pasillo a la puerta de entrada. La abrió y observó a Isabel en el otro extremo del pasillo, frente a las escaleras, dispuesta a descender de inmediato si escuchaba algo sospechoso. La mirada de Alekséi y de Isabel se encontraron—. Tranquila —comentó—, no hay nadie. Ven.

Ella dudó unos segundos, pero finalmente fue hacia él.

Alekséi abrió más la puerta mientras escondía a su espalda el arma, por si algún vecino se asomaba o miraba a través de la mirilla.

Nada más llegar, Alekséi intentó cerrar la puerta, pero estaba rota.

—Mierda —susurró.

Isabel se fijó en la puerta.

—¿La han roto? —preguntó molesta.

—Me temo que sí —respondió este y miró hacia delante—, Nikolau, ve a una ferretería y cambia la cerradura. —Miró a Isabel mientras Nikolau pasaba por su lado y le guiñaba un ojo a Isabel—. Él te la cambia y lo arregla enseguida, es muy bueno —explicó mientras avanzaba hacia delante.

Isabel observó a Nikolau abandonar el piso dejando la puerta entornada y avanzó hacia el comedor. Todo estaba en orden. Sergei apareció por el pasillo de la izquierda, mirándolo todo.

—No parece que hayan roto nada ni robado algo, pero asegúrate —pronunció Alekséi—. También haz una pequeña maleta para llevarte. —Ella resopló y fue directa hacia el mueble del comedor, lo abrió y observó lo que tenía en el interior—. ¿Por qué resoplas? —

preguntó dando unos pasos hacia ella—. ¿Aún tienes ganas de quedarte aquí sola? —Ella lo miró de reojo—. Te das cuenta de que venían a por ti, ¿verdad?

Ella apretó los labios y lo miró. Sergei se encontraba cerca, observándola de reojo.

—Sí, me doy cuenta —dijo a regañadientes. Cerró el armario y fue hacia el pasillo para acceder a su habitación. Por mucho que no quisiese admitirlo, era cierto que, pese a que se trataba de gente con la que ella jamás se juntaría, ahora mismo eran los únicos que podían ponerla a salvo. Le molestaba tener que admitir aquello, sobre todo después de las últimas conversaciones que había tenido con aquel hombre. Aquel fornido, atractivo y sensual hombre que iba hacia su habitación para controlar lo que hacía. Resopló y observó cómo Alekséi se situaba bajo el marco de la puerta. Apretó los labios y sacó una pequeña maleta de un armario, luego observó la mesita de noche donde guardaba toda su ropa interior. Fue hacia ella y abrió el cajón. Nada, que no se iba—. ¿Me puedes dejar un momento a solas? —preguntó tirante.

—No —respondió mientras ladeaba su cuello.

Isabel resopló y abrió el cajón.

—Vale, pues haz lo que quieras —dijo cogiendo unas bragas y guardándolas en la maleta.

—Tranquila, prometo no opinar. —Ella lo miró mosqueada—. A menos que preguntes, claro.

Isabel puso los ojos en blanco mientras seguía metiendo bragas y sujetadores en la maleta. Alekséi fue hacia el armario y observó la ropa que tenía: la mayoría era ropa elegante para trabajar.

Movió las perchas mirando la ropa y chasqueó la lengua con exageración teatral mientras ella se situaba a su lado

—Todo muy profesional —giró la cabeza hacia ella con una medio sonrisa—, pero dime, ¿también tienes algo que no me haga pensar que vas a meterme en la cárcel cada vez que te vea entrar en la habitación? —Ella lo escudriñó con la mirada—. Si vamos a convivir, quizá deberías meter algo que no me dé ganas de comportarme bien, eso sería muy aburrido para los dos.

Ella apretó los labios. Estaba claro que le tomaba el pelo, el problema era que su cuerpo reaccionaba a aquel tipo de insinuaciones de él.

—Tú y yo no vamos a convivir, simplemente me acoges en tu casa hasta que el peligro que tú mismo has provocado no pueda tener consecuencias para mí. Créeme, ni te darás cuenta de que estoy allí. No nos vamos a poner a ver la tele juntos, ni desayunaremos, comeremos o cenaremos juntos… no será una convivencia. —Él enarcó una ceja—. No quiero inmiscuirme en tus asuntos, me mantendré alejada de ti todo lo que me sea posible.

—Interesante… —reaccionó pensativo—, así que vas a vivir en mi casa como un fantasma disciplinado. Qué plan tan adorable —bromeó apoyándose contra la puerta del armario. Ella lo miró confundida por sus palabras mientras metía más ropa interior—. No me mires así. Ya verás como la convivencia está bien —acabó diciendo de nuevo.

Ella resopló.

—Me traslado temporalmente contigo para no acabar apuñalada por culpa de tus enemigos —le recordó de nuevo con tono tirante—. No lo disfraces. Yo estaré en una habitación y tú en otra. Punto.

Alekséi se acercó de nuevo a su oído, invadiendo su espacio personal, lo que provocó que ella alzase la mirada hacia él y tragase saliva.

—Hasta que necesites algo de mí en mitad de la noche —susurró.

Ella lo miró desafiante.

—¿Y qué podría yo necesitar de ti exactamente? —preguntó Isabel.

Alekséi llevó su mano hasta su cintura, pasándola con una caricia que estremeció todo el cuerpo de ella. Isabel sintió todos los músculos de su cuerpo ponerse en tensión. Desde la primera vez que lo había visto se había sentido atraída por él, y estaba claro que Alekséi sabía leer perfectamente su cuerpo.

—Quizá necesites calor en mitad de la noche —le susurró.

Ella lo miró, apartó su mano con un manotazo y enarcó una ceja.

—Eres un engreído —pronunció ella con asco.

Él la miró con aquella sonrisa engreída.

—Puede —respondió encogiéndose de hombros, luego miró hacia el armario y la mesita de noche y modificó su gesto—. Date prisa, salimos en diez minutos —pronunció alejándose ya de ella.

Isabel suspiró mientras lo veía salir de su dormitorio y dirigirse al comedor donde se encontraba Sergei.

Descolgó unos cuantos pantalones y jerséis y los dejó sobre la cama para acabar de hacer la maleta.

Fue ella misma quien arrastró la maleta con ruedas por el parquin de aquella casa. Por suerte había ascensor, así que subió a la segunda planta acompañada de Alekséi que se escribía mensajes con alguien por el móvil.

Llegó hasta la habitación que había usado aquella noche y que suponía sería la suya y depositó la maleta a un lado, dejando el maletín sobre el escritorio. Se giró hacia Alekséi, el cual tenía toda su atención en el móvil.

—Quiero mi teléfono —ordenó ella provocando que él alzase la vista, aunque no respondió—. ¿Me has oído? —preguntó de nuevo —. Quiero mi móvil.

Él asintió.

—Está bien —respondió—. Luego te lo daré, pero como avises de que…

—No voy a avisar a nadie, ni llamaré a la policía —lo cortó—. He entendido perfectamente lo que ocurre, pero quiero mi teléfono. —Alekséi asintió. Isabel apretó los labios y miró de reojo hacia el maletín. Realmente la estaban protegiendo. Seguramente estaría muerta si no fuese por él. Le habían cambiado el pomo de la puerta de su piso y ahora la llevaban allí. Sí, otra persona diría que era en contra de su voluntad, que aquello era un secuestro, pero ella ya no lo sentía así. Allí, rodeada de aquellos hombres, por mucho que le pusiesen de los nervios, en concreto Alekséi, era donde se sentía realmente protegida. Tragó saliva y ladeó su cabeza—. Voy a cambiarme de ropa —comentó con voz más pausada—, llevo con la

misma ropa desde ayer. —Alekséi la miró sin decir nada, aunque solo con aquella mirada Isabel ya se alteraba bastante—. Tengo… —carraspeó—, tengo información que quizá te interese.

Él dio un paso adelante.

—¿Tienes información sobre Zhiang Xu? —preguntó con interés.

—Más… más o menos. Tengo que contarte —respondió.

—¿El qué? —preguntó interesado.

Ella resopló y lo miró muy seria.

—Primero voy a cambiarme de ropa —señaló la maleta—, y luego, cuando esté arreglada, te lo explicaré. Solo quería saber si estarías aquí… —Se quedó observándolo cuando entró más en la habitación y se apoyó contra la pared—. ¿Qué haces?

—Cámbiate de ropa —ordenó.

Ella casi desencajó la mandíbula.

—¡No! Espérame abajo —le gritó—. No pienso cambiarme contigo delante. —Él ni se inmutó—. Cuanto más tardes en irte, más tardaré en explicártelo… —apretó su mandíbula—. ¿Te interesa o no? —se removió—. ¡Quiero mi intimidad! —explotó.

Alekséi inspiró hondo y finalmente fue hacia la puerta.

—Te espero abajo en cinco minutos —dijo saliendo directamente de aquella habitación.

Estaba claro que ansiaba aquella información. Quizá no debería haberle dicho nada hasta después de cambiarse de ropa, así al menos hubiese estado tranquila un rato.

Fue hacia la maleta y dejó la ropa sobre la cama. Sí, Alekséi le había dicho que tenía cinco minutos, pero ella necesitaba deshacer su maleta y su neceser, así que si tardaba quince minutos o media hora no le quedaría otra que esperar. También debía marcar un poco su territorio. Tanto si quería como si no, por lo que ella entendía, ellos estaban allí para protegerla, no para que ella fuese su esclava.

Colgó la ropa en el gran armario y ordenó sus zapatos.

Fue al aseo y ordenó el neceser.

Fue hacia el espejo y se hizo una coleta alta.

A Alekséi no parecía agradarle que se vistiera tan formal. Había comentado, con ironía, que así parecía dispuesta a meterlo en la cárcel… pues bien, se iba a enterar.

Miró la ropa del armario mientras reía maliciosamente.

Alekséi tecleó en el ordenador el pedido que le habían realizado los albaneses. Con suerte, en unos diez días lo tendrían allí y podrían cobrar el treinta por ciento restante de la cantidad acordada.

Miró de reojo a sus hombres. Todos se encontraban ya allí. Sergei y Dmitri estaban sentados al otro lado de la mesa, mientras que Yuri tomaba un café en la barra de la cocina junto a Nikolau.

—Ya está —informó a sus hombres cerrando el portátil. Se fijó directamente en Yuri—. Dime, ¿qué has averiguado?

—Gao nos mostró su vivienda. Vimos a Zhiang Xu entrar, aunque no sabemos si es su vivienda habitual o…

—¿Dónde? —preguntó Alekséi.

—En Paseo de Gracia, no recuerdo el número.

Alekséi enarcó una ceja y lo miró sorprendido.

—Un calle muy distinguida para un hombre que tiene solo tres restaurantes chinos, ¿verdad? —ironizó este.

Yuri se sentó en la mesa frente a él.

—Los hombres me han informado de que aún no ha salido de ese bloque de pisos.

—¿Está vigilado? —insistió Alekséi.

—Tengo a tres hombres allí —corroboró Yuri—. Además, el bloque tiene un parquin subterráneo y he puesto dos hombres más vigilando el acceso y la salida a… —se quedó callado y desvió su mirada hacia las escaleras. Apretó los labios y miró de reojo a Alekséi.

—¿Qué? —preguntó este—. Habla —ordenó. Suspiró y observó que Sergei y Dmitri también miraban a su espalda. Se giró y miró en aquella dirección. Esperaba cualquier cosa, pero no aquella. Apretó los labios y se puso en pie lentamente. Isabel descendía las escaleras despacio, tomándose todo el tiempo del mundo. Se había puesto un elegante conjunto de chaqueta y falda color negro con una camisa color dorado, acompañado todo con unos zapatos negros con un gran tacón. El pelo se lo había recogido en un moño alto dejando al descubierto un largo cuello y unas facciones delicadas. Alekséi miró de reojo a sus hombres, los cuales observaban asombrados a la muchacha, y chasqueó la lengua—. Te

he dicho que no te vistieses como una fiscal para estar en casa —ordenó con tono molesto.

Ella se encogió de hombros mientras bajaba los últimos escalones. Fue hacia él con un sensual contoneo de caderas, situándose enfrente. Pese a llevar unos altos tacones, Alekséi aún le sacaba casi una cabeza.

—Es que soy fiscal —le recordó—. Así lo recordaréis todos —los señaló con el dedo—, sobre todo tú —acabó señalando a Alekséi.

Alekséi la observó detenerse frente a él, impecable, orgullosa y consciente de cada mirada que había provocado al cruzar la sala. Él apretó la mandíbula, más por la reacción de sus hombres que no apartaban la mirada de ella que por la de ella.

—No necesito que me lo recuerdes —gruñó sin apartar la mirada de sus ojos—. Crees que ese traje te da distancia, pero lo único que hace es llamar más la atención. Y ahora mismo eso es exactamente lo que no quiero.

Isabel sonrió con falsa dulzura.

—Entonces no mires.

Sergei tosió con disimulo, no entendía el valor de aquella joven de hablarle así al capo de la mafia. Dmitri miró al techo como si de repente fuese la decoración más interesante del mundo y Yuri junto con Nikolau ladearon su cuello para deleitarse con la pared de la cocina.

Alekséi giró la cabeza hacia ellos con una lentitud amenazante.

—Un sonido o un gesto más y os mando a hacer guardia al garaje toda la noche —espetó sin levantar la voz, haciendo conscientes a sus hombres de que se daba cuenta de cada uno de sus movimientos y gestos.

Todos guardaron silencio de inmediato.

Luego volvió a ella.

—¿Te parece divertido? —preguntó él sin alzar el tono, pero con esa intensidad que siempre lograba ponerle la piel de gallina.

Isabel ladeó la cabeza mientras se apartaba de él, dirigiéndose a la mesa.

—Me parece lógico. Si me tratas como una invitada, me comporto como una invitada. Si me tratas como una rehén, me

comporto como una fiscal. —Le hizo una pequeña mueca de satisfacción—. No puedes pedir una cosa y esperar la otra.

Él dio un paso hacia ella, tan cerca que su perfume quedó atrapado entre los dos.

—Puedo pedir exactamente lo que quiera.

—Y yo puedo no hacerte caso —respondió, clavándole la mirada sin retroceder, encogiéndose de hombros

Alekséi inspiró lentamente, evaluándola.

—Ese traje —dijo finalmente— te lo quitas cuando estés aquí.

—Pues será un problema… —Isabel cruzó los brazos con fingida inocencia— porque solo he traído ropa de trabajo. Esa que tanto te gusta —ironizó.

Él tardó dos segundos en reaccionar; la sonrisa que apareció en su rostro fue lenta, peligrosa, y divertida.

—¿Solo trajes? —preguntó ladeando su cabeza con interés malicioso.

—Ajá —asintió ella, desafiante.

—Perfecto —dijo él hablando más bajo, con una chispa traviesa en la voz—. Quizá entonces te haga ir desnuda por la casa. —Ella lo miró con los ojos muy abiertos, abriendo la boca como si quisiese decir algo, aunque no encontró las palabras—. Una fiscal vestida así en mi salón parece una escena previa a mi sentencia.

—¿Te intimida?

—Me molesta. —La señaló con un mirada intimidante, tanto fue así que ella tragó saliva y miró de reojo a los hombres que la rodeaban—. Muéstrame lo que has conseguido en el juzgado —ordenó dirigiéndose a la mesa, zanjando aquella conversación.

Isabel resopló y fue hacia la mesa, depositando sobre esta el maletín negro que le había prestado aquella mañana antes de ir al juzgado. Lo abrió mientras todos tomaban asiento y extrajo una carpeta llena de documentos.

Directamente se la tendió, pero Alekséi la señaló con la mano.

—Ya que vas vestida como una fiscal… ilústranos.

Ella se quedó observándolo, como si lo retase, y tras unos segundos cogió la carpeta de malos modos y golpeó con ella la

mesa. Un par de los hombres cerraron los ojos por el golpe mientras Alekséi seguía mirándola fijamente, sin inmutarse.

—Está bien —continuó Isabel encogiéndose de hombros. Abrió la carpeta y comenzó a extraer documentos—. Zhiang Xu tiene cincuenta y dos años, natural de Chengdú, casado desde hace nueve años con Mei Chen, de treinta y cuatro años en la actualidad. No tiene hijos, al menos registrados —sonrió mostrando los dientes. Pasó el documento dejándolo en un lateral de la mesa—. El domicilio habitual de Zhiang Xu está ubicado en el barrio de *Sant Andreu*, cerca de La Maquinista, en el *carrer del Cinca* —dijo tendiéndole a Alekséi el documento del Registro de la Propiedad.

Alekséi lo miró.

—¿Solo tiene esta propiedad? —preguntó confundido.

—Registrada sí —respondió ella.

Alekséi miró de reojo a Nikolau y lo señaló.

—Ayer por la noche lo siguieron hasta una vivienda que hace esquina con Paseo de Gracia…

Nikolau asintió.

—El número ciento diez, hace esquina con la *Plaça del Cinc d'Oros* trescientos ochenta y cinco —confirmó este.

Isabel lo miró pensativa.

—En el Registro de la Propiedad no sale ninguna propiedad más, así que es posible que lo tenga a nombre de una empresa, a nombre de su esposa o bien, simplemente, no viva ahí, sino que sea el domicilio de unos amigos.

Alekséi indicó una orden con un movimiento de cabeza a Nikolau que se puso en pie. Isabel puso su espalda recta. El hombre se alejó un poco mientras extraía el móvil de su bolsillo.

Isabel inspiró hondo y lo miró de nuevo.

—Puedo solicitar documentación sobre su esposa.

Alekséi asintió.

—Hazlo —ordenó.

Ella pestañeó varias veces y ladeó su cuello.

—¿Hazlo? —preguntó exagerada, descontenta con que él le diese una orden—. Lo voy a hacer, pero no porque tú me lo ordenes, sino porque es mi trabajo —dijo furiosa. Apretó los labios mientras él

enarcaba una ceja—. En cuanto a las cuentas corrientes, Zhiang Xu no es que tenga una gran fortuna, tiene ahorrados veinticinco mil euros y un préstamo aprobado para la compra de un vehículo. —Ella chasqueó la lengua—. Está claro que si es quien es, está desviando sus ingresos hacia otras cuentas corrientes que no están a su nombre.

—¿Hacia quién? —preguntó Alekséi.

—Y yo qué sé, soy fiscal, no adivina. Puede que hacia su mujer —se encogió de hombros—, o hacia sus padres si viven en China. Hay que investigar más. —Apretó los labios—. El problema es que yo estoy de vacaciones, no pienso ir al juzgado ahora…

—¿No vas a ir? Esto es importante.

—Mi descanso también es importante, y son mis vacaciones —se señaló a sí misma.

Alekséi sonrió con malicia.

—Menos mal que yo tengo importantes contactos… —Ella lo miró sin comprender—. Tengo unos amigos albaneses…

—Ya, seguro que son grandes amigos… —ironizó ella.

—Me han hablado de un hombre: Jordi Casamada, lo llaman el Patufet…

—¿En serio? —preguntó sorprendida—. Menudo nombre para un mafioso, ¿no?

Alekséi no dijo nada al respecto.

—Zhiang Xu domina el negocio de la trata de blancas, pero esas mujeres y niños deben de exponerse en algún lugar. Jordi Casamada, el Patufet, le brinda esos locales…

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo buenos contactos.

—Contactos sí, buenos no sé… —comentó ella. Inspiró y cogió un bolígrafo y un papel—. Está bien —dijo apuntando el nombre en un documento en blanco—. Investigaré a este tal Patufet. Por lo que dices, debe de tener varios locales a su nombre, a no ser que los tenga a nombre de otra persona también. —Pasó a otros documentos y se los tendió a Alekséi—. Respecto a Zhiang Xu, solo constan los tres restaurantes chinos a su nombre. Nada más. —Lo

miró pensativa—. Si no fuese porque los guardaespaldas de ese chino intentaron matarme, diría que está limpio —se encogió de hombros.

—Ya, pero sabes que no lo está —la señaló—, espero que con la nueva documentación que solicites podamos pillarlo mejor, al menos de forma legal… —la miró desafiante—, si no, siempre podemos tomarnos la justicia por nuestra mano y…

—No —lo cortó Isabel señalándolo con la mano—, ni se te ocurra. —Alekséi se puso en pie lentamente—. Bastantes líos tienes ya con la justicia como para estar acusado de homicidio o asesinato —pronunció con los dientes apretados.

Él sonrió y fue hacia la cocina, ignorando su último comentario.

—Bien, ¿algo más? —preguntó. Isabel negó con la cabeza—. Comamos un poco —dijo dirigiéndose a la nevera—. ¿Tienes hambre?

Isabel miró de reojo al resto de hombres que la rodeaban y asintió.

—Un poco.

—Bien —dijo él observando el interior de la nevera.



15

Había comido y se había refugiado en su habitación. Le hubiese gustado tener un cerrojo para estar más tranquila, pero no era así. Tampoco se lo iba a pedir, sabía que se iba a negar a concederle aquel deseo, así que había pasado las siguientes horas tumbada en la cama mirando el techo. Otro rato lo había pasado mirando por la ventana y asomándose al balcón para contemplar las vistas, pero hacía demasiado frío, además, el viento era muy húmedo y te calaba hasta los huesos.

Inspiró y abrió la puerta. Se movió por el pasillo hasta llegar a las escaleras. Desde allí podía escuchar a todos los hombres manteniendo una conversación, aunque no sabía de qué hablaban, ya que lo hacían en ruso. Quizá le iría bien aprender un poco, lo suficiente al menos para saber de qué iba la conversación.

Bajó las escaleras y entró en el enorme salón.

En la mesa se encontraban todos hablando, aunque le sorprendió ver que había bastantes armas sobre esta.

Todos se callaron y se giraron hacia ella, como si hubiesen detectado su presencia. Directamente, cogieron sus armas y las guardaron.

Isabel se removió incómoda y miró a Alekséi que la observaba.

—¿Algún problema? —le preguntó.

—Estoy aburrida —respondió sin pensar.

Todos la miraron enarcando una ceja, pues no esperaban aquella respuesta por su parte.

Él inspiró hondo y miró a todos sus hombres, luego le hizo un gesto a Sergei para que se marchase de la mesa.

—Seguid con los interrogatorios y controlad la casa —le ordenó en ruso mientras este se ponía en pie, igual que el resto.

Sergei se alejó junto al resto hacia otra parte del salón y luego Isabel los escuchó abrir la puerta que les daba acceso al parquin.

—¿A dónde van? —le preguntó.

—Hay asuntos que atender —dijo rodeando la mesa, dirigiéndose hacia ella.

Isabel lo miró de la cabeza a los pies, aún vestía el traje, aunque no llevaba la americana puesta, lo que hacía que pareciese que vestía más informal. Cruzó los brazos cuando lo vio acercarse, evaluándolo con la misma frialdad con la que observaba a un acusado en sala.

—¿Asuntos que atender? —repitió con ironía—. Curioso eufemismo para alguien que acaba de esconder armas como si yo fuese ciega.

Alekséi se detuvo a un metro de ella, aunque sin invadir su espacio.

—No eres ciega —respondió con calma—. A veces eres un inconveniente.

Ella alzó una ceja.

—Vaya. Y yo que pensaba que era la invitada.

—Lo eres —admitió—, pero sigues estando en mi casa.

Isabel dio un paso hacia él, acortando ella la distancia entre ambos esta vez.

—No olvides que también soy la fiscal que puede convertir todo esto en un expediente de quinientas páginas.

Una sombra de diversión cruzó el rostro de Alekséi.

—Y no olvides tú —replicó bajando ligeramente la voz—, que ahora mismo estás rodeada de hombres que solo guardaron sus armas porque yo lo ordené.

Isabel sostuvo su mirada sin pestañear.

—Me aburren los juegos de poder, Alekséi. Si me tienes aquí encerrada, al menos sé honesto conmigo.

—No estás encerrada —respondió—. Estás protegida.

—Protegida no me siento estando así —replicó ella, señalando alrededor—. Esto se siente más como una jaula —suspiró.

Él dio un paso más, esta vez lo justo para que ella notara su presencia sin tocarla.

—Las jaulas son para quienes no saben sobrevivir fuera —susurró—. Tú sigues aquí porque sabes exactamente qué hay al otro lado.

Isabel tragó saliva, en eso tenía razón.

Alekséi dio un paso lento hacia ella, como una fiera a punto de abalanzarse sobre su presa para devorarla. Su espacio personal se vio invadido por él. Aunque no le tenía miedo, sí se sentía intimidada, más cuando él lo hacía con aquella mirada fija y segura. Supo que intentaba intimidarla, aquel jugueteo sensual que tenía con ella tenía efectos sobre su cuerpo, y él parecía ser muy consciente de ello.

—Y tú sigues aquí delante de mí —respondió ella con un leve susurro—, porque no puedes decidir si quieres controlarme… o impresionarme.

Durante un segundo, algo oscuro brilló en los ojos de Alekséi.

—Ten cuidado, fiscal —la advirtió—. Hay hombres a los que no conviene psicoanalizar.

—Y hay mafiosos —replicó ella— que no soportan que una mujer no les tenga miedo.

El silencio volvió a caer entre ellos como una losa.

Alekséi fue el primero en romperlo.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no me tienes miedo? —le preguntó ladeando su cuello.

Isabel estuvo tentada de apartar la mirada de él, pero se contuvo.

—Creo que te atrae lo que no puedes controlar. No me impresiona un hombre que necesita asustar para sentirse poderoso.

Durante un segundo, la tensión se mascó en el ambiente. Luego Alekséi bajó un poco la voz, obligándola a inclinarse para escucharlo.

—Eso —dijo—, es exactamente lo que me preocupa de ti. —Llevó una mano hasta la cintura de ella y la pasó delicadamente. Aquel gesto provocó que ella se tensase totalmente y tragase saliva, mirándolo fijamente. Estaba claro que Alekséi no se cortaba ni un pelo y que era un hombre acostumbrado a tomar cuanto quería. Su

mano era firme y no temblaba a diferencia del cuerpo de ella. Su caricia era mucho más suave de lo que había esperado. Alekséi pasó su mano por su cintura para llegar a su espalda y acercarla a él con un gesto sensual, pegándola a su cuerpo. Claramente aquello era una insinuación, sabía que estaba jugando con fuego, pero no pudo evitar morderse levemente el labio ante la reacción de su cuerpo—. Tienes demasiado carácter.

Ella tragó saliva nerviosa.

—No tienes mi permiso —susurró a escasos centímetros de sus labios.

—No lo necesito —reaccionó impidiendo que se alejase de él y luego le sonrió de forma maléfica mientras se acercaba a su oído para susurrarle—. Tu cuerpo me dice que sí mientras tu boca insiste en lo contrario.

Ella apretó la mandíbula, consciente de cada punto de contacto, de la presión de su mano en la espalda, de lo fácil que sería ceder… y de lo peligrosa que sería esa decisión.

—Retira la mano —ordenó sin la convicción suficiente para que sonara creíble.

Él no se movió.

—Si te incomodara de verdad —murmuró—, ya me habrías empujado otra vez.

Isabel alzó el mentón, desafiándolo.

—No te equivoques, Alekséi. Puedo hacerlo.

—Lo sé —admitió—. Y, aun así, sigues aquí.

Su pulgar trazó un movimiento lento, casi imperceptible en su espalda. No era posesivo, era deliberado y controlado.

—No soy una de tus mujeres.

La mirada de Alekséi se oscureció.

—Eso ya lo sé —dijo con voz ronca, pues parecía que el contacto y la cercanía también influían en él—. Si lo fueses, esto no sería tan interesante —acabó situando sus labios frente a los de Isabel, a escasos milímetros, pero sin rozarlos, solo lo justo para sentir el calor de sus labios en los suyos, para provocarla todo lo que pudiese, sin embargo, se daba cuenta de que aquella provocación tenía efectos muy fuertes también en él, casi incontrolables. Isabel,

con su personalidad fuerte y decidida, era capaz de provocarlo de tal forma que sería capaz de tomarla allí por la fuerza, sin ningún remordimiento, aunque sabía que aquello no sería buena idea para sus intereses. De momento, parecía tenerla más o menos controlada —, porque contigo… —la miró a los ojos—, no sé qué pasaría si cruzase la línea.

Ella inspiró hondo intentando mantener la mente fría, intentando centrarse.

—No te conviene cruzarla —dijo tratando de aparentar fortaleza, aunque sus ojos la traicionaron y miraron una décima de segundo sus labios carnosos.

—Ese es el problema, nada de lo que no me conviene me ha detenido nunca —respondió él.

Ambos se miraron unos segundos hasta que el sonido de la puerta de las escaleras al abrirse los alertó y fue Isabel quien dio un paso atrás, alejándose del brazo que la rodeaba por la cintura.

Alekséi apartó la mirada de ella de mal humor y miró hacia Sergei que entraba por la puerta, aunque este, al captar la mirada malhumorada de su jefe, chasqueó la lengua y cogió el móvil de la mesa que había dejado olvidado. Se lo mostró y lo guardó en su bolsillo.

Otro hombre entró en compañía de una mujer y ambos se dirigieron directamente hacia la cocina.

¿Ahora que estaba tan interesante la conversación iban a interrumpirla?

La mujer, de mediana edad, fue hacia él y, para sorpresa de Isabel, le habló en ruso.

—¿Qué desea cenar? —preguntó.

Alekséi miró de reojo a Isabel.

—¿Te apetece algo en concreto para cenar? —le preguntó.

—Comida —respondió ella.

Alekséi la escudriñó con la mirada y volvió a mirar a la mujer.

—Lo que te parezca bien, no hay inconveniente. —La mujer asintió mientras se alejaba—. Olga es la cocinera.

Ella asintió confundida.

—¿Tienes cocinera? —preguntó sorprendida.

Él sonrió y se acercó de nuevo a ella, incomodándola.

—Tengo todo lo que deseo —le susurró.

Ella lo miró de reojo y dio un paso al lado. Ya sabía que se trataba de un juego entre los dos, pero algo le decía que en ese juego Alekséi no podía ganar. A diferencia de él, ella aún seguía teniendo algo de cordura y respeto por sí misma.

—Bien, voy a darme una ducha… —pronunció él, aunque la miraba fijamente—, ¿quieres acompañarme?, ¿o no estás tan aburrida?

Ella enarcó una ceja.

—Prefiero ver la televisión, pero gracias por la invitación —respondió dirigiéndose hacia el sofá.

Isabel se sentó en él y cogió el mando a distancia de la televisión para encenderla casi al instante.

Alekséi se quedó unos segundos observándola. Aquella mujer era todo lo que deseaba en aquel momento. Una mujer atractiva, con personalidad y carácter. Nadie, y menos una mujer, se había atrevido a desafiarlo como ella, y aquello, lejos de enojarlo, lo excitaba.

Isabel observó de reojo cómo subía las escaleras y solo pudo respirar de nuevo con tranquilidad cuando giró la esquina.

Cerró los ojos unos segundos y meditó sobre lo ocurrido. Debía intentar controlarse o iba a acabar muy mal, y no se refería a acabar malherida, sino a acabar en la cama con él.

Los siguientes días había cogido una rutina: se levantaba sobre las nueve de la mañana y salía al jardín a dar un paseo, ya que no le estaba permitido salir al exterior de la propiedad. El primer día se le había hecho extraño dar vueltas alrededor de la piscina y por la zona de césped con hombres vigilando la casa continuamente, pero se había adaptado rápido. Después, solía ver alguna película, escuchaba música o leía algún libro. Hacia el mediodía, comía sola, cuando todos habían acabado. Y por la tarde, más de lo mismo.

Alekséi le había ofrecido todos los rincones de la casa, desde la sauna que había en la planta baja hasta el gimnasio, pero no le

apetecía sudar, así que simplemente se limitaba a imaginar que estaba en un hotel y no hacía nada de nada, lo cual era un poco agobiante, pero mejor eso que trabajar a destajo.

Miró su armario y extrajo unos cuantos trajes de vestir.

Normalmente no iría así por su casa, pero teniendo en cuenta que su ropa parecía recordarle a Alekséi que estaba en presencia de una de las fiscales de Barcelona, siempre vestía de aquella forma.

Alekséi le había dicho que la cena se serviría aquel día a las ocho y media de la tarde. Los anteriores días había cenado con él, pero siempre había algún hombre más. Por lo que había intuido, aquella noche cenarían los dos solos.

Se puso un conjunto de traje de falda azul marino con una camisa blanca y se miró en el espejo.

—Más fiscal que nunca —susurró mientras se ponía los zapatos de tacón.

Se observó de arriba abajo y sonrió. Se hizo un moño alto y se dio media vuelta para mirarse. Aquel conjunto le quedaba realmente bien.

No le gustaba que se vistiese así, ¿verdad? Pues ahí iba ella toda decidida hacia la puerta.

Salió de la habitación y fue hacia la escalera mientras se pasaba la mano por el cabello recogido.

Bajó los escalones y miró sorprendida el salón.

Alekséi le daba la espalda, se encontraba mirando el jardín a través de la puerta de cristal. A esas horas ya no había luz del sol, pero los focos de la piscina y los del jardín lo iluminaban con una luz tenue.

Tal y como había intuido, no había nadie más allí.

Alekséi tuvo que escuchar sus pasos, porque se giró con las manos en los bolsillos del pantalón negro para ver cómo bajaba los dos últimos escalones.

La mesa estaba puesta. Había varios platos sobre esta, una enorme sopera y una bandeja cubierta donde suponía que estarían los segundos platos.

Él dio unos pasos al frente, mirándola de los pies a la cabeza. Isabel se dio cuenta de que la observaba pensativo.

—¿Eso es una provocación deliberada… o simplemente tu forma de declararme la guerra? —preguntó con voz grave.

Isabel lo miró con una sutil sonrisa.

—Es ropa, ¿no? —respondió con sencillez—. No sabía que también pretendías controlar mi vestuario.

Él ladeó ligeramente la cabeza con un atisbo de sonrisa cruzándole el rostro.

—No lo controlo —corrigió—. Lo sufro.

Ella se detuvo frente a la mesa y apoyó una mano en el respaldo de la silla, sin sentarse todavía.

—Curioso que sufras por unos trozos de tela —ironizó.

—Verte así me recuerda demasiado quién eres… y eso complica las cosas.

Isabel alzó una ceja.

—¿Te intimida cenar a solas con una fiscal? —bromeó.

—No —respondió él sin dudar—. Me inquieta lo poco que me importa. —Isabel tragó saliva y finalmente tomó asiento, cruzando las piernas con naturalidad. Alekséi la observó hacerlo antes de sentarse frente a ella—. ¿Tienes hambre? —le preguntó. Isabel asintió justo cuando Olga entró en el salón dirigiéndose a la mesa para servir la cena.

¿Estaba Olga? Una pizca de decepción se instaló en su pecho al descubrir que no estaban solos del todo.

Maldición, ella no tenía que pensar así de él. Debía tener presente que era uno de los grandes mafiosos de Barcelona y ella la fiscal, no podía permitirse aquel tipo de pensamientos con él. Debería odiarlo, debería no querer verlo; sin embargo, allí estaba, deseando quedarse a solas con él y mantener una de sus ingeniosas conversaciones que tanto la excitaban.

Olga tomó dos platos soperos, abrió la sopera y se encargó de llenarlos.

—Gracias —le sonrió Isabel cuando depositó el plato ante ella.

Isabel esperó a que le sirviese la sopa a Alekséi y, finalmente, Olga se marchó a la cocina de nuevo. Tomó la servilleta de tela y la situó sobre sus piernas. Miró hacia los lados, aquella cena era mucho más formal que en días anteriores.

Isabel tomó la cuchara y removió la humeante sopa. La probó y cerró los ojos unos segundos. La sopa de pollo con fideos estaba exquisita.

—Muy buena —comentó ella y miró hacia la cocina como si quisiese felicitarla.

—Olga no entiende el español.

Ella lo miró sorprendida

—¿Y sabe para quién trabaja? —preguntó con curiosidad.

Él se encogió de hombros.

—Ella trabaja para mí —respondió y se llevó una cucharada de sopa a la boca.

Isabel fue tomando el primer plato sin decir nada, mirando de reojo hacia Alekséi y el resto del salón. Se encontraba extraña con tanto silencio.

—¿Has averiguado algo más? —le preguntó. Él la miró sin comprender—. Sobre Zhiang Xu, su mujer y ese tal Patufet…

—Eso me recuerda que debes ir al juzgado para…

—No voy a ir al juzgado, estoy de vacaciones —le recordó.

Alekséi chasqueó la lengua.

—Es necesario que vayas —sentenció Alekséi.

Ella resopló. Suspiró y cogió el vaso de agua, aunque él se levantó de inmediato sosteniendo entre sus manos una copa de vino que se encontraba sobre la mesa, caminó hacia ella y se situó a su lado.

—Es un Vega Sicilia, ¿te apetece? —le preguntó sirviéndole ya en la copa, sin obtener respuesta. Ella apretó los labios y no respondió —. Es un buen vino, y acompañará bien con el segundo. —Volvió hacia su asiento y se sirvió también en su copa—. Tengo más información, pero prefiero no decirte nada hasta que lo tenga todo claro, de todas formas, no serviría de nada si no podemos contrastarlo con el juzgado, ¿verdad?

—¿Desde cuándo te importa lo que se diga en un documento legal? —ironizó.

—Tienes razón, no me importa, pero a ti sí —respondió—. No te voy a engañar, para mí sería mucho más fácil ir y pegarle un tiro en

la cabeza o en el pecho… —Ella lo miró ofuscada—, pero si hago eso comenzaré una guerra y no quiero tal cosa.

—¿Acaso no comenzó la guerra la tríada cuando os atacó? —preguntó ella.

—La guerra comenzará cuando yo lo disponga —respondió lentamente—. Si consigues meterlos en la cárcel, todos saldremos ganando. Evitaremos la trata de blancas y una guerra donde moriría mucha gente. No es que me importe la vida de esos chinos, pero sí la de mis hombres —explicó sentándose de nuevo.

Ella asintió.

—Entiendo —dijo ella reflexiva y tomó una cucharada más de sopa. Lo miró unos segundos—. Y cuando acabe todo esto, ¿qué?

Él la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres? Todo será como antes, como debe ser. El puerto marítimo de Barcelona siempre ha sido territorio de la mafia rusa… y que ahora vengan los putos chinos e intenten…

—No me refiero a eso —lo cortó—. Me refiero a mí. ¿Qué pasará conmigo? Tengo información que entiendo que no quieres que sepa. —Él la miró intrigado—. ¿Qué pasará conmigo? —repitió—. ¿Me matarás para que calle para siempre? —preguntó con valentía.

—A ti no te tocará nadie, tranquila por eso.

Ella puso su espalda recta.

—¿Debo fiarme de ti?

—Deberías, ya te salvé la vida una vez. No dudes en que volveré a hacerlo las veces que haga falta para mantenerte a salvo. —Ella lo miraba fijamente—. Por lo que a mí respecta, ahora somos aliados, ¿o no? —preguntó lentamente.

Isabel apretó los labios y desvió la mirada de él hacia el plato de sopa. Sí, obviamente prefería tenerlos como aliados y no como enemigos, ya había visto lo que pretendía hacer la tríada con ella, y él y sus hombres eran los únicos que podían garantizar su protección. Pero ¿eso no la convertía en una corrupta? Ella no debería llegar a aquellos acuerdos con un mafioso, sino que tendría que demostrar que merecía una condena ejemplar en vez de colaborar con él y poner a su disposición su vida. Era una decisión complicada, ¿su honor o su vida? Y luego estaba lo sumamente

atractivo que lo veía, aquella forma en que la miraba y la dejaba helada, en que sus palabras y su tono de voz influían tanto en los latidos de su corazón como en su forma de respirar e incluso en la sequedad que se adueñaba de su garganta.

Alekséi seguía mirándola y, al no recibir respuesta, volvió a ponerse en pie. Ella lo miró de reojo mientras este rodeaba la mesa hasta situarse a su lado.

Ni siquiera se atrevía a mirarlo, solo lo hacía de reojo.

Alekséi llevó su mano hasta la de ella y pasó el dedo índice con delicadeza sobre esta. Su piel no tardó ni un segundo en reaccionar, sintiendo cómo se erizaba por su suave caricia. Su dedo comenzó a subir lentamente por su antebrazo y su brazo.

—¿Somos aliados? —preguntó este de nuevo al llegar a su hombro y luego desplazo su mano hasta su barbilla delicadamente, acariciando su piel mientras el pecho de Isabel se hinchaba. Se agachó hacia ella situándose a su altura y tomó esta vez con menos delicadeza su mejilla, provocando que ella girase el cuello y lo mirase—. ¿O somos algo más? —acabó con un tono grave.

El pecho de Isabel subía y bajaba rápidamente y sus ojos descendieron hasta sus labios unos segundos, los suficientes para que Alekséi se diese cuenta de que había vuelto a encender aquella mecha de fuego en ella.

Isabel debía contenerse, no podía dejar que su cuerpo la traicionase, aunque eso era algo muy difícil. Su mente le decía una cosa, su cuerpo otra y, finalmente, ganó su cuerpo.

Alekséi no lo dudó, sin soltar su mejilla, la cual se encontraba ligeramente apretada por el dedo pulgar e índice de él, se acercó y la besó de una forma salvaje, sin delicadeza, sin compasión, y aquello fue la perdición total y absoluta de Isabel.



16

La posesión que ejercían aquellos labios sobre los suyos era palpable. No fue un beso delicado o tierno, sino todo lo contrario. El movimiento de los labios de Alekséi sobre los suyos fue como un intento deliberado de invadir su mente. Y, para su desconcierto, estaba funcionando.

El cuerpo de Isabel terminó cediendo, dejándose llevar por el ritmo que Alekséi marcaba con sus labios. Se fundieron en un frenesí donde labios y lengua se buscaban sin medida, despertando un placer inesperado para el que ninguno de los dos estaba preparado.

El beso se hizo más intenso hasta volverse casi abrasador.

Alekséi llevó su mano hasta la cintura de ella, sujetándola, como si así no pudiese escapar de la silla, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas, como si el mundo se hubiese reducido a ese instante exacto, a la respiración entrecortada de ambos y al latido desbocado que compartían sin querer reconocerlo.

Isabel sintió cómo la espalda chocaba suavemente contra el respaldo, cómo el cuerpo de él se imponía sin aplastarla, dominando el espacio con una seguridad que la desarmaba. Sus manos ascendieron lentas, deliberadas, marcando territorio sin necesidad de palabras, mientras el beso se volvía más lento, más profundo, más peligroso.

Había algo casi salvaje en la forma en que Alekséi la besaba, pero también una contención tensa, como si luchara consigo mismo por no cruzar un límite invisible. Sus labios se separaron apenas unos milímetros, lo justo para que sus frentes quedaran apoyadas, respirando el mismo aire.

—Si doy un paso más no habrá marcha atrás —murmuró con la voz baja y rota—, y los dos lo sabemos.

Ella miró sus ojos claros.

—No quiero una marcha atrás —susurró contra sus labios—, quiero que sigas —admitió.

Sus labios descendieron lentamente, marcando una línea ardiente que hizo que Isabel contuviera el aliento. No era prisa lo que había en sus gestos, sino una necesidad profunda, peligrosa, que se alimentaba de cada segundo que pasaban sin retroceder.

Acarició con su lengua su garganta mientras con sus manos sujetaba su cadera y ella estiraba el cuello para darle un mejor acceso.

Alekséi se detuvo de inmediato cuando escuchó un golpe proveniente de la cocina y puso su espalda recta separando sus labios de su cuello.

Se giró y miró hacia la cocina donde se encontraba Olga.

Directamente se puso en pie, lo que hizo que Isabel abriese los ojos al perder el contacto.

—¿Qué? —susurró ella intentando mantener la cordura.

Alekséi dio unos pasos hacia la cocina, alejándose de Isabel mientras ella se incorporaba en la silla.

—*Ty mozhesh' uyti, Ol'ga*[8]—ordenó.

Isabel no lo comprendió, pero intuyó que se había acercado a la cocina para decirle a la cocinera que se marchase.

Resopló y se levantó poco a poco de la silla, intentando ordenar las ideas. ¿Un simple beso y olvidaba de quién se trataba? Sí, pero ¡menudo beso!, si hasta sus piernas temblaban.

Inspiró hondo e intentó centrarse. Necesitaba alejarse de allí o ya sabía cómo acabaría todo aquello. Ni siquiera podía pensar con cordura. La forma en que la había besado, acariciado su cintura, cómo iba descendiendo por su cuello con la lengua de una forma tan posesiva… dio unos pasos hacia la escalera para huir de allí sin decir nada cuando observó a Alekséi que se giraba hacia ella.

Alekséi observó a Olga marcharse y se giró hacia Isabel, la cual se había puesto en pie y daba unos pasos hacia la escalera, pero

cuando sus miradas coincidieron se quedó quieta.

Ah, no… no iba a marcharse de allí después de lo que habían comenzado, ahora no podía parar. Isabel lo había encendido de tal forma que necesitaba sentirla y hundirse en ella totalmente.

Avanzó en su dirección con celeridad y la sujetó por las caderas. Directamente la elevó y la sentó sobre la mesa del salón abriendo sus piernas para internarse.

El suspiro de Isabel duró apenas un segundo antes de quedar ahogado por la fuerza de aquel beso. Alekséi no le dio tregua. Sus manos firmes la mantenían anclada a la mesa, como si no existiera otra opción que permanecer allí, enfrentándose a lo que ambos habían desatado.

Ella respondió al beso con la misma necesidad, aferrándose a sus hombros, sintiendo cómo el cuerpo de él encajaba entre sus piernas abiertas sin pudor, sin permiso… y sin que ella lo pidiera. La cercanía era abrumadora.

Los labios de Alekséi descendieron lentamente, dejando besos firmes por su cuello expuesto. No había prisa, solo una necesidad contenida que se manifestaba en cada gesto calculado, en cada pausa cargada de intención.

—¿Quieres que pare? —susurró contra su piel, sin detenerse.

Isabel cerró los ojos un instante, entregándose a la sensación, al vértigo de aquel momento.

—No —respondió con firmeza.

Eso fue suficiente.

Alekséi gruñó suavemente, volviendo a reclamar su boca con una intensidad nueva, más profunda y más consciente. No había ternura, pero sí algo peligrosamente cercano a la devoción. Sus manos recorrieron su cintura, su espalda, manteniéndola cerca, como si soltarla fuera ya imposible.

El mundo exterior desapareció. No había mafia, ni fiscalía, ni consecuencias, solo el roce, la respiración compartida, el pulso acelerado y esa certeza silenciosa de que habían cruzado un punto de no retorno.

Las manos de Alekséi ascendieron por los costados de Isabel con una lentitud deliberada, como si cada centímetro recorrido fuese una

decisión consciente. Sus labios no se separaron de los de ella, pero el beso cambió: se volvió más lento, más profundo, cargado de una intención que ya no necesitaba explicaciones.

Isabel llevó las manos a su cuello, deslizándolas bajo la tela de la camisa. Sus dedos temblaron apenas antes de aferrarse a él, tirando con suavidad, como si quisiera comprobar que aquello era real. Alekséi respondió con un sonido bajo, contenido, que vibró entre ambos.

Isabel olvidó todo a su alrededor, incluso quién era él, y desabrochó la camisa con movimientos torpes al principio, acelerados después, besándolo entre cada gesto, como si no quisiera soltarlo ni un segundo. Una necesidad extrema se había apoderado de ella y era imposible que se detuviese. Necesitaba sentir cada centímetro de su cuerpo junto al suyo.

Alekséi dejó que la camisa cayese sobre el suelo. Sus manos volvieron a ella, recorriéndola por encima de la ropa, memorizando formas, provocando escalofríos que la obligaron a arquearse hacia él.

—Mírame —murmuró él.

Isabel obedeció con el pulso acelerado. Él la observó como si aquel instante fuese algo que pensaba grabar a fuego en su memoria.

Alekséi llevó la mano a su cabello y deshizo el moño, dejándolo caer libre sobre sus hombros. Se permitió un segundo para recorrerlo con los dedos, apartándolo hacia atrás, antes de inclinarse y besarle el cuello con una intensidad que le hizo cerrar los ojos.

Alekséi la recostó sobre la mesa haciendo presión en su cuerpo con el suyo mientras saboreaba su cuello y con su mano acariciaba su pecho, presionándolo y provocando que se endureciese. Aquella sensación hizo que ella gimiese y se retorciese sobre la mesa.

Él llevó lentamente la mano hasta la rodilla de ella, desnuda bajo la falda, y comenzó a ascender por su pierna, acariciándola, mientras su pecho subía y bajaba al ritmo de una respiración acelerada.

Aquella sensación la consumía. Desde que lo vio en el juzgado por primera vez, algo en él la atrapó irremediablemente. Cada día

que pasaba, pese a conocer su peligro, su atracción solo se hacía más intensa, más imposible de ignorar.

Alekséi deslizó su mano bajo su falda hasta rozar sus bragas. Ella arqueó la espalda sobre la mesa ante aquel contacto íntimo. Con firmeza, retiró la prenda deslizándola por sus piernas. Ella lo ayudó moviéndolas, dejando sus piernas dobladas sobre la mesa para darle un acceso más directo a su cuerpo.

Alekséi se tiró sobre ella besando de nuevo su cuello y descendiendo por este con su lengua mientras con su mano volvía a recorrer su pierna, pero por el interior, hasta llegar a su sexo. No fue cuidadoso, simplemente llegó hasta él e introdujo dos dedos provocando que ella gritase, pues no se esperaba aquel movimiento por su parte.

Se sujetó con fuerza a él mientras Alekséi comenzaba a mover su mano y ella gritaba elevando sus piernas y rodeándolo con ellas. Aquella, sin duda, era la experiencia sexual más atrevida y, a la vez, más agresiva que había tenido jamás.

Su respiración se entrecortaba cada vez que él introducía sus dedos con más fuerza en su interior, provocando que el placer de ella fuese más y más intenso.

Apretó las piernas contra él hasta que, finalmente, Alekséi extrajo sus dedos de ella y llevó sus dos manos hasta el cuello de la camisa de Isabel. El placer que sentía Alekséi también era sobrecogedor y descontrolado. Directamente rasgó la camisa de ella haciendo que los botones saltasen rodando por la mesa.

Ella miró asustada lo que había hecho y, durante unos segundos, recuperó la conciencia.

—Mierda, Alekséi, ¡es mi camisa favorita! —le gritó, aunque aquel grito fue sofocado por otro de placer cuando él bajó su sujetador para dejar al descubierto sus pechos y sus pezones turgentes por el placer.

Presionó uno de sus pezones entre su dedo índice y pulgar, lo que hizo que la respiración de ella se entrecortase antes de introducirlo en su boca y succionar.

Los dedos de ella se enroscaron en su cabello corto y apretaron con fuerza, sin poder controlarse. El gritó de él ante el tirón de

cabello no lo detuvo, sino que paseó su lengua con agilidad sobre el pezón y lo mordisqueó con suavidad provocando un ligero placer doloroso que enloqueció a Isabel.

Alekséi abrió su camisa totalmente y extrajo del todo sus dos pechos, uno masajeándolo con sus dedos y otro con la boca. Los apretó mientras ella enroscaba sus dedos en su cabello con fuerza hasta que un grito salió de lo más profundo de su ser, dejándose llevar por aquel oscuro placer. Arqueó su espalda y provocó que él rodease su cintura con su brazo. Isabel estiró sus brazos hacia atrás, gimiendo y entregándose del todo a él.

Ella ni siquiera se dio cuenta de que con su mano golpeó una de las copas de vino que cayó al suelo y estalló en mil pedazos de cristal.

Giró su cuello hacia atrás, pero él negó con su cabeza.

—Déjalo, no importa —susurró mientras apartaba sus labios de su pecho y comenzaba a recorrer su estómago con su lengua.

—Oh, Dios mío… —susurró ella sin apartar las manos de su cabello, tirando de él.

No esperaba encontrar tanto placer en un hombre como él, pensaba que sería más egoísta en ese sentido; sin embargo, se encontraba ante un hombre que lo daba todo para provocar placer y que ella lo sintiese.

La respiración de Isabel se entrecortó cuando supo hacia dónde se dirigía. Tragó saliva y cerró los ojos dejándose hacer. Normalmente era más cohibida, pero Alekséi era un hombre decidido que había trazado una ruta por su cuerpo que no iba a alterar en absoluto y bajo ningún concepto.

Alekséi llegó hasta el sexo de ella y enterró sus labios en él.

Isabel gritó cuando sintió su lengua paseándose por él, haciendo presión e intentando entrar en ella. Nunca había sentido algo así, se sentía totalmente mojada, con un placer que solo le hacía removerse sobre la mesa.

Alekséi introdujo sus brazos entre sus piernas y la empujó hacia él, sujetándole las piernas para que se estuviese un poco quieta.

—Ahhh… —gritó ella de placer. Por suerte, no parecía haber nadie en la casa en aquel momento. Sabía que los hombres no

estaban y la cocinera no sabía dónde se encontraría, pero al menos no estaba allí. De todos modos, eso era lo que menos le importaba en aquel momento, pues su verdadera preocupación era cómo soportar tanto placer.

Su respiración se aceleró mientras se retorcía sobre la mesa al sentir su lengua y sus labios presionando aquella parte tan íntima de su cuerpo. Nadie le había hecho algo así, nadie. Ni siquiera sabía cómo reaccionar ante aquella oleada de placer.

Alekséi alzó la mirada hacia ella viendo cómo su cuerpo se retorcía y sus pechos, turgentes de placer, subían y bajaban acelerados por una respiración cada vez más rápida.

Volvió a atacar con fuerza, presionando con su lengua y saboreándola. Isabel llevó su mano hasta su pantalón, desabrochando el botón y bajando la cremallera.

Ella estaba totalmente preparada para él. Aquella fiscal, pese a que era todo lo contrario a él, lo volvía totalmente loco. Ninguna mujer lo había enloquecido como Isabel.

Apartó su boca y volvió a recorrer su cuerpo con su lengua, paseándose por su barriga plana, dando pequeños mordiscos que provocaron espasmos en ella.

Comenzó a introducirse lentamente, aunque al sentir lo fácil que se deslizaba, entró con un solo movimiento.

Isabel abrió los ojos al máximo y lo miró asombrada, aunque en cuanto comenzó a moverse sobre ella, los gemidos volvieron a apoderarse de todo el salón.

Alekséi sujetaba sus piernas hacia arriba entrando del todo en ella, sintiendo su humedad, su calor… era la sensación más increíble que jamás había sentido. Gruñó ante aquel arrebato de placer, aumentando su velocidad y mezclándose con los gritos de ella.

Ella se incorporó y echó su cabeza hacia atrás, gimiendo al ritmo de las embestidas de él. Alekséi se reclinó sobre ella y situó un brazo a cada lado de su cuerpo sin dejar de moverse y de arremeter cada vez con más ímpetu.

Se fijó en el rostro de Isabel, disfrutando igual que él de aquel contacto. No era cuidadoso, ni siquiera atento o tierno, aquel

arrebato los había cogido desprevenidos a los dos y ninguno podía controlar lo que su cuerpo pedía.

El aire se volvió denso entre los dos, cargado de una electricidad que no necesitaba palabras. Isabel se dejó caer sobre la mesa observando el rostro de Alekséi y su torso desnudo. Apoyó las manos en los hombros de él, como si buscara anclarse mientras el placer la recorría con una intensidad indescriptible. En su garganta se mezclaban el jadeo, los gemidos y una risa ahogada, esa que nace cuando el autocontrol te abandona por completo.

Él ralentizó el ritmo, no por delicadeza, sino por el deseo de prolongar aquel instante en el que ella parecía debatirse entre rendirse y resistirse. Sus frentes se rozaron y, en ese contacto mínimo, se coló una intimidad inesperada, casi peligrosa. Isabel lo miró con los ojos brillantes, consciente de que cada segundo compartido los alejaba un poco más de quienes decían ser.

El movimiento volvió a intensificarse, no como un golpe, sino como una marea que los envolvía a ambos. En ese vaivén, Isabel dejó de pensar en expedientes y en nombres prohibidos. Alekséi olvidó por un momento las sombras que lo perseguían. Solo existía ese espacio suspendido donde el deseo era más fuerte que la culpa y el silencio decía todo lo que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

El contraste entre lo que eran fuera de aquella casa y lo que se permitían ser allí, en aquella intimidad sobrevenida, los atravesó como un relámpago. Isabel cerró los ojos un instante, como si así pudiera acallar la voz severa que llevaba dentro, la misma que recitaba leyes y sentencias, la misma que ahora se rendía al pulso oscuro de un hombre al que debería perseguir, no desear como lo hacía.

Alekséi percibió esa vacilación mínima, ese temblor que no nacía del cuerpo, sino de la conciencia. Se inclinó hacia su oído, rozándola apenas, y su respiración se mezcló con la de ella, cargada de una promesa peligrosa. No dijo nada, no necesitaba hacerlo. Su silencio era un desafío, una invitación a cruzar una línea que ambos conocían demasiado bien.

Isabel abrió los ojos y lo miró de frente. En sus gestos convivían la determinación de la fiscal y la fragilidad de la mujer que sabía que aquel instante tenía un precio. Lo aceptó de todos modos. En ese cruce de miradas, entre la culpa y el deseo, entendieron que lo que los unía no era solo la piel, sino la tensión inevitable entre dos mundos destinados a chocar, que lo único que los mantenía unidos era aquella fina línea entre sus dos mundos y que ambos parecían aceptar encontrarse ahí gustosamente.

Todos los músculos del cuerpo de Alekséi se tensaron antes de dejarse caer levemente sobre el cuerpo de Isabel, un cuerpo aún vibrante por el ardor compartido, la respiración entrecortada y el corazón latiendo con fuerza. Alekséi giró su cuello y la contempló un instante: su pecho subiendo y bajando, los ojos cargados de un brillo intenso que mezclaba deseo y algo que rozaba la ternura.

Con un movimiento lento, él se incorporó poniéndose firme y salió de ella. Se subió los pantalones directamente y se agachó para recoger la camisa, sin dar tiempo a Isabel siquiera a reaccionar. Se la abrochó mientras la contemplaba en silencio. Isabel permaneció recostada.

Finalmente, Alekséi se inclinó hacia ella y la miró con intensidad. Ella aún mantenía los ojos entreabiertos. Poco a poco fue recobrando la conciencia hasta que pareció darse cuenta de lo que había ocurrido.

—Mierda —susurró incorporándose sobre la mesa. Luego lo contempló de la cabeza a los pies y resopló mientras se tapaba con la camisa que Alekséi le había roto.

Él tuvo que darse cuenta de los sentimientos de culpa que inundaban en aquel momento la mente de Isabel.

—Tú vuelves al mundo de las leyes y yo al de las sombras. —Ella lo miró enarcando una ceja—. Aquí no hubo bandos ni culpas: solo dos personas cruzando un límite para darse placer. De eso, créeme, no pienso arrepentirme, y tú deberías hacer lo mismo.

Alekséi se metió la camisa por dentro de los pantalones sin apartar la mirada de ella. Dicho esto, se dio media vuelta y se marchó dejándola sobre la mesa, sin decirle nada más.

Ella lo vio subir las escaleras, procesando todavía lo que había ocurrido entre los dos.

¿Se marchaba así, sin más?

—Hijo de puta —susurró saltando de la mesa al suelo.

Ni siquiera pudo abrocharse los botones de la camisa, pues habían desaparecido todos por el suelo a falta de los dos más bajos.

Observó la copa rota en el suelo, al otro lado de la mesa.

Resopló y fue también hacia las escaleras. Necesitaba ir a la habitación a cambiarse de ropa y, de paso, a darse una ducha.

Subió justo cuando vio que la puerta de la habitación de Alekséi, al final del pasillo, se cerraba.

Podría haber sido más considerado después de todo.

Fue hasta su habitación y, cuando entró, cerró la puerta tras de sí.

¿Había perdido la cabeza? Eso parecía.

No podía negarse a sí misma que aquella, sin duda, había sido la mejor experiencia sexual que había tenido nunca. No es que tuviese una gran lista, solo había estado con un novio durante la carrera, y había estado con él durante tres años. El novio que había tenido en el instituto ni lo contaba.

Desde luego, ninguna experiencia mantenida anteriormente podía compararse a aquella. Sintió deseos de abanicarse al recordar lo ocurrido entre Alekséi y ella y, por otro lado, le hubiese dado un buen puñetazo al despedirse de ella de aquella forma. Aunque, bien pensado, ¿qué era lo que quería?, ¿un ramo de flores? Debía recordar que estaba tratando con un mafioso ruso, por tanto, este no iba a ser considerado con ella.

Se desvistió de nuevo y fue directa a la ducha.



17

—¡Dejadme! —gritó el hombre antes de recibir un empujón que hizo que se estrellase contra la pared del edificio.

A aquellas horas ya era totalmente de noche y las calles del barrio gótico de Barcelona estaban poco transitadas. Las calles estrechas y húmedas por la reciente lluvia solo permanecían iluminadas por los farolillos que colgaban de las paredes.

Sergei sujetó al hombre por la nuca y comenzó a arrastrarlo por la calle.

—Desde luego, tu nombre hace honor a tu físico —ironizó.

En los últimos días, gracias a las investigaciones de Yuri y con ayuda de Besnik, el albanés con el que mantenían relaciones laborales, habían conseguido dar con la vivienda de Jordi Casamada, alias el Patufet, un hombre que no llegaba al metro sesenta y cinco. No debía de superar los cuarenta años, era más bien de aspecto regordete y su cabello comenzaba a ser canoso cerca de las orejas.

Yuri lo sujetó por el otro brazo mientras con ayuda de Sergei lo arrastraban en dirección a uno de los locales ubicados en aquella zona, seguidos también por Nikolau que se limitaba a caminar tranquilamente, vigilando que no se les escapase a sus compañeros.

Habían esperado prácticamente un día entero a que Jordi saliese de su vivienda, según había dicho, para comprar tabaco, para cogerlo y llevarlo a un local ubicado a unos quince minutos a pie de donde él se encontraba.

Nikolau se adelantó y abrió la puerta para que Sergei, que sujetaba a Jordi por un brazo, y Yuri, que lo hacía por el otro, pudieran entrar sin dificultad.

—¿Adónde me lleváis? —gritó Jordi muerto de miedo.

Nikolau le sonrió de forma maléfica mientras accedían al local.

—Tranquilo, Patufet, solo queremos hablar.

—Podemos hablar en la calle —se quejó este, el cual seguía siendo arrastrado por un largo y oscuro pasillo.

Jordi miraba de un lado a otro asustado, hasta que llegaron a un salón más ancho, con poca luz. En él había una especie de bar que no conocía. Había un barra en un lateral donde seguramente se servirían bebidas y que tenía una gran vidriera en la pared, donde había un gran número de botellas de alcohol. Frente a la barra, se disponían muchos taburetes redondeados. El local era de tamaño medio, con varias mesas cuadradas distribuidas por la estancia y, al final, unas puertas por donde se suponía que se accedería a los aseos.

Había pocas personas, pero le sorprendió ver solo a dos sentadas, el resto de personas parecían estar vigilando.

Sergei y Yuri llevaron a Jordi hasta aquella mesa y lo sentaron en la silla de madera sin mucho cuidado.

Jordi tragó saliva y miró de un lado a otro, nervioso. El ambiente de aquel local estaba cargado, pues no debía de tener mucha ventilación y el humo del tabaco se acumulaba allí.

Miró asustado a las dos personas que tenía por delante, una de ellas con un cigarro en la boca. Aquel individuo se quitó el cigarro que sujetó entre sus dedos y miró al que lo acompañaba con una sonrisa.

—Bien, tal y como te prometí… aquí lo tienes —comentó Besnik con una sonrisa, luego expulsó el humo del cigarro por su boca y lo apagó en el cenicero que había sobre la mesa.

Alekséi asintió hacia Besnik y miró a aquel hombre que los observaba asustado. Se echó hacia delante con la mirada puesta en él. Aquel hombre no parecía estar acostumbrado a tratar con la mafia, dado que parecía realmente asustado.

—¿Jordi Casamada? —le preguntó Alekséi con voz ronca. Jordi miró hacia los lados, asustado, y luego asintió lentamente, sin estar muy seguro de que fuese bueno responder afirmativamente a aquella pregunta—. ¿El Patufet?

Jordi tragó saliva y volvió a asentir.

—Te lo dije —repitió Besnik dando una palmada. Jordi, por más que observaba a aquellos dos hombres, no los reconocía—. No eres tan escurridizo como pensábamos —ironizó hacia él—. Te dije que vivía ahí —pronunció como si se apuntase un tanto.

—¿Qué… qué hago aquí? —se atrevió a preguntar Jordi.

Besnik miró de reojo a Alekséi que se apoyó contra el respaldo de la silla alzando el mentón.

—¿Cuántos locales tienes en propiedad, Jordi? —preguntó este directamente.

—¿Yo? —preguntó asustado.

—Sí, tú —insistió Alekséi.

Jordi se removió nervioso sobre la silla.

—Diez… diez locales… —respondió rápidamente—, pero ahora tengo libres solo tres locales. ¿Quieren… algún local? —preguntó rápidamente, intentando calmar la tensión que se respiraba en el ambiente—. Puedo… puedo alquilárselos a buen precio… —acabó con la voz aguda por el miedo.

Alekséi chasqueó la lengua.

—No, gracias —respondió Alekséi—, lo que queremos es información. —Jordi tragó saliva mientras Alekséi se echaba sobre la mesa con gesto intimidante—. Supongo que me la darás sin problema, ¿verdad? —Jordi asintió rápidamente—. Bien, colabora y te aseguro que en pocos minutos estarás de vuelta en tu casa.

Jordi asintió rápidamente, mirando de un lado a otro, nervioso, hasta que fijó su mirada en un paquete de tabaco que había sobre la mesa.

—¿Pu… puedo? —preguntó con las manos temblorosas.

El albanés asintió con una sonrisa.

—Claro —dijo tendiéndoselo para que cogiese un cigarro y el mechero.

Jordi lo abrió con manos muy temblorosas, dejando que el paquete cayese sobre la mesa. Movía las manos sin controlarlas del todo. Logró llevarse el cigarro a los labios y cogió el mechero, pero tan nervioso estaba que no atinaba a encenderlo.

Besnik suspiró, le quitó el mechero de las manos y encendió la llama frente al cigarro.

Jordi dio una larga calada, como si aquello fuese a calmarlo, y sujetó el cigarro entre sus dedos a riesgo de que este se cayese. El humo formó una nube por encima de sus cabezas.

Dejaron que se calmase unos segundos mientras seguía dando rápidas caladas al cigarro.

—Sabes que no es bueno para la salud, ¿verdad? —ironizó Alekséi.

Jordi asintió antes de darle otra calada.

—Quiero… quiero dejarlo —admitió este.

Alekséi miró de reojo a Besnik y chasqueó la lengua, luego se echó hacia delante mientras recibía la mirada asustada de Jordi.

—Bien, Jordi, dime… —comentó ladeando su cuello—, ¿conoces a un tal Zhiang Xu? —preguntó directamente—. Lo llaman el Dragón Rojo.

Jordi se quedó mirándolo y, para sorpresa de Alekséi y de Besnik, lanzó una mirada confundida.

—Mmm… no, no conozco a ninguno —respondió mirándolos a los dos con miedo.

Alekséi se quedó unos segundos en silencio.

—Jordi, no te interesa mentirnos ni ocultarnos información —pronunció con voz pausada, como un padre que riñe a su niño pequeño tras realizar una trastada.

Jordi volvió a inhalar el humo del cigarro, nervioso.

—No, no conozco a nadie con ese nombre ni con ese pseudónimo —pronunció con voz trémula—. Os… os lo prometo.

Alekséi chasqueó la lengua.

—Vamos, Jordi… Patufet… —bromeó—, no me lo creo. ¿Tienes algún local alquilado para trata de blancas?

—¿Qué? —gritó—. No, no… —exclamó con miedo—. Ni hablar, yo no sé nada sobre eso. Espera… —pronunció asombrado—, ¿sois de la policía?

Tanto Besnik como Alekséi sonrieron con malicia.

—¿Tenemos pinta de ser de la policía? —ironizó el albanés.

—Si sigues respondiendo con evasivas te darás cuenta de que no lo somos —continuó Alekséi—. Estamos intentando ser pacientes…

—Jordi tragó saliva y dio otra calada al cigarro que iba ya más de la mitad consumido.

Alekséi se quedó mirándolo hasta que indicó a Sergei que se acercase.

Sergei dio unos pasos rápidos hacia Jordi, extrajo el arma de su cinturón y la situó en la sien del catalán que gritó al momento y se agachó al sentir la presión del arma.

—No, no, no… —gritó alzando las manos—, de verdad que no se nada… de ser así os lo diría…

Alekséi chasqueó la lengua mientras Besnik se apoyaba en el respaldo de la silla con toda la calma del mundo.

—¿Y por qué nos llega información sobre que alquilas locales al Dragón Rojo justamente para la explotación sexual de mujeres?

—Yo no sé nada sobre eso… —respondió acelerado, sintiendo el frio acero en su sien—, de hecho, yo solo los alquilo, no me meto en los asuntos de los arrendatarios. —Tragó saliva moviendo los ojos de un lado a otro, pensativo—. De verdad que no sé nada.

Alekséi resopló.

—Vamos, Patufet… dame algo —insistió con paciencia—, si no, no me sirves de nada. —Se encogió de hombros—. Te he dicho que llegarías ileso a casa si colaborabas…

Jordi sollozó.

—Me has dicho un nombre chino, pues… pues… —balbuceó—, hay… hay una mujer china… no es un hombre —puntualizó dando aquel dato a la desesperada.

—¿Una mujer? —pregunto Alekséi echándose atrás, sin darle importancia a aquel dato.

—Sí… no lo recuerdo bien… Mei no sé qué más… —titubeó agachando la cabeza—, los nombres chinos se parecen todos y no lo recuerdo bien.

Alekséi se quedó pensativo y parpadeó varias veces.

¿Mei? Aquel nombre le sonaba. Cuando Isabel había conseguido la información sobre Zhiang Xu en su registro civil, aparecía casado con una tal Mei Chen. ¿Podía ser la misma?

Se echó hacia delante.

—¿Mei Chen? —preguntó Alekséi interesado.

—Sí, sí… —respondió Jordi acelerado—. Eso, Mei Chen.

Besnik miró confundido a Alekséi, pues tenía información que él no poseía.

—Luego te cuento —le dijo Alekséi al ver su rostro confundido. Se giró de nuevo hacia Jordi—. ¿Cuántos locales tiene esa mujer?

—Creo… creo recordar que dos, pero no lo sé bien, podría… —Tragó saliva—, podría mirar los contratos y…

—¿Qué dos? ¿Dónde están ubicados?

Jordi tragó saliva, intentando hacer memoria, pues tener un arma en su sien no le ayudaba a concentrarse.

—Uno está en Las Ramblas…

—¿Y el otro? —preguntó Alekséi sin darle tiempo a seguir pensando.

—Creo… —carraspeó—, creo recordar que está en *Sant Gervasi*.

—Vaya, una zona de lujo… —indicó Besnik y luego miró a Alekséi —, si tiene los locales alquilados, supongo que lo tendrá todo en regla.

—¿Sabes para qué están alquilados? —preguntó Alekséi.

Jordi negó con la cabeza rápidamente.

—Me dijo que era para negocios, supongo que unas oficinas… —sollozó—, ya he dicho que no me inmiscuyo en lo personal.

Alekséi se pasó la mano por los ojos, como si la situación lo agotase, y se puso en pie. Necesitaba información para poder tomar una decisión. Se apartó unos pasos y sacó el teléfono para llamar a Isabel. Miró de reojo a Jordi y suspiró. Ya se imaginaba que no iba a contestar muy feliz, si es que lo hacía.

—Hola, dime —respondió seria Isabel.

—Necesito que respondas una cosa… —Isabel no respondió—. No sé si lo sabrás… —la retó.

—Tú pregunta, seguro que lo sé. Soy más lista que tú.

La voz de Isabel era áspera.

Alekséi resopló, pero prefirió no responder a esa afirmación.

—¿Cómo funciona un prostíbulo clandestino?

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida.

—Ya me has oído. Necesito saberlo.

Pudo escuchar cómo ella suspiraba al otro lado de la línea.

—Normalmente, para explotar un negocio de prostitución se requiere una licencia oficial de actividad. No hay una ley que lo regule, se puede… ejercer libremente, sin coacción, y en aquellos casos en los que el trabajador sexual ejerce en una vivienda con uno o varios compañeros, ya sea habitualmente o de forma esporádica, esta se considera, en principio, un negocio de prostitución. Debe obtenerse una licencia de actividad y una persona ha de asumir las obligaciones del responsable del negocio —explicó Isabel—. Antes de conceder una licencia, la autoridad pertinente verifica si la persona ofrece la confianza necesaria para dirigir un negocio de prostitución. Los negocios deben satisfacer los requisitos legalmente establecidos, por ejemplo, de instalaciones sanitarias adecuadas para los trabajadores sexuales y sus clientes. Las habitaciones en las que se presten los servicios sexuales deberán contar con un dispositivo de llamada de emergencia; además, no podrán utilizarse como dormitorios ni espacios para la vida cotidiana. Todo está controlado. Todo esto conlleva un dinero, pero de lo que estamos hablando no es de una prostitución libremente ejercida… —Alekséi se echó hacia delante mirando a Jordi—. En esos locales, supuestamente, se cometen delitos, agresiones, violaciones… normalmente, las mujeres que traen engañadas no saben lo que les va a ocurrir, todo es forzado. —Alekséi miró a Besnik pensativo—. ¿Tienes suficiente? —ironizó ella.

—Sí, gracias —dijo antes de colgar.

—Eh, espera… ¿qué está pasando para que tú…? —escuchó la voz de Isabel antes de colgar, dejándola con la duda.

Alekséi guardó el teléfono en su bolsillo y miró a Besnik.

—Creo que no es el Dragón Rojo, sino la Dragona —explicó—. Quiero las direcciones precisas de esos locales.

—Puedo… puedo conseguírtelas en un momento. —Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza.

—Está bien —pronunció Alekséi e instó a Sergei a que dejase de apuntarlo con el arma. Jordi suspiró cuando dejó de sentir la presión del frío metal en su sien.

—¿Que… queréis que os llame cuando…?

—¿Llamarme? —rio Alekséi provocando que Jordi tragase saliva —. No, ni hablar… —Miró a su compañero—. Sergei te acompañará —lo señaló desafiante—. Le darás la información que te pido y él me llamará a mí para dármela. —Alekséi volvió a clavar los ojos en Jordi, la sonrisa desapareció y la voz se convirtió en un cuchillo con filo—. Y más te vale que la información sea exacta —añadió despacio—, porque si me haces perder el tiempo, no volverás a sentir un arma en la sien… no la necesitarás. Te buscaré cuando creas que estás a salvo y no quedará nadie para preguntar por ti. —Jordi tembló de nuevo—. ¿Entiendes?

—Perfectamente —susurró casi sin voz.

—De acuerdo… —Miró a Sergei—. Ve con él. —ordenó.

Sergei cogió del brazo a Jordi y comenzó a tirar de él.

—Espera… —susurró Jordi deteniendo a Sergei y miró a Alekséi —. ¿Quién… quién eres?

Alekséi lo miró fijamente, con un gesto muy serio en su rostro.

—El hombre que decide si sigues respirando mañana.

Jordi carraspeó y decidió no preguntar nada más, simplemente se dejó arrastrar por Sergei por el pasillo rumbo a la puerta.

Una vez escucharon la puerta cerrarse, Besnik se giró hacia Alekséi mientras le pedía a una de las mujeres que vestía solo con ropa interior que se acercase con una bandeja que ya tenía preparada.

—¿Me vas a explicar qué es eso de la china? —preguntó mientras la mujer depositaba frente a la mesa una bandeja con varias finas líneas de cocaína—. Gracias, guapa —Le dio un cachete en el trasero y cogió un tubito mientras ofrecía con la mano a Alekséi para que consumiese con él.

—Tengo un contacto en el juzgado… —prefirió no revelar del todo la verdad—, e investigaron a Zhiang Xu. —Negó con la cabeza en referencia a la droga—. Zhiang solo tiene tres restaurantes a su nombre y nada más. Es extraño que amasando la fortuna que tiene, solo tenga esos tres locales y una vivienda habitual. Mis hombres lo siguieron y descubrieron que tenía otro domicilio en Paseo de Gracia, pero este no figura a su nombre. Su mujer se llama Mei Chen.

El albanés lo miró sorprendido.

—¿Tiene todo a nombre de la mujer? —preguntó aturdido.

—O su mujer realmente es el Dragón Rojo. Al fin y al cabo, es quien firma los contratos de arrendamiento —recordó—. Puede que él solo sea la tapadera de su mujer —indicó.

El albanés inspiró con fuerza la droga y alzó la cabeza mientras suspiraba, sintiendo un gran placer.

—Ya veo, comienzas a tenerlos acorralados —dijo con una sonrisa—. Putos chinos… —Alekséi sonrió ante su último comentario —. ¿Necesitas algo más? —preguntó haciendo un gesto hacia una de las chicas.

Una de las mujeres terminó sentándose sin pudor en el regazo de Alekséi, con un cigarro prendido entre los labios. Se inclinó hacia él con una sonrisa lenta y, antes de que él pudiera apartarse, dejó escapar el humo directamente en su boca. Alekséi lo reconoció al instante: no era solo tabaco, llevaba algo más, una sustancia dulzona que le confirmó, sin sorprenderlo, que Besnik seguía fiel a sus excesos albaneses. La mujer rio por lo bajini y le robó un beso profundo, cargado de intención, mientras él, por inercia más que por deseo, pasaba la mano por su cintura. Se miraron unos segundos con una intensidad desigual, a ella aquel contacto parecía haberla encendido mucho más de lo que a él le había afectado. Tiró de su mano, invitándolo a levantarse, señalando con la cabeza el pasillo que conducía a las habitaciones privadas, pero Alekséi se soltó de su mano con calma, dedicándole una sonrisa peligrosa pero educada, y negó despacio.

—Gracias —dijo mirando también a Besnik—, pero esta noche no. —Se puso en pie despacio y miró a su socio—. En tres días recibirás tu cargamento —dijo colocándose correctamente la americana de su traje.

—Perfecto —respondió y lo miró con una sonrisa y la nariz blanca por la narina derecha. Se pasó la mano para limpiársela y le sonrió—. Pues feliz Navidad, amigo.

Alekséi asintió y miró a Nikolau que esperaba unos metros a un lado.

—Feliz Navidad —bromeó Alekséi dirigiéndose al pasillo.

Lo último que vio antes de caminar por el largo pasillo era cómo una de las mujeres que vestía en ropa interior se sentaba en el regazo de Besnik y lo besaba con pasión.

Llegaron hasta la puerta y una corriente de aire frío hizo que se estremeciese.

—Joder… —susurró. Aunque en Rusia también hacía frío, allí era más húmedo.

Ambos caminaron hacia el garaje subterráneo y Nikolau fue quien condujo.

Alekséi se sentó detrás mientras extraía su móvil y miraba si le había llegado algún correo electrónico nuevo.

Suspiró y miró por la ventanilla.

Cuando supiese los locales que pertenecían por contrato a Mei Chen, iría a observarlos y ya pensaría en qué hacer. Lo que estaba claro era que no pensaba quedarse quieto. Aún recordaba las balas golpeando el casco de su barco y a su amigo Nikolau, el cual ahora conducía el todoterreno, sangrando.

Aquello no iba a quedar así. Le daría donde más dolía.

La tríada no sabía con quién se estaba metiendo, pero pronto lo averiguarían.

—Hoy tenéis la noche libre —dijo a Nikolau, el cual aceptó—. Haced lo que queráis.

Nikolau asintió, aunque ya imaginaba para qué quería la noche libre su jefe.

—Gracias —respondió este.

Alekséi envió un mensaje a Dmitri informándole de lo mismo que a Nikolau y le pidió que le dijese a Olga que fuese preparando la cena. Ese día, después de lo que había descubierto, necesitaba otro encuentro con Isabel. Puede que ella no quisiese, pues en los últimos dos días desde su fogoso encuentro ella no había intercambiado palabra con él, como si quisiese alejarse. No obstante, él comenzaba a extrañar su cercanía y sus conversaciones con ella, y no pensaba dejar pasar otra noche más sin sentir el calor de su cuerpo.

Isabel tomó la copa de vino y dio un sorbo.

Estaba harta de estar en su habitación y se había decidido a bajar al comedor.

Alekséi tenía una amplia colección de vinos guardada en una nevera pequeña, conservados a una temperatura específica para garantizar su correcta conservación. Después de resolver su duda, aquel era, como poco, el mínimo precio que debía pagar.

No se había cortado ni un pelo en coger una de las botellas y abrirla. Se había servido una generosa copa y se había puesto a ver una película en la televisión.

De vez en cuando, algún hombre del personal de vigilancia pasaba por el pasillo controlando la zona.

La película era la típica romántica de Navidad que emitían en esas fechas. No es que tuviese una gran trama, pero era entretenida, más aún cuando llevaba casi media botella de vino.

—Oh, vamos… se nota a la legua que está enamoradito de ti. —Señaló a la pantalla.

Resopló y dio otro sorbo a su copa, luego se fijó en que estaba vacía.

Se levantó para dirigirse a la cocina cuando escuchó que la puerta del garaje se abría. ¿Ya habían llegado? Alekséi llevaba desde antes del mediodía fuera. No es que tuviese muchas ganas de verlo después de lo ocurrido entre ellos. Sin duda lo había disfrutado, pero ella no debería actuar así, debería tener el control de su cuerpo, y lo había perdido totalmente la otra noche.

Se pasó la mano por los ojos, frotándolos. El vino la afectaba más de lo que esperaba.

No se giró cuando escuchó a Alekséi entrar y dar unos pasos para dirigirse hacia allí. Supo que él la estaba observando apoyado contra la pared.

Isabel cogió la botella de vino y se llenó un cuarto de la copa. Dejó la botella sobre el mármol y luego se giró hacia Alekséi con la copa en la mano.

Tal y como había intuido, él la observaba ladeando el cuello. La miró y luego observó la botella medio vacía.

—Estoy medio borracha —explicó ella encogiéndose de hombros.

Alekséi chasqueó la lengua, fue hacia ella y le quitó la copa de la mano.

—Creo que ya has bebido suficiente.

Ella intentó quitarle la copa de la mano, pero él apartó su brazo y lo evitó.

Isabel apretó los labios y resopló.

Alekséi sostuvo su mirada sin apartarse, demasiado cerca como para que ella pudiera ignorar su presencia. Isabel alzó la barbilla, desafiante, aunque el leve balanceo de su cuerpo la traicionó.

—No te he pedido que me cuides —murmuró intentando recuperar la copa.

—No —respondió él con calma—. Pero alguien tiene que hacerlo cuando tú decides dejar de hacerlo —replicó.

Dejó la copa a un lado y apoyó una mano en el mármol, encerrándola e impidiéndole avanzar. No la tocó, no aún, pero la cercanía era suficiente para erizarle la piel. Isabel respiró hondo, consciente del calor que él desprendía, del perfume oscuro que lo envolvía. Si a eso le sumaba que ni siquiera podía pensar correctamente por el consumo de alcohol, sabía que podía perder el control de su cuerpo en cualquier momento.

—Te gusta provocarme —susurró ella.

Alekséi ladeó la cabeza, observando cómo sus labios se entreabrían al hablar.

—Me gusta cuando me miras así —replicó—. Como si supieras que deberías alejarte… y, aun así, no lo haces.

El silencio cayó entre ellos, cargado de intención. Isabel no se movió, tampoco él. Y en ese espacio mínimo, donde ninguna norma parecía tener peso, ambos entendieron que el peligro no estaba en el alcohol, sino en lo que estaban a punto de permitirse.

Alekséi la miró provocativo y se fijó en que llevaba puesto un traje de pantalón gris claro y una camisa blanca.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? —preguntó. Ella lo miró con inocencia, aunque estaba claro que sabía a lo que se refería—. Quieres provocarme… deseas provocarme… —acabó con la voz más grave, acercándose hacia sus labios. Alekséi se detuvo a un suspiro de su boca, lo justo para que ella sintiera su aliento y la tensión le

recorriera la piel como un escalofrío lento—. Ese traje… —murmuró, bajando la mirada apenas un segundo—, es demasiado correcto para alguien que sabe exactamente el efecto que causa en mí.

Isabel sostuvo su mirada, con el pulso acelerado, y apoyó una mano en su pecho con aparente ligereza, aunque el gesto delataba otra cosa.

—No es culpa mía si tú ves provocación.

Alekséi sonrió de soslayo, una sonrisa peligrosa, y atrapó con suavidad su muñeca, sin apretar, pero sin darle opción a retirarla.

—Eso es lo que más me provoca —susurró—. Pretendes tenerlo todo bajo control.

Se inclinó un poco más, rozando apenas sus labios sin llegar a besarla, dejándola suspendida en esa espera deliciosa y cruel.

Aunque, para su sorpresa, ella no reaccionó, simplemente dio un paso al lado, apartándose de él. Para ese entonces, tal era su estado de embriaguez que debía apoyar una mano en el mármol para no perder el equilibrio.

—¿Dónde has estado esta tarde? —cambió radicalmente de tema para descolocarlo.

Alekséi suspiró y se giró levemente hacia ella.

—Negocios.

—¿De qué tipo? —preguntó mientras seguía dando pasos atrás —. Porque esa llamada tuya…

Él sonrió con malicia y dio unos pasos hacia ella, impidiendo que la distancia entre los dos aumentase.

—Eres lista, fiscal… no hace falta que preguntes eso.

—¿Sabes algo más sobre Zhiang Xu? —preguntó directamente.

—No —mintió mirándola fijamente.

Ella resopló e hizo un gesto de enfado.

—Pensaba que, dada tu posición en la sociedad, podrías obtener información con más facilidad —lo provocó.

Alekséi se detuvo a un paso de ella, lo suficiente para que Isabel sintiera cómo el aire cambiaba a su alrededor. La miró de arriba abajo con una calma inquietante, como si midiera cada una de sus reacciones.

—Mi posición en la sociedad… —repitió despacio—, se sostiene porque la gente aprende a no hacer demasiadas preguntas. —Avanzó un poco más, obligándola a apoyar mejor la mano en el mármol. No la tocó, pero su presencia era una advertencia clara. —Soy el tipo de hombre al que no se le investiga dos veces —dijo en un murmullo helado—. Quien cruza mis límites no vuelve a cometer el error… si es que vuelve a hacerlo. —Isabel sostuvo su mirada. Él percibió el temblor leve de su cuerpo y su expresión cambió, volviéndose más oscura e íntima—. Pero tú —continuó, bajando aún más la voz y mirando sus labios—, no me miras como los demás. —Se inclinó apenas, lo justo para que su aliento rozara su mejilla—. Tú me miras como si supieras exactamente quién soy… y aun así decidieras quedarte. —Le levantó el mentón con dos dedos, un gesto suave que contrastaba peligrosamente con sus palabras—. Eso —susurró—, eso es lo que me resulta verdaderamente irresistible.

—¿Significa eso que puedo irme cuando quiera? —ironizó ella sin apartar el mentón de sus dedos, con un susurro entrecortado por su respiración.

Alekséi esbozó una sonrisa lenta, cargada de algo que no era humor. Sus dedos no se movieron, pero su pulgar rozó apenas su piel, marcando la respuesta antes de decirla.

—Claro que puedes irte —murmuró—. Nadie te lo impide. —Se inclinó un poco más hacia su oído para susurrarle—. La diferencia es que, cuando lo hagas, dejarás de estar bajo mi protección. Y ahí fuera… —sus ojos se oscurecieron al situarse frente a ella de nuevo —, hay gente que no se detendrá a mirarte como yo lo hago. —Apretó mínimamente su mentón, obligándola a sostenerle la mirada —. Yo soy el único hombre capaz de mantenerte a salvo. —Comenzó a descender su mano de su mentón hacia su cuello, acariciándolo con dos dedos en dirección a su clavícula, sintiendo como la piel de Isabel se erizaba—. ¿Te vas? ¿O te quedas? —le preguntó como si se tratase de un ultimátum.

La forma en que la tocaba y le hablaba le hacían perder la cordura.

El recuerdo del placer tan intenso que había sentido con él en la mesa de aquel salón le hizo sentir que comenzaba a excitarse. Sabía

que aquello no debía ser así, pero tampoco podía engañarse a sí misma, se sentía totalmente atraída por él, por mucho que su mente le dijese que se alejase, sabía que, tal y como le había dicho, él era el único que podía protegerla y mantenerla a salvo, al igual que él era el único que podía satisfacerla después de su última experiencia con él. Y ahora, al tenerlo tan cerca, lo único que le apetecía era volver a tener otra experiencia igual con él, necesitaba volver a sentirlo cerca, piel con piel, sentir sus músculos apretándose contra su cuerpo. Debía de estar loca… porque lo que deseaba no era por el vino. El vino que había tomado lo único que hacía era desinhibirla, nada más, pero lo deseaba, deseaba aquel contacto con él más que nada.

Isabel sostuvo su mirada un segundo más y una media sonrisa lenta se dibujó en su boca.

—De momento… no voy a irme, alguien debe controlarte —susurró.

Alekséi no respondió de inmediato. Sus ojos se oscurecieron y su mano retomó el recorrido, despacio, consciente de cada centímetro que conquistaba. Deslizó los dedos por su cuello, bajó por su hombro y siguió la línea de su brazo hasta su cintura, marcando la curva con una presión firme y posesiva.

—Entonces te quedas —murmuró, más para sí mismo que para ella.

Isabel dejó escapar un suspiro involuntario cuando él la atrajo un poco más hacia su cuerpo. Su mano se abrió sobre su espalda, recorriéndola con calma calculada, como si quisiera memorizarla.

—Ya empiezas tu juego conmigo —advirtió ella en voz baja.

Alekséi inclinó la cabeza, rozando su sien con los labios, sin besarla aún.

—No estoy jugando —respondió—. Te estoy reclamando. —Su mano descendió lenta, provocadora, mientras su voz se volvía un murmullo cargado de promesas. Recorrió su brazo con una caricia, sintiendo cómo todo el cuerpo de ella se tensaba, hasta que llegó a su mano, sujetándola.

Isabel estaba tan inmersa en sus pensamientos e intentando mantener la mente fría para seguir con la conversación que solo

logró reaccionar cuando Alekséi tiró de su mano hacia las escaleras.

—¿Adónde vamos?

—A mi habitación. Ahí podrás gemir y gritar sin problemas —contestó mientras subían los escalones.

Aquellas palabras prometían tanto… Sin embargo, ella no quería dejarse influenciar de aquella manera. Estaba claro que Alekséi parecía dirigir la situación, tenerlo todo bajo su control, incluso a ella, y ella no deseaba eso. Debía hacerse respetar en ese sentido, ser también la que llevase la batuta en aquella situación que ocurría entre los dos. Sabía que él era un hombre peligroso, aunque a ella en ningún momento le había hecho daño, todo lo contrario. Sí, él era un hombre astuto que sabía cómo manejarla, incluso en las situaciones sexuales: podía hacer que perdiese el control y se sometiese totalmente a él para sentirse el dominante, pero ella también podía hacer eso. No debía olvidar quién era él, pero tampoco quién era ella.

Alekséi entró en su habitación sin soltar su mano y cerró la puerta, pero antes de que se girase hacia ella, Isabel lo empujó ligeramente haciéndolo chocar contra la puerta.

A Alekséi le cogió de improviso aquella actitud por su parte, sobre todo cuando ella situó su mano en su pecho, apretándolo, con la clara intención de que no se moviese.

Dio un paso hacia un lado, fruto de la falta de equilibrio, pero lo recobró de inmediato acercándose a él. Subió su mano lentamente por su garganta hasta sus labios, ante la mirada sorprendida y cargada de excitación de Alekséi, luego introdujo un dedo entre sus labios, sintiendo la punta de la lengua de él.

Alekséi la miró confundido cuando ella introdujo más su dedo en su boca, presionando su lengua, aunque claro estaba que el consumo del alcohol la había afectado y lo introdujo demasiado, tocando casi su campanilla.

—*Chert, Isabel'!*[9] —se quejó cogiendo rápidamente su muñeca para extraer el dedo. Ella no dijo nada al respecto. Simplemente le sonrió y comenzó a agacharse ante él, situándose de rodillas y

provocando que él enarcase una ceja—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó con un claro acento ruso, sin poder remediarlo.

Ella lo miró a los ojos y sonrió mientras llevaba sus manos hacia el cinturón de su pantalón.

Alekséi inspiró hondo y llevó su mano hasta su cabello rubio suelto, internando sus dedos en él, comprendiendo lo que Isabel tenía en mente.

Desató el cinturón, desabrochó el botón y bajó la cremallera. Sus pantalones cayeron poco a poco, quedando ante ella la visión de un bóxer negro. Ya sin bajarlo podía detectar que aquella situación lo tenía totalmente excitado. Bien, ¿quién tenía ahora el control de la situación?

Sorprendida, lo vio deslizar con decisión el bóxer, sin un ápice de pudor, mientras sujetaba con firmeza su cabello. Sí, aquello había sido, en parte, su propia iniciativa, pero él no mostraba la menor reserva, más bien parecía consumido por un deseo intenso, ansioso por materializar cada una de las fantasías que ella apenas había imaginado.

Ante ella tenía aquella parte del cuerpo masculino que le había dado tanto placer hacía unas noches. ¿Cómo no devolvérselo a él ahora?

Aunque sus mundos parecieran irreconciliables, había algo que los enlazaba con una fuerza imposible de negar: el placer compartido, íntimo y absoluto que solo sabían darse entre ellos.

Isabel sujetó el miembro de Alekséi con su mano y lo lamió en primer lugar. Pudo ver de reojo cómo él, apoyado contra la puerta, estiraba su cuello e inspiraba fuerte mientras cerraba los ojos, disfrutando de aquel primer suave contacto.

Ella miró hacia arriba, contemplando a Alekséi unos segundos. Él descendió su cabeza y miró a los ojos de ella, unos ojos cargados de placer y de una promesa que estaba por llegar.

Sujetó con fuerza su cabello formando una coleta en su nuca para que no le molestase justo cuando ella se introdujo todo su miembro en la boca.

Alekséi gimió y dio un golpe con su cabeza en la puerta mientras se mordía el labio, intentando contener un gemido al sentir la

humedad de la boca de Isabel.

Isabel movió su lengua, rozándolo. Ahora quería que experimentara un placer que lo enloqueciese tanto como la había enloquecido él a ella. Quería sentirse poderosa frente a él, ser ella la que mandaba en aquel momento; sin embargo, Alekséi comenzó a marcar el ritmo sujetándola por el cabello.

Isabel golpeó su mano para que dejase de hacer aquello y la soltase.

Alekséi gruñó al recibir el golpe, pero se encontraba en una situación tan placentera que no le importó, así que solo situó su mano en la nuca para acompañarla en sus movimientos con un suave masaje.

Isabel se dejó llevar por esa sensación nueva que le recorría el cuerpo, una mezcla embriagadora de deseo y poder. En ese instante no era la fiscal que medía cada paso ni la mujer que dudaba de sus propias decisiones; era alguien consciente del efecto que provocaba, de cómo cada gesto suyo encontraba respuesta inmediata en él. Le gustaba sentirlo así, percibir cómo su cercanía y su atrevimiento despertaban en Alekséi una atención absoluta. Aquello la hacía erguirse, moverse con una seguridad que no siempre se permitía mostrar.

Creía tener el control porque su cuerpo reaccionaba exactamente como ella quería, porque cada caricia que daba parecía colocarla un poco más arriba, un poco más a salvo. Disfrutaba de ello sin reservas. Había placer en saberse deseada, pero también en ejercer ese dominio momentáneo, en comprobar que podía provocar, guiar e intensificar lo que ocurría entre ambos. Por una vez, no sentía culpa ni contradicción, solo la certeza de estar tomando algo que le pertenecía: el poder que ella también era capaz de ejercer sobre él.

Lo que Isabel no veía, o no quería ver, era que ese poder que la envolvía tenía bordes difusos. Mientras ella se abandonaba a la idea de dirigir la situación, Alekséi observaba en silencio, permitiéndole esa sensación de mando porque sabía que era parte del juego. Ella se sentía fuerte, invencible incluso, y él lo aceptaba, disfrutando también de esa ilusión. Porque, aunque Isabel se creyera dueña del momento, el verdadero control seguía latiendo en la calma con la

que él lo sostenía todo, dejando que ella brillara… justo hasta donde él decidía.

Para Alekséi, el placer que ella le ofrecía no era solo físico, aunque su cuerpo respondiera con una intensidad que rara vez se permitía reconocer, era también la forma en que Isabel se tensaba bajo su cercanía, cómo su respiración se alteraba creyendo que era ella quien marcaba el ritmo, quien llevaba la situación hacia donde deseaba. Y, durante un instante, solo uno, estuvo dispuesto a aceptar esa ilusión. ¿Qué importaba que ella fuera fiscal? En ese espacio reducido, suspendido del mundo real, su cargo y su moral se diluían hasta volverse irrelevantes. Podía ignorarlo, podía permitirse el lujo de pasar por alto quién era ella, porque lo que le daba en ese momento superaba cualquier contradicción.

Sin embargo, mientras la sentía reaccionar a cada gesto suyo, Alekséi sabía que la verdad era otra. Isabel creía tener el control porque así lo necesitaba, porque su mente exigía pensar que aquello era una elección calculada, un terreno que dominaba. Él la dejaba creerlo. Le concedía esa falsa seguridad con una paciencia peligrosa, midiendo cada movimiento, cada pausa, cada silencio. Disfrutaba de su respuesta, de cómo su cuerpo lo delataba incluso cuando su expresión intentaba mantenerse firme, pero nada escapaba de sus manos. Nunca lo hacía.

Para él, el control no era una cuestión de fuerza visible, sino de certeza. Y la certeza era absoluta. Mientras ella se abandonaba a la sensación de mandar, Alekséi mantenía el pulso firme sobre la situación, sobre el momento… sobre ella. Lo que Isabel sentía, esa sensación embriagadora de poder, de dominio, no era más que un espejismo cuidadosamente construido, uno que él sostenía porque le complacía, porque intensificaba el placer y porque, en el fondo, le recordaba una verdad incuestionable: incluso cuando parecía entregarse, Alekséi nunca dejaba de ser quien decidía hasta dónde llegaban ambos.

Isabel succionó con fuerza provocando que él se tensase totalmente y resoplase ante el placer que ella le proporcionaba.

Isabel se movía cada vez con más velocidad, provocando que la respiración de él se acelerase, luchando por no perder el control.

Alekséi apretó los dientes y rugió. No lo soportó más y agachó su espalda hacia delante para coger a Isabel por las axilas. La levantó de inmediato y la arrojó en el colchón. Isabel cayó sorprendida por la reacción de él.

Él se quitó la camisa mientras se acercaba a la cama y, ya con el torso al descubierto, se inclinó para desabrochar los pantalones de ella. Se los quitó acelerado, con una urgencia que prácticamente lo enloquecía. Necesitaba sumergirse en ella y, sobre todo, mantener el control.

Isabel fue consciente del comportamiento de él y, sin previo aviso, se arrodilló y situó una mano en el pecho de Alekséi. Sabía que no podía contra él, pues ya lo había intentado en anteriores veces, pero esta vez sí logró echarlo sobre el colchón.

Rápidamente se sentó a horcajadas sobre él. Alekséi la miraba sorprendido, pues no esperaba un arrebato como aquel por su parte. La tomó de las caderas mientras ella se situaba y comenzó a bajar sobre él. Los dos tensaron su cuerpo ante el placer que les proporcionaba aquella unión.

Alekséi la ayudó a subir y bajar con movimientos cada vez más acelerados, hasta que ella se dejó caer levemente sobre él, sujetándose, colocando una mano a cada lado de su cabeza, sin dejar de moverse.

Alekséi apartó su cabello rubio a un lado y descendió sus manos de sus pechos hasta su cintura. Esta vez no rompió su camisa, sino que desató los botones con gran maestría. Isabel se quitó la camisa y él se encargó de arrojarla al suelo.

Alekséi se incorporó sentándose y doblando sus rodillas, pues ella no dejaba de moverse sobre él. Si no se exigiese a sí mismo mantener el control y tener conciencia de todo, lo hubiese perdido a los pocos minutos de entrar en su habitación con ella.

Llevó sus manos hasta su espalda y desabrochó su sujetador. Lo pasó por sus brazos dejándolo a un lado del colchón y se unió a ella en un abrazo. Era la primera vez que sentía la piel de ella junto a la suya, la sensación que los embargó casi los hizo enloquecer.

Isabel pasó sus brazos por sus hombros sin dejar de subir y bajar mientras él intentaba marcar el ritmo sujetándola por las caderas. El pecho de él estaba caliente y ofrecía un calor corporal muy erótico. Además, podía sentir todos los músculos de su cuerpo contraerse por el esfuerzo y por el placer que sentía.

El contacto directo intensificó cada sensación, como si el mundo se hubiera reducido a ese espacio mínimo donde sus respiraciones se mezclaban.

Alekséi apoyó la frente en la de ella por un instante, cerrando los ojos, dejando que el vaivén los guiara sin palabras. Había algo casi reverente en la forma en que la sostenía, firme pero contenida, como si quisiera memorizar cada respuesta de su cuerpo.

Isabel se abandonó a ese ritmo compartido, dejando que su cuerpo hablara por ella. Sus manos recorrieron su espalda, lenta y conscientemente, descubriendo la tensión de los músculos bajo la piel, la fuerza que mantenía controlada incluso pese al placer. Cada movimiento los acercaba más, no solo en lo físico, sino en una intimidad que nacía del silencio, de lo que ninguno se atrevía a decir.

Alekséi la sostuvo con mayor firmeza, marcando el compás con una seguridad que la envolvía por completo. El calor entre ambos creció, denso, embriagador y, durante unos segundos, no existieron límites ni contradicciones, solo esa conexión intensa que los arrastraba y los mantenía unidos, suspendidos en un instante que parecía no querer terminar.

El placer cada vez era más intenso, a punto de descontrolarse.

Alekséi la hizo girar con un movimiento seguro y decidido sobre el colchón, hasta situarse sobre ella entre sus piernas. El colchón cedió bajo su peso y el cambio de posiciones arrancó a Isabel una exhalación aguda, más de sorpresa que de protesta. Él se sostuvo sobre sus brazos, encerrándola sin aplastarla, mirándola desde arriba con una intensidad que la dejó sin palabras.

Había algo más brusco en la forma en que la tomaba ahora, una urgencia contenida que no perdía ni un ápice de control. Sus manos buscaron las muñecas de ella y las llevaron por encima de su cabeza, sujetándolas contra el colchón con firmeza calculada, no para dominarla por completo, sino para marcar el ritmo, para dejar

claro quién guiaba ese instante. Sus cuerpos se encontraron de nuevo en un movimiento profundo y constante, intenso, que no pedía permiso ni lo necesitaba.

Isabel arqueó la espalda, atrapada entre el placer y la sensación de ser conquistada, y Alekséi bajó la cabeza hasta su cuello, besándola con una mezcla de hambre y contención. Cada embestida era decidida, exigente, pero ejecutada con una precisión que hablaba de experiencia y autocontrol. No había ternura suave, sino una pasión firme, envolvente, que la arrastraba impidiéndole pensar demasiado.

Entre respiraciones agitadas y miradas que se cruzaban, Isabel sintió cómo esa intensidad la desbordaba, cómo su cuerpo respondía antes que cualquier pensamiento racional. Alekséi la sostuvo allí, sobrepasándola sin perder nunca el dominio de la situación, haciendo del placer algo casi feroz y, aun así, extrañamente elegante. En ese instante, bajo él, Isabel comprendió que no se trataba solo de deseo: era una rendición que aceptaba con los sentidos encendidos y el corazón latiendo demasiado rápido como para cuestionarla.

Isabel dejó de oponer resistencia sin darse cuenta del momento exacto en que ocurrió. Fue un abandono silencioso, íntimo, más profundo que cualquier gesto físico. Sus manos, antes tensas, se relajaron sobre el colchón; su respiración, aún agitada, empezó a acompasarse a la de él. Ya no intentaba dirigir ni anticipar nada. Simplemente estaba allí, aceptando lo que él le ofrecía.

Alekséi lo percibió de inmediato. La rendición no era debilidad, sino confianza entregada sin palabras. Llevó su cara hasta el de ella, rozando su frente, su mejilla, deteniéndose un segundo antes de besarla. En ese instante no necesitó imponerse más, ella ya estaba con él, abierta, consciente de que había cruzado una frontera de la que no saldría ilesa… ni arrepentida.

Isabel cerró los ojos, permitiéndose sentir sin analizar, sin juzgar. Se dejó envolver por esa presencia dominante que no anulaba su voluntad, sino que la absorbía y la conducía. Había una calma extraña en saberse sostenida, incluso conquistada, por alguien que

no fingía ser otra cosa. Y fue en esa aceptación donde encontró una forma distinta de poder: la de elegir rendirse.

Alekséi la sostuvo allí unos segundos más, como si quisiera que ese momento quedara grabado en las retinas de ambos. Sabía que no era solo deseo lo que había logrado, sino algo más delicado y peligroso: que ella bajara la guardia, que confiara, que se entregara sabiendo exactamente quién era él. Y eso, más que cualquier otra cosa, lo mantuvo firme, atento, dueño absoluto de ese instante que ya les pertenecía a los dos.

Un gruñido escapó de la garganta de Alekséi cuando el clímax los alcanzó a ambos, un sonido áspero que contrastó con lo que vino después. Su cuerpo se relajó sobre el de ella y, por primera vez desde que la había hecho rendirse, sus manos perdieron dureza. La sostuvo con cuidado, como si de pronto temiera romper algo frágil, y apoyó la frente en su hombro mientras recuperaba el aliento.

Isabel se quedó quieta, sorprendida cuando sintió cómo él la rodeaba con un abrazo lento, protector. Sus dedos, antes firmes y exigentes, dibujaron ahora caricias suaves por su espalda, casi tímidas, como si aquel gesto no formara parte del hombre peligroso que ella creía conocer.

—Ahora me perteneces —murmuró junto a su oído—. Te rendiste a mí… y yo nunca suelto lo que decido hacer mío. —Se apartó para mirarla, sus ojos claros habían tomado una tonalidad oscura, cargados de una intensidad distinta, más profunda—. Conmigo estarás a salvo —añadió—. Nadie te tocará sin mi permiso… nadie te hará daño mientras yo siga respirando.

Isabel lo observó en silencio. No hubo miedo, ni dudas. Solo una calma inesperada, casi reconfortante. Se permitió asentir despacio, aceptando esa verdad sin discutirla, dejando que el cansancio y el calor compartido la envolvieran.

Alekséi se giró llevándola con él y situándola en su pecho. Cuando Isabel cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pecho, Alekséi sonrió. Ella no necesitó decir nada más. Su rendición era completa… y, por primera vez, no le importó en absoluto.

Isabel permaneció allí, escuchando el latido firme bajo su pecho, y comprendió con una claridad inesperada que no era una promesa

vacía. Alekséi no era un hombre de palabras ligeras; cuando decidía algo, lo hacía suyo. Sabía que, pese a todo lo que los separaba, él era el único capaz de protegerla en un mundo que se había vuelto demasiado peligroso para las medias verdades, no porque fuera bueno, sino porque era implacable. Y eso, en el fondo, era exactamente lo que ella necesitaba.

Se dejó envolver por esa certeza sin resistencia, aceptando que su seguridad no nacería de la ley ni de las normas que siempre había defendido, sino de la palabra de un hombre que no prometía a la ligera.

Alekséi la sostuvo con un brazo firme, casi posesivo, y en ese gesto silencioso había una garantía más fuerte que cualquier juramento. Isabel cerró los ojos del todo, tranquila por primera vez en mucho tiempo, sabiendo que él cumpliría, porque cuando Alekséi daba su palabra, valía más que cualquier otra cosa.



18

—¿En serio? —preguntó Irene al otro lado de la línea.

—Sí —respondió Isabel paseando por su habitación. Se asomó a la ventana y observó las esponjosas nubes que cubrían el cielo.

—No tenía ni idea de que tenías unos tíos aquí, no me lo habías dicho —respondió.

—Bueno, no son bien, bien mis tíos… son… primos segundos de mi padre —improvisó—. Así que pasaré las Navidades con ellos. —Apretó los labios, no le gustaba mentirle a su amiga, pero mejor eso que decirle que estaba bajo la protección de Alekséi, el mafioso al que debía imputar por diversos delitos—. Venían a visitarme a veces cuando estaba en casa de mis abuelos… —siguió improvisando—. Llevo unos seis años sin verlos y me llaman bastante, así que cuando me han propuesto ir a pasar las Navidades allí no he podido negarme.

—Ah, bueno, pero en Fin de Año sí estarás, ¿verdad? —preguntó rápidamente—. Recuerda que tenemos la cena y el cotillón que reservó Roberto.

—Sí, sí… es verdad —lo recordó en aquel momento.

Vaya, no había pensado en eso.

—Podrás venir, ¿verdad? —insistió.

Isabel se removió nerviosa y suspiró.

—Sí, claro… —comentó dudosa. No tenía muy claro que fuese buena idea acudir y, por otro lado, tampoco era seguro que Alekséi la dejase salir de aquella casa sin supervisión—. Bueno, y… ¿cómo va en el juzgado?

—Pues estoy deseando que llegue el miércoles para coger fiesta yo también —rio Irene.

—Bueno, solo faltan dos días —respondió.

—Sí, y luego vacaciones hasta el día dos —dijo rápidamente—. ¡Qué ganas tengo!

—Te lo mereces —sonrió Isabel, aunque Irene no pudiera verla —. Este año ha sido agotador para todos.

—Para ti más que para nadie —replicó Irene—. Oye… —continuó bajando el tono de su voz—, ¿quién era el hombre que te acompañaba el otro día en el juzgado?

Isabel apretó el móvil contra la oreja y apoyó la frente en el cristal frío de la ventana.

—Ah, no, nadie… —comentó—, de la escuela judicial —improvisó.

—¿Seguro? Estabas un poco… rara… distante… —pronunció lentamente.

—Será el estrés —respondió restándole importancia—. Ya sabes… declaraciones, informes, plazos.

—Ajá —murmuró Irene, claramente escéptica—. Pues prométeme que en Fin de Año te soltarás el pelo, ¿vale? Nada de hablar de trabajo, ni de jueces, ni de acusados peligrosos.

El estómago de Isabel se encogió ante aquella última palabra.

—Lo prometo —mintió con una sonrisa—. Me vendrá bien despejarme.

—Bien, porque Roberto está empeñado en que brindemos todos juntos a medianoche —añadió—. Dice que trae suerte.

—La necesitaremos —respondió Isabel en voz baja.

—Oye… —Irene bajó un poco más la voz—, ¿estás segura de que estás bien? Te noto distante.

Isabel cerró los ojos un instante. Pensó en la casa en la que se encontraba, en los hombres que vigilaban discretamente cada movimiento, en Alekséi observándolo todo sin decir nada… protegiéndola a su manera.

—Estoy bien —dijo al fin con más firmeza—. De verdad. —Carraspeó y dio unos pasos por la habitación—. Estás en el juzgado ahora, ¿verdad?

—Claro.

—Necesito un favor.

Aquella petición no sorprendió a Irene que ya estaba acostumbrada a trabajar para ella.

—Claro, dime.

—Apunta lo que voy a decirte.

—Preparada —bromeó Irene.

—Necesito que solicites los antecedentes penales, cuentas bancarias y Seguridad Social, así como Registro de la Propiedad de Mei Chen.

—¿Mei Chen? —preguntó confundida—. ¿Es de algún expediente en concreto?

—No, es nueva investigación, aunque la instrucción tiene que ver con el dos mil quince de este año. —Inspiró hondo—. Abre una pieza separada.

—De acuerdo.

—Irene… —dijo con voz seca—, por favor… que esto…

—Tranquila, sabes que soy discreta —la cortó sabiendo por dónde iba.

Isabel inspiró hondo y asintió con su cabeza.

—Supongo que te llegará antes de que cojas vacaciones.

—Hago los oficios ahora mismo y te los paso para que me los firmes digitalmente.

—De acuerdo, muchas gracias —le agradeció.

—Te lo envío en cinco minutos. —Chasqueó la lengua—. Y, por lo otro, si quieres tomar un café estos días, me avisas.

—Claro, lo haré —sonrió Isabel—. Que vayan bien las fiestas. Feliz Navidad.

—Igualmente, un abrazo —se despidió Irene.

Colgó despacio y dejó el móvil sobre la cama. Durante unos segundos se quedó quieta, mirando su reflejo difuso en el cristal.

Fue hacia el escritorio donde tenía su portátil, el cual no había encendido desde que se encontraba allí, y se sentó enfrente. Se conectó al wifi y, tal y como Irene la había informado, los documentos llegaron en pocos minutos. Tras leerlos asegurándose de que todo estaba correcto y firmarlos digitalmente, los envió. Con suerte, en pocos días tendría respuesta de todo.

Apagó el ordenador y se miró en el espejo. Llevaba unos pantalones negros y un suéter fino color blanco, elegante.

—Mmm… falta algún complemento para parecer más formal —susurró dirigiéndose al armario. Sacó un cinturón grueso negro con hebilla dorada y se puso un collar del mismo color dorado—. Estupendo —dijo mientras se pasaba los dedos a modo de peine por su melena rubia—. Lo voy a sacar de quicio, bien —se felicitó a sí misma.

Salió de su dormitorio y se dirigió a las escaleras.

Las bajó despacio, tratando de que sus tacones no hicieran demasiado ruido, pero cuando llegó al salón, se encontró con una escena que la hizo detenerse un instante: Alekséi estaba sentado presidiendo la mesa, rodeado de sus hombres, todos hablando en ruso. Documentos desparramados, portátiles abiertos y varias armas sobre la mesa. Un pequeño ejército en plena reunión.

El primero que la vio bajar fue Sergei que carraspeó avisando así al resto de sus compañeros, cogiendo su arma de la mesa y guardándola en su cinturón. Al instante, los hombres comenzaron a recoger las armas con movimientos rápidos y casi torpes, ocultándolas de golpe, excepto Alekséi, al que no pareció importarle. Isabel frunció el ceño y una sonrisa traviesa se le escapó.

—No os preocupéis que las armas no me intimidan. —Luego enarcó una ceja—. Lo que sí me pone nerviosa es que me miréis así —añadió cruzando los brazos y observándolos con descaro mientras bajaba el último escalón.

Alekséi apenas levantó una comisura de los labios, claramente divertido por su comentario.

—No intentes husmear —dijo elevando la mirada hacia ella—. Esto son asuntos míos.

Isabel puso los ojos en blanco, frunciendo un poco el ceño, pero la mueca se suavizó con rapidez.

—Está bien, pero estoy aburrida otra vez —respondió dejando escapar un suspiro teatral—. Podríamos hacer algo más divertido, como ver cuánto tiempo tardas en darte cuenta de que estoy husmeando... —Algunos de los hombres carraspearon sintiéndose incómodos al ver la cordialidad y las miradas que se echaban—, o tú

podrías enseñarme a hablar ruso mientras juego a adivinar dónde esconden todas esas armas tus hombres —acabó provocativa.

Alekséi la miró un instante, evaluándola, y luego sonrió con esa mezcla de peligro y travesura que siempre la ponía nerviosa. En ese momento, se dio cuenta de que Sergei y Nikolau se habían apartado de la mesa dándole su espacio, como si comprendiesen que allí sobraban, mientras Dmitri parecía divertirse con la situación y los miraba gracioso.

—¿Te apetece jugar? —preguntó Alekséi.

Dmitri observó la escena en silencio durante unos segundos más de lo necesario. La forma en que Alekséi la miraba, la cercanía, el tono… aquello no era una simple conversación. Cruzó una mirada rápida con los otros hombres, arqueando una ceja, claramente sorprendido. Uno de ellos esbozó una sonrisa contenida; otro negó con la cabeza, incrédulo.

Isabel, que había captado perfectamente el intercambio de miradas, ladeó la cabeza y sonrió.

—Depende —respondió recorriéndolo de arriba abajo sin ningún pudor—. Si es uno de esos juegos en los que finges que mandas y yo hago como que te obedezco… puede que me interese.

Alekséi soltó una risa breve, peligrosa, y Dmitri, el cuál carraspeó hacia sus compañeros, supo en ese instante que aquello ya no era solo un asunto de negocios.

—Luego ya hablamos —comentó este alejándose, al igual que el resto de sus compañeros.

Alekséi se puso en pie y rodeó la mesa lentamente.

—Podemos ir a cenar a un club —propuso—. Nada formal, solo diversión.

—¿Crees que voy bien vestida? —preguntó ella arqueando una ceja, juguetona y provocadora ante él.

Él la miró de la cabeza a los pies, sin disimulo y recreándose en cada parte de su cuerpo.

—Lo bastante formal como para recordar quién eres y lo bastante provocadora como para olvidarlo —acabó con una mirada incendiada en deseo y una sonrisa en la que ya podía intuir lo que pasaba por su mente.

Isabel se encogió de hombros, risueña.

—Perfecto —sonrió—. Entonces he conseguido exactamente lo que quería: sacarte de quicio sin quitarme la ropa. Fiscal impecable arriba… problema serio para ti abajo. —Le guiñó un ojo tan pancha.

Él sonrió de soslayo por la ingeniosa respuesta y ladeó su cabeza.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—Ilústrame —fingió ella devoción.

Él se acercó más, provocando que el aire entre ambos vibrase.

—Que provocas como si no supieras que siempre me gusta ganar… y que nunca juego limpio.

Ella lo miró de la cabeza a los pies, aunque su mirada no era asombrada, era como si realmente sus palabras no la impresionasen lo más mínimo.

Colocó sus manos en su cintura y dio unos golpecitos con el pie en el suelo mientras se giraba y observaba que realmente se habían quedado solos en el salón.

—Bien, ¿y ese local?, ¿es tuyo?

—No.

—¿De un amigo?

—Sí —respondió apoyándose en la mesa.

—Y… ¿van muchos amigos tuyos mafiosos? —preguntó pestañeando varias veces—. Porque te recuerdo que soy la fiscal de Barcelona y que a muchos de tus amiguitos los he metido en prisión —le recordó con ironía.

—La enemiga número uno de la ciudad no pasa desapercibida, ¿verdad? —bromeó provocando que ella resoplase—. No tienes por qué temer. Vas conmigo. Además, en ese club no suele haber mucha gente. Todo estará bajo control.

Isabel lo miró, mitad escéptica, mitad divertida.

—Qué tranquilizador —ironizó ella—. La enemiga número uno escoltada por su principal escollo judicial.

—Exacto —dijo él con una sonrisa de complicidad por primera vez hacia ella.

Aquel gesto llamó la atención de Isabel, dejándola consternada. Sabía que era un hombre peligroso, que no dudaría en apretar el

gatillo ante sus enemigos, sin embargo, le había parecido ver la ternura en aquellos labios.

—Y… ¿allí también se puede cenar? —preguntó mientras él se acercaba a un perchero para coger su americana—. Tengo un poco de hambre —admitió.

—Le diré a mi amigo que prepare algo para picar —dijo abrochándose el primer botón. Luego miró hacia las escaleras y pronunció algo en ruso que no comprendió, pero que seguramente significaba que se marchaban—. ¿Tienes que coger un abrigo? —preguntó—. Hace frío.

Ella reaccionó en ese momento y asintió.

—Enseguida vengo —dijo corriendo hacia las escaleras.

Lo cierto es que necesitaba salir de allí, llevaba demasiados días encerrada en aquella casa, así que bienvenida fuese la propuesta de Alekséi de salir, aunque fuese acompañada de un mafioso.

Sergei los había llevado hasta la capital, al centro de Barcelona, y los había dejado cerca del barrio gótico. No solía ir mucho por allí, pero no pudo evitar suspirar y medio sonreír cuando salió del vehículo y dio unos pasos sobre la acera, sintiendo el aire frío sobre su piel. Sí, eso era lo que necesitaba.

El vehículo inició la marcha dejándolos a los dos en aquella calle.

—Vamos —dijo Alekséi indicándole con un movimiento de cabeza que lo siguiese.

—¿Adónde vamos? —preguntó Isabel siguiéndolo.

—Ya te lo he dicho: a tomar algo. Estabas aburrida, ¿verdad? —Recordó sus palabras.

Ella asintió lentamente mientras se internaban en aquellas oscuras, húmedas y estrechas calles del barrio gótico de Barcelona. Era una lugar hermoso y con mucha historia, aunque últimamente aquella zona gozaba de mala fama: mucha delincuencia, robos, agresiones… no era un lugar que ella hubiese visitado para tomar algo.

Caminó a su lado. Alekséi parecía moverse por aquella zona sin problema alguno, conociéndola. Lo miró de la cabeza a los pies.

—Conoces bien la zona —afirmó más que preguntar.

Él asintió.

—Uno de los hombres con los que hago negocios tiene un local aquí —respondió con sinceridad—. No te traería, pero es el único lugar donde los dos podemos estar más o menos a salvo. Besnik es buen hombre.

Ella apretó los labios.

—¿Le vendes armas? —preguntó directamente.

Él se detuvo y la miró fijamente. En ese momento, Isabel se dio cuenta de que quizá no era la mejor pregunta que podía hacer.

—Te sugiero que no hagas ese tipo de preguntas en el local.

Ella se removió nerviosa.

—Quizá deberíamos ir a otro lugar —comentó nerviosa.

—¿Por? Solo te estoy pidiendo que mantengas la boca cerrada con según qué aspectos.

Isabel alzó la barbilla, cruzándose de brazos, claramente a la defensiva.

—No me gusta sentir que piso terreno que no controlo —replicó —. Ni que me digan qué puedo o no puedo preguntar. Bastante irónico, ¿no crees?, viniendo de ti.

Alekséi suspiró despacio, como si midiera cada palabra antes de decirla. Su tono se suavizó, aunque la firmeza seguía ahí.

—No es una orden —aclaró—. Es una advertencia. Allí dentro nadie te tocará, nadie te cuestionará y nadie te faltará al respeto. Estaremos prácticamente solos… pero sigue siendo mi mundo.

Isabel lo miró, insegura, mordiendo ligeramente su labio.

—No es solo eso —admitió—. No quiero llamar la atención en… tu mundo.

Alekséi dio un paso hacia ella, lo justo para que su presencia resultara tranquilizadora, no invasiva.

—Isabel —dijo con calma—, si no pensara que puedo protegerte, no te llevaría. Y créeme cuando te digo que en ese local no te ocurrirá absolutamente nada.

Ella bajó la mirada un instante, respirando hondo.

—Sigo sin estar convencida —murmuró.

—Lo sé —respondió él—. Pero llevas demasiado tiempo encerrada. Necesitas salir, cambiar de aires, recordar que el mundo no se reduce a cuatro paredes y a mi sombra vigilándote.

Isabel volvió a mirarlo, sorprendida por la franqueza.

—¿Te preocupa que me esté volviendo loca? —preguntó medio en broma.

Alekséi esbozó una sonrisa divertida y negó despacio con la cabeza.

—Un poco loca sí que estás —admitió—. Además, tienes la peligrosa manía de meterte donde no te llaman —acabó con voz grave. Isabel abrió la boca para protestar, pero él levantó una mano en son de paz. —No me mires así —continuó—. Es parte de tu encanto… y del motivo por el que tengo que vigilarte de cerca —acabó con un tono enfurruñado.

—Qué tranquilizador —replicó ella—. Loca, imprudente y bajo custodia.

—Exacto —dijo seriamente, sin reírle la gracia a ella—. Vamos. Nos esperan.

Isabel lo observó con atención y, finalmente, asintió.

Giraron una esquina y se situaron frente a una puerta. Alekséi golpeó la puerta un par de veces y segundos después esta se abrió.

Se miró fijamente en el alto hombre que había abierto la puerta y este se apartó para dejarles paso.

Entraron por una puerta discreta que daba paso a un largo y estrecho pasillo, iluminado apenas por luces rojizas incrustadas en la pared. Isabel avanzó despacio, consciente de cada paso, del eco de sus propios tacones y de la sensación incómoda de estar entrando en un territorio que no le pertenecía. Sabía que aquel lugar podía estar lleno de hombres como Alekséi… o peores.

Él caminaba a su lado, tranquilo, atento, como si aquel mundo fuera una extensión natural de sí mismo. En un par de ocasiones le rozó el brazo con los dedos, un gesto silencioso, pero claro, recordándole que estaba allí, que no estaba sola. Aun así, Isabel mantenía los hombros tensos; no quería más problemas, ni miradas, ni situaciones difíciles de controlar.

Al final del pasillo se abrió un gran salón. La sorpresa la hizo detenerse un segundo. Aquello parecía un bar clandestino: una barra amplia al fondo, pocas mesas ocupadas y un ambiente cargado de música baja y humo. No había demasiada gente, lo que la tranquilizó… hasta que se fijó mejor. Varias mujeres caminaban entre las mesas vestidas únicamente con ropa interior, algunas apoyándose en los pocos clientes que había, otras riendo, ajenas a las miradas que provocaban.

Isabel tragó saliva y enarcó una ceja hacia él.

—¿Sueles frecuentar estos lugares? —preguntó ladeando la cabeza.

Alekséi le tomó el brazo con firmeza, sin brusquedad, y la guio hacia la barra.

—Mírame —murmuró sin volverse—. No pasa nada.

Ella obedeció, centrando la atención en él mientras avanzaban. En un taburete, apoyado de forma poco elegante sobre la barra, estaba Besnik. Tenía una copa en la mano y una sonrisa amplia, algo descontrolada; olía a alcohol… y a algo más. En cuanto vio a Alekséi, se levantó tambaleándose y lo abrazó con fuerza.

—¡Hermano! —exclamó con un acento marcado. Alekséi respondió al abrazo con una palmada seca en la espalda—. Veo que sigues vivo —comentó con ironía.

Las chicas en ropa interior pasaron junto a ellos, rozándolos al caminar. Isabel notó varias miradas curiosas sobre ella.

Besnik la observó entonces, de arriba abajo, sin ningún disimulo.

—¿Y esta belleza? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿Tu novia?

Isabel abrió la boca de inmediato.

—No, yo…

—Es la fiscal —la interrumpió Alekséi con calma—. Y está de mi lado —sentenció.

Ella giró la cabeza hacia él, incrédula, dispuesta a corregirlo, pero la mirada fija de Alekséi la detuvo en seco. No había amenaza, pero sí una clara advertencia. Isabel apretó los labios y guardó silencio.

Suponía que era mucho mejor decir aquello, ya que, quizá, alguno de los hombres que había allí podía reconocerla, o puede que

incluso hubiese sido condenado por ella.

Besnik soltó una carcajada descontrolada e incrédula.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo—. Una fiscal aquí… —alzó la copa—. Bebida para los dos —acabó golpeando la barra—. Y si queréis algo más… ya sabes que aquí no faltan opciones.

—De momento no, pero gracias —respondió Alekséi sin dudar.

Besnik encogió los hombros y pidió dos copas. En ese momento, una de las mujeres se acercó a Alekséi más de la cuenta. Se apoyó en la barra a su lado, inclinándose hacia él con una sonrisa, recorriéndolo con la mirada como si Isabel no existiera.

—Hola —dijo ella con una sensualidad extrema, rozándole el brazo con una caricia de sus dedos.

Alekséi la reconoció, aquella era la misma muchacha que se había sentado en su regazo y le había pasado el humo en su anterior visita, la que había pretendido darle placer.

—Hola —respondió Alekséi con una sonrisa traviesa—. ¿Hoy no fumas? —ironizó.

—Ahora no, pero si quieres puedo encenderme un cigarro —propuso con voz muy pausada.

Isabel sintió algo extraño apretarle el pecho. Una punzada inesperada e incómoda. ¿Eso eran celos? Se sorprendió a sí misma tensándose, observando demasiado atenta la cercanía entre ambos.

Instintivamente, dio un paso al frente y lo miró desafiante.

—¿Fumas? —Alekséi la miró de la cabeza a los pies y negó. En ese momento, Isabel hizo un gesto girándose hacia la mujer que sorprendió a Alekséi—. Ya lo has oído, no fuma, lárgate —ordenó con un tono de voz grave.

La mujer la miró primero a ella molesta por la intromisión y luego a Alekséi, como si no estuviera segura de haber oído bien. Durante un segundo el ambiente se tensó. Alekséi no dijo nada, simplemente sostuvo la mirada de la mujer y, finalmente, le hizo un gesto con la cabeza para que se alejase, tal y como había ordenado Isabel.

Besnik soltó una carcajada ronca desde la barra.

—Vaya… —murmuró—. La fiscal tiene carácter —dijo situando dos copas en la barra, una para cada uno.

Isabel exhaló despacio y volvió a mirar a Alekséi, desafiante.

—No me gustan las distracciones —añadió mientras tomaba la copa, como si necesitara justificarse—. Y menos las que vienen con humo… y otras cosas.

Alekséi la observó unos segundos más, con una expresión indescifrable. Luego, muy despacio, sonrió. No era una sonrisa amable, era una de satisfacción por la reacción de ella.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —preguntó en voz baja, acercándose peligrosamente.

—Sí —respondió ella—. Dejar claro que no soy invisible —protestó.

Él se inclinó hacia ella, lo justo para que solo Isabel pudiera oírlo.

—No —corrigió en su oído—. Acabas de dejar claro que no compartes. —Isabel abrió la boca para replicar, pero él se adelantó —. Y eso… —añadió con un tono grave y excitado—, me ha gustado más de lo que debería. —Se apartó de su oído y se situó frente a ella, mirándola directamente a los ojos—. En el momento en que dijiste "lárgate" en mi territorio… dejaste de ser solo la fiscal.

Ella arqueó una ceja, desafiante.

—¿Y qué soy ahora?

Alekséi no elevó la voz. Ni siquiera endureció el gesto. Solo inclinó levemente la cabeza, como quien dicta una verdad inevitable.

—Ahora —dijo—, eres mía de una forma que este lugar entiende muy bien. La mujer a la que nadie toca sin mi permiso… y a la que nadie se atreve a desafiar mientras yo esté vivo. Ahora, tú eres el motivo por el que esta sala sabe guardar silencio.

La respuesta de Alekséi la golpeó más fuerte de lo que esperaba. No fue la amenaza velada, ni la forma en que el resto del local parecía haberse difuminado a su alrededor, fue la certeza incómoda de que algo dentro de ella había cambiado.

Sintió cómo esa atracción, que hasta entonces había tratado como un juego peligroso pero controlable, comenzaba a crecer de una manera distinta, más profunda y más inevitable y, eso, era justo lo que no podía permitirse. Ella era la fiscal, la mujer que había construido su vida sobre la ley, la justicia y la distancia necesaria para no contaminarse con aquello que perseguía. Sabía

perfectamente lo que significaba dejar que los sentimientos ganasen terreno: una grieta, una duda, un paso en falso que podía apartarla del camino que había elegido. Alekséi podía ser, en ese momento, el único capaz de protegerla de quienes querían verla caer, lo cual no cambiaba quién era él… ni quién debía ser ella.

Una cosa era aceptar su protección, dejarse arrastrar por una noche distinta, incluso permitirse un rato de tensión y provocación. Otra muy distinta era permitir que aquella devoción oscura empezara a importarle.

Isabel respiró hondo, obligándose a recordar que la ley no admitía zonas grises, que su papel no era confiar, ni mucho menos entregarse, porque en el instante en que esos sentimientos se apoderaran de ella, ya no solo estaría en peligro su vida… también su justicia.

—Me han traído un whisky Macallan impresionante —intervino Besnik mostrándoles la botella e interrumpiendo aquel momento—. ¿Os apetece probarlo?

—No —respondió ella sin apartar la mirada de Alekséi.

Alekséi sonrió maliciosamente.

—Pon dos copas —respondió este.

—Tres —bromeó Besnik sacando tres copas nuevas, pese a que aún no habían ni comenzado la que les acababa de servir. Las llenó y se apoyó al otro lado de la barra, observando que ninguno de los dos apartaba la mirada del otro, como si se retasen—. Bien, y… —continuó—, ¿cómo os conocisteis? —bromeó sonriente.

Isabel lo miró, pero se mantuvo callada, prefería no intervenir, pues no sabía lo que podía explicar y lo que no.

Alekséi tomó la copa de whisky y tragó el contenido de un sorbo, luego situó la copa de nuevo en la barra con un golpe y sonrió irónicamente a su amigo.

—Es la fiscal encargada de meterme en prisión —acabó mirándola a ella.

Besnik rio divertido.

—Menuda ocurrencia, amigo… —continuó riendo, aunque al recibir la mirada seria de Alekséi borró la sonrisa de su rostro y lo miró con los ojos abiertos—. No me jodas —escupió prácticamente y

miró a Isabel, la cual enarcó una ceja en su dirección—. *Qij*[10]. Me cago en la puta… —continuó—, ¿de verdad? —preguntó más molesto—. ¿Es la fiscal que lleva tu procedimiento y te vas de copas con ella? ¿Y la traes a mi local? —continuó como si se sintiese amenazado.

—Calma, Besnik —lo señaló con el dedo.

—Joder, Alekséi —se quejó de nuevo ofuscado y la miró de nuevo. Ella permanecía con cara de póker, sin pestañear siquiera.

—Ya te he dicho que está conmigo —respondió pausadamente y la señaló—. Isabel nos está ayudando a atrapar a la tríada.

Aquellas palabras no parecieron calmar mucho a Besnik.

—¿Has aceptado un acuerdo con la fiscal? —lo acusó señalándola a ella sin importarle que estuviese allí delante.

Isabel apretó la mandíbula, pero no bajó la mirada. Antes de que Alekséi respondiera, fue ella quien habló.

—No hay ningún acuerdo —dijo con frialdad—. Y no trabajo para mafiosos.

Besnik la escudriñó con la mirada.

—Claro que no —espetó—. Y yo soy un santo. —Se pasó una mano por la cara—. Esto no me gusta nada —continuó mirando a Alekséi.

Alekséi apoyó ambas manos en la barra y se inclinó ligeramente hacia él. Su voz no subió de volumen, al contrario, bajó.

—No te he pedido que te guste —respondió—. Te he pedido calma.

Besnik lo miró fijamente unos segundos, calibrando el peligro.

—Traer a la fiscal aquí es ponernos una diana en la frente —gruñó—. A mí y a mi gente.

Isabel mantuvo la compostura y respiró hondo.

—No estoy aquí para hundirte, Besnik —dijo Isabel con un tono más alto—. Si lo estuviera, este local ya no existiría. —Lo miró fijamente—. Solo me basta con hacer una llamada al juez. —Alekséi la miró fijamente—. Pero no lo haré —sentenció—. Lo único que quiero es un poco de calma, que me dé el aire y… —cogió el whisky —, una buena copa —acabó antes de darle un largo trago.

El albanés la observó con una mezcla de rabia y respeto forzado.

—Tiene carácter —murmuró hacia su amigo—. Ahora entiendo por qué te gusta rodearte de problemas. —Alekséi sonrió—. ¿Y la tríada? —insistió Besnik—. ¿En qué va a ayudarnos?

Alekséi se apoyó en la barra y pidió otra copa de whisky.

—Investiga legalmente. Gracias a ella podemos acceder a cuentas bancarias, registros de la propiedad y un largo etcétera.

—Ya —respondió cruzándose de brazos.

Alekséi no apartó la vista de Besnik cuando habló. Su tono fue tranquilo, calculado, como si estuviera explicando algo obvio.

—Cuando decapitas a la serpiente, el cuerpo deja de moverse —dijo Alekséi despacio—. Sin cabeza no hay órdenes, no hay represalias… y el problema desaparece.

Besnik frunció el ceño, escuchando.

—La tríada es la cabeza —dijo Besnik comprendiendo lo que el ruso explicaba—. Si caen, se acaba la presión sobre tu territorio y recuperas lo que es tuyo sin disparar una sola bala. ¿Crees que eso no provocará una guerra? —replicó Besnik, aún tenso.

—No quiero una guerra entre mafias —respondió Alekséi—. Las guerras traen ruido, atención y errores. Esto es limpieza con precisión quirúrgica. —Entonces, por primera vez, señaló a Isabel con la barbilla—. Ella no dispara —añadió—. Ella encierra y, una vez estén dentro, no vuelven a salir.

Isabel sostuvo la mirada a Besnik.

El albanés apretó los labios, procesándolo todo.

—Así que tú pones el orden… —murmuró hacia Alekséi—, y ella pone las rejas.

—Exacto —asintió Alekséi—. Sin sangre ni *vendettas*. Se elimina el problema de raíz, recuperamos el territorio… y, después, la ley recoge los restos.

El silencio volvió a caer entre ellos.

Besnik miró a Isabel una última vez y luego a Alekséi.

—Estás jugando muy fino —dijo al fin—. Demasiado.

Alekséi sonrió de soslayo.

—Siempre lo hago cuando hay mucho en juego.

Besnik respiró hondo, como si hubiera sopesado cada palabra y cada riesgo y, finalmente, asintió con lentitud.

—Está bien —dijo—. Lo acepto, pero espero no estar equivocándome. Y… espero que no nos traicione al final, fiscal.

Isabel lo miró, imperturbable, y dejó escapar una breve sonrisa irónica.

—No hago esto gratis —respondió, lo que provocó sorpresa en Besnik—. La tríada va a por mí, intentaron matarme. A cambio… quiero la protección de la mafia rusa.

Besnik la observó un instante, evaluando la firmeza en su mirada.

—Si vas a limpiar Barcelona de esos putos chinos, eso también puedo ofrecértelo yo —se ofreció.

Alekséi intervino con calma.

—No hace falta —dijo—. Ya estoy yo aquí para protegerla.

Besnik soltó una carcajada y levantó las manos en señal de rendición.

—Perfecto —bromeó—. Entonces, lo único que me queda es ofrecerte toda la bebida que quieras y de la mejor calidad.

Isabel esbozó una sonrisa divertida que quitó tensión al momento y Alekséi la miró con esa mezcla de advertencia y posesión que la hacía temblar por dentro.

Tomó la copa de nuevo, esta vez más distendida, y le dio un sorbo.

Isabel levantó la copa con gesto travieso y respondió:

—Pues más te vale, Besnik… porque no voy a dejar que nadie se pase de la raya… ni siquiera tú con las copas.

Sonrió ladeando la cabeza, disfrutando del ligero temblor de incomodidad que veía en Besnik, mientras Alekséi la observaba divertido y claramente satisfecho por cómo ella jugaba con el momento… y nada menos que en su territorio.



19

No estaba muy acostumbrada a celebrar la Navidad desde la muerte de sus abuelos. Por lo visto, en Rusia celebraban la Navidad el siete de enero, no el veinticinco de diciembre, puesto que se trataba de la Navidad Ortodoxa. Realmente no le importaba mucho, pero le había sorprendido aquel dato, ya que no tenía ni idea.

Igualmente, había celebrado la Navidad de una forma más lujuriosa.

Llevaba un par de días compartiendo habitación con Alekséi, pese a que su ropa y enseres se encontraban aún en la habitación que le habían asignado desde el principio.

Despertó lentamente, envuelta en una claridad tibia que no pertenecía a la noche. La luz del amanecer se colaba entre las cortinas dibujando líneas doradas sobre las paredes. Parpadeó, todavía somnolienta… y entonces escuchó el sonido del agua.

Se removió entre las sábanas, aún calientes, y al girarse lo vio. La ducha estaba separada del dormitorio solo por un panel de cristal. El vapor lo empañaba a ratos, pero no lo suficiente como para ocultarlo. Alekséi estaba allí, bajo el chorro, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, los hombros tensos y el agua recorriendo cada milímetro de su cuerpo con una lentitud provocadora.

Contuvo el aliento, pues la imagen era sobrecogedora.

El vapor difuminaba los contornos, pero no los borraba. Su espalda ancha, la forma en que los músculos se marcaban cuando se movía, la manera en que el agua descendía sin prisa… Todo en él era una invitación silenciosa. Sintió un calor inesperado recorrerle el

cuerpo, una reacción inmediata que le hizo cerrar los ojos un segundo, como si así pudiera recuperar el control, aunque no lo hizo.

Se sentó en la cama. El camisón se deslizó por su piel al ponerse en pie. Caminó despacio, casi sin hacer ruido, atraída por una fuerza que no se molestó en combatir. Cada paso era una decisión consciente… y una rendición.

Alekséi debió percibirla, porque giró la cabeza apenas un poco.

—¿Te he despertado? —preguntó con voz grave, amortiguada por el agua y el vapor.

Ella se encogió de hombros, sin responder. No le importaría despertarse así cada mañana. Sus dedos encontraron el tirante del camisón y lo dejó caer con un gesto lento y deliberado, sin apartar la mirada de él. Cruzó el umbral y el agua caliente la envolvió al instante, haciéndola estremecerse.

Alekséi la observó como si el mundo acabara de detenerse.

El agua resbalaba por su piel, bajaba por su pecho, por sus brazos, y salpicaba el suelo con un ritmo constante. Isabel dio un paso más, acercándose. Sentía el corazón golpeándole el pecho con fuerza y la respiración acelerada.

No hubo palabras. Él la tomó por la cintura con ambas manos, firmes y seguras, y la guio hacia la pared, apoyándola contra los azulejos. El contraste del frío de estos con el calor de su cuerpo la hizo estremecerse de nuevo.

Sus labios encontraron los de ella con una intensidad contenida y peligrosa. No fue un beso apresurado, fue lento, profundo, cargado de todo lo que no se habían permitido decir. El agua caía sobre ellos, deslizándose entre sus cuerpos, envolviéndolos en una burbuja íntima, aislándolos del resto del mundo.

Isabel cerró los ojos, aferrándose a sus hombros, consciente de que estaba cruzando una línea que había jurado no sobrepasar de nuevo, aunque siempre volvía a caer en el pecado.

Alekséi apoyó la frente contra la de ella durante un instante, respirando hondo, como si también luchara contra algo que se le escapaba de las manos. La besó de nuevo, pero esta vez no fue lento ni indulgente, fue firme y decidido, como si quisiera recordarle quién llevaba el control, incluso en ese espacio cerrado por vapor y

agua. Sus labios descendieron por su cuello con una precisión casi calculada, deteniéndose lo justo para arrancarle un temblor antes de seguir bajando. El agua caliente resbalaba entre ambos, mezclándose con la tensión que crecía sin permiso.

Isabel sintió cómo su mano descendía por su estómago y su barriga hasta llegar a aquella zona tan sensible de su cuerpo. Gimió y echó el cuello hacia atrás al saber el camino que la mano de Alekséi seguía y el placer que estaba a punto de experimentar. Él introdujo su dedo mientras un grito de placer y sorpresa rebotaba contra las paredes del aseo.

No era brusco, pero tampoco dejaba lugar a dudas. Cada gesto parecía decirle que allí no había escapatoria. Ella apoyó la palma de la mano contra la mampara, más para anclarse que para apartarlo, respirando con dificultad mientras él marcaba el ritmo, dominando el espacio y el momento.

Alekséi se detuvo un instante, lo justo para mirarla. Sus ojos claros la recorrieron con una intensidad peligrosa, como si evaluara hasta dónde estaba dispuesto a llegar… y hasta dónde la dejaría llegar a ella. El vapor los envolvía convirtiendo la ducha en un territorio propio, cerrado y casi prohibido.

Con su otra mano tomó la de ella delicadamente y la llevó hasta su miembro. Ella lo rodeó rápidamente con la mano, con fuerza, y comenzó a moverla al ritmo de la de él.

—Así… —murmuró Alekséi contra su piel—. Exactamente así.

Isabel sintió cómo esa voz le recorría el cuerpo con más fuerza que cualquier contacto. Había algo en su manera de sostenerla, de marcar cada movimiento, que no era solo deseo. Era posesión contenida y un control absoluto y, paradójicamente, una protección feroz que la hacía sentirse tan vulnerable como a salvo.

Alekséi acercó su frente a la de ella, respirando hondo y al unísono, dándose placer el uno al otro. Sus dedos seguían firmes, dándole placer sin tregua, lo mismo que ella a él. De repente, Alekséi la giró sin brusquedad, pero sin darle opción a anticiparse.

Isabel chocó suavemente contra la mampara y sintió el frío del vidrio contra su pecho y su vientre, un contraste que le arrancó un jadeo involuntario. El agua caliente seguía cayendo sobre ellos,

envolviéndolos en vapor, pero fue su presencia a la espalda lo que provocó de verdad que se quedase sin respiración.

Él se acercó despacio, demasiado despacio, como si quisiera que sintiera cada centímetro de distancia desaparecer. Rodeó su cintura con un brazo, firme, posesivo, atrayéndola contra su cuerpo, hasta que no quedó duda de quién marcaba el ritmo. Con la otra mano se apoyó en el cristal, cerrándole el paso.

—No te muevas —dijo cerca de su oído, con una voz que no admitía réplica.

Isabel apoyó las manos en la mampara, sentía que el equilibrio empezaba a fallarle por el temblor de su cuerpo. Alekséi bajó los labios por su cuello, besándola con una calma calculada, como si cada segundo fuera una prueba de autocontrol. Su respiración se mezclaba con la de ella.

—Así me gusta —murmuró—, confiando… pero sin olvidar con quién estás.

El comentario le recorrió la espalda como una advertencia disfrazada de caricia. Él ajustó el brazo en su cintura, no más fuerte, pero sí más presente, marcando territorio de forma absoluta. No era solo deseo; era dominio consciente.

Alekséi deslizó la mano hasta el cabello de Isabel y lo sujetó con firmeza, enredándolo en su mano, tirando suavemente, pero con la suficiente fuerza como para obligarla a inclinar el cuello hacia atrás. El gesto no fue delicado, pero sí preciso. No buscaba hacerle daño, buscaba que sintiera quién marcaba el ritmo. Sus labios encontraron su piel expuesta y recorrieron su cuello con una mezcla peligrosa de posesión y contención, arrancándole un gemido que ella no intentó reprimir.

El agua seguía cayendo sobre ellos, resbalando por sus cuerpos tensos, amplificando cada roce, cada respiración. Alekséi la mantuvo sujeta, sosteniéndola en esa postura vulnerable solo el tiempo suficiente para que la sensación se grabara en su memoria. Luego acercó su cuerpo al de ella, sin prisa, con una intención que no dejaba lugar a dudas. Isabel se estremeció al sentirlo tan cerca, tan presente, hasta que el cristal frío de la mampara volvió a reclamarla contra él.

—Aquí —murmuró Alekséi con voz grave y controlada— mando yo. —Su tono no era una amenaza abierta, sino una realidad. Sus labios regresaron a su cuello mientras la sostenía con fuerza, marcando el espacio, el momento, el mundo en el que se encontraban—. Fuera de aquí puedes ser la fiscal —añadió cerca de su oído—, pero aquí… estás a mi merced.

Isabel cerró los ojos, dejando que el placer y la tensión la envolvieran al sentir que comenzaba a entrar dentro de ella con suavidad, algo que contrastaba con la firmeza con que sujetaba su cabello, inclinando su cuello hacia atrás.

Había algo en esa dominancia, en esa forma de protegerla y poseer el espacio a la vez, que la desarmaba por completo. No se resistió. No quiso. Parte de ella sabía que estaba cediendo el control… y otra parte disfrutaba intensamente de hacerlo, sabiendo que, precisamente por eso, él no permitiría que nada ni nadie la tocara.

Finalmente, Alekséi, con un golpe más brusco, entró del todo en ella. Isabel gritó y situó sus dos palmas en la mampara.

El agua salpicaba los azulejos, amortiguando los sonidos, aislándolos del resto del mundo. Entre el vapor y el calor solo existían sus cuerpos tensos, las respiraciones entrecortadas y esa conexión peligrosa que se estaba estableciendo entre ambos.

Alekséi apoyó también su otra mano en la mampara y comenzó a moverse con intensidad, sosteniéndola aún con un brazo por la cadera.

Isabel se abandonó a la sensación con una mezcla de vértigo y lucidez. Mientras el agua seguía cayendo sobre ellos, constante, envolvente, fue consciente con una claridad que la desarmó de que Alekséi era el único que podía protegerla de verdad. No solo de la tríada, ni de los hombres que la acechaban en las sombras, sino también de sí misma, de ese impulso temerario que la había llevado hasta allí.

Pero no se rendía solo por eso, se rendía porque él la tenía completamente embelesada.

La forma en que la sostenía, cómo marcaba cada movimiento desde su espalda, cómo no dejaba espacio para la duda ni para el

miedo…

Isabel dejó escapar un grito ahogado, incapaz de contenerlo, mientras él seguía moviéndose con una determinación implacable, guiándola, llevándola justo hasta ese punto donde todo se desbordaba.

Alekséi gruñó cerca de su oído, un gruñido bajo, primario, y la sujetó con fuerza por la cadera, anclándola a él. En ese momento, el mundo pareció detenerse.

No la soltó, pero apoyó la frente contra su espalda y habló despacio, con una voz grave que no admitía discusión.

—Te prometo que nadie te pondrá un dedo encima… nunca.

No sonó como una amenaza, sino como un juramento. Con sus palabras, lo que quería expresar estaba muy claro: mientras estuviese a su lado, él la protegería, incluso con su vida si fuese necesario.

Isabel cerró los ojos, con el corazón desbocado, consciente de que algo estaba cambiando entre ellos. Aquello ya no era solo deseo ni una descarga de placer compartido. Había algo más profundo, más peligroso… una conexión que empezaba a formarse entre una fiscal intachable y un peligroso capo de la mafia rusa.

Lo más inquietante de todo era que, por primera vez en mucho tiempo, no quería huir de ello. Ya no.

Miró su móvil con ansiedad, según Irene, le había enviado algunos de los documentos que había solicitado de la señora Mei Chen y parecía haberlos recibido ya. Fue hacia su habitación y encendió el portátil directamente.

Mientras se encendía, miró su móvil.

Isabel: Muchas gracias.

Puso la clave de acceso en su portátil y abrió su correo electrónico. No tardó en entrar el correo electrónico de Irene.

Isabel abrió el correo electrónico con cuidado, como si temiera que cualquier clic precipitara un error irreversible, ya que contenía la documentación que había solicitado por oficio a diferentes administraciones. Recorrió con los ojos cada archivo adjunto antes

de abrirlo, consciente de que en ellos podía residir la clave para atar cabos que llevaban semanas entorpeciendo su investigación.

El primer documento eran los antecedentes penales de Mei Chen. Sin antecedentes penales, no había ninguna anotación y no tenía ninguna causa pendiente. Isabel frunció ligeramente el ceño, pero continuó.

Lo siguiente eran los movimientos bancarios: cuentas corrientes que reflejaban transferencias y saldos que resultaban desproporcionados, cifras que cualquier auditor o inspector fiscal calificaría inmediatamente de sospechosas. Entre todas ellas, una en particular llamó su atención: la cuenta con el saldo más elevado tenía su oficina principal registrada en China. A bote pronto, más de dieciocho mil trescientos millones de yenes. Cogió el móvil y entró en Google para convertir aquella cantidad en euros.

—Joder —susurró al ver que eran más de cien mil millones de euros—. La madre que la parió.

Y eso que realmente no había sumado todas las cantidades, de haberlo hecho, la cantidad subiría muchísimo más.

Aquello no podía ser fruto de la casualidad.

Desde la fiscalía, sabía que los movimientos internacionales eran un recurso habitual para dificultar la trazabilidad de fondos ilícitos, y lo que veía allí era un claro ejemplo de lo que en términos legales se denominaba "instrumento de blanqueo de capitales". La cuenta de China no mostraba actividad por sí misma, pero existían vínculos claros con la actividad económica que desarrollaba su titular en España o, al menos, con la actividad oculta, ya que tres simples restaurantes chinos, a nombre de su marido, no podían dar para tanto. Aquella mujer no era más que la tapadera perfecta de su marido, Zhiang Xu, jefe de la tríada, utilizando la estructura legal y financiera para dar apariencia de legalidad a lo que de otro modo sería un flujo de capitales sospechoso.

A pesar de que le faltaban otros oficios, como los del Registro de la Propiedad, los certificados societarios y posibles participaciones en sociedades pantalla, la evidencia era ya contundente. El patrón era claro: recursos financieros desproporcionados vinculados a un

cónyuge que se presumía era el jefe de la mafia china, especializada en tráfico de mujeres para actividades sexuales ilícitas.

Todo apuntaba a que la mujer estaba estratégicamente posicionada para actuar como escudo legal y financiero de su marido, asegurando que las investigaciones ordinarias se topasen con muros legales y estructuras aparentemente intachables. "La persona de paja", se le solía llamar.

Isabel respiró hondo y volvió a leer los nombres y números, anotando mentalmente cada detalle. Sabía que lo siguiente sería crucial: los Registros de la Propiedad podrían confirmar bienes a nombre de ella, contratos societarios y participaciones ocultas que reforzarían la teoría de la sociedad conyugal como instrumento de ocultación, y cualquier dato adicional podría servir para presentar medidas cautelares y embargos preventivos. Sin embargo, incluso con la información parcial, estaba claro que la fiscalía no estaba tratando con una simple ciudadana: tenía delante a la esposa del jefe de la tríada, pieza clave en una red de trata de blancas y de blanqueo de capitales que atravesaba fronteras y jurisdicciones.

Con un ligero temblor de anticipación, Isabel cerró los ojos por un instante y dejó que la magnitud del caso le calara. Cada dato, cada número, cada vínculo legal, conformaban un rompecabezas que podía poner en jaque a uno de los grupos criminales más peligrosos que había investigado en toda su vida profesional. Y lo más inquietante: la evidencia ya estaba allí, a su alcance, esperando a que ella la transformara en acción legal concreta.

—Te estoy pillando, hija de puta —susurró con una sonrisa.

Isabel se recostó unos segundos en la silla, con un suspiro de satisfacción.

Recordó con claridad cuando había visitado uno de los restaurantes pertenecientes a Zhiang Xu y la habían perseguido con armas, claramente con la intención de acabar con su vida. Aquel hecho la había llevado a depender de una protección que nunca habría imaginado aceptar. La tríada no había dejado lugar a dudas: estaban dispuestos a eliminar cualquier obstáculo, y ella había sido ese obstáculo.

Sin embargo, cada riesgo, cada amenaza, no habían hecho más que fortalecer su resolución. Allí estaba, bajo la protección de Alekséi y de su círculo. La mafia rusa le ofrecía un escudo, pero no le daba libertad para ceder. Cada gesto de vigilancia, cada detalle de seguridad, le recordaba que estaba en territorio ajeno, pero también que estaba un paso más cerca de cumplir con su deber.

Estaba construyendo un expediente sólido, uno que la acercaba cada vez más a poder llevar a los responsables ante la justicia.

—Necesito imprimir esto… —susurró levantándose de la silla. Podría estudiar mejor los números si los tenía imprimidos.

Tomó el portátil y bajó a la planta baja donde se encontraba Alekséi junto a los suyos. Debían de estar hablando de algo importante, porque ni siquiera prestaron atención cuando ella llegó al final de la escalera.

—¿Hola? —preguntó con tono bajo, pues parecían tener una conversación acalorada. Además, habían distribuido por la mesa varios planos y Sergei y Yuri los iban señalando—. Holaaa —pronunció más lentamente. Esta vez sí llamó la atención de los hombres que se giraron hacia ella. Alekséi permanecía sentado, observando el plano, aunque elevó su cabeza hacia ella. Directamente, Isabel alzó el portátil, mostrándoselo, antes de que ninguno de ellos pudiese decir nada—. He conseguido las cuentas corrientes de Mei Chen. —Todos la miraron fijamente, sorprendidos. Alekséi se puso en pie con interés mientras ella se acercaba—. Finalmente solicité algunos oficios. —Plantó el ordenador en la mesa —. Está claro que blanquea el dinero de su marido. Tiene más de cien mil millones de euros, y eso no se consigue con tres restaurantes chinos. El muy cabrón… —pronunció directamente—, pone el dinero a nombre de su esposa, en sus cuentas corrientes, sobre todo en las que tienen sede en China.

Alekséi la miró y asintió.

—Verás —dijo situando una mano en su espalda—, no está muy claro que Zhiang Xu sea el Dragón Rojo.

Ella lo miró mosqueada y dio unos pasos atrás.

—¿Cómo que no? —preguntó.

Alekséi suspiró y chasqueó la lengua.

—Creemos que Mei Chen es, en realidad, el verdadero Dragón Rojo. Su marido se limita a dar la cara, pero es ella quien dirige la operativa y toma las decisiones clave. Hemos localizado a Jordi Casamada, alias Patufet, propietario de los locales que presuntamente alquila al señor Xu…

—Lo recuerdo —intervino ella.

—Pues ambos inmuebles figuran arrendados a nombre de Mei Chen. Si a ello sumamos lo que acabas de descubrir respecto a que el capital más significativo se encuentra en cuentas corrientes bajo su titularidad, el patrón resulta evidente.

Ella asintió.

—Todo apunta a que Mei Chen no solo tiene un papel activo en las operaciones ilícitas —pronunció Isabel pensativa—, sino que actúa como eje central de la estructura financiera. De hecho, cada vez resulta más plausible la hipótesis inversa: que sea el señor Xu quien colabora en los negocios ilícitos de su esposa, y no al contrario. —Miró uno de los planos que tenían tendidos sobre la mesa—. ¿Son los dos locales que tiene arrendados? —preguntó observando las dos equis marcadas en el mapa. Alekséi asintió—. ¿Qué pensáis hacer?

Alekséi observó el mapa unos segundos más, en silencio. Luego levantó la mirada despacio hacia Isabel. Su expresión no mostraba ira, era algo peor.

—Han cometido un error imperdonable —dijo finalmente, con una calma que helaba la sangre—. Se metieron en mi camino sin saber con quién estaban jugando. —Apoyó la mano sobre la mesa, justo entre las dos equis marcadas—. Vamos a destruirlos pieza a pieza. Sin ruido innecesario, sin mártires. Cuando todo termine, no quedará rastro de su red… y recordarán exactamente quién soy yo. —Clavó los ojos en Isabel—. Y algo más importante —añadió con una media sonrisa peligrosa—, aprenderán a quién pertenece este territorio.

Ella inspiró hondo intentando calmar los latidos de su corazón, sabía que ella no tenía que temerle, pero sí sus oponentes. Alekséi no era un hombre normal, era peligroso, muy peligroso.

—¿Cómo lo vas a hacer? —preguntó ella.

Alekséi no respondió de inmediato. La miró fijamente, como si estuviera midiendo cuánto debía o no decirle. Finalmente habló, despacio, con una calma inquietante.

—Eso es precisamente lo que no necesitas saber —dijo—. Eres fiscal y, por tu propio bien… y por el mío… hay preguntas que es mejor no formular. —Se inclinó un poco hacia ella, lo justo para que entendiera que no era una evasiva, sino una advertencia—. Esto no será un procedimiento de los tuyos, Isabel. No habrá informes ni testigos. Simplemente… sucederá —acabó diciendo y luego observó a sus hombres que esperaban una orden por su parte—. *Davay sdelayem eto*[11] —ordenó.

Isabel apretó los labios sin atreverse a decir nada, tenía confianza con Alekséi y sabía que él la protegería frente a todo, que entre ellos dos existía algo mucho más profundo que aquel acuerdo que habían firmado sin tinta, solo con los hechos y, por eso mismo, había aprendido dónde estaban los límites y en qué momento intervenir en una conversación.

—Recuerda quién soy —pronunció ella con un hilo de voz, consciente de que acababa de presenciar cómo se orquestaba la planificación de un delito.

Él la miró.

—Recuerda también quién soy yo.

—No puedes pretender que permanezca impasible frente a lo que va a ocurrir.

Él se puso firme y dio un paso hacia ella, aunque Isabel no retrocedió.

Alekséi no respondió de inmediato. Se detuvo frente a ella, demasiado cerca, y la miró con una calma glacial que resultaba más inquietante que cualquier alzamiento de voz.

—Lo que va a ocurrir —dijo al fin—, no necesita tu aprobación ni tu resistencia. Necesita que recuerdes algo muy simple. —Bajó un poco la cabeza, obligándola a sostenerle la mirada—. Tú representas la ley —continuó despacio—, yo represento lo que sucede cuando la ley llega tarde… o no llega. —Isabel apretó la mandíbula—. No te pido que seas impasible, te pido que seas inteligente. —Dio medio

paso más, invadiendo su espacio sin tocarla—. Porque esto va a pasar con o sin tu mirada encima y, cuanto menos sepas, más intacta permanecerá tu conciencia y más segura estarás tú. —Dio unos pasos al lado mirando firmemente hacia delante, como si observase el futuro. Isabel lo miró de reojo, sin atreverse a decir nada—. Cuando todo termine —concluyó con una frialdad afilada—, tú podrás decir que hiciste tu trabajo y yo me encargaré de que nadie tenga fuerzas para cuestionarlo.

Dicho esto, avanzó hacia las escaleras que conducían al parquin, dejando a Isabel totalmente conmocionada en medio del salón. Sí, sabía con quién estaba tratando, pero su frialdad seguía sorprendiéndola. Sintió cómo su corazón intentaba recuperar la calma perdida en aquellos últimos minutos, cómo su respiración se iba acompasando poco a poco. Alekséi sabía exactamente cómo alterar su pulso, cómo tensar el aire a su alrededor con solo una mirada o una frase.

No, ella no le tenía miedo, pero su actitud la intimidaba lo suficiente como para hacerla ser plenamente consciente de una verdad incómoda: los hombres contra los que luchaba tenían motivos de sobra para temerle. Alekséi no necesitaba demostrar su poder, lo ejercía con una naturalidad inquietante, como quien conoce de antemano el resultado de cada movimiento. Y mientras Isabel permanecía allí, tratando de recomponerse, comprendió que aquella frialdad no era solo una amenaza para sus enemigos… era también la razón por la que, pese a todo, ella se sentía a salvo bajo su alargada sombra.



20

Se habían dividido en dos equipos.

Alekséi avanzaba al frente del primero junto a Sergei y Yuri, Nikolau lideraba el segundo con Dmitri a su espalda. Dos trayectorias distintas y un mismo propósito. El grupo de Alekséi se dirigía al local de Las Ramblas; el de Nikolau, al de Sant Gervasi. No había margen para errores ni para improvisaciones. Las órdenes eran tan claras como inapelables.

Aquello no era una escaramuza ni un ajuste menor: era una declaración de principios. Nadie interfería en sus asuntos, nadie invadía su territorio y la tríada estaba a punto de aprenderlo de la única forma que entendía. Ya no cabía ninguna duda: Zhiang Xu y Mei Chen no solo movían hilos en las sombras, sino que dirigían una red de trata de blancas que a Alekséi le resultaba profundamente repugnante. Ese tipo de negocio no merecía contemplaciones, mucho menos cuando, además, habían cometido el error imperdonable de intentar extender sus tentáculos hacia el puerto marítimo de Barcelona, su territorio.

Eso no lo iba a permitir ni ahora ni nunca.

El mensaje sería inequívoco y quedaría grabado a fuego: nadie se enfrentaba a la mafia rusa sin pagar un alto precio. Y quien osara hacerlo, descubriría demasiado tarde que había firmado su propia condena.

La noche había caído con ese peso espeso que solo tienen ciertas zonas de Barcelona, cuando las Ramblas se vacían de turistas y quedan reducidas a sombras, farolas cansadas y miradas que prefieren no cruzarse. Alekséi caminaba unos pasos por delante, flanqueado por Sergei y Yuri, avanzando con la calma de quien

conoce el terreno, incluso cuando pisa suelo ajeno. El edificio que buscaban se alzaba ante ellos con la fachada envejecida, balcones estrechos y persianas a medio bajar, idéntico a tantos otros pisos antiguos de la zona, diseñado precisamente para pasar desapercibido.

Se detuvieron a unos metros, observando.

Alekséi alzó la vista, recorriendo ventanas, esquinas y entradas secundarias. Sergei fingió encender un cigarrillo mientras estudiaba los reflejos en los cristales cercanos; Yuri se giró con aparente indiferencia, comprobando si alguien reparaba en ellos. No había demasiada gente alrededor, solo algún noctámbulo y el eco lejano de una risa que se perdía calle abajo.

Aquel era el momento.

—Aquí es —dijo Sergei.

Alekséi se acercó al portero automático y pulsó el timbre con decisión. El sonido metálico resonó en el interior, pero nadie respondió. Esperaron unos minutos en silencio, pero nadie abría la puerta.

Alekséi volvió a pulsar, esta vez con más insistencia. Nada, ni unas palabras ni pasos detrás de la puerta. Fue entonces cuando Sergei dio un paso al frente, sacó una pequeña herramienta y, con movimientos precisos y rápidos, manipuló la cerradura hasta que el mecanismo cedió con un clic seco.

Entraron rápidamente, sin pensarlo.

Lo primero fue la oscuridad, una penumbra densa, cargada de olor a alcohol, sudor y algo más rancio.

Alekséi avanzó un paso y giró la cabeza a izquierda y derecha, evaluando el espacio. Frente a ellos, como una masa recortada contra la luz tenue del pasillo, había un hombre enorme, desproporcionado, con los hombros tan anchos como la puerta que custodiaba. Su sola presencia transmitía la función que cumplía: vigilar, intimidar e impedir que nadie entrara o saliera de allí sin permiso.

El interior del local se abría como un laberinto de estancias separadas por paredes improvisadas y cortinas pesadas. Luces bajas, rojas y amarillentas, apenas suficientes para distinguir

siluetas. De algunas habitaciones llegaban sonidos confusos, voces alteradas, risas forzadas y, de fondo, gritos que no tenían nada de voluntarios. No hacía falta ver más para confirmar lo que ya sabían: aquel lugar no era un negocio cualquiera, sino un prostíbulo clandestino donde mujeres asiáticas, traídas con engaños, eran retenidas y explotadas contra su voluntad.

Alekséi no dudó. No hizo preguntas. Sacó el arma y disparó sin previo aviso hacia aquel enorme hombre.

El estampido resonó en todo el local como un trueno. El enorme hombre fue lanzado hacia atrás por el impacto, chocando violentamente contra la pared. Un grito de dolor llenó la estancia cuando el disparo le atravesó su pierna, arrancándole el equilibrio y cualquier atisbo de control. Cayó al suelo llevándose las manos a la herida, con la respiración entrecortada.

Yuri se movió de inmediato. Se acercó al caído, le arrebató el arma con un gesto y, sin perder tiempo, le propinó un golpe en la cabeza que lo dejó aturdido y en silencio. Al mismo tiempo, los gritos de las muchachas se multiplicaron, atravesando las paredes, mezclándose en un coro de miedo que inundó todo el local.

Alekséi alzó la voz, firme, autoritaria.

—Revisad todo —ordenó—. Cada habitación. Si hay otro vigilante… no dejéis cabos sueltos.

Sergei y Yuri se separaron sin replicar, perdiéndose entre los pasillos oscuros. Alekséi se quedó un instante inmóvil, en aquella oscuridad, escuchando los gritos, midiendo el caos que acababan de desatar. Aquello no era solo una incursión: era un mensaje, y quienes manejaban aquel lugar iban a entenderlo, tarde o temprano.

Alekséi avanzó por el pasillo estrecho con pasos lentos. El aire estaba viciado, cargado de un olor rancio que se adhería a la garganta y hacía evidente la falta de ventilación. Cada pocos metros, un grito ahogado se filtraba a través de las paredes, amortiguado por puertas cerradas y tabiques mal aislados. Antes de detenerse, comprobó de reojo que la puerta principal del local seguía cerrada. Nadie entraría y nadie saldría. Solo entonces llevó la mano a la cintura, rodeó la empuñadura del arma y se situó frente a la puerta de la que provenían los alaridos más desesperados.

La abrió con un golpe seco.

La habitación era pequeña, casi claustrofóbica. Un fluorescente parpadeaba en el techo, lanzando una luz blanquecina e irregular que hacía que todo pareciera aún más sórdido. Había una cama estrecha, demasiado corta, y una mesa auxiliar con toallitas de papel arrugadas y un frasco de aceite infantil, dispuesto con una normalidad obscena. Todo en aquel espacio estaba pensado para anular la dignidad de la joven que gritaba y para convertir el abuso en rutina.

Sobre la cama, una joven asiática, apenas salida de la adolescencia, estaba inmovilizada. Sus muñecas y tobillos permanecían sujetos con esposas que se hundían en la piel, enrojecida y herida. El pánico se reflejaba en su rostro cuando vio a Alekséi irrumpir en la estancia, sus gritos se quebraron en un sollozo incrédulo, como si no supiera si lo que estaba viendo era real o una última alucinación.

Un hombre corpulento, con el torso aún cubierto por la camisa y los pantalones bajados se encontraba sobre la joven, moviéndose con una fuerza animal. No parecía ser consciente del disparo efectuado en el pasillo, pero sí lo fue de la presencia recién aparecida en aquella diminuta habitación. Se giró sobresaltado y no tuvo tiempo de reaccionar.

—Joder —gritó el hombre dándose cuenta de la intrusión en aquel momento—, ¿qué cojones haces ahí parado?

Alekséi dejó escapar un rugido contenido, puro y visceral, y lo agarró del pelo con una fuerza brutal. Lo arrancó de encima de la muchacha y lo lanzó contra la pared opuesta. El impacto resonó en el tabique que separaba aquella habitación de la siguiente. La cabeza del hombre golpeó con tanta fuerza y violencia que le abrió una brecha en la frente de la que brotó abundante sangre antes de desplomarse inconsciente en el suelo.

Durante unos segundos solo se oyó la respiración agitada de Alekséi y los sollozos de la joven.

—Hijo de puta… —susurró Alekséi hacia el cuerpo inconsciente.

La muchacha no dejaba de gritar, así que reaccionó rápidamente y guardó el arma. Se acercó despacio y, al ver que no podía

liberarla, tomó una manta de la cama y la cubrió con cuidado, procurando devolverle un mínimo de intimidad.

En ese momento, la joven pareció comprender que aquel enorme hombre no venía a violarla, sino a liberarla. Sus gritos se fueron amortiguando hasta que lo miró con ojos llorosos y tragó saliva.

Aquella mirada hizo que la rabia lo atravesase con una claridad dolorosa. Aquello no era solo un negocio ilícito, era una maquinaria de humillación y crueldad sistemática. Sintió asco, un rechazo profundo que le tensó la mandíbula y le endureció la mirada. No había justificación posible, no había matices ni excusas. Lo que había visto confirmaba todo lo que sospechaba… y reforzaba la idea de que aquel lugar, y quienes lo dirigían, no merecían seguir existiendo.

Los gritos no cesaban.

Alekséi los siguió por el pasillo como un rastro imposible de ignorar, un eco constante que se le clavaba en la nuca. Empujó la siguiente puerta sin dudar y la escena se repitió con una crudeza que le revolvió el estómago: otra habitación pequeña, otra joven maniatada, otra expresión de terror absoluto. No hubo advertencias ni palabras previas. Alekséi elevó el arma y disparó a la pierna del hombre que estaba sobre ella. El estampido resonó en el espacio cerrado. El agresor cayó al suelo entre alaridos, retorciéndose de dolor, mientras la chica gritaba aún más fuerte, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo.

Alekséi se acercó despacio, con el arma aún en la mano, y le habló con voz lenta, intentando transmitir calma.

—Tranquila, tranquila… —le susurró mientras tomaba entre sus manos otra manta para cubrirla.

—Ahhh —gritaba la muchacha sin comprender qué ocurría allí.

Ella no entendía el idioma, pero el tono, la ausencia de violencia hacia ella, el gesto de cubrirla y apartarse, comenzaron a surtir efecto, aun así, el pánico no se disipó.

Al girarse para salir de la habitación, Alekséi sintió cómo la ira se transformaba en algo más denso y frío. Pensó en aquellos hombres y en la absoluta ausencia de humanidad que demostraban. No eran impulsos ni errores: era una elección consciente, repetida,

organizada. ¿Cómo se llega a un punto en el que el dolor ajeno no revela nada? ¿Cómo se pierde el alma de ese modo?

Salió al pasillo y avanzó unos metros más antes de golpear otra puerta con la culata del arma. Esta se abrió de inmediato. El hombre que estaba dentro se incorporó bruscamente al ver la pistola apuntándole, completamente desnudo, con la expresión desencajada. Alekséi no disparó, no hizo falta, la amenaza era suficiente.

Le ordenó que se apartara y que se arrodillara. El hombre obedeció entre sollozos, reducido de pronto a una caricatura patética del poder que había creído tener minutos antes.

—¿Ahora lloras? —ironizó Alekséi con voz grave, situando el arma en su cabeza.

Tuvo que contenerse para no disparar y esparcir todos sus sesos por la habitación. Solo lo distrajeron los gritos al final del pasillo, distintos, más agudos. Al girarse, vio a Sergei arrastrando a una mujer china de más edad, con el cabello recogido en un moño canoso en la nuca y un vestido negro demasiado ajustado para su figura rígida. No forcejeaba, su mirada era dura, cargada de odio y desprecio. Sergei la lanzó al suelo sin miramientos y le apuntó con el arma, manteniéndola inmovilizada.

Alekséi evaluó la escena en un segundo. Aquella mujer no era una víctima más, era parte del engranaje.

Apretó los labios sin apartar la mirada de aquella mujer y luego miró a Sergei.

—¿Dónde está Yuri?

—Aquí —indicó este apareciendo al final del pasillo oscuro—. No hay más seguridad.

Alekséi asintió.

—Sacad a toda esta calaña de las habitaciones. Los quiero a todos en el pasillo. Luego liberad a las chicas —ordenó volviendo su mirada hacia la mujer mayor que intentaba sentarse en el suelo, aunque por sus movimientos estaba claro que debía haberse hecho daño en la cadera, ya que su rostro denotaba gestos de dolor.

Aquel lugar iba a vaciarse de horror… y todos ellos iban a entender, por fin, que nadie actúa con impunidad eterna.

Dio un paso hacia la mujer que seguía mirándolo desafiante.

—¿Hablas español? —preguntó arrodillándose ante ella, con el arma en la mano, aunque esta no respondió—. ¿Hablas español? —le gritó de nuevo. Esta vez la mujer se estremeció ante su grito y asintió con la cabeza—. ¿Eres la *madame* de este lugar? —La mujer no parecía muy segura de responder—. ¿Voy a tener que repetir dos veces cada pregunta? —La amenazó con el arma. Ella tragó saliva y asintió lentamente.

Alekséi giró su cuello cuando Sergei y Yuri comenzaron a sacar a todos los hombres de las salas individuales al pasillo, la mayoría desnudos, tapándose con alguna prenda sus partes pudendas, y otros medio vestidos, aunque todos con las manos en alto, pues sus dos compañeros no dejaban de apuntarlos.

—¡Al suelo! —les gritó Yuri provocando que se arrodillasen con las manos en la nuca.

Entre todos los hombres había un murmullo cargado de terror—. ¡Silencio! Al próximo que hable o murmure le vuelo los sesos —amenazó.

El silencio se hizo presente en toda la estancia.

Alekséi se giró de nuevo hacia la mujer.

—¿Dónde están las llaves de las esposas para liberar a las muchachas?

La mujer tragó saliva.

—En cada habitación. En el cajón de la mesita —explicó con voz más firme de la que debería tener.

Alekséi indicó con un movimiento de cabeza a Yuri que fuese a cada habitación para liberar a las jóvenes. Se giró hacia la *madame* de nuevo, la cual permanecía con el mentón alzado en señal de prepotencia.

—¿Cuántas chicas tenéis aquí? —preguntó.

La mujer no contestó hasta que Alekséi movió su mano mostrándole el arma.

—Veintidós.

Alekséi se giró hacia la habitación donde Yuri se encontraba liberando a la primera de las muchachas.

—Cuenta que haya veintidós. —Miró de nuevo a la *madame*—. ¿Tienes sótano?

—No.

—Luego mira si hay alguna trampilla o sótano escondido —comentó alzando más la voz para que Yuri le escuchase—. No me estás mintiendo, ¿verdad? —La mujer negó con la cabeza—. Piénsalo bien, lo que digas ahora decide cuánto tiempo más seguirás respirando.

La mujer carraspeó y miró hacia todos los hombres arrodillados en medio del pasillo.

—Hay un sótano donde hay cinco chicas más —explicó esta vez con voz más trémula.

—Bien —pronunció arrastrando las letras—. ¿Algo más que quieras añadir? —La mujer negó con la cabeza—. ¿Seguro? —Esta vez asintió—. Como descubra que me has mentido o me has ocultado información no iré solo a por ti, sino a por todo lo que te importa.

—Te aseguro que no te oculto nada —pronunció con voz temblorosa.

—De acuerdo —dijo poniéndose en pie.

Las chicas comenzaban a ser liberadas y se vestían con la poca ropa que tenían en las habitaciones, aunque no se atrevían a salir de ellas.

Observó a los hombres en silencio, uno a uno, alineados en el pasillo como animales acorralados. Ya no había arrogancia en sus miradas, ni deseo, ni esa falsa sensación de impunidad con la que minutos antes se habían creído intocables. Ahora solo quedaba el miedo. Un miedo denso, viscoso, que se adhería a la piel cuando comprendían que habían dejado de ser depredadores para convertirse en presas. Alekséi no necesitaba alzar la voz ni moverse, su sola presencia era suficiente para que agacharan la cabeza.

Pensó entonces en la facilidad con la que el ser humano cruza ciertas líneas: en lo poco que cuesta despojarse de la moral cuando nadie mira, cuando el poder o el dinero permite comprar el silencio. Aquellos hombres no eran monstruos nacidos del caos; eran personas corrientes que habían elegido mirar a otro lado,

convencerse de que aquello no era tan grave, de que las chicas no importaban. Y eso, para Alekséi, era lo verdaderamente intolerable, no la brutalidad en sí, sino la ausencia total de conciencia.

Su mente calculaba opciones con la misma frialdad con la que otros cuentan monedas. Matarlos era sencillo, rápido y definitivo. Un gesto limpio que cerraba el capítulo y borraba el problema. Nadie los echaría de menos. Nadie preguntaría demasiado. Pero había castigos peores que la muerte, Alekséi lo sabía bien. Castigos que se alargaban en el tiempo, que convertían cada día en un recordatorio constante de lo que habían hecho y de lo que habían perdido por ello.

Los miró de nuevo, deteniéndose en los rostros sudorosos, en las manos temblorosas, en esa súplica muda que ninguno se atrevía a pronunciar. No sentía compasión, tampoco rabia descontrolada, solo sentía asco.

Alekséi respiró hondo. Decidiría con calma, siempre lo hacía, porque el castigo, para ser justo y efectivo, debía ser proporcional y ejemplar.

—Desnudaos todos —sentenció elevando la voz. Todos los hombres lo miraron asombrados, como si no comprendiesen aquellas palabras—. ¡Que os desnudéis! —gritó apuntándolos con el arma. Todos se removieron nerviosos y comenzaron a ponerse en pie—. Allá a donde vais a ir no necesitáis ese tipo de ropa… —continuó acercándose al matón que habían reducido al principio. Se quedó observándolos, algunos se desvestían lentamente, otros se encontraban paralizados, sin osar moverse. Los miró a todos y se agachó al lado del matón, situando el arma en su sien. Directamente disparó. La sangre salió despedida en varias direcciones, incluso se manchó parte de su mejilla, aunque no pareció asustarse, simplemente se pasó la manga por la parte manchada de sangre, retirándola con asco—. Hacedlo rápido o correréis la misma suerte —pronunció con voz grave antes de ponerse en pie.

Alekséi dio un golpe al cuerpo sin vida de aquel hombre, desplazándolo hacia un lado, pues todo se estaba encharcando de sangre.

Miró a los hombres desvestirse esta vez con más rapidez, asustados por lo que acababan de presenciar. Para Alekséi, matar a un hombre nunca había sido un acto ligero, pero tampoco un dilema moral en abstracto, era una decisión sin más. Aquellos hombres no solo habían cometido un delito, habían permitido y fomentado que otros lo hicieran, habían convertido el dolor ajeno en mercancía.

Cuando volvió la mirada hacia el pasillo y los vio desnudos, alineados, despojados de toda falsa autoridad, pensó que aquello no era ni una décima parte de lo que merecían. La desnudez no los hacía vulnerables, los hacía ridículos. Sin dinero, sin poder, sin armas, sin mujeres a las que someter.

No sería él quien acabara con todos ellos, no hacía falta, la prisión se encargaría de ellos. Conocía bien ese mundo cerrado, con sus propias normas no escritas y su jerarquía brutal. Allí, ciertos delitos no se perdonaban. Allí, los violadores no eran hombres, eran despojos.

Cada día en prisión sería un recordatorio de lo que habían hecho, de por qué nadie los protegía, de por qué nadie intervendría cuando les llegara el turno de pagar. No necesitaba mancharse más las manos, el sistema legal haría el trabajo por él.

Miró a la *madame* con asco, la cual retrocedió de inmediato, arrastrándose por el suelo.

—Diles a Zhiang Xu y a Mei Chen que no vuelvan a inmiscuirse en mis asuntos o… —Alekséi hizo una pausa mínima, lo justo para que el silencio pesara—, no quedará nada que puedan reconocer como suyo. —La miró fijamente, con la mandíbula tensa—. Ni negocios, ni aliados, ni refugios. Empezaré por los cimientos y subiré despacio, para que tengan tiempo de entenderlo —continuó con voz grave e intimidante—. Y cuando crean que ya he terminado, será cuando de verdad empiece. —Dio un paso hacia ella, alzando ligeramente el mentón—. En mi territorio no se negocia, no se insiste… se obedece —sentenció—. Y esta es la única advertencia que van a recibir. —Su mirada se deslizó hacia el cuerpo inerte del hombre al que acababa de asesinar—. La próxima vez no habrá aviso. Solo consecuencias.

La mujer tragó saliva y asintió.

Alekséi se giró observando ya a todos los hombres desnudos, temblando de miedo.

—Cerdos cobardes —susurró con asco hacia ellos. Ninguna de las muchachas había salido de las habitaciones, suponía que por miedo—. ¿Ya están todas liberadas?

—Casi —respondió Yuri.

—Recuerda que en el sótano hay cinco más… —Yuri asintió y fue a la siguiente habitación. Su mirada volvió a aquellos hombres de nuevo y alzó el arma hacia ellos—. Sergei, busca una cuerda.

Sergei fue hacia la *madame* para preguntarle dónde podía encontrar una y desapareció por el pasillo mientras Alekséi miraba fijamente a todos los hombres cubriéndose sus partes y temblando de miedo cuando los apuntaba con el arma.

Pocos minutos después, Sergei llegó con una cuerda.

—Vais a pasar frío —pronunció Alekséi mientras su compañero se acercaba a él.

Lo miró con una sonrisa de soslayo en sus labios.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó esta vez en ruso para que nadie los entendiese.

—Los hombres atados a un árbol en la calle, que no puedan escapar. Las mujeres se quedan aquí dentro, a cubierto. —Luego señaló a la *madame* que lo observó asustada—. A esta la dejamos que se marche para que entregue el mensaje al Dragón Rojo. —Luego extrajo el móvil de su bolsillo—. Estoy seguro de que Isabel puede dar con un juez de guardia o avisar a la policía. —Miró a los hombres de nuevo mientras Yuri se acercaba asintiendo con la cabeza, dándoles a entender que ya estaban todas las mujeres de aquellas habitaciones liberadas—. ¿Las del sótano?

—Tres de las chicas dicen que las sacarán ellas mismas. Parece que una de ellas tiene a su hermana allí —respondió y miró a los hombres—. ¿Necesitáis ayuda?

Alekséi asintió y miró a la *madame*.

—Recuerda el mensaje que debes entregar —pronunció—. Largo de aquí antes de que me arrepienta.

La mujer se puso a duras penas en pie, con las piernas temblorosas, y pasó al lado del cadáver del hombre al que Alekséi

había disparado.

Llegó hasta la puerta y abrió rápidamente, saliendo a toda prisa. Yuri se encargó de cerrarla de nuevo.

—Llama a Nikolau y pregunta qué tal todo —le ordenó a Yuri, el cual asintió—. Explícale lo que vamos a hacer. Que hagan lo mismo, aunque no hace falta que dejen viva a la *madame* —puntualizó encogiéndose de hombros mientras en su agenda del teléfono buscaba el contacto de Isabel—. Luego ya sabéis lo que tenéis que hacer —recordó señalando a los hombres desnudos con la cabeza.

Salió del prostíbulo ilegal y observó de un lado a otro. Había poca gente paseando por aquella calle, una calle estrecha cercana a Las Ramblas. Deberían ser rápidos para llamar la atención lo menos posible. Uno de sus hombres se quedaría a vigilar hasta que se personase allí la policía.

Se alejó un poco por la calle, asegurándose de que nadie se adentraba a ella, y vio de reojo cómo la puerta se abría y los hombres comenzaban a desfilar mientras Yuri y Sergei los amenazaban con las armas. Los atarían fuertemente contra un árbol y Yuri los vigilaría en las sombras para que no escapasen.

Alekséi marcó el número de Isabel y llevo su teléfono al oído mientras observaba cómo sus hombres actuaban con contundencia. Allí quedarían totalmente expuestos y, seguramente, cuando llegasen a prisión, recibirían su merecido.

—Hola —reconoció la voz de Isabel al otro lado, una voz con un tono preocupado, pues sabía lo que habían ido a hacer.

—Supongo que conocerás al juez de guardia que esté ahora —comentó.

Aquella frase la dejó durante unos segundos pensativa.

—No se me sé los listados de guardia, pero es posible que lo conozca.

—Llámalo —ordenó Alekséi.

Isabel tragó saliva al otro lado de la línea mientras paseaba de un lado a otro del comedor.

—¿Por qué?

—Te voy a pasar una ubicación. —Se giró para observar a sus compañeros atar a los hombres a los árboles. Se acercó un poco

para contarlos—. Hay once hombres desnudos atados a un árbol. Todos ellos son violadores. El local que hay enfrente es un prostíbulo ilegal donde encontraréis a veintisiete chicas asiáticas que estaban siendo abusadas. —Isabel puso su espalda recta al escuchar todo aquello—. Es posible que te envíe en breve otra localización con el otro burdel. ¿Podrás?

—Sí… —respondió ella con la voz entrecortada. Tragó saliva y se pasó la mano por el cabello rubio—. Y… ¿no… no hay… cadáveres? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí hay, solo uno —respondió directamente, sin ninguna emoción especial en la voz, como quien da el parte meteorológico en televisión.

—Mierda —susurró ella comprendiendo lo que significaba aquello.

—Que no tarde en llegar la policía —dijo enviándole la ubicación —. Ya la tienes.

Dicho esto, colgó, impidiendo a Isabel realizar ninguna pregunta más.

Alekséi se giró y observó cómo los hombres se quejaban cuando la cuerda los apretaba, juntando todos los cuerpos. Entre ambos los apretaron todo lo que pudieron, provocando que gritasen cuando la áspera cuerda raspaba y quemaba su piel.

—Yuri… espera por los alrededores a que llegue la policía, que no escape ninguno —ordenó en ruso—. Nosotros dos te esperamos con el coche en la ubicación que te enviemos, a pocas calles de aquí.

Yuri asintió y cuando se aseguró de que el nudo no cedería a la presión que hacían, se distanció de ellos dirigiéndose a una calle contigua en penumbras desde donde podía observarlos sin ser visto.

—Espero que sufráis en vuestras carnes lo mismo que habéis provocado —escupió Alekséi hacia ellos antes de dar media vuelta y alejarse de allí junto a Sergei.



21

La noche había caído sobre Castelldefels con una calma engañosa. Desde la carretera, la casa alquilada de Alekséi parecía una más: líneas modernas, grandes ventanales y una discreta valla que prohibía el paso al interior. El mar Mediterráneo, invisible a esas horas, respiraba al fondo con un rumor constante que se colaba incluso con las ventanas cerradas.

Sergei condujo el vehículo al interior del parquin. Antes de llegar, había hablado con Nikolau, uno de los hombres que había enviado al prostíbulo de Sant Gervasi, donde habían actuado de la misma forma. Habían logrado desmantelar dos de los prostíbulos más importantes de la tríada china, aunque a saber cuántos más tenían. Al menos, recibirían una importante lección.

Alekséi permaneció unos segundos inmóvil, con las manos aún apoyadas en las piernas y los nudillos tensos. Llevaba el abrigo oscuro abierto y la camisa manchada, apenas perceptible, pero lo suficiente para recordarle que aquella noche no había sido limpia.

Si hubiese dependido de él, ninguno de los hombres del prostíbulo chino habría salido caminando de allí. Había sido rápido, quirúrgico, como siempre. Los gritos aún le resonaban en la cabeza, pero no le perturbaban. La violencia era un idioma que conocía desde demasiado joven. Sin embargo, había decidido contenerse. El mensaje bastaría. La *madame* se encargaría de que llegara intacto a los jefes de la tríada: un aviso claro, frío y definitivo. El resto lo haría la justicia. La cárcel también sabría castigar a los hombres que había dejado desnudos en la calle. Podría haber acabado con todos ellos, incluso con la *madame*, pero aquel acto habría desencadenado la guerra. Aquello era solo un aviso.

Salió del coche y cerró la puerta con un golpe seco, seguido por Sergei.

Yuri acudiría en breve hacia allí junto al equipo de Nikolau, pasarían a buscarlo y todos valorarían los resultados de su plan.

Abrió la puerta del comedor y su mirada voló directamente hacia Isabel, la cual se mantenía sentada en el sofá, con la tenue luz de una lámpara del comedor. De inmediato se puso en pie, mirándolo fijamente, asustada. Fiscal de Barcelona, defensora de la ley y, aun así, allí estaba, esperando a un hombre que representaba todo lo que debía combatir.

Cuando escuchó el sonido de la puerta y los pasos en la escalera exterior, el corazón le había dado un vuelco.

Se miraron durante unos segundos sin decirse nada. Isabel lo observó con atención profesional, casi clínica: el gesto serio, los hombros tensos, la mirada fría. Él, en cambio, la analizó como siempre, buscando grietas, debilidades que nunca encontraba.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella rompiendo el silencio.

Alekséi se giró levemente sin responder a su pregunta, indicándole a Sergei que se marchase de allí.

Él suspiró y apretó la mandíbula mientras desviaba la mirada de ella. Su intención era clara: pasar de largo, subir a la planta superior, quitarse aquella ropa y borrar la noche bajo el agua caliente de la ducha.

Isabel dio un paso hacia él, interponiéndose en su camino.

—Alekséi —insistió—. ¿Qué ha ocurrido? —Él no dijo palabra alguna, solo la rodeó y fue hacia las escaleras, pero aquel gesto y la falta de respuesta la enfureció. Nunca había sido una mujer a la que le intimidase un hombre como él—. ¡Te estoy preguntando! —exigió Isabel cogiéndolo de la muñeca para detenerlo en su ascenso, aunque al fijarse en la manga de su camisa, la soltó rápidamente y dio un paso atrás, aguantando la respiración.

Sintió un nudo en el estómago, la garganta cerrándosele mientras tragaba saliva. Sus manos temblaron levemente, lo justo para que ella misma lo notara.

Allí estaba, la mancha de sangre seca, oscura, fruto de limpiarse la mejilla tras el disparo.

—¿Qué has hecho? —repitió Isabel, esta vez en un susurro cargado de tensión.

Alekséi la miró por fin, aunque su expresión no cambió.

—Lo que tenía que hacer —respondió con una voz plana que la asustó más, sin ninguna emoción.

Sin añadir nada más, se giró y comenzó a subir las escaleras.

Isabel se quedó inmóvil al pie de la escalera, observando cómo subía a la planta superior. Cada peldaño que él subía parecía aumentar la distancia entre ambos, no física, sino moral. Aun así, no podía apartar la mirada de él.

Se pasó una mano por la cara y respiró hondo. Como fiscal, había visto sangre antes, mucha, pero aquella mancha concreta le pesaba de otro modo. No era una escena del crimen lejana ni un informe frío, era él, en su vida.

Cuando escuchó el sonido del agua correr en la planta superior, Isabel se permitió por fin sentarse. Apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos, mirando al vacío.

Era consciente de la línea que estaba cruzando, de lo peligrosa que era aquella cercanía. Alekséi no era un hombre al que se pudiera domesticar ni redimir. Era un depredador que había aprendido a convivir con la civilización sin pertenecer realmente a ella.

Pero con ella… con ella era distinto.

Isabel cerró los ojos un instante, aceptando una verdad incómoda: podía juzgarlo, perseguir a otros como él, encarcelar a hombres similares, pero no podía negar que, pese a todo, confiaba en que jamás levantaría esa mano manchada de sangre contra ella. Y esa certeza, tan irracional como peligrosa, era la que la mantenía allí.

Intentó permanecer sentada, aferrarse a la lógica, a la fiscal que siempre había sido, pero la inquietud la reconcomía por dentro. No era solo curiosidad, era una necesidad casi física de saber qué había hecho Alekséi aquella noche. Tal vez, si conocía los detalles, podría ordenarlos, encajarlos en un marco comprensible, incluso justificable. Si lo entendía, podría defenderlo en su propia cabeza. Y aunque, en el fondo, sabía lo que había ocurrido, necesitaba

escucharlo de sus propios labios para que dejara de ser una sombra y se convirtiera en algo concreto, delimitado y real.

Se levantó de golpe. No iba a quedarse tranquila hasta saberlo, no esa noche y no con él bajo el mismo techo.

Subió las escaleras despacio, como si cada peldaño fuera una decisión consciente. Se detuvo frente a la puerta de la habitación de Alekséi. El vapor se escapaba por la rendija de la puerta y el ruido de la ducha era ahora más cercano y envolvente. Durante un instante dudó, luego, empujada por una mezcla de determinación y necesidad, abrió la puerta y entró.

El baño estaba empañado. Alekséi se encontraba bajo el agua, de espaldas, completamente desnudo. Isabel se quedó inmóvil, sin ser consciente de su propia respiración. Las gotas resbalaban por el cuello de Alekséi, seguían la línea firme de los hombros y recorrían la musculatura de su espalda con una lentitud hipnótica. El agua marcaba cada contorno, cada tensión acumulada en ese cuerpo hecho para intimidar e imponer miedo.

Pensó en lo que debía representar para otros hombres: una figura implacable, una amenaza silenciosa, alguien ante quien se agachaba la mirada. Pensó en el terror que debía infundir cuando se acercaba así, inevitable, sólido y sin fisuras.

Sabía que debía hablar, exigir respuestas y recordarse quién era, pero durante unos segundos se permitió observarlo, aceptar que aquello que hacía temblar a otros la desarmaba a ella de una forma completamente distinta. Esa contradicción, la del hombre peligroso que la excitaba en lugar de asustarla, era, quizá, lo más inquietante de todo.

Se situó a unos metros de la mampara y se quedó observándolo hasta que Alekséi cerró el grifo de la ducha con gesto lento. El silencio repentino hizo que el aire se cargara de algo más que vapor.

Se giró dentro de la mampara de cristal y la miró de frente, como si hubiera sabido desde el primer segundo que ella estaba allí, observándolo. No hizo ningún intento por cubrirse. El agua aún resbalaba por su piel, delineando un cuerpo que no pedía permiso ni ofrecía disculpas, un cuerpo, en definitiva, firme, imponente y peligrosamente hermoso.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos. No había sorpresa en los ojos de él, solo una atención absoluta, como si la estuviera midiendo. Isabel sintió ese escrutinio recorrerla con la misma intensidad con la que ella se recreaba en cada línea de su torso.

Alekséi tomó la toalla blanca con calma. Se la pasó por el rostro, luego por el cabello oscuro, dejando que el gesto fuera lento y provocador. Ella no apartó la mirada ni cuando él bajó la toalla por su pecho, por su abdomen, hasta colocarla en la cintura. Durante un instante, antes de cubrir su masculinidad, ella percibió claramente cómo su presencia no le era indiferente. Aquello le provocó un escalofrío involuntario.

Alekséi abrió la mampara y salió de la ducha mojando el suelo bajo sus pies. Isabel apenas lo notó. Se movió hacia él dando un paso en su dirección.

—Explícame qué ha ocurrido —dijo con una voz más firme de lo que se sentía.

Alekséi la miró sin parpadear.

—No —respondió seco y autoritario—. No necesitas saberlo.

La negativa encendió algo en ella.

—Me llamaste para avisar al juzgado y a la policía —replicó—. Tengo derecho a saberlo.

Su mirada descendió lentamente, recorriéndola de arriba abajo con una frialdad que no excluía el deseo. Sin decir nada más, se desató la toalla y la dejó caer al suelo. Quedó completamente desnudo ante ella, sin pudor.

Isabel tragó saliva, consciente de cómo su pulso se aceleraba.

Alekséi avanzó un paso, luego otro, acortando la distancia con una seguridad perturbadora.

—No creo que estés aquí para buscar información —dijo en voz baja, grave y sensual mientras ladeaba su cuello—. Creo que buscas otra cosa.

La forma en que lo dijo hizo que a Isabel le temblaran las manos. Él se detuvo justo frente a ella, invadiendo su espacio, dejando claro que sabía exactamente lo que le provocaba… y que estaba dispuesto a usarlo.

Isabel sostuvo su mirada.

Cuando él tomó su mano, Isabel reaccionó apartándola con un gesto instintivo, pero Alekséi no se dio por vencido y volvió a atraparla con firmeza, guiándola hacia él, acortando la distancia que ella fingía querer mantener, hasta que la situó sobre su miembro que comenzaba a endurecerse.

En su mente, Isabel escuchó todas las razones por las que debería detenerse: la ley, la moral, el peligro que él representaba. Debía negarse, aún estaba a tiempo, sin embargo, su cuerpo no obedecía a esa lógica. La atracción era demasiado física y la traicionaba sin pudor.

—No te engañes más —murmuró él acercándose a su oído, con una voz melosa—. Esto es lo que estás buscando.

Sus palabras no fueron una pregunta, sino una afirmación dicha mientras imponía un ritmo lento del movimiento de su mano, decidido, como si quisiera marcar el pulso de ambos. Antes de que ella encontrara fuerzas para apartarse, Alekséi rodeó su cintura con la mano libre y la atrajo hacia su cuerpo, anulando cualquier espacio entre los dos. El beso llegó de inmediato con una intensidad que rozaba la agresividad. No había delicadeza en él, solo una necesidad cruda y urgente.

Para Alekséi, aquel contacto era algo más que deseo. Venía de la violencia, de la oscuridad de una vida arrebatada horas antes. Aunque no era la primera vez que cruzaba esa línea, la carga siempre volvía, silenciosa e implacable. Y, en ese instante, supo que lo único que lo calmaba era la suavidad de Isabel, la manera en que su presencia lo anclaba a algo que no era sangre ni muerte. Aferrarse a ella, besarla así, era su forma de silenciar el ruido interior, de recordarse que aún existía algo capaz de devolverle una paz fugaz.

Alekséi volvió a tomar su mano, esta vez impidiendo vacilaciones. La sostuvo con una firmeza que no era brusca, marcando un ritmo lento y exigente, disfrutando de aquel contacto unos segundos. Isabel sintió cómo aquel gesto la desarmaba por dentro. Cuando sus dedos se cerraron con más decisión, él dejó

escapar un sonido grave, casi animal, un rugido contenido nacido del placer.

En su mente, la violencia regresó con una claridad insoportable. Las miradas rotas, los cuerpos usados, el abuso sistemático que había presenciado horas antes. Aquello le tensó la mandíbula y le encendió la sangre. La rabia que creía controlada emergió con fuerza mezclándose con el deseo hasta volverse peligrosa. Necesitaba imponer orden y poseer algo que no estuviera roto.

Sin previo aviso, apartó la mano de Isabel y la empujó hacia la cama con un gesto autoritario. Ella cayó sobre el colchón y el aire abandonó sus pulmones en un suspiro entrecortado. Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir y, lejos de querer huir, el peso de la mirada de Alekséi sobre su cuerpo la hizo estremecerse. Aquella presencia dominante, oscura, avanzando hacia ella, la encendía de una forma que no podía ni quería negarse.

Él se inclinó sobre ella, atrapándola con su cuerpo, invadiendo su espacio.

Con gestos firmes y un tanto violentos, le arrancó los pantalones y la ropa interior y luego volvió a abrir su camisa haciendo saltar los botones, despojándola de cualquier barrera que quedara entre ambos, dejando su piel expuesta a su mirada. Isabel arqueó la espalda de forma instintiva, consciente de que ya no tenía control alguno.

Alekséi separó sus piernas con autoridad y se situó entre ellas. En ese instante no había ternura en él, solo necesidad y dominio. Pero bajo esa dureza latía algo más peligroso: Isabel era lo único que conseguía silenciar la furia y lo único que convertía la violencia en algo soportable.

Alekséi se inclinó sobre ella, sosteniéndose con los brazos a ambos lados de su cuerpo, atrapándola sin tocarla aún y provocando que ella mantuviese las piernas abiertas. Su proximidad era asfixiante, calculada. Isabel podía sentir su respiración lenta y controlada.

—Mírame —ordenó en voz baja. No alzó la voz, no lo necesitó. Isabel obedeció, clavando los ojos en los suyos. Él esbozó una sonrisa peligrosa—. Sabía que subirías —continuó—. Sabía que no te

irías a dormir sin respuestas… ni sin esto —dijo acercando sus labios a los de ella, insinuante.

—Yo no venía a por esto… —susurró con la voz entrecortada—, venía a por explicaciones.

Alekséi ladeó la cabeza, observándola como si aquella protesta le resultara casi divertida. Bajó una mano lentamente por su cadera.

—Siempre te excusas con lo mismo —murmuró—. Y siempre estás aquí.

Isabel apretó los labios, consciente de la verdad implícita en sus palabras.

—Deja de decir eso, deja de tratarme como si no pudiese mantener una conversación coherente contigo…

Él se acercó aún más, hasta que apenas quedó espacio entre sus bocas.

—Por eso me deseas —respondió con frialdad—. Porque sabes que no te trato como a una más. —Sus dedos se hundieron en ella provocando que gimiese de placer y luego dejó escapar un suspiro involuntario, frustrada consigo misma—. Dime que pare —la desafió él mientras entraba y salía de su sexo, con una calma cruel—. Dímelo mirándome a los ojos y pararé.

Ella no lo hizo.

Alekséi sonrió satisfecho y apoyó la frente contra la suya mientras apartaba su mano y se situaba correctamente sus caderas entre sus piernas.

—Esta noche, Isabel… solo necesito olvidar —pronunció en su oído antes de entrar en ella con más agresividad de la que ella esperaba.

Isabel se sujetó con fuerza a su espalda mientras emitía un gemido de placer y de dolor, aunque eso no detuvo a Alekséi.

Alekséi se movía entre sus piernas con una intensidad áspera, sin buscar delicadeza, como si cada gesto fuese una forma de expulsar lo que llevaba clavado por dentro. Isabel se aferró a sus hombros, con los dedos tensos, y su voz se quebró en un grito que no era solo de placer. Él la escuchó y, por un instante, supo que aquello no era justo: ella no tenía por qué cargar con la violencia

que aún le recorría la sangre. Sin embargo, también era consciente de que, en ese momento, ella era su única vía de escape.

Alekséi no cesó en sus movimientos, más bruscos cada vez, provocando que ella tuviese que sujetarse con fuerza, empujándola hacia la almohada mientras sus manos buscaban las de ella y las alzaban por encima de su cabeza, atrapándolas con una firmeza incuestionable. Isabel dejó escapar un gemido breve, sorprendido, que se quebró en el aire como una confesión involuntaria.

Ella no se apartó ni le pidió que se detuviese en ningún momento. No hubo rechazo en su gesto, solo una entrega firme y silenciosa que lo empujó a continuar.

Apretó sus muñecas con más fuerza, anclándola al momento exacto en el que ya no existía nada más. El ritmo de sus movimientos se volvió más intenso, más exigente, arrancándole un gruñido, casi áspero, nacido del esfuerzo y de la necesidad. No había delicadeza en él entonces, solo una urgencia cruda por expulsar todo lo vivido en las últimas horas.

Isabel parecía aceptar aquella tormenta sin palabras, convirtiéndose en el único lugar donde Alekséi podía dejar caer el peso de la violencia sin romperlo todo.

Sintió cómo las piernas de Isabel lo rodeaban, cómo su cuerpo la reclamaba con una urgencia que le heló y le encendió al mismo tiempo. Su aliento ardiente en el oído, su voz llamándolo, lo mantuvieron al borde de algo demasiado intenso, rozando la agresión. Entonces, al escuchar un grito más alto, más profundo, Alekséi se detuvo de golpe.

Giró su cuello para mirarla. Isabel tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta y el rostro abandonado a la sensación. No había miedo en ella, solo una determinación silenciosa, casi consciente, como si hubiera decidido aliviarle el peso de aquella noche del único modo que sabía. Aquella visión lo atravesó con una claridad inesperada.

Reanudó el movimiento, esta vez más lento y contenido. Se dejó caer sobre su cuerpo con delicadeza, comprendiendo el sacrificio que estaba haciendo ella por aliviar su dolor y su carga emocional. Puede que no le hubiese narrado los hechos de aquella noche, pero no era tonta, era una mujer inteligente, demasiado.

Sus movimientos seguían siendo intensos, pero ya no había furia, solo una necesidad más humana, más justa para ambos. Alekséi apoyó su frente en la de ella, respirando hondo, como si por fin encontrara un lugar donde descansar.

—Tú eres la única que consigue silenciarlo todo —murmuró con dolor.

Isabel abrió los ojos despacio, enternecida por sus palabras. Tragó saliva y lo miró a los ojos mientras alzaba la mano. Acarició su mejilla con un gesto suave y protector. No dijo nada, pero en ese simple contacto Alekséi encontró algo que se parecía a la paz.

Cuando todo se sosegó, Alekséi permaneció inmóvil unos instantes, con la respiración aún irregular y la mente atravesada por imágenes que no se borraban con facilidad. La violencia de aquella noche seguía allí: los gritos, el miedo ajeno, la brutalidad que había tenido que ejercer sin dudarlo. Comprendió entonces que no era solo cansancio lo que lo oprimía, sino el peso de una vida construida a base de decisiones irreversibles. Y, por primera vez, entendió con claridad que no quería cargar con eso a solas.

Isabel estaba allí, cercana y real. Era calma. Era un silencio distinto, uno que no nacía del vacío, sino de la aceptación. Alekséi comprendió que ella era la única capaz de devolverle una paz que nunca había sabido buscar. No lo redimía, no lo salvaba; simplemente lo sostenía cuando el mundo se volvía demasiado áspero.

Por primera vez, la calma no le parecía una tregua pasajera, sino una posibilidad real. Y mientras el mundo exterior seguía siendo peligroso e implacable, supo que, con ella, había encontrado un espacio íntimo donde la violencia dejaba de mandar.



22

La noche se deslizaba espesa tras los ventanales del despacho, cargada del murmullo lejano de Las Ramblas, ese latido constante que nunca dormía del todo. Mei Chen permanecía sentada con la espalda recta, las manos entrelazadas sobre la mesa de madera oscura, el rostro sereno como el de una emperatriz antigua. A su lado, Zhiang Xu escuchaba en silencio, los ojos entornados, dejando que cada palabra se le clavara despacio, como una ofensa que aún no había decidido cómo devolver. Frente a ellos, la *madame* del local hablaba con voz baja, trémula, quebrada por el miedo y por estar relatando algo que cambiaría el curso de muchas vidas.

—Ha sido esta noche —explicó la *madame* con la voz rota y la cabeza agachada en señal de respeto—. La mafia rusa ha irrumpido en el local y ha liberado a todas las chicas.

El local lo tenían arrendado cerca de Las Ramblas, un lugar discreto donde la prostitución clandestina se ocultaba bajo luces tenues. Los rusos no habían ido a negociar. Habían ido a marcar territorio. Traían consigo un mensaje antiguo y brutal: aquel espacio les pertenecía a ellos. Las chicas, jóvenes, casi niñas algunas, venían de Asia, la mayoría chinas, engañadas con promesas de trabajo estable. Les quitaban los pasaportes, las encerraban en una jaula sin barrotes visibles y las obligaban a pagar una deuda que nunca se saldaba. El dinero fluía con facilidad obscena. Así funcionaba el negocio.

Mei Chen no se movió mientras escuchaba. Su mente calculaba, ordenaba, trazaba mapas invisibles sobre la mesa. Habían cometido un error, quizá, al atacar primero. El puerto marítimo de Barcelona era una pieza clave: la puerta perfecta para traer a aquellas

muchachas sin levantar sospechas, para mover mercancía humana como si fueran simples cajas. Sabían que la mafia rusa jamás lo permitiría. Aun así, lo habían intentado. Ahora la respuesta había llegado, violenta y humillante. Los rusos habían atacado dos de sus locales, habían asesinado a uno de sus vigilantes y, como golpe final, habían liberado a todas las chicas traídas en los últimos meses. Aquello no solo era una afrenta: era una pérdida económica colosal.

Zhiang Xu fue el primero en romper el silencio.

—Esto no ha sido un aviso —dijo repitiendo las palabras que la *madame* había pronunciado—. Ha sido una declaración de guerra.

Mei Chen alzó entonces la mirada, y en sus ojos oscuros no había rabia, sino una calma peligrosa. Los rusos se arrepentirían. Nadie destruía su negocio y salía impune. No había marcha atrás, no existía la posibilidad de negociar cuando la sangre ya había sido derramada.

—Hay que hacerlos desaparecer, uno a uno, borrar nombres, rostros y rutas. La mafia rusa no es nadie para imponer reglas en la ciudad, en el puerto, en mi imperio cuidadosamente construido.

Mei Chen, el Dragón Rojo, ya había decidido, y cuando ella decidía, el mundo aprendía demasiado tarde que algunas guerras se declaraban en silencio y se ganaban en la oscuridad.

La ira no se manifestó en Mei Chen como un estallido, sino como un incendio lento, profundo, que le recorría el pecho con una precisión quirúrgica. No tembló, no alzó la voz, no golpeó la mesa. Simplemente sintió cómo algo feroz despertaba en su interior. Habían destruido parte de su negocio después de años de lucha, de acuerdos sellados con sangre y silencio, de noches interminables construyendo un imperio que otros ahora se atrevían a tocar. Aquello no era solo una pérdida económica: era una humillación, y la humillación no se perdonaba.

Se repondrían, siempre lo hacían: el dinero volvería a fluir, los locales se abrirían de nuevo, las rutas se reconstruirían. El negocio tenía la elasticidad de una bestia herida, pero jamás vencida. Sin embargo, antes de recomponer nada, había una prioridad absoluta e incuestionable: acabar con la mafia rusa. Arrancarla de raíz. Convertir su atrevimiento en un ejemplo tan brutal que nadie

volviera a confundir los términos. El orden se mantenía a base de miedo, y el miedo necesitaba alimentarse de vez en cuando.

El nombre apareció en su mente con una claridad inquietante: Alekséi. El reciente jefe ruso en Barcelona. El que había permitido, o quizá ordenado, aquel ataque. Mei Chen saboreó el nombre como quien prueba un veneno para aprender su efecto. No lo mataría deprisa. Encontraría su punto débil, porque todos lo tenían, incluso los hombres que se creían intocables. Una mujer, un hermano, un socio, una costumbre, algo que pudiera romperse con facilidad si se presionaba en el lugar correcto.

Todo lo que rodeaba a Alekséi sería destruido con método: aliados, locales, rutas, reputación. Lo aislaría hasta dejarlo solo, desnudo de poder, antes de darle el golpe final.

Mei Chen respiró hondo, sintiendo cómo la rabia se ordenaba. La guerra ya estaba declarada, aunque nadie la anunciara en voz alta. Los rusos habían cometido el error de pensar que podían imponer sus reglas. Ahora aprenderían que, en su mundo, el Dragón Rojo no negociaba cuando le arrebataban lo que era suyo. Solo se cobraba la deuda y siempre con intereses.

—Puedes irte —dijo Mei a la *madame*, la cual se despidió con una reverencia, alejándose del lugar con pasos rápidos—. Tao Ma —llamó a su hombre más fiero, un hombre que jamás la había defraudado en todos los años que llevaba al mando de aquella red. Él era su hombre de confianza, la herramienta que Mei Chen sacaba cuando las palabras dejaban de ser útiles. No necesitaba gritar ni amenazar. Era alto, ancho de hombros, con un cuerpo construido a base de disciplina y violencia, no de estética. Sus músculos no estaban hechos para exhibirse, sino para destrozar. El rostro, anguloso y duro, parecía tallado en piedra; una cicatriz antigua le cruzaba la ceja izquierda, recuerdo de una pelea que nadie se atrevía ya a mencionar. Sus ojos, oscuros y opacos, no reflejaban emoción alguna. Miraban como mira un depredador: evaluando, calculando y decidiendo dónde morder.

No sentía placer al segar vidas, pero tampoco remordimiento. Para Tao Ma, una vida era un obstáculo o un recurso, nunca algo sagrado. Había aprendido desde joven que la compasión era un lujo

que solo se permitían los débiles. Cuando recibía una orden, la descomponía en pasos claros, exactos, y los ejecutaba con una precisión intachable. No improvisaba más de lo necesario. No se dejaba llevar por impulsos. La brutalidad, en él, era una herramienta muy afinada, no un mero descontrol.

Tao actuaba en silencio, rápido, dejando tras de sí escenarios limpios y mensajes inequívocos.

Era el ejecutor perfecto para una guerra que no se libraría con grandes gestos, sino con golpes calculados. Cuando Tao Ma entraba en escena, el mensaje era claro: el Dragón Rojo había dejado de observar y había empezado a castigar.

Tao Ma hizo acto de presencia en el salón. Su marido la miró de reojo y asintió dándole a entender que estaba conforme con la decisión de ella.

Se situó ante ellos dos esperando órdenes precisas.

—Alekséi Petrov —pronunció ella lentamente, revelando el nombre de su próxima víctima.

Su marido, Zhiang Xu, se puso en pie y dio un paso hacia él.

—Búscalo y acaba con él y con todo lo que le rodee —ordenó esta vez él, como si se tratase del brazo ejecutor de su esposa.

Tao asintió.

Mei Chen alzó la mirada hacia Tao Ma con una serenidad exquisita.

—Hazlo limpio —dijo con voz suave—. No quiero rastros, ni nombres, ni historias que otros puedan contar. Que desaparezcan como si nunca hubieran estado aquí.

Tao inclinó levemente la cabeza en un gesto reverencial.

—¿Cuántos hombres?

—Los que necesites —respondió ella sin dudar—. Los adecuados.

Tao asintió.

—¿Y la fiscal? —preguntó el marido mirando a Mei.

Mei Chen alzó la barbilla.

—Sobre todo la fiscal. —Se volvió hacia su marido—. La salvaron en el restaurante, está claro que tienen algún interés con ella.

Tao intervino.

—Ya me lo dijo mi contacto en el juzgado —les recordó.

—Y gracias por ponernos en alerta —le agradeció Mei con una breve reverencia de agradecimiento—. Si no hubiese sido por ti, seguramente esa fiscal nos hubiese metido en un lío mucho antes. —Lo miró fijamente—. Hazlo.

Tao Ma se dio la vuelta sin añadir una palabra más. Su mente ya estaba trabajando, seleccionando rostros, rutas y tiempos. Sabía que no fallaría. Nunca lo había hecho.

Cuando la puerta se cerró tras él, el despacho quedó sumido en un silencio denso.

Zhiang Xu se acercó a Mei Chen y apoyó una mano sobre el respaldo de su silla.

—Cuando esto termine —dijo despacio—, no quedará nadie de la mafia rusa en Barcelona.

Mei esbozó una sonrisa peligrosa.

—Y entonces —añadió— todo ese territorio será nuestro. El puerto, las rutas, los locales. Sin interferencias ni disputas —sentenció.

Zhiang asintió. Habían esperado mucho para ese momento. La guerra era el precio inevitable del dominio absoluto.

Ambos se acercaron a la ventana y observaron las calles iluminadas.

Barcelona seguía viva y hermosa. La gente paseaba, reía, se detenía en terrazas, ajena a las decisiones que se tomaban en las sombras. Ninguno de ellos sabía que, mientras caminaban despreocupados, se estaban escribiendo sentencias de muerte y repartiendo territorios. Mei Chen y Zhiang Xu contemplaron la ciudad con calma posesiva.

Pronto, todo aquello, cada calle y cada esquina, les pertenecería.

Tao bajó las escaleras rumbo a la calle y sacó el teléfono. Buscó su contacto y lo marcó. Tantos años trabajando en Barcelona le habían servido para tener tentáculos en todos los lugares.

Dejó que el teléfono sonase varias veces hasta que saltó el contestador.

—Soy Tao. Necesito información sobre Alekséi Petrov y la fiscal que lleva su caso. Llámame de inmediato —ordenó antes de colgar.

Sabía que lo haría, era una persona fácil de comprar. A cambio de dinero, toda persona se vendía, y esta no era menos.

Salió del portal y se dirigió al parquin subterráneo donde tenía el vehículo. Llamaría a dos de sus hombres de confianza para reunirse con ellos e hilar un plan sin fisuras.

Siempre conseguía todo lo que se proponía y esa vez no iba a ser menos.

Isabel sostenía el teléfono apoyado entre el hombro y la oreja mientras miraba distraída por la ventana de su habitación. Las luces navideñas seguían encendidas en la calle, demasiado alegres para como ella se sentía.

—Te lo juro, Isabel, la Navidad más aburrida de mi vida —decía Irene al otro lado de la línea con un suspiro exagerado—. Comidas familiares eternas, villancicos a destiempo y cero emoción. Estoy deseando que llegue mañana y que sea Nochevieja de una vez.

Isabel sonrió.

—Bueno, tampoco suena tan terrible…

—Sí que lo es cuando llevas todo el año esperando desconectar —replicó Irene—. Por eso mañana pienso darlo todo. Cena, guateque, brindis… lo que haga falta.

Mientras la escuchaba, a Isabel se le encogió ligeramente el estómago. Con todo lo que había pasado en los últimos días… todo aquello le parecía ahora lejano, casi irreal.

—Irene… —dijo con cautela— no sé si mañana voy a poder ir.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Cómo que no? —preguntó Irene sorprendida—. ¿Por qué?

Isabel se removió nerviosa por su habitación, caminando de un lado a otro.

—No me encuentro muy bien —improvisó—. Estoy un poco cansada, rara… ya sabes.

—Ni hablar —replicó Irene de inmediato—. No puedes dejarme sola mañana.

Isabel soltó una risita.

—Irene, no vas a estar sola —le recordó lentamente—. Van un montón de compañeros del juzgado, incluso va Roberto —añadió con un deje burlón—, con quien parece que tienes un… rollito.

Irene dudó un segundo antes de responder.

—Bueno… ya que lo dices —confesó—. El otro día fuimos a cenar juntos. Y…

—Y… ¿qué? —preguntó paralizada—. Oh, no… no me digas que… ¿en serio? —preguntó sin recibir respuesta.

—Mmm…

—Desembucha —le ordenó.

—Nos besamos —confesó Irene.

Isabel arqueó las cejas, aunque Irene no pudiera verla.

—¿Otra vez, Irene? —preguntó con suavidad—. ¿De verdad vas a tropezar con la misma piedra dos veces? Ya sabes lo mal que lo pasaste la última vez con Roberto.

—Lo sé —admitió ella—, pero esta vez es diferente.

—Ya, claro —respondió escéptica.

—De verdad. Está más atento, más serio… Creo que ahora sí quiere algo formal. No sé, lo siento distinto.

Isabel suspiró.

—Ojalá tengas razón —murmuró—. Te lo mereces.

—Por eso tienes que venir —insistió Irene con voz aterciopelada —. Aunque sea un rato. Nos reímos, brindamos y ya está. No nos hemos visto en todas las Navidades y tengo muchas ganas de verte. No me falles, por favor —suplicó.

Isabel cerró los ojos un instante, debatiéndose entre el cansancio y el cariño que sentía por su amiga.

—Lo pensaré —dijo al final—. Te lo prometo.

—Y tú, Isabel —preguntó Irene de pronto, bajando un poco el tono—, ¿qué tal tus vacaciones de Navidad? ¿Has conseguido desconectar algo?

Isabel apretó los labios y dejó escapar una breve risa silenciosa, más mental que real. "Desconectar", pensó con ironía. Sus Navidades habían sido cualquier cosa menos tranquilas: un mafioso ruso, noches cargadas de tensión, un sexo brutal que aún le recorría la piel incendiándola al recordarlo… y algo más peligroso todavía,

algo que empezaba a asentarse en el pecho con una profundidad que no sabía ni debía nombrar. ¿Cómo se decía eso en voz alta sin que sonara a delito? Ella, fiscal. Él, el hombre al que perseguía por representar todo lo que ella debía combatir. Aquello era inconfesable.

—La verdad… bastante aburridas —respondió al final, eligiendo con cuidado cada palabra—. Ya sabes, leer, ver películas, sofá y manta. Nada emocionante.

—Tenías que haber aceptado mi oferta —replicó Irene al instante —. Podrías haberte venido con mi familia en Navidad. Al menos habrías estado entretenida, no sola.

Isabel sonrió, apoyándose contra la pared.

—¿Perdona? —dijo divertida—. ¿No eras tú la que hace cinco minutos me estaba diciendo que habían sido las peores Navidades de tu vida?

Irene soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Vale, sí, eran horribles —admitió—, pero imagínatelo: las dos juntas, criticándolo todo, sobreviviendo al desastre en equipo. Eso siempre hace que cualquier Navidad sea un poco menos terrible, ¿no crees?

Isabel negó con la cabeza, sonriendo ya sin esfuerzo.

—Puede ser —concedió—. Igual el año que viene te tomo la palabra.

—Eso ni lo dudes —respondió Irene—. Pero mañana no me falles. Fin de Año sí o sí.

Isabel no respondió de inmediato. Miró de nuevo por la ventana, pensando en lo complicado que se había vuelto todo.

—Ya veremos —respondió al final.

—Si vienes mañana, te prometo que no te presentaré a nadie raro, no te hablaré de trabajo y no lloraré con el tercer cava.

—Vaaaya, estás rebajando mucho tus estándares —bromeó Isabel.

—Venga, ¿a qué hora paso a buscarte con el taxi por tu piso?

Isabel suspiró y comenzó a caminar por la habitación.

—Eres imposible —rio.

—Como si no lo supieses.

—Prometo que mañana te diré algo, ¿de acuerdo? —respondió más lentamente—. Y si puedo, te aseguro que iré.

—¿Y por qué no ibas a poder ir? —preguntó su amiga rápidamente, sin dar crédito a sus excusas.

—Mañana te llamo, ¿de acuerdo?

Escuchó cómo Irene resoplaba al otro lado de la línea.

—Está bien, espero tu llamada.

—Hasta mañana —se despidió Isabel.

—Hasta mañana —respondió Irene antes de colgar.

Isabel dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó unos segundos inmóvil, mirando por la ventana. Ni siquiera había sido consciente de que el día siguiente era Fin de Año. La fecha había pasado por su mente como pasan los días cuando dejan de importar. Si no hubiese sido por la llamada de Irene, probablemente lo habría olvidado por completo.

Y entonces surgía la pregunta inevitable, incómoda: ¿cómo decirle aquello a Alekséi?

Solo de pensarlo se tensó. Sabía que corría peligro. No era una exageración ni un miedo infundado. La mafia china ya había intentado acabar con ella una vez y, si seguía respirando era, con toda probabilidad, porque él había aparecido en el momento exacto, salvándola cuando todo estaba a punto de romperse de forma irreversible. Desde aquel instante, desde que la llevó a esa casa, todo había cambiado.

Al principio había intentado mantenerse alejada. Había levantado muros, había repetido mentalmente quién era él y quién era ella, como si eso pudiera mantener el orden. Pero ahora todo era distinto, demasiado. Sabía que a su lado no tenía nada que temer, que él la protegía con una convicción feroz y, sin embargo, esa misma protección era un arma de doble filo, porque no podía permitirse perder su vida, ni su independencia, ni convertirse en una pieza más dentro de su mundo.

Lo sabía: si se lo decía, si le confesaba que quería salir, que pretendía exponerse, aunque fuese solo unas horas, él no la dejaría ir, no por capricho, sino por seguridad. Pero Alekséi tampoco era su

dueño. No tenía derecho a imponerle una jaula, por muy dorada que fuese, aunque lo hiciese para mantenerla a salvo.

Isabel cerró los ojos un instante. Amarle o empezar a hacerlo no significaba renunciar a sí misma. Y, aun así, sabía que cada decisión a partir de ahora tendría consecuencias. No solo para ella, sino para ambos. El problema no era el Fin de Año. El problema era que ya nada en su vida, mientras estuviese a su lado, volvería a ser sencillo.

Salió de su habitación y se dirigió a las escaleras para descender. Desde allí ya podía escuchar aquellas conversaciones en ruso que no comprendía.

Entró al comedor y los cinco hombres que se encontraban allí ya ni se esforzaron en esconder sus armas, simplemente la miraron y la saludaron con un movimiento de cabeza.

Alekséi presidía la mesa y señalaba un punto en el mapa de Barcelona. Nikolau, Yuri, Sergei y Dmitri también lo observaban con atención.

Ella se acercó observando que indicaba con el dedo el puerto marítimo de Barcelona.

Miró extrañada a Alekséi y luego de reojo a sus hombres.

—¿Ocurre algo? —Alekséi inspiró hondo y negó con la cabeza. Ella lo escudriñó con la mirada—. ¿Otra vez ocultando información? —ironizó provocando que él se girase hacia ella—. ¿Y luego me llamas para que envíe a la policia a los burdeles? —Chasqueó la lengua—. Pensaba que querías que trabajásemos juntos. —Alekséi suspiró y volvió la mirada hacia sus hombres, los cuales apretaban los labios y se miraban entre ellos sin saber cómo actuar. Alekséi volvió a hablar en ruso, ignorándola, volviendo a marcar el punto que señalaba el puerto marítimo de Barcelona, usando un tono bastante alto, lo cual demostraba que estaba enfadado. Ella enarcó una ceja en su dirección y se cruzó de brazos sin apartarse de allí—. Ya veo… —lo interrumpió—, solo sirvo para marcarte el número del juzgado cuando te conviene y para follar cuando te apetece. —Esbozó una sonrisa torcida, cargada de veneno, provocando que él volviese a girar su cuello hacia ella con una mirada asombrada por sus palabras—. Un equipo impecable, Alekséi: tú decides, tú

ocultas… y yo aparezco solo cuando toca limpiar el desastre o calentar la cama.

Isabel se giró sin decir nada más y fue directa a la cocina.

Llegó a la cocina y directamente abrió el mueble alto y sacó una copa, una de las buenas, de cristal fino, como si el gesto ya formara parte de su acto de protesta. Después, se agachó frente a la nevera pequeña, esa que Alekséi había mandado instalar solo para vinos, y la abrió despacio. La luz fría iluminó las botellas alineadas con un orden casi obsesivo. Entrecerró los ojos, evaluándolas como si estuviera eligiendo un arma.

—Que te jodan —susurró más para ella que para él.

Sacó una botella sin demasiada ceremonia, convencida de que era una de las más caras. Le dio un pequeño golpe con la base en la encimera y sonrió de soslayo. Si él iba a comportarse como si ella fuera un recurso ocasional, al menos iba a amortizarlo en euros bien fermentados.

Buscó el abrebotellas en el cajón, revolviendo más de la cuenta, dejando que el ruido acompañara sus pensamientos. Se sentía usada, o al menos apartada cuando no encajaba en los planes de Alekséi, y esa sensación le recorría el cuerpo como un cosquilleo incómodo. Lo encontró al fin y se dispuso a abrir la botella, pero el corcho no colaboró. Volvió a intentarlo, apretando los dientes.

Fue entonces cuando notó su presencia. Alekséi estaba apoyado en el marco de la puerta, observándola en silencio, con esa expresión ilegible que tanto la sacaba de quicio. Isabel resopló y siguió forcejeando con el tapón, más por orgullo que por necesidad.

Sin decir una palabra, él se acercó, le quitó la botella de las manos y, con un movimiento preciso y elegante, descorchó el vino sin esfuerzo. Sirvió la copa despacio, midiendo la cantidad, y se la tendió. Todo en silencio.

—Estamos intentando localizar el muelle —dijo al fin—. El que usa la mafia china para traer a las chicas.

Isabel cogió la copa y lo miró por encima del borde.

—¿Queréis ir a por ellos?

Alekséi sostuvo su mirada sin pestañear.

—No —respondió frío y calculador—. Queremos que desaparezcan.

Isabel dio un sorbo al vino. Era excelente, quizá demasiado para la conversación que estaban manteniendo.

Apretó los labios y asintió. Apoyó la cadera en la encimera y giró la copa entre los dedos, observando cómo el vino resbalaba por el cristal y formaba lágrimas de alcohol.

—¿Y cómo consigues esa información? —preguntó al fin, con un tono aparentemente casual—. No creo que esos datos aparezcan como por arte de magia.

Alekséi se apoyó frente a ella, cruzando los brazos.

—Tenemos contactos —respondió sin más—. Gente que habla cuando debe.

Isabel ladeó la cabeza, escrutándolo.

—Qué conveniente —replicó—. ¿Contactos dónde? ¿En el puerto, en la policía, en la otra mafia… o en todas a la vez?

Él no contestó de inmediato. Se limitó a mirarla, midiendo cuánto podía decir sin decir mucha cosa.

—Los suficientes para saber por dónde se mueven —acabó respondiendo—. Y para actuar antes de que lo hagan ellos.

La sonrisa de Isabel fue lenta.

—Ajá. —Dejó la copa en la encimera con un golpecito suave—. Sigues haciendo exactamente lo mismo: darme migajas y esperar que confíe en ti.

Alekséi frunció el ceño.

—No todo puede compartirse.

—Eso no fue lo que acordamos —replicó ella dando un paso hacia él—. Dijiste que trabajaríamos juntos. No "yo hago planes y tú ejecutas cuando te aviso". —El silencio se tensó entre los dos. Isabel cruzó los brazos, imitando sin pudor su postura—. Mira, Alekséi —añadió con voz más baja, cargada de ironía—, si esto va a seguir así, si solo me necesitas cuando te resulta útil o para darte placer y el resto del tiempo me dejas fuera… no sé para qué me quieres aquí. —Él la miró con atención—. Empiezo a pensar… —continuó ella dejando que la insinuación flotara en el aire—, que si no hay una

colaboración real y clara, como la que me prometiste, acabarás resolviendo tus frustraciones con tu propia mano.

La mirada de Alekséi se oscureció y un destello peligroso cruzó sus ojos.

—¿Es una amenaza? —ironizó alzando una ceja—. ¿Me estás persuadiendo?

—Tengo un buen maestro —respondió ella mirándolo fijamente.

—Debo de ser un buen profesor, si bien, conmigo, esas tácticas de poco te servirán, aunque te aviso —susurró acercándose peligrosamente a sus labios—, que si sigues mirándome así esto va a acabar en una clase práctica.

Ella le hizo un gesto gracioso, comprendiendo que ahora bromeaba.

—¿Encima de la encimera? —le propuso ella dando unos golpecitos al mármol, descolocándolo a él totalmente. Alekséi soltó una carcajada breve, inesperada, que rompió la rigidez del ambiente. Negó con la cabeza y la tensión se disipó como el vapor sobre una copa caliente. —Por cierto, mañana voy a salir. Es Nochevieja. Iré con mi amiga a una fiesta.

El gesto de Alekséi cambió al instante. Resopló y negó despacio.

—No.

Isabel frunció el ceño.

—Perdona, ¿cómo que no? No eres mi dueño.

—Eso es cierto —admitió él sin dudar—. No lo soy. —Luego dio un paso hacia ella, bajando la voz—. Pero soy responsable de tu seguridad y ahora mismo no es seguro que estés fuera —susurró.

Ella apretó los labios, conteniendo una réplica que no llegó a verbalizar. Sabía que tenía razón. La ciudad estaba caldeada: los movimientos en marcha, demasiadas piezas colocándose al mismo tiempo… Salir no era solo una imprudencia… era un riesgo real.

Alekséi aprovechó su silencio.

—Quédate aquí —insistió, esta vez con un tono claramente protector—. Aquí estás a salvo. Ya habrá tiempo de celebrar, brindar y perderte en fiestas cuando todo esto termine.

Isabel lo miró, aún contrariada, pero comprendiendo que llevaba toda la razón.

—No me gusta que decidas por mí —dijo al fin.

—No decido —respondió él con suavidad—. Te cuido —admitió lentamente. Guardó silencio un segundo, como si dudara, y luego añadió en voz baja—. Si te pasara algo… no me lo perdonaría nunca.

Isabel bajó la mirada y el enfado que estaba a punto de aflorar se desvaneció. A veces, detrás del hombre frío y calculador, aparecía ese otro Alekséi que la noqueaba dejándola totalmente indefensa.

Isabel dio un sorbo lento a la copa de vino y, tras unos segundos de silencio, asintió. No era una rendición, pero sí una aceptación. El líquido cálido le descendió por la garganta mientras intentaba ordenar lo que sentía, esa mezcla incómoda de razón y emoción que Alekséi parecía provocar sin proponérselo.

—Disfruta del vino —dijo él, ya más relajado—. Ponte alguna película. Luego me uniré a ti. —Antes de que ella pudiera responder, Alekséi se acercó y le rozó la mejilla con los dedos, una caricia breve que no encajaba del todo con el hombre frío que daba órdenes con voz grave. El gesto la tomó completamente por sorpresa—. Tengo que ir con mis hombres. Hay que seguir con el plan.

Isabel volvió a asentir.

Lo observó alejarse, escuchó sus pasos perderse por el pasillo y luego el murmullo lejano de voces.

Se quedó sola, apoyada en la encimera, con la copa de vino entre las manos. Sus dedos acariciaron el cristal de forma distraída mientras su mente regresaba una y otra vez a ese gesto inesperado. No había sido posesivo ni calculado. Había sido… íntimo y sincero.

Frunció ligeramente el ceño, molesta consigo misma. ¿En qué momento había empezado a importarle tanto? Era un mafioso, un hombre peligroso, alguien que vivía rodeado de violencia, secretos y decisiones irreversibles. Todo lo que, en teoría, debía mantenerla alejada de él y, sin embargo, se había colado bajo su piel sin que se diera cuenta, con silencios, con miradas, con esa forma tan suya de proteger sin pedir permiso. No la trataba como a alguien débil, pero tampoco la dejaba sola frente al peligro.

Apoyó la frente un instante en el borde del mueble, aceptando al fin lo que llevaba rato intentando negar: había caído en las redes de

un hombre que nunca debería haberle importado y, lo peor y más honesto, era que ya no sabía si quería escapar de esas redes.



23

Irene hablaba sin parar al otro lado del teléfono, con ese tono ligero que siempre arrastraba promesas de risas. Le daba pena e insistía. El Fin de Año no sería lo mismo sin Isabel. Había una queja dulce en su voz, casi infantil. Isabel se apoyó en el respaldo del sofá y cerró los ojos un instante antes de mentir con suavidad, como si así doliera menos.

—No me encuentro bien, ya te lo dije ayer.

—Pero ¿qué te pasa exactamente? —preguntó Irene, bajando el tono, de repente más atenta.

Isabel se puso en pie y empezó a caminar por el salón, arrastrando los pasos sobre la alfombra, jugueteando con el borde de una mesa mientras buscaba una excusa convincente.

—Me duele la garganta. —Fingió que carraspeaba—. Y siento como si una locomotora me hubiese pasado por encima. Probablemente sea una gripe.

—Ve al médico —sugirió—. ¿O quieres que pase por tu piso y te lleve una sopita calentita? Así, al menos, nos veremos antes de Fin de Año.

Aquellas palabras casi consiguieron ablandarla y que le explicase la verdad de lo que ocurría, aunque reaccionó rápido.

—No, que todavía te contagiaré.

Fue entonces cuando, de reojo, vio movimiento en el comedor. Alekséi cruzaba el espacio con varios hombres, todos con gesto tenso, hablando en murmullos cortantes, avanzando con una prisa que no era habitual. El corazón de Isabel dio un vuelco.

—Te llamaré para felicitarte el inicio de año, ¿de acuerdo? —dijo Isabel acelerada—. Tengo otra llamada —mintió.

—Bueno, pero luego te paso por WhatsApp las fotos de mis vestidos. Estoy entre dos, no sé cuál ponerme.

—De acuerdo —reaccionó—. Después te digo. Tengo otra llamada —repitió—. Hasta luego.

—Hasta luego —se despidió Irene.

Dejó el móvil sobre la mesa y fue directa al comedor. Alekséi se había detenido junto a la ventana, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada. Ella no esperó y se dirigió hacia él.

—¿Qué ocurre?

Él miró a sus hombres durante unos segundos que se hicieron eternos, como si midiera qué palabras podían decirse delante de ella. Al final habló.

—Un contacto del puerto marítimo de Barcelona acaba de avisarnos. —Ella lo miró intrigada—. Acaba de atracar un barco de procedencia china.

Comprendía a lo que se refería.

—No todos los barcos que lleguen de China van a pertenecer a la tríada, ¿no? —remarcó ella.

—Lo sé —respondió pensativo—, pero nuestro contacto tiene sospechas, así que por algo será —contestó Alekséi con mirada ofuscada.

No estaban seguros de la carga. Existía la posibilidad de que transportaran mujeres. No iba a permitir que volviera a suceder.

La imagen se le coló en la mente sin pedir permiso: el burdel, el aire viciado, las habitaciones pequeñas, las jóvenes muchachas maniatadas, el miedo en los ojos de aquellas mujeres asiáticas mientras eran tratadas como mercancía… Sintió el viejo fuego encenderse en el pecho, una ira espesa que le subía por la garganta. Sus manos se cerraron despacio, conteniéndose. Aquello no iba a repetirse, no bajo su mirada.

Se giró mientras sus hombres volvían a situar el mapa sobre la mesa y una carpeta sobre esta. Alekséi fue hacia ellos dejando a Isabel al lado de la ventana, aunque, al menos, esta vez no le pidió que los dejase a solas; eso ya era algo.

—Muelle seis —dijo Alekséi apoyando las manos sobre la mesa —. Nuestro contacto lo ha confirmado hace diez minutos. El barco ya

ha pedido permiso de atraque.

Sergei se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido.

—¿Procedencia?

—China —respondió Alekséi sin rodeos—. Oficialmente transporta cerámica de alto valor.

Dmitri soltó una risa seca.

—La cerámica pesa, pero no tanto como para justificar ese número de contenedores que trae. He visto manifiestos de carga más limpios en barcos fantasma.

Yuri asintió despacio, pensativo.

—Demasiados contenedores para un solo tipo de mercancía. Podrían estar usando algunos como pantalla. Ya sabemos cómo funciona esto: delante, porcelana; detrás, mujeres engañadas con un futuro próspero que nunca llegará.

Nikolau apretó la mandíbula.

—¿Mujeres?

Alekséi no contestó de inmediato. Sus ojos se oscurecieron un instante.

—Es una posibilidad muy real. Demasiado real.

—También podría ser contrabando puro —añadió Sergei—. Armas, tabaco, incluso droga. No todos los barcos chinos vienen cargados de chicas.

—No —intervino Dmitri—, pero este huele distinto. Nuestro contacto dice que ha visto que reforzaban la seguridad en el muelle. Están vigilando zonas del puerto, y eso no es normal cuando traes solo cerámica.

Yuri ladeó la cabeza.

—Además, no es la primera vez que el nombre de ese barco aparece en rutas del puerto marítimo de Barcelona. El capitán del barco, según nos informa nuestro contacto, tiene vínculos con empresas pantalla en Hong Kong… y algunas de esas empresas han hecho negocios con la familia Xu.

El silencio cayó pesado sobre la sala.

—¿Estás diciendo que los Xu están detrás de esto? —preguntó Nikolau, midiendo cada palabra.

—Digo que podrían estar implicados —respondió Yuri—. No directamente, nunca lo hacen, pero tienen contratos con navieras chinas y ya han usado cargamentos legales para mover cosas ilegales antes, incluidas personas.

Alekséi levantó la mirada, clavándola en cada uno de ellos.

—La familia Xu juega a dos bandas. Si este barco es suyo, o si lo están usando, no será casualidad que atraque precisamente aquí. Barcelona es una puerta abierta si nadie la vigila.

—Nuestro contacto insiste en que la cerámica es auténtica, me ha pasado el listado —añadió Sergei—. Piezas antiguas, valiosas. Eso les da una coartada perfecta.

—Y una distracción —remató Dmitri—. Mientras todos miran las cajas bonitas, nadie cuenta lo que respira.

Alekséi enderezó la espalda.

—Quiero saber qué hay en esos contenedores. En todos. Si hay mujeres ahí dentro, no llegarán a pisar este puerto. Y si los Xu están metidos… —dejó la frase en el aire, afilada como una amenaza.

Nikolau asintió lentamente.

—Entonces no es solo un barco. Es un mensaje.

—Exacto, no les importa lo más mínimo lo que ocurrió ayer en sus burdeles, van a seguir como si se tratase de su territorio. Eso no lo vamos a consentir.

Isabel se acercó por detrás.

—Espera… ¿qué contacto tienes en el puerto? —preguntó sorprendida.

Alekséi se giró hacia ella, como si no recordase que estaba allí, y parpadeó varias veces.

—Es un estibador, se llama Ramón —respondió sin darle importancia.

Isabel recordó la noche que había ido a investigar junto a Irene al puerto marítimo de Barcelona, para ver dónde se encontraba el barco amarrado y la distancia hasta las casetas de seguridad. El estibador que las había acompañado se llamaba, precisamente, Ramón.

Fue hacia Sergei directamente.

—¿Tienes el manifiesto de carga? —preguntó situándose a su lado.

Sergei miró a Alekséi sin saber cómo actuar. Finalmente, Alekséi asintió para que se lo mostrase. Buscó en su móvil y le mostró las fotografías. Isabel le quitó el móvil de las manos y se sentó a la mesa mientras en su propio móvil abría la calculadora y comenzaba a teclear. Sergei miró fastidiado a Alekséi, pero este le hizo un gesto con su mano para que esperase unos segundos.

—Hijos de puta… —susurró Isabel.

—¿Qué? —preguntó Alekséi.

—Un carguero de este tipo —empezó mirando la pantalla—, suele llevar entre ochenta y cien contenedores estándar de cuarenta pies. Este, según el informe del puerto, trae noventa y dos.

Sergei frunció el ceño.

—Eso entra dentro de lo normal —confirmó él.

—Sí —asintió ella—, hasta que miras el peso declarado —indicó su móvil—. Porcelana china de alto valor, piezas delicadas, embaladas en madera y material protector. La porcelana pesa, pero no tanto.

Empezó a teclear con rapidez en la calculadora de su móvil.

—Un contenedor lleno de porcelana, bien embalada, suele rondar las veinte, como mucho veintidós toneladas. Más sería arriesgarse a romper la mercancía. —Levantó la vista un segundo—. Aquí declaran un total de unas mil setecientas toneladas.

Dmitri ladeó la cabeza.

—Eso daría… —empezó a decir.

—Ochenta y cinco contenedores —terminó Isabel sin mirarlo—. Ochenta y cinco, siendo generosos.

Volvió a la pantalla y tecleó de nuevo.

—Pero traen noventa y dos. Siete contenedores "extra". Ahora bien… —sus dedos se detuvieron—, hay que restar los que suelen ir medio vacíos por razones de estabilidad del barco, al menos cuatro.

Marcó otra cifra.

—Eso nos deja tres contenedores completos que no cuadran con la carga declarada.

El silencio se volvió denso, casi físico.

—Tres contenedores —repitió Yuri en voz baja.

Isabel asintió.

—Tres contenedores perdidos entre casi un centenar, invisibles. Nadie los cuestiona porque el peso total sigue pareciendo lógico a primera vista, pero no lo es.

Alekséi la observaba sin parpadear, incluso cuando Isabel coincidió la mirada con él pudo ver una especie de orgullo en la forma en que la observaba.

—¿Y qué cabe en tres contenedores? —preguntó Nikolau, aunque parecía saber la respuesta.

Isabel tragó saliva.

—Personas. Muchas. En condiciones infrahumanas. Suficientes como para que valga la pena el riesgo —indicó ella.

Dio la vuelta al móvil de Sergei y lo depositó con cuidado sobre la mesa.

—Si yo estuviera traficando con mujeres, haría exactamente eso: usar una mercancía legal, voluminosa y frágil como tapadera. Nadie va a abrir contenedores de porcelana valiosa sin una orden muy clara —acabó poniéndose de pie y cruzándose de brazos hacia Alekséi.

Nadie habló durante unos segundos. Sergei fue el primero en mirarla abiertamente, con una mezcla de respeto y sorpresa. Dmitri negó despacio con la cabeza, impresionado, e incluso Yuri esbozó una mueca de admiración.

Alekséi rompió el silencio.

—¿Estás segura?

Isabel sostuvo su mirada sin titubear.

—Tan segura como permiten los números, y los números no mienten. Creo que estáis en lo cierto.

Alekséi apoyó ambas manos sobre la mesa, despacio.

—Entonces ya no es una sospecha —dijo con voz grave—. Es una certeza que vamos a comprobar. —Esta vez, ninguno de sus hombres dudó. Alekséi miró a Isabel y ladeó su cabeza—. Contratada.

Ella se apartó con un gesto de asco.

—Ni hablar… —comentó agitando las manos—, pero sí es cierto que es una mercancía que no van a inspeccionar, ni siquiera la guardia portuaria lo hará, así que si esas mujeres están realmente ahí y podéis hacer algo por liberarlas, hacedlo —acabó diciendo, como si se tratase de una orden.

Isabel sintió la mirada de Alekséi como un peso cálido sobre la piel, distinto a cualquier otra mirada que le hubiese dedicado. No era posesión ni control; era orgullo. Un reconocimiento silencioso que le erizó la piel y le dejó un nudo suave en el pecho.

Por primera vez desde que todo aquello había empezado, Isabel no se sintió como una espectadora accidental en un mundo al que no pertenecía. Estaba colaborando. Importaba. Sus palabras, sus cálculos, su intelecto, podían cambiar el destino de alguien más. La idea la sacudió por dentro con una mezcla extraña de vértigo y determinación. No era ingenua: sabía con quién estaba tratando, sabía que aquello era la mafia rusa, que nada de eso era limpio ni sencillo. Aun así, no le pesaba.

Pensó en las mujeres que quizá viajaban ahora mismo encerradas en la oscuridad de un contenedor, sin nombre, sin voz, reducidas a mercancía. La imagen le revolvió el estómago. Nadie merecía algo así. Nadie merecía ser explotada, rota, usada de forma tan brutal como su mente, inevitablemente, imaginaba. Y si para evitarlo tenía que mancharse las manos colaborando con hombres peligrosos, lo aceptaba.

Salió de sus pensamientos cuando sintió su móvil vibrar en su mano.

Miró y vio que Irene le había enviado unas fotografías, seguramente las de los vestidos que tenía pensado usar aquella noche y que no se decidía por cuál, por eso mismo necesitaba su opinión.

Se apartó unos pasos dirigiéndose hacia la cocina mientras Alekséi comenzaba a planear lo que debían hacer.

Se apoyó en el mármol de la cocina y abrió las dos fotografías que le había enviado su amiga. Los dos vestidos le parecían bonitos. En la primera fotografía Irene posaba frente al espejo de su dormitorio con un vestido negro, largo hasta los tobillos, de tejido

satinado que recogía la luz y la devolvía con destellos suaves. Tenía un escote pronunciado, pero elegante, en forma de pico, y la espalda completamente descubierta, sujeta apenas por un fino cruce de tiras. El vestido se ceñía a su cintura y caía recto, insinuante, sin excesos. Irene había ladeado el cuerpo, una mano en la cadera y con una sonrisa segura de quien sabe que está jugando con ventaja.

Isabel deslizó el dedo y apareció la segunda foto. Esta vez, Irene llevaba un vestido rojo intenso, corto, por encima de las rodillas. Era más atrevido que el anterior, de manga larga, pero con un escote asimétrico que dejaba un hombro al descubierto. El tejido era más estructurado, marcando las piernas y realzando cada movimiento. Irene estaba riendo en esa imagen, con una copa imaginaria en la mano.

Isabel no dudó demasiado y tecleó con rapidez.

Isabel: El negro, sin discusión. Roberto no va a poder resistirse a ti con ese vestido.

La respuesta de Irene llegó casi de inmediato.

Irene: Eso espero. Necesito un poco de acción, por favor. Ya va siendo hora.

Isabel sonrió, apoyándose en la encimera.

Isabel: Pues disfruta mucho. Te lo mereces. Te llamo en cuanto den las doce para felicitarte el nuevo año.

Irene: Trato hecho. Cuídate esa gripe, enfermita mía 💔

Isabel dejó el móvil a un lado justo cuando sintió una presencia a su espalda. Alekséi entró en la cocina con paso lento y silencioso. Se detuvo a un par de metros de ella, observándola unos segundos antes de hablar.

—Quería darte las gracias —dijo al fin—, por lo que has hecho en el comedor.

Isabel arqueó una ceja, girándose hacia él.

—No te acostumbres —respondió con sutil ironía—. Y no olvides nunca quién soy.

Un esbozo de sonrisa cruzó el rostro de Alekséi.

—El barco ya ha atracado —informó—. Ramón dice que no empezarán a descargar hasta la una de la madrugada. Iremos antes

para observar la zona y ver qué se cuece por allí.

Isabel se asomó a la puerta del comedor. Sobre la mesa, los hombres habían dejado varias armas apoyadas sin disimulo. Volvió la mirada hacia él.

—¿Vais a investigar… o vais a la guerra?

Alekséi sostuvo su mirada sin esquivarla.

—Voy a hacer lo que tengo que hacer —respondió—. Ya no es solo por el territorio. —Hizo una breve pausa—. Lo que vi ayer con esas mujeres… eso no es humano y no pienso permitir que vuelva a pasar.

Se quedó quieto frente a ella, expectante, como si aguardara algo más que palabras. Isabel lo miró fijamente durante unos segundos, luego alzó las manos, tomó su rostro entre sus palmas y bajó su cabeza con suavidad para besarle la frente.

—Eres mejor hombre de lo que crees ser —susurró—. Y mucho mejor de lo que todo el mundo piensa. —Alekséi cerró los ojos un instante, como si ese gesto le concediera algo que no sabía que necesitaba—. Haz lo que tengas que hacer —dijo Isabel al fin, con la voz baja pero firme, como si cada palabra llevara peso propio—. Hazlo y vuelve. No entiendo tu mundo… o quizá no lo entendía hasta ahora. —Le sostuvo la mirada, sin titubear—. Dentro de toda esa oscuridad, de esas normas duras y de esa forma de mandar, también hay bondad. Y hoy la he visto. Gracias por no mirar hacia otro lado.

No había duda ni miedo en su tono. Sonaba a orden y a bendición al mismo tiempo. A algo concedido. Alekséi se quedó inmóvil, con el pecho erguido, como si aquellas palabras le hubieran llenado por dentro de un orgullo silencioso y poderoso.

—Si sigues diciéndome cosas así —respondió él, esbozando una sonrisa—, voy a verme obligado a llevarte a mi habitación y hacerte el amor como si el mundo se acabara esta misma noche.

Isabel sonrió, cálida, sin perder la serenidad.

—Después —dijo con ternura—. Ahora vete. Haz lo que debas hacer para salvar a esas mujeres. —Hizo una breve pausa—. Creo que ahora entiendo que tú y los tuyos sois la única opción real que tienen de no acabar en prostíbulos.

Alekséi no respondió con palabras. Se inclinó y besó su frente con cuidado, un gesto sencillo y profundo a la vez. Luego se apartó, dio media vuelta y salió de la cocina sin mirar atrás, directo hacia lo que le esperaba.

Isabel se quedó sola en la cocina, escuchando cómo sus pasos se perdían por el pasillo. Pensó en él, en el hombre que había creído conocer y en el que acababa de descubrir. Peligroso, sí, temible para muchos, pero no vacío de sentimientos o de bondad.

Isabel apoyó las manos en la encimera y soltó el aire despacio, como si solo entonces pudiera permitirse sentir. Sabía que Alekséi y los suyos eran, probablemente, la única esperanza real para aquellas mujeres atrapadas en un sistema cruel. Nadie más iba a moverse con la rapidez, la falta de escrúpulos necesarios y, al mismo tiempo, con esa determinación casi feroz para impedir que aquello continuara y, aun así, el alivio no llegaba solo, venía acompañado de miedo. Miedo por lo que podía pasarles, por lo que podía pasarle a él.

Alekséi se había ganado su corazón poco a poco, y eso era un problema, uno bien grande, porque querer a alguien como Alekséi significaba aceptar el riesgo constante, la posibilidad de una llamada que no llegara nunca o de una noche que no terminara bien.

Tal vez eso era lo más peligroso de todo: descubrir que incluso en los hombres más oscuros podía habitar algo bueno… y que ese algo podía terminar importándole demasiado.



24

Irene ya estaba en la fiesta desde hacía horas. El restaurante había preparado un menú especial de Fin de Año.

Había empezado con un entrante ligero: vieiras a la plancha con una emulsión cítrica que despertaba el paladar, seguido de una crema suave de marisco que aún le dejaba el sabor salino en los labios. El plato principal había sido un lomo de lubina al horno acompañado de verduras confitadas y una salsa delicada que no eclipsaba al pescado. De postre, un pequeño lingote de chocolate negro con corazón de frambuesa y una copa de cava bien frío que la hizo sonreír antes incluso de probarlo.

Ahora estaban en otro salón, más amplio y ruidoso.

Irene llevaba un gorrito dorado ligeramente torcido y un matasuegras que no dejaba de hacer sonar cada vez que alguien pasaba cerca. Las luces eran cálidas, la música sonaba sin descanso y una gran pantalla presidía la sala, retransmitiendo la imagen ya clásica de las uvas preparadas para la cuenta atrás. Todo vibraba con una expectación alegre y contagiosa.

La música se detuvo de golpe y, casi por instinto, Irene dejó de bailar con sus compañeros. Una voz firme y animada resonó por los altavoces.

—¡Atención todos! ¡Quedan dos minutos para despedir el año!

Irene bajó la mirada hacia el pequeño vasito de plástico que sostenía en la mano. Doce uvas perfectas y brillantes. Respiró hondo. En ese momento, Roberto apareció a su lado. Se inclinó un poco para hablarle al oído.

—Me alegra estar contigo ahora —le dijo con una sonrisa sincera.

Irene notó un cosquilleo en el estómago.

—A mí también —respondió sin dudar.

Lo miró de reojo, intentando no darle demasiada importancia, pero algo en su forma de estar y de acercarse le decía que esta vez era distinto, que Roberto estaba allí porque quería estarlo. Esa idea la ilusionó más de lo que esperaba. Después de la cena de hacía unos días, se encontraba con una ilusión renovada.

La sala entera comenzó a gritar la cuenta atrás.

—Diez, nueve, ocho…

Irene alzó el vaso, concentrada, riéndose cuando alguien a su lado se atragantaba antes de tiempo. Las campanadas comenzaron a sonar y fue tomando las uvas al ritmo marcado, una tras otra, con pequeñas carcajadas contenidas entre masticar y tragar.

Con la última campanada, el salón estalló con gritos de júbilo.

Gritos, risas y confetis cayendo desde el techo como una lluvia de colores improvisada.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó una de sus compañeras del juzgado que estaba a su lado.

—¡Feliz Año! —le devolvió el abrazo Irene.

Sin esperarlo, Irene sintió de pronto una mano firme en su cintura que la dejó paralizada. Roberto la rodeó con el brazo y ella levantó la mirada, sorprendida. Se miraron apenas un segundo y luego él la acercó más.

Sin pensarlo, le plantó un beso en los labios.

Durante un instante, Roberto se quedó inmóvil al ver el gesto sorprendido y paralizado de Irene al recibir su beso, consciente de su atrevimiento. Solo se calmó cuando Irene sonrió. Esa sonrisa lo cambió todo. Él se relajó, la abrazó con más fuerza y se fundieron en un beso más largo, más seguro, mientras a su alrededor todos seguían celebrando la entrada al nuevo año.

—Feliz Año Nuevo —murmuró él cuando se separaron un poco.

—Feliz Año Nuevo —respondió ella, todavía con el pulso acelerado—. Es una bonita forma de empezarlo.

Roberto entrelazó sus dedos con los de Irene y tiró suavemente de su mano.

—Ven —le dijo.

—¿Qué haces? —preguntó ella dejándose llevar.

—Quiero dar un paseo contigo por la playa.

La idea le pareció perfecta. Sencilla e íntima.

—Vale.

Mientras avanzaban entre la gente que aún bailaba, se abrazaba y brindaba, Irene notó la vibración del teléfono en el bolsillo. Lo sacó un segundo y vio que era Isabel la que la estaba llamando. Sonrió al verlo, sabía perfectamente que era para felicitarle el año. Miró la espalda de Roberto que seguía tirando de su mano con cuidado ante ella, abriéndose paso hacia la salida.

Guardó el móvil sin contestar, ya hablaría con ella más tarde.

Siguieron avanzando entre risas, música y confetis pisoteados, hasta que por fin salieron del restaurante dejando atrás el ruido y llevando consigo esa sensación nueva y prometedora de estar empezando algo… justo al comenzar el año.

Fuera del restaurante el aire era más frío, con ese olor salino tan propio de la Barceloneta en invierno. Nada más cruzar la puerta, Irene se estremeció levemente, más por el contraste que por el frío en sí. Roberto lo notó al instante. La observó unos segundos y, sin decir una palabra, se quitó la chaqueta y se la colocó a ella sobre sus hombros.

—Oye… —protestó ella por inercia—, que te vas a quedar helado.

—Prefiero eso a verte tiritar —respondió él con naturalidad.

Irene se ajustó la chaqueta, sintiendo el calor de su cuerpo en la tela, y no pudo evitar pensar que aquel gesto decía más que muchas frases. “Todo un caballero”, pensó con una sonrisa discreta.

—¿Te apetece que demos un paseo por la playa? —preguntó Roberto, señalando con la cabeza hacia delante.

Ante ellos se abría la plaza de la Barceloneta, amplia y luminosa, con el paseo extendiéndose hacia la arena, salpicado de gente que caminaba, reía o se hacía fotografías para inmortalizar los primeros minutos del año. Irene asintió sin pensarlo demasiado y entrelazaron los dedos, comenzando a caminar despacio y acompasados.

—Por cierto —dijo Roberto tras unos pasos, mirándola de reojo —, estás guapísima con ese vestido.

Irene notó cómo subía un ligero calor a sus mejillas.

—¿Ahora te das cuenta? —respondió con una sonrisa burlona—. Me he pasado toda la noche dudando entre dos.

—Pues has acertado —replicó él.

—Gracias —respondió Irene con timidez.

—Aunque, para ser sincero, creo que habría dicho lo mismo con cualquiera.

Irene apartó la mirada de él mientras se mordía el labio.

Roberto caminaba con paso tranquilo, pero su actitud era claramente más decidida. La miraba sin disimulo, como si no tuviera miedo de que ella notara cada gesto.

—En serio —dijo de pronto—, no es solo el vestido. Eres tú. Tienes algo que… no sé, hace que todo parezca más fácil.

Irene agachó la mirada, sonriendo con torpeza.

—Estás muy lanzado esta noche —murmuró.

—Puede ser, he bebido varias copas —admitió divertido, apretando un poco su mano—. Pero llevaba tiempo queriendo decírtelo.

Aquellas palabras la descolocaron más de lo que quiso admitir. Se sentía halagada, claro, y también vulnerable. No sabía cómo reaccionar. Normalmente, siempre tenía una respuesta rápida, un comentario ingenioso con el que cubrir cualquier silencio incómodo. Pero allí, caminando junto a él por el paseo de la playa, con el sonido del mar de fondo y cogidos de la mano, la mente se le quedaba en blanco.

Había soñado con ese momento más veces de las que se permitiría confesar. También se había llevado un desengaño con él, uno que la había enseñado a no hacerse ilusiones demasiado pronto. Se repetía que debía ir con cuidado, que no le convenía dejarse llevar y, aun así, le era imposible. Había algo en la forma en que Roberto la miraba que todas sus defensas se debilitaban.

—Oye —dijo él, rompiendo el silencio con suavidad—, ¿te gustaría que quedáramos otra vez? Sin fiestas de por medio. Un café, una charla tranquila… lo que te apetezca.

Irene levantó la vista y lo miró, aún con esa mezcla de timidez y emoción revolviéndole el pecho.

Tragó saliva y sonrió tímida.

—Sí —respondió al fin, casi en un susurro—. Me gustaría mucho.

Y con ese simple acuerdo, sin promesas exageradas, sintió que algo nuevo empezaba a tomar forma.

La noche era fría, de ese frío que se cuela bajo la ropa y eriza la piel, pero el cielo estaba despejado y generosamente estrellado, como si quisiera compensarlo todo. No llovía, no había nubes y una luna enorme se reflejaba en el mar con un brillo plateado que parecía pintado a propósito para una postal. Las estrellas salpicaban el firmamento y el paseo marítimo respiraba una mezcla extraña de calma y euforia. Había grupos corriendo de un lado a otro, brindando por el Año Nuevo, cantando villancicos fuera de tiempo o canciones sin letra, riendo demasiado alto. Algunos tropezaban, otros bailaban descalzos sobre el asfalto húmedo y a más de uno se le notaba que había celebrado de más. Todo resultaba caótico y, al mismo tiempo, profundamente romántico.

Roberto pasó el brazo por encima de los hombros de Irene y la atrajo hacia él con un gesto natural, casi protector, queriendo abrigarla de aquel frío.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Irene. Le parecía increíble estar viviendo aquel momento con él, caminando junto al mar, sintiendo su cercanía, su calor, el peso reconfortante de su cuerpo a su lado.

Sonrió para sí misma, consciente de que debía ir despacio, de que no podía dejarse arrastrar por esa sensación tan intensa. Sabía que tenía que pisar con los pies en la tierra, aunque aquella noche invitara a creer que todo era posible.

Iban a cruzar la calle cuando Roberto la apartó con brusquedad, tirando de ella hacia atrás.

—¡Cuidado! —exclamó.

Irene dio un respingo sobresaltada mientras Roberto la sujetaba con fuerza y un coche blanco que se había saltado un ceda derrapaba. Pensó, casi con indignación, que la gente no debería conducir bebida por mucho que fuera Fin de Año. Sin embargo, algo en el ambiente cambió de golpe: una sensación sorda le apretó el

estómago. Una furgoneta oscura se detuvo frente a ellos de manera demasiado precisa e intencionada.

Irene retrocedió un paso con el corazón acelerado y miró asustada hacia ella. ¿Qué estaba pasando ahí? Aquella furgoneta negra les había cortado el paso, impidiéndoles cruzar por el paso de peatones, deteniéndose ante ellos. Algo no iba bien, al menos eso era lo que le decía su intuición. Tomó la mano de Roberto con fuerza para tirar de él y apartarse, pero él no se lo permitió.

La puerta lateral de la furgoneta se abrió y varios hombres de facciones asiáticas descendieron con movimientos rápidos y decididos. No había duda posible: no eran simples curiosos ni borrachos desorientados.

Irene sintió cómo el pánico se apoderaba de ella y le subía por la garganta.

—¡Vámonos, ahora! —gritó ella tirando de la mano de Roberto que no se movía, como si se hubiese quedado anclado allí. Estaba claro que aquellas personas no tenían buenas intenciones. Sin embargo, la reacción de Roberto no era la que ella esperaba.

Roberto la sujetó con fuerza por los brazos, inmovilizándola.

—Quietecita —ordenó con una voz fría que no le había oído nunca.

—¿Qué… qué está ocurriendo? —preguntó ella con la respiración entrecortada, mirando de reojo cómo los hombres se acercaban cada vez más deprisa—. Roberto, suéltame, por favor…

Él la observó y entonces Irene fue consciente de ello, de aquella expresión que la heló por dentro, una mirada siniestra, oscura, desprovista de cualquier rastro de ternura.

—¿De verdad pensabas que estaba enamorado de ti? —dijo con desprecio.

—¿Qué… qué es todo esto? —lloró Irene cuando el dolor la atravesó de lleno.

Se quedó mirándolo, incapaz de comprender.

Roberto ni siquiera levantó la voz. No lo necesitó. Habló con una calma glacial, con esa serenidad que solo tienen quienes ya han decidido no sentir nada por nadie.

—Eres una jodida ilusa —escupió—, patética. De esas que se creen especiales porque un hombre las mira dos veces y les dice cuatro palabras bonitas. —Se acercó a su oído mientras la sujetaba fuerte de los brazos, impidiendo que se alejase, aunque ella permanecía totalmente paralizada por la impresión—. Has sido fácil —continuó él, implacable—. Demasiado fácil. Y ahora deja de llorar, que ni eso sabes hacer bien. No vales ni el tiempo que he perdido fingiendo que me importabas.

Justo en ese instante, los hombres llegaron hasta ella y la sujetaron por los brazos con rudeza.

—¡Roberto! —gritó su nombre una y otra vez mientras la arrastraban hacia la furgoneta, tropezando, resistiéndose y luchando con todas sus fuerzas. La empujaron dentro sin miramientos, a trompicones, y la puerta se cerró de golpe. Lo último que vio antes de que la puerta se cerrase fue la mirada de Roberto, una mirada calculadora, fría y sin remordimiento alguno por lo que acababa de hacer. Aquello fue lo que más la destrozó. No entendía nada. No entendía cómo la noche más bonita podía haberse convertido, en apenas unos segundos, en su peor pesadilla.

Tao se acercó a él y le tendió un sobre con el dinero que le había prometido. Roberto lo metió en su bolsillo y se giró directamente, alejándose de la furgoneta sin mirar atrás, sin intercambiar palabra alguna con Tao.

Tao observó a Irene desde el asiento delantero, a través del reflejo apagado del cristal. Estaba sentada en la parte trasera de la furgoneta, encajonada entre dos de sus hombres, uno a cada lado, inmóviles, vigilantes. Le habían maniatado las manos a la espalda y amordazado. Las lágrimas resbalaban sin control por sus mejillas.

Tao no le dijo nada. En sus ojos abiertos de par en par podía leerse con claridad aquello que más le interesaba: el miedo y el terror crudo. Ese era el lenguaje que él entendía mejor. Ese era el sentimiento del que se alimentaba.

Roberto había sido un aliado fiel desde el principio, una pieza discreta pero eficaz en el engranaje del juzgado. Gracias a él, Tao había conseguido hilar movimientos, favores y silencios.

La mafia rusa tenía un punto débil claro, y no era la organización en sí, era su líder, el señor Petrov, y Tao no era un hombre que dudara cuando encontraba una grieta.

Mientras la furgoneta avanzaba por la noche, Irene dejó de ser una persona a sus ojos para convertirse en un recurso más, una herramienta útil en una guerra que no admitía compasión.

El puerto marítimo de Barcelona respiraba una actividad densa aquella noche de Fin de Año.

Las luces industriales dibujaban sombras sobre el asfalto húmedo y el olor a sal, gasoil y hierro oxidado se mezclaba en el aire.

Alekséi se encontraba en el vehículo junto a Ramón que lo conducía, Sergei y Nikolau. Hacía frío, pero al menos en el interior del vehículo, con la calefacción y el abrigo oscuro, se estaba bien.

Ramón, su contacto, había ido a buscarlos con el coche a la entrada del puerto marítimo de Barcelona.

Dmitri y Yuri se habían quedado fuera del recinto portuario, vigilando la entrada y salida de los camiones cargados desde el interior de su vehículo. Desde allí, controlarían cualquier movimiento sospechoso, cualquier cambio de ritmo que no encajara con la normalidad aparente de aquella noche. Alekséi confiaba en ellos, sabía que no se les escaparía nada.

Ramón los condujo hasta el muelle número seis, una zona algo apartada, desde donde tenían una visión clara del barco que había señalado minutos antes. Un carguero oscuro, con el nombre en chino pintado en el casco, Hai Long, permanecía amarrado como si no tuviera nada que ocultar.

Sin embargo, había demasiado movimiento. Demasiada gente entrando y saliendo, demasiados operarios para una noche festiva. Alekséi observó en silencio durante unos segundos, analizando el vaivén constante, las miradas rápidas, la forma en que algunos hombres vigilaban más de lo que trabajaban.

—¿Has visto algo fuera de lugar en las últimas horas? —preguntó a Ramón con voz baja y firme.

Ramón se pasó la mano por la nuca, incómodo.

—El movimiento —respondió—. Demasiado para un día como hoy. Siendo Fin de Año no es normal. Normalmente, esto estaría medio vacío a estas horas.

Alekséi esbozó una sonrisa fría.

—Precisamente por eso —replicó—. Han elegido este día para traer a las chicas. Menos vigilancia y menos controles. Todo el mundo celebrando mientras ellos hacen su negocio.

Ramón asintió despacio.

—Es cierto. Esta noche hay menos personal de seguridad. Al ser festivo, muchos turnos se reducen al mínimo.

Alekséi no respondió de inmediato. Sus ojos claros seguían fijos en el carguero. Aquella noche no era una más, lo sentía en los huesos. Algo importante estaba a punto de suceder en aquel muelle, y él no había ido hasta allí para mirar desde lejos.

—Que nadie baje la guardia —ordenó finalmente—. Si ese barco es lo que creemos, esta noche alguien va a cometer un error y nosotros estaremos allí para aprovecharlo.

—Hijo de puta… —susurró Sergei desde atrás, provocando que Ramón desde el asiento del conductor y Alekséi desde el de copiloto se girasen.

—¿Qué ocurre?

—Estoy seguro de que ese barco trae mercancía humana. —Apretó los labios mientras miraba el móvil y luego elevó su mirada cargada de ira hacia el resto—. El nombre del barco es Hai Long, significa Dragón de mar.

Alekséi inspiró hondo.

—Creo que no es muy difícil entender para quién trabajan —pronunció mirando hacia delante.

—La mafia china —añadió Nikolau desde el asiento trasero, con la voz grave y contenida—. Ya no se molestan ni en disimular.

El silencio que siguió fue espeso, cargado de una tensión palpable. El motor del coche ronroneaba constante mientras frente a ellos el carguero permanecía inmóvil, imponente, como una bestia dormida que aguardara la orden de despertar.

Alekséi mantuvo la mirada fija en el muelle. Todo empezaba a tener sentido.

—Dragón de mar… —repitió Sergei con desprecio—. Siempre les ha gustado creerse invencibles.

—Los dragones también sangran —replicó Alekséi sin emoción, pero con una firmeza que no admitía discusión.

Ramón tragó saliva y volvió a centrar la vista al frente.

—Si ese barco es lo que pensamos, no estamos hablando solo de contrabando —murmuró—. Estamos hablando de personas, de mujeres y quizá hasta niñas.

Alekséi apretó la mandíbula.

—Lo sé.

Sacó el móvil despacio y escribió un mensaje corto, preciso. Dmitri y Yuri debían saberlo. Aquella noche no solo vigilaban camiones; vigilaban una línea que, si se cruzaba, desencadenaría algo mucho más grande.

—Que nadie actúe sin mi orden —dijo—. Si intervenimos antes de tiempo, desaparecerán como ratas.

Sergei inclinó ligeramente la cabeza, aceptando la instrucción, aunque la rabia seguía brillando en sus ojos.

—¿Y si ya han descargado parte de la mercancía?

—Imposible —remarcó Ramón y miró su reloj—. En media hora comenzarán, pero hasta esa hora ningún contenedor será descargado.

—Seguiremos el rastro —respondió Alekséi—. Siempre dejan migas. Siempre. Supongo que los camiones que cargan los contenedores de cerámica irán en una dirección y los que lleven mujeres irán en otra, hay que controlar qué direcciones toman.

El carguero Hai Long emitió un sonido metálico, un golpe seco que resonó en el muelle. Una grúa comenzó a moverse lentamente. Alekséi entornó los ojos. Aquello no era una simple operación logística. Era el inicio de algo sucio, bien organizado… y, por fin, visible.

—Aunque el Dragón Rojo se crea seguro —añadió Alekséi en voz baja—, esta noche ha elegido mal el puerto. Necesitaremos más

gente para vigilar los camiones y el camino que toman… —Miró a su móvil y volvió a marcar un número de su agenda.

—¿A quién vas a pedir ayuda?

—Yo no pido ayuda, pido colaboración —corroboró mientras se llevaba el teléfono al oído—. Buenas noches, Besnik. Feliz Año Nuevo —pronunció.

—Feliz Año Nuevo —escuchó al albanés gritar. Tras él podían escucharse risas, música, incluso voces seductoras de mujeres—, querido amigo.

Alekséi observó el movimiento que había en el muelle e incluso en la plataforma del barco.

—Lamento estropearte la fiesta, pero hay algo que necesito… urgentemente —pronunció.

—¡¿Qué?! —gritó al no escuchar bien por el elevado volumen de la música. Besnik se giró y miró hacia sus hombres—. ¡Bajad la música, joder! ¡No escucho nada! —Alekséi tuvo que apartarse el teléfono del oído ante aquel grito. En ese momento hubo más silencio. Aunque aún se escuchaban voces de fondo, nada era comparable al jaleo previo—. Ahora, dime, ya puedo escucharte mejor.

Alekséi mantenía la mirada fija en el carguero.

—Sé que es Año Nuevo, pero debo pedirte un favor.

—Ni Año Nuevo ni ostias… —pronunció con voz seria—, ¿qué necesitas? —se ofreció directamente.



25

Isabel paseaba de un lado a otro del comedor como un animal enjaulado, con los brazos cruzados sobre el pecho y los dedos apretándose entre sí sin que se diera cuenta. El sonido de sus propios pasos le resultaba insoportable en aquella casa tan silenciosa. Cada mirada al reloj era una punzada nueva, una confirmación de que el tiempo avanzaba y Alekséi seguía fuera, en algún lugar que ella no podía ver ni controlar. Intentaba imaginar qué estaría haciendo, cómo se moverían él y sus hombres, si todo estaría saliendo según lo previsto…

Tenía miedo, no lo negaba, miedo de que algo saliera mal, de que una bala perdida encontrara su destino, de que la violencia que siempre rodeaba a Alekséi terminara por reclamarle un precio demasiado alto. Sin embargo, algo dentro de ella había cambiado en las últimas horas. Ya no veía aquella crueldad como una sombra sin matices. Ahora comprendía que, en medio de la brutalidad, también existía un propósito: salvar a aquellas mujeres, arrancarlas de un destino miserable y atroz. Alekséi y los suyos se jugaban la vida, no solo por el territorio o el poder, sino por impedir que otras personas fueran reducidas a pura mercancía para la explotación sexual.

Resopló con frustración y se pasó una mano por el cabello, soltando un suspiro tembloroso. Sí, la lucha real era por el control, por el dominio de una ciudad que devoraba a los débiles, pero había algo más: una chispa de bondad escondida bajo capas de dureza, una lealtad feroz que los empujaba a enfrentarse a lo peor para evitar un mal mayor. Aquellos hombres, temidos y despiadados para el mundo exterior, estaban dispuestos a exponerse a fuego enemigo

por mujeres que ni siquiera conocían. Ese pensamiento le oprimió el pecho… y, al mismo tiempo, le dio una extraña calma.

En la casa, dos hombres de la seguridad de Alekséi vigilaban los alrededores como siempre, silenciosos, casi invisibles. Isabel apenas había cruzado palabra con ellos, pero su presencia constante era un recordatorio de que nada allí era normal, de que la amenaza nunca desaparecía del todo. Se sentó finalmente en el sofá, encendió la televisión y dejó que las imágenes desfilaran sin sentido frente a sus ojos. No escuchaba nada, no veía nada, su mente estaba demasiado lejos.

Con un gesto brusco apagó la televisión y se puso en pie de nuevo. Caminar parecía la única forma de no venirse abajo. Había pensado en llamarlo, en escuchar su voz solo unos segundos para asegurarse de que seguía con vida, pero se obligó a descartar la idea. Podía estar en plena operación; una llamada podría distraerlo, delatar una posición y provocar un error fatal, así que se contuvo, apretó los labios y siguió caminando, sosteniendo la angustia como pudo, esperando que, cuando el silencio se rompiera, fuera para anunciar que Alekséi había vuelto sano y salvo.

La música del móvil inundó todo el comedor. El sobresalto le arrancó un pequeño brinco involuntario. Isabel bajó la mirada con el corazón inquieto y vio el nombre de Irene iluminando la pantalla.

La había llamado hacía casi media hora. Al hablar con ella conseguiría, aunque fuera por unos minutos, disipar el nudo de nervios que llevaba horas apretándole el pecho.

Se llevó el móvil al oído y apenas tuvo tiempo de decir su nombre cuando escuchó a Irene al otro lado, llamándola a gritos.

—¡Isabel! ¡Isabel! —exclamaba con una urgencia que helaba la sangre.

El corazón se le aceleró de golpe, como si alguien hubiera dado un empujón brutal desde dentro. Durante un segundo dejó de respirar. La voz de su amiga no sonaba alegre ni despreocupada, estaba cargada de pánico, de una desesperación que atravesó el auricular y le erizó la piel.

—Irene, ¿qué pasa? ¿Dónde estás? —gimió atropellando las palabras.

—¡Isabel! —volvió a gritar su amiga.

—Irene, Irene… —pronunció de los nervios.

Ya no obtuvo respuesta por parte de esta. En su lugar, escuchó un jaleo confuso, voces superpuestas y un motor rugiendo a demasiada velocidad, como si el mundo se hubiera vuelto caótico de pronto.

La voz de Irene regresó, ahogada, gritando, seguida de órdenes secas y masculinas, de alguien mandándola callar. Isabel sintió cómo el estómago se le hundía mientras el miedo tomaba forma, nítido y afilado.

De repente, otra persona tomó el teléfono. Una voz masculina, desconocida y fría.

—¿Isabel? —preguntó con un tono que no admitía familiaridades.

Ella no respondió a la pregunta, se quedó totalmente paralizada. El pulso le latía en los oídos y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no dejarse arrastrar por el pánico.

—¿Quién eres? —exigió con una firmeza que no sentía—. ¿Dónde está mi amiga?

El silencio que siguió fue breve y denso. Isabel apretó el móvil con más fuerza en su mano.

—Escucha con atención, Isabel —dijo finalmente aquella voz masculina. No había necesidad de alzar el tono. Su frialdad era suficiente para helarle la sangre.

—¿Qué le has hecho a Irene? —le preguntó interrumpiéndolo, apenas sosteniendo la voz—. ¿Dónde está?

Tao dejó escapar una breve risa sin humor.

—Tu amiga está viva… de momento. Y seguirá así solo si haces exactamente lo que te diga. Si quieres volver a verla respirando y entera, tendrás que obedecerme sin hacer preguntas. —Isabel cerró los ojos un instante. Todo su mundo se redujo a ese nombre, a la imagen de Irene aterrada, indefensa—. Debes acudir a un lugar.

—Dime a dónde tengo que ir —susurró—. Haré lo que quieras.

—Te enviaré la ubicación al teléfono —respondió él con calma—. Irás sola, sin policía, sin avisar a nadie y, desde luego, sin tu amiguito de la mafia rusa. —El veneno de aquella frase le atravesó el pecho—. Si te atreves a contárselo a alguien —continuó Tao con

una serenidad repugnante—, lo único que encontrarás de tu amiga serán trocitos, trozos irreconocibles. Y después… se los daré de comer a los perros. Te aseguro que no quedará nada que puedas enterrar.

El asco y el pánico se mezclaron en el estómago de Isabel hasta hacerla tambalearse y tuvo que sujetarse con una mano al sofá.

—Por favor… —dijo con la voz rota—, no le hagas daño. Te lo ruego. Haré lo que me pidas. Solo… no le hagas daño.

—Entonces no me hagas perder el tiempo —replicó él—. Tienes una hora. Ve a esa dirección. Si llegas tarde, si desobedeces una sola de mis instrucciones, ya sabes cuál será el resultado.

—Déjame hablar con ella —suplicó Isabel desesperada—. Solo un momento, por favor. Necesito saber que está bien.

—No —respondió Tao sin dudar—. No te concederé ese privilegio. Concéntrate en cumplir mis órdenes. Eso es lo único que puede mantenerla con vida. —Hubo un breve silencio—. Recuerda —añadió antes de colgar—, en una hora y sin artimañas.

La llamada se cortó sin despedida.

Isabel se quedó mirando la pantalla apagada, con el corazón desbocado y la certeza brutal de que acababa de entrar en una pesadilla de la que solo podía salir avanzando.

El miedo por la integridad de Irene le golpeó con una crudeza nueva, más afilada que cualquier temor que hubiera sentido antes. Si le hacían daño…

No terminó la frase en su mente, no podía permitírselo, pensar en ello era asomarse a un abismo que la paralizaba y, aun así, la idea de avisar a Alekséi se le clavó como una espina. Sabía lo que ocurriría si lo hacía. Sabía que ese hombre de la llamada cumpliría su promesa con una precisión despiadada. Aquella no era una advertencia vacía.

—A la mierda… —susurró buscando en la agenda el móvil de Alekséi. No iban a estar vigilando su teléfono, no sabrían de la llamada, aunque tenía miedo de llamarlo en un momento que pudiese ponerlo a él en peligro. Inspiró hondo e hizo una perdida muy corta, solo para que notase la vibración del móvil si lo tenía en ese modo. Esperó con el corazón compungido a que la llamase si era

posible. No sabía realmente en qué momento se encontraría Alekséi —. Joder, llámame —se quejó.

Resopló y fue directa al WhatsApp, si no podía llamarlo escucharía su mensaje cuando pudiese. Abrió un privado con él y apretó el micrófono para grabar un mensaje.

—Joder, Alekséi, ¡contesta el puto teléfono! —resopló—. ¿No eras tú el temido jefe de la mafia rusa, el hombre al que nadie ignora? ¡Pues resulta que tú sí estás ignorando el teléfono! La tríada ha capturado a mi amiga Irene, me han llamado a mí. Sí, a mí, como si esto fuese normal —comentó más para ella que para él—, y dicen que, si no me presento en una hora en el lugar que me han indicado, la matarán. Una hora —enfatizó—. Así que haz el favor de llamarme ya, porque entre mafias, amenazas y ultimátums chinos, para una vez que necesito a un hombre con contactos, armas y complejo de Dios… no me coge el teléfono. ¡Mierda! —Soltó el teléfono y dejó que el mensaje se enviase.

Cuando fue enviado, lo guardó en su bolsillo y resopló.

Bien, si Alekséi no iba a atender su llamada ni su mensaje debería hacer algo. Cada minuto contaba.

Tragó saliva, nerviosa, aunque la garganta se le había secado hasta doler. Sentía la boca pastosa, el pulso desbocado y las manos frías. Se giró entonces, casi por instinto, y vio a uno de los hombres de seguridad paseando por el patio, vigilando como siempre.

Aquella imagen le recordó dónde estaba y lo complicado que sería salir de allí sin levantar sospechas. El problema ya no era solo llegar hasta Irene, era escapar de allí sin que nadie lo notara. Todo sería mucho más fácil si Alekséi le cogiese el teléfono.

Tenía un gran problema. O varios. ¿Cómo salir de la casa sin ser vista?, ¿cómo desplazarse hasta el punto de encuentro sin llamar la atención?

En ese mismo instante, el móvil vibró de nuevo.

La ubicación de WhatsApp apareció en la pantalla como una sentencia: Paseo de Gracia. El corazón le dio un vuelco. El lugar estaba en pleno centro de Barcelona, en una de las calles más concurridas, más visibles y más prestigiosas de la ciudad. Un lugar

donde cualquier movimiento podía ser observado… y donde, paradójicamente, desaparecer entre la multitud también era posible.

Se pasó la mano por la frente, obligándose a pensar con claridad.

En la planta baja, en el parquin, había varios vehículos. Podría coger uno, pero eso llamaría la atención de inmediato. Habría demasiado ruido.

Otra opción sería pedir un taxi y hacer que la esperase unos metros más abajo, fuera del perímetro de la casa, pero entonces surgía la misma pregunta, insistente y cruel: ¿cómo salir sin ser vista?

Levantó la mirada de nuevo hacia el exterior. En ese momento, los dos hombres que vigilaban hablaban en el patio trasero, de espaldas a la casa.

Isabel sintió cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. Quizá tenía una oportunidad. Si salía por la puerta delantera mientras ellos estaban atrás… Pero no bastaba con que no la vieran. Tenía que asegurarse de que no sospecharan, de que bajaran la guardia lo suficiente como para despreocuparse por ella durante un buen rato.

Entonces giró lentamente la cabeza hacia la cocina. Sus ojos recorrieron el espacio con rapidez, calculando distancias, posibilidades y excusas. Una idea comenzó a formarse en su mente.

Inspiró hondo mientras se dirigía a la cocina.

No tenía margen de error si quería salvar la vida de su amiga.

Isabel abrió una de las botellas de vino que descansaban en la vinoteca, una de las buenas, de las que Alekséi reservaba para ocasiones especiales. El suave *pop* del corcho resonó demasiado alto en sus oídos. Sirvió el vino en tres copas con pulso firme, aunque el corazón le golpeaba con violencia el pecho, y las colocó sobre una bandeja. Aquel gesto doméstico, casi trivial, era en realidad una apuesta desesperada. Si su plan funcionaba, tendría una oportunidad. Si no… no quiso pensar en ello.

El taxi ya estaba avisado y la esperaría unas calles más abajo en diez minutos. El tiempo corría en su contra y lo sabía. Tomó aire, se

irguió y salió al jardín intentando no derramar las copas de vino, pues sus manos temblaban por su estado de nervios. El frío la golpeó de inmediato, colándose bajo la ropa y tensándole los hombros.

Los dos hombres de seguridad se giraron al verla aparecer con la bandeja en las manos. La sorpresa fue evidente, todavía mayor cuando Isabel les dedicó una sonrisa dulce, casi cómplice, y dejó las tres copas sobre la mesa exterior.

—Pensé que quizá os apetecería una copa —dijo con ligereza—. Para entrar en calor. Es Fin de Año, al fin y al cabo.

Los hombres intercambiaron una mirada rápida.

—Gracias, señorita Olmo, pero no bebemos en horas de trabajo —respondió uno de ellos con educación.

Isabel soltó una pequeña risa, como si aquello le resultara divertido.

—Vamos, no se lo diré a nadie —añadió bajando el tono de voz —. Además, es una de las botellas caras de Alekséi. Dudo que le importe si es para celebrar lo bien que hacéis vuestro trabajo. Estoy aquí, sana y salva, gracias a vosotros.

Alzó su copa con naturalidad.

—Brindemos —propuso—. Por el Año Nuevo.

Hubo un segundo de duda, uno solo, pero finalmente ambos aceptaron las copas.

Isabel se sentó en una de las sillas, fingiendo comodidad, y comenzó a hablar, como si el aburrimiento fuera su único enemigo aquella noche.

—¿De dónde sois? —preguntó Isabel con una sonrisa tranquila, apoyando el codo en la mesa—. Por el acento, diría que no de Moscú.

—De San Petersburgo —respondió uno de ellos tras un sorbo de vino—. Los dos.

—¿Tenéis familia allí? —continuó ella con naturalidad.

—Sí. Mi mujer y dos niños —dijo el otro, encogiéndose de hombros—. No los veo tanto como me gustaría.

—Debe de ser duro —comentó Isabel con suavidad—, estar tan lejos de casa tanto tiempo.

El primero asintió.

—Llevamos casi un año fuera de Rusia.

—Eso es mucho tiempo —dijo ella alzando la copa para dar un sorbo.

Ambos sonrieron levemente. El ambiente empezó a aflojarse, no tanto por el vino como por la conversación sencilla que había rebajado la tensión.

—¿Tenéis planeado quedaros mucho más tiempo aquí?

—En principio, en poco tiempo volveremos. Nos vamos turnando, ¿sabes? —explicó uno de los guardias de seguridad.

El vino empezó a hacer su efecto, no tanto por el alcohol como por la relajación que ella había conseguido introducir en aquel espacio vigilado.

—Habláis muy bien el español —los felicitó mientras se frotaba los brazos exageradamente—. Hace un frío horrible —comentó—. Creo que voy a darme una ducha caliente y a relajarme un poco. Disfrutad del vino —indicó poniéndose en pie—. Si Alekséi vuelve, ¿podríais decirle que estoy arriba?

—Por supuesto —respondió uno de ellos sin darle mayor importancia.

Isabel entró de nuevo en el comedor y cerró la puerta tras de sí con cuidado. Apoyó la espalda durante un segundo, conteniendo la respiración. A través del cristal los vio sentarse, copas en mano, hablando entre ellos con una calma que antes no tenían.

Era ahora o nunca.

Al menos, contaría con unos minutos donde ellos no vigilarían la parte delantera de la vivienda.

Se movió con rapidez por el comedor y se dirigió a las escaleras. Encendió la luz de inmediato y, antes de subir, miró hacia atrás. Los dos hombres seguían sentados, relajados, con las copas en la mano. Aquella imagen le dio el impulso que necesitaba. Subió los escalones deprisa, procurando no hacer ruido. Al llegar a la segunda planta, encendió la luz del pasillo. Era importante, con aquella iluminación cualquiera pensaría que seguía allí arriba, ajena al mundo.

Sin detenerse, volvió a bajar las escaleras con el mismo sigilo con el que las había subido. Su corazón latía con fuerza, marcándole

el ritmo. Al llegar abajo, clavó la mirada en los hombres del jardín a través del cristal, asegurándose de que no se habían movido. Cruzó el pasillo conteniendo la respiración y se dirigió a la puerta principal. Solo faltaba una cosa, que no estuviera cerrada.

Cuando giró el pomo y la puerta cedió, un sollozo estuvo a punto de escapársele. La cerró tras de sí con sumo cuidado y atravesó el pequeño jardín delantero, avanzando sin mirar atrás, directa hacia la valla. Ya la había estado a punto de saltar la primera noche que intentó huir de Alekséi. Aquella vez no dudó.

Tomó carrerilla y se agarró a la parte más alta, sintiendo el frío del metal clavársele en las manos. Pasó una pierna, luego la otra, y se dejó caer al otro lado. El impacto fue torpe. Tropezó y cayó al suelo con un golpe seco. Un gemido escapó de sus labios cuando la rodilla chocó contra el asfalto y tuvo que morderse el labio para no gritar.

Resopló y se incorporó como pudo. Tenía que darse prisa.

Comenzó a correr calle abajo, con el pulso desbocado y el dolor latiéndole en la contusionada rodilla, rumbo al cruce donde había pedido que la esperara el taxi.

Sabía que aquello no quedaría sin consecuencias, pero ahora solo importaba una cosa: llegar a tiempo y salvar a Irene.

Mientras corría hacia el cruce donde el taxi debía esperarla, los pensamientos la asaltaron con una violencia brutal.

Sabía que iba directa a una trampa. Lo sabía. Acudía a la llamada de aquel hombre para salvar la vida de Irene, su mejor amiga, pero la pregunta martilleaba sin descanso en su cabeza: ¿qué harían con ella cuando llegara al lugar? La incertidumbre era un pozo negro. No saber qué la esperaba le provocaba un terror intenso y visceral, casi peor que la amenaza explícita de muerte que pesaba sobre Irene.

Sabía que su vida corría peligro. Lo asumía con una lucidez dolorosa. Podían matarla, pero ¿qué otra opción tenía? ¿Darse la vuelta, ponerse a salvo y dejar a Irene en manos de aquel monstruo? La sola idea le resultaba insoportable. Su conciencia no se lo permitiría nunca. Prefería enfrentarse al miedo, incluso a la

muerte, antes que vivir sabiendo que había abandonado a la persona que siempre había estado a su lado.

Y, aun así, había otra verdad que la quemaba por dentro. Todo aquello era por Alekséi. Irene era el anzuelo, pero el objetivo real era él. Si la tenían a ella presa, podrían atraerlo, atraparlo y destruirlo. Isabel apretó los dientes mientras corría, sintiendo cómo la culpa se mezclaba con el pánico. Ella era su punto débil, siempre lo había sido y, ahora, esa debilidad podía costarles la vida a todos.

Vio el taxi al final de la calle, detenido en el cruce, y el alivio fue tan intenso que casi le fallaron las piernas. Aceleró el paso y abrió la puerta de un tirón, dejándose caer en el asiento trasero.

—Buenas noches, al Paseo de Gracia, por favor —dijo casi sin aliento.

El coche arrancó de inmediato.

Isabel se giró hacia la ventanilla y observó cómo la casa, la calle y todo aquello quedaba atrás. Las luces se alejaban, difuminadas por la velocidad y por la humedad que empezaba a nublarle los ojos. Apoyó la frente en el cristal frío y cerró los párpados un instante.

—Perdóname, Alekséi —susurró con un hilo de voz.

El taxi siguió avanzando, llevándola directa hacia un destino del que quizá no regresaría.



26

El taxi se detuvo al inicio del Paseo de Gracia.

Pagó con el móvil sin apenas mirar la pantalla y bajó.

El aire la mordió al instante. Hacía frío y no llevaba abrigo, temblaba, aunque no solo por la temperatura. El miedo le recorría la espalda en oleadas lentas e insistentes.

No tenía dudas: aquello era obra de la mafia china. El juego sucio, la amenaza, el mensaje… todo olía a trampa. Se habían llevado a su mejor amiga y amenazaban con matarla. Sabía que el plan era atraer a Alekséi, empujarlo a un error fatal. Y, aun así, ¿qué opción tenía? Quedarse quieta no era una opción cuando la vida de alguien a quien amaba pendía de un hilo.

El taxi se alejó y el ruido del tráfico volvió a ocupar su lugar. Caminó despacio hasta el número ciento diez, tal y como le habían indicado en aquel mensaje de WhatsApp.

Supo que había llegado antes incluso de ver el portal, pues dos hombres asiáticos la esperaban.

El edificio imponía respeto: un portal amplio, de techos altos, con mármol pulido en tonos crema y vetas oscuras y una lámpara central de luz cálida. Las molduras clásicas contrastaban con una puerta de hierro y cristal grueso, pensada más para resistir que para invitar a pasar.

Uno de los hombres se acercó. Tenía el rostro impasible, los ojos rasgados negros y atentos.

—¿Isabel Olmo? —preguntó sin elevar la voz.

Ella no respondió, asintió apenas con una inclinación mínima de la cabeza.

El otro hombre abrió la puerta del portal y le cedió el paso. Dentro se respiraba mejor. El viento dejaba de azotarla y, durante un segundo, el calor tenue del edificio le dio una falsa sensación de refugio.

Avanzaron sin palabras hacia el ascensor.

Uno de ellos abrió la puerta y ella entró situándose al fondo.

Siempre había pensado que los chinos eran más bajos, más discretos. Aquellos dos, en cambio, eran enormes. Bajo las americanas bien cortadas, el volumen de los hombros delataba algo más que músculo: armas, pensó, y el pensamiento le heló la sangre.

El espejo del ascensor le devolvió una imagen que apenas reconoció: la piel pálida, los labios apretados, los ojos demasiado brillantes por el miedo. Los hombres se colocaron delante, dándole la espalda. Uno alzó la mano y pulsó el botón del ático. El ascensor comenzó a ascender lentamente.

El temblor se hizo más patente en su cuerpo. No era miedo, sino terror lo que sentía.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con un susurro metálico. Le indicaron que saliera primero mientras uno de los hombres sostuvo la puerta y el otro aguardaba a su espalda, marcando el ritmo de sus pasos.

A unos pasos, una de las puertas permanecía abierta.

El hombre alzó la mano señalándole el camino.

Isabel avanzó, consciente de cada respiración, de cada latido que le golpeaba en las sienes.

Al cruzar el umbral, la envolvió un lujo frío y medido. El piso estaba concebido para impresionar y dominar: suelos de mármol pulido que reflejaban la luz, cerámicas chinas dispuestas con una precisión casi reverencial, piezas antiguas y delicadas que hablaban de poder, de dinero y de siglos de historia convertidos en ornamento. Lámparas de cristal colgaban del techo como constelaciones domesticadas, proyectando destellos suaves que acariciaban las paredes revestidas en tonos neutros, sobrios, elegidos para no competir con la ostentación del conjunto.

La condujeron por un pasillo largo y elegante, flanqueado por varias puertas cerradas que parecían ocultar secretos y estancias

privadas. Sus pasos resonaban amortiguados sobre el mármol. Se sentía como si estuviera siendo guiada hacia un altar para ser sacrificada. Al fondo, el espacio se abría y desembocaba en un inmenso salón, el más lujoso que había visto jamás.

El salón era amplio, majestuoso, con ventanales que dominaban la ciudad desde las alturas y cortinas de tejidos nobles que caían en pliegues perfectos. El mobiliario, de líneas exquisitas y maderas oscuras, se combinaba con mesas bajas de piedra pulida y detalles dorados apenas insinuados, nunca excesivos. Sobre una pared destacaba una obra de arte oriental de gran formato, poderosa, que parecía observarlo todo. La luz de las lámparas de cristal se multiplicaba en reflejos suaves, creando una atmósfera cálida y peligrosa a la vez, como una jaula forrada de terciopelo.

En uno de los sofás, sentada con absoluta naturalidad, había una mujer asiática. Vestía de forma impecable, con un elegante vestido, y sostenía una copa de champán que, intuyó Isabel, debía de ser tan caro como exclusivo. Su actitud era relajada, casi aburrida, como si aquella escena fuera un trámite más en su agenda. Al otro lado del sofá, un hombre compartía el mismo gesto sereno, la misma calma calculada, observándolo todo con una expresión que no dejaba espacio para la duda. Lo reconoció al momento: el hombre del restaurante.

Un golpe seco en la espalda la obligó a avanzar unos pasos más. El impacto no fue fuerte, pero sí lo bastante claro para recordarle su posición. Al alzar la vista, se encontró con la mirada de la mujer asiática, que la recorrió de arriba abajo con lentitud, evaluándola como se examina una pieza de arte antes de decidir su valor.

—Así que usted es la señorita Isabel Olmo —comentó y luego dio un sorbo a su copa.

Isabel puso su espalda recta y alzó el mentón. Sabía que no debía demostrar debilidad ante esas personas, igual que no lo hacía ante los delincuentes del juzgado.

—¿Dónde está mi amiga? —preguntó con tono seco, convirtiendo sus manos en puños.

Mei Chen la observó con la quietud venenosa de una víbora antes del ataque. No había prisa en su mirada, solo cálculo y una

crueldad pulida por los años. Luego giró apenas la cabeza e hizo un gesto mínimo a uno de sus hombres, un movimiento casi perezoso que, sin embargo, desató el caos.

Isabel se giró instintivamente y vio cómo uno de ellos abría una de las puertas laterales hasta entonces cerrada.

De aquella estancia emergió Tao y junto a él iba Irene.

La conducía a trompicones, sin cuidado, empujándola hacia el comedor.

Al verla, el mundo de Isabel se contrajo hasta un punto doloroso. Sus miradas se encontraron y, en cuanto Irene la reconoció, el llanto desgarrador brotó sin contención. Isabel apretó los labios, obligándose a mantenerse erguida, a no ceder al pánico.

—Tranquila… —dijo forzando una voz firme que no sentía—. Estoy aquí. Todo va a salir bien.

—¿Qué está pasando? —sollozó Irene—. ¿Qué ocurre, Isabel?

Isabel dio un paso hacia ella, impulsada por un instinto desesperado. Quiso abrazarla, protegerla, esconderla de todo aquello, pero no llegó muy lejos. Una mano firme la sujetó del brazo con fuerza, deteniéndola en seco. Se revolvió e intentó zafarse, pero fue inútil.

Mei Chen se puso en pie atrayendo las miradas de las dos. Era realmente hermosa, de una belleza peligrosa. El vestido verde esmeralda se ajustaba a sus curvas con una elegancia impecable, resaltando su figura mientras la luz del salón se deslizaba sobre la tela. No poseía una sonrisa amable, sino una irónica, como si el dolor ajeno fuera un entretenimiento cuidadosamente orquestado.

—Déjela ir —dijo Isabel al fin, con un hilo de voz cargado de rabia contenida—. Ella no tiene nada que ver con todo esto. No es parte de su juego.

Mei Chen no respondió de inmediato. Dio un sorbo a su champán, disfrutando del silencio, de la tensión suspendida en el aire, y miró a su marido.

—Si no haces exactamente lo que te pido —respondió Mei—, verás la sangre y los sesos de tu amiga esparcidos contra esa pared.

La sonrisa permaneció en su rostro, una sonrisa de una crueldad sin medida, mientras las palabras caían como una sentencia

inapelable.

Isabel se tensó por completo ante la última amenaza.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó sin rodeos, clavando la mirada en Mei Chen.

La mujer sonrió satisfecha, como si aquella pregunta confirmara que la partida avanzaba según lo previsto.

Dio unos pasos hacia Isabel con una elegancia casi irreal, deslizándose sobre el mármol como si flotara.

—Vas a llamar a Alekséi —dijo al fin con una voz letal—. Le dirás que venga aquí. Si no lo haces… os mataré a las dos.

La amenaza cayó limpia, fría e imposible de malinterpretar.

Isabel tragó saliva y asintió despacio, consciente de que acababa de cruzar un umbral sin retorno. Sin embargo, no apartó la mirada.

—Si hago eso —replicó con firmeza—, dejarás que mi amiga se marche.

Durante un instante, Mei Chen pareció verdaderamente sorprendida. Sus ojos se afilaron, evaluándola de nuevo, y una sonrisa distinta, más interesada, curvó sus labios.

—Eres una mujer valiente —dijo—. Nadie se atreve a exigirme condiciones. Se nota que eres la fiscal de Barcelona.

Isabel dio un paso adelante.

—Si quieres a Alekséi, tendrás que cumplir tu parte. Irene sale de aquí. Ahora.

Mei Chen ladeó la cabeza, observándola con una curiosidad casi científica, como quien estudia una rareza digna de colección.

—Aquí no eres fiscal, Isabel Olmo. Aquí solo eres una mujer asustada intentando salvar aquello que ama.

—Asustada, pero no derrotada. Si algo le pasa a ella o a mí, no habrá escondite posible ni para ti, Dragón Rojo, ni para los tuyos.

Una sonrisa maléfica se dibujó en los labios de Mei Chen.

—¿Crees que la mafia rusa vendrá a rescatarte? —preguntó con desdén—. Alekséi Petrov no es un Dios. Sangra igual que todos.

—Y, aun así —replicó Isabel—, es suficiente para enterrarte a ti y a todo tu imperio. Si me obligas a hacer esa llamada bajo amenaza no ganarás una guerra, la desatarás y, créeme, eso no te conviene.

Mei Chen dejó escapar una risa floja, sin dejarse influenciar por sus palabras.

—Las guerras no se ganan matando, sino eligiendo qué sangre derramar y asegurándose de que caiga ante quienes deben aprender a temer. —Hizo un gesto casi imperceptible con su cabeza y Tao presionó un poco más el arma contra la sien de Irene. El sollozo de la joven se quebró con un gemido ahogado—. Llámalo —ordenó Mei Chen con voz gélida—, u observa las consecuencias de no hacerlo.

Isabel apretó los puños, sintiendo cómo la rabia le daba fuerzas para no caer y, finalmente, asintió. En realidad, por duro que fuese, no podía hacer otra cosa.

Isabel sacó el teléfono de su bolsillo lentamente. Buscó el nombre de Alekséi en la agenda, obligándose a controlar cada músculo de la mano para que no delatara el temblor de los dedos. No podía permitirse parecer nerviosa delante de ellos. Tenía que mostrarse fuerte, aunque el miedo le mordiera por dentro. Pulsó el botón de llamada y alzó la vista.

Irene seguía arrodillada a pocos metros de ella, encogida sobre sí misma, con el arma presionándole la sien.

Tragó saliva mientras los tonos de llamada resonaban en su oído, largos e insoportables. Sintió la presencia de Mei Chen acercándose con los brazos cruzados y un balanceo lento de caderas.

—¿Sí? Dime —la voz de Alekséi sonó al fin, grave e inconfundible.

—Alekséi… —dijo Isabel procurando que su voz no se quebrara —. Estoy bien, pero tengo problemas...

Al otro lado de la línea, Alekséi se quedó inmóvil. El vehículo seguía avanzando, siguiendo de cerca a uno de los camiones que transportaba uno de los contenedores donde creían que retenían a las mujeres, pero el mundo se había detenido en seco para él.

—¿Qué ocurre? —preguntó. La preocupación se filtró sin disimulo en su tono de voz. Sergei y Nikolau se miraron de inmediato. Algo iba mal—. ¿Isabel? —insistió con una preocupación en la voz que no intentó ocultar.

Isabel abrió la boca para responder, pero no tuvo tiempo. Mei Chen se movió con una rapidez inesperada y le arrancó el teléfono

de la mano con un gesto brusco.

Mei se llevó el móvil al oído. Una sonrisa lenta y complacida afloró curvándole los labios al escuchar la voz de Alekséi repitiendo con urgencia el nombre de Isabel.

Isabel dio unos pasos atrás, apartándose, pero uno de los hombres la detuvo con la mano impidiendo que se alejase.

—Qué alegría oírte, Alekséi —dijo Mei Chen al otro lado de la línea, con una ironía juguetona—. He pensado tantas veces en cómo sonaría tu voz cuando por fin habláramos… y no me ha decepcionado.

—No te andes con tonterías —respondió él sin rastro de cortesía —. Sabes perfectamente por qué llamas. Ve al grano.

No hizo falta que Mei le dijese de quién se trataba, Alekséi lo tenía más que claro.

Mei Chen dejó escapar una risita juguetona y peligrosa a la vez.

—Tengo algo que te pertenece —pronunció mirando a Isabel—. Bueno, en realidad tengo dos rehenes. Isabel está conmigo. También su amiga, Irene. Vivas… por ahora.

El silencio al otro lado fue denso, contenido, pero cuando Alekséi habló de nuevo, su voz había cambiado, sonando más grave y peligrosa.

—Si las has tocado —dijo despacio—, acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—Oh, no exageres —replicó Mei con frialdad—. Aún no he derramado sangre, pero lo haré si no vienes ahora.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —la voz de Alekséi se volvió cortante—. Hay personas que no se tocan. Isabel es una de ellas. —Hubo un segundo de silencio—. Dime a dónde tengo que ir. Si lo que buscas es una guerra, la vas a encontrar. Y no habrá lugar en el mundo donde esconderte cuando empiece.

Mei Chen sonrió, satisfecha, como si aquellas palabras fueran justo lo que esperaba oír.

—Eso espero, Alekséi. Me decepcionaría mucho que no vinieras. Ven solo… o verás morir primero a la amiga de Isabel y luego, muy despacio, a la señorita Olmo.

—Si les ocurre algo —replicó él con una calma aterradora—, no tendrás lugar donde esconderte. Te lo juro por cada muerto que dejaré a mi paso.

—Perfecto —concluyó Mei Chen—. Entonces estamos de acuerdo. Paseo de Gracia, número ciento diez. Tienes media hora o comenzaré a descuartizar a Isabel, poco a poco.

La llamada se cortó dejando en el aire la promesa de una guerra inevitable.

Sergei que conducía lo miró preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó tenso.

—Mei Chen tiene a Isabel y a una amiga de ella. —Miró hacia delante con la mandíbula tensa mientras Sergei y Nikolau esperaban órdenes, sin pronunciar nada, permitiéndole ordenar las ideas—. Llévame a Paseo de Gracia —ordenó. Sergei asintió mientras se situaba en el carril de la derecha para tomar el siguiente desvío y dejar de seguir al camión que cargaba el contenedor. Buscó en su móvil el número de Yuri y lo marcó. Por suerte, lo cogió rápido—. Cambio de planes —dijo directamente.

En ese momento se dio cuenta de que tenía un mensaje de voz de Isabel en el WhatsApp. Le dio al botón para escucharlo.

"Joder, Alekséi, ¡contesta el puto teléfono! ¿No eras tú el temido jefe de la mafia rusa, el hombre al que nadie ignora? ¡Pues resulta que tú sí estás ignorando el teléfono! La tríada ha capturado a mi amiga Irene, me han llamado a mí. Sí, a mí, como si esto fuese normal… y dicen que, si no me presento en una hora en el lugar que me han indicado, la matarán. Una hora. Así que haz el favor de llamarme ya, porque entre mafias, amenazas y ultimátums chinos, para una vez que necesito a un hombre con contactos, armas y complejo de Dios… no coge el teléfono. ¡Mierda!".

Sin apartar la vista de la carretera, Sergei miró de reojo a Alekséi, el cual parecía en trance.

—Mierda… —susurró él.

Mei Chen dejó el móvil de Isabel sobre la mesa, ni siquiera hizo ademán de devolvérselo.

Sus ojos se posaron sobre Isabel y luego sobre Irene con la misma precisión calculada, evaluando cada reacción, cada tic

nervioso. Tomó asiento junto a Zhiang Xu y levantó la copa de champán, observando cómo el líquido dorado brillaba con la luz del salón. Dio un sorbo con una calma provocadora y depositó la copa en la mesita de cristal al lado del sofá.

Hizo un gesto sutil con la cabeza a Tao para que dejase de apuntar a Irene y luego la levanto del brazo, aunque la sujetó sin dejar que se acercasen la una a la otra.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que no buscaba ser amable.

—No es muy prudente para la fiscal de Barcelona codearse con gente que vive al margen de todo lo que representas —murmuró Mei Chen con voz suave y cargada de amenaza.

Isabel la miró sin parpadear y una chispa de desafío brilló en sus ojos.

—No sabes lo que has hecho. No te equivoques conmigo, soy algo más para Alekséi que la fiscal de Barcelona —pronunció alzando el mentón—, y por eso mismo no se detendrá ante nada. Acabará con todos y cada uno de vosotros —la amenazó.

El silencio que siguió a esa aseveración era casi tangible. Mei Chen arqueó una ceja, sorprendida, y dejó escapar una risa corta. En ese momento su mirada no mostraba amenaza, sino curiosidad, como si jugara con Isabel y al mismo tiempo midiera su fuerza.

—Ah, ¿sí? —preguntó finalmente, ladeando la cabeza—. Dime… ¿te lo has follado? —Isabel sintió un estremecimiento recorrerla, una mezcla de indignación y desafío. Mei Chen comenzó a reír—. Te has follado al jefe de la mafia rusa —dijo levantándose de su asiento, fascinada—. Vaya, vaya… —continuó acercándose a ella, cruzándose de brazos ante Isabel—, y ¿qué tal? —preguntó con frialdad y audacia—. ¿Es bueno? —ironizó. Isabel la miró con asco. Mei Chen respondió con una sórdida sonrisa—. Te has pasado al lado oscuro… debe de ser muy bueno cuando consigue que una fiscal como tú lo defienda. —Asintió con la cabeza—. Ahora entiendo tantas cosas… como por qué el jefe de la mafia rusa va a venir aquí de inmediato, exponiendo su vida.

Isabel la miró con una sonrisa.

—Y eso… debería aterrorizarte —le escupió—. Tú no sabes de lo que es capaz.

Mei Chen rio con una risa breve.

—Vaya… qué valiente —ironizó—. ¿Crees de verdad que puedes desafiarme y salir ilesa? ¿Crees que yo temo a algo que tú o tu héroe podáis hacerme?

Isabel se inclinó ligeramente hacia delante, acercando su mirada a la de Mei Chen, sin perder un ápice de control.

—No espero que tengas miedo —dijo con voz baja y firme—. Espero que recuerdes que hay límites que no puedes cruzar sin consecuencias. No sabéis la que os espera.

Mei Chen dejó escapar un suspiro teatral, entre divertido y admirado, dejando que el silencio volviera a llenar la sala.

—Mmm… veo que tienes agallas —murmuró—. Pero las agallas no son suficientes para jugar en mi terreno. Sé que estás muy segura, pero tú y tu amiguito habéis empezado a perder sin siquiera daros cuenta. Sois impulsivos e imprudentes.

Isabel sonrió con un gesto frío.

—Me alegro de que lo sepas —respondió—. Pero recuerda algo: no importa lo que creas conocer, no importa que pienses que has ganado. Alekséi y sus hombres son imprevisibles, sí —confirmó—, y ahora no vienen solo a sacarnos a Irene y a mí de aquí, vienen a por ti —la amenazó—. Ten muy presente eso. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Mei Chen no parecía inmutarse ante las palabras de ella.

Miró su reloj y fue de nuevo a su sofá.

—Bueno, ya lo veremos… —dijo sentándose en el sofá de nuevo, cogiendo su copa—, en veinticinco minutos —acabó con una sonrisa antes de dar un sorbo.



27

Alekséi caminaba despacio por el Paseo de Gracia, dejando que el murmullo de la ciudad lo envolviese. Cada movimiento era un ejercicio de autocontrol. Bajo esa calma aparente, la rabia se agitaba en su interior con la violencia de un animal encerrado. Inspiraba hondo, una y otra vez, obligándose a no acelerar el paso, a no dejar que el instinto tomara el mando. Barcelona seguía viva a su alrededor, ajena a la tormenta que se estaba gestando en su mente.

Nadie se atrevía a tocar lo que era suyo. Ese pensamiento se repetía con una claridad peligrosa. Isabel era suya, no como una posesión banal, sino como algo que le pertenecía en un plano más profundo: era la única capaz de calmarlo, de arrancarle el peso de la violencia que había marcado toda su vida. Con ella, el ruido en su cabeza desaparecía, los pensamientos oscuros se acallaban. Con ella, el mundo se ordenaba. Saber que estaba en peligro era una afrenta directa, una herida abierta que lo convertía en algo todavía más letal.

Jamás había sentido algo así. No era miedo, era una mezcla de furia y necesidad que lo atravesaba por dentro. Nadie, en toda su existencia, había tenido el poder de desarmarlo y al mismo tiempo de volverlo imparable.

Amenazarla era amenazarlo a él en lo más profundo y, eso, era algo que no iba a permitir bajo ningún concepto. Ni ahora, ni nunca.

La mafia china podía creer que estaba ganando, que había interpretado sus movimientos como una señal de debilidad.

Alekséi había intentado evitar una guerra. su mensaje había sido claro, un aviso comedido, una advertencia para marcar límites sin derramar más sangre de la necesaria. Pero el Dragón Rojo había

decidido atacar. No habían entendido el lenguaje de la contención, solo el de la fuerza. Y, al hacerlo, habían cometido un error irreversible.

La guerra ya no era una posibilidad lejana, sino una consecuencia inevitable. Si tenía que desatarla, lo haría sin titubeos por Isabel, por lo que representaba y por lo que despertaba en él. Nadie, absolutamente nadie, se atrevía a amenazarla sin salir ileso.

Mientras avanzaba por el paseo, Alekséi lo supo con una certeza fría y devastadora: el Dragón Rojo había firmado su sentencia de muerte y pensaba ejecutarla aquella misma noche.

Al llegar al número ciento diez dos hombres lo esperaban abajo.

—Señor Petrov —pronunció uno de ellos.

—Dejémonos de formalidades —pronunció Alekséi directamente con voz grave y se giró para entrar al portal.

Cruzó el umbral del portal seguido de los dos hombres sin decir una palabra. Su cuerpo avanzaba con decisión, directo hacia el ascensor, como si aquel edificio no fuera territorio ajeno, sino un escenario más de tantos que había pisado en su vida. Se dirigió al ascensor cuando uno de los hombres se interpuso frente a él, alzando una mano.

—Un segundo —lo detuvo.

Alekséi cerró los ojos apenas un instante y dejó escapar un suspiro controlado. Alzó los brazos con un gesto lento, aburrido, ofreciéndose al cacheo sin oponer resistencia.

El hombre lo registró de arriba abajo con meticulosidad, asegurándose de que no llevaba ningún arma encima. Solo cuando estuvo satisfecho, abrió la puerta del ascensor y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

El ascensor inició su ascenso hacia el ático con un silencio sepulcral. Nadie hablaba.

Alekséi permanecía inmóvil, con la mirada fija al frente, consciente de cada segundo que lo separaba de ella.

Al detenerse, las puertas se abrieron y salieron.

El piso se desplegaba ante ellos con una ostentación evidente, pero Alekséi no dedicó ni un solo vistazo a la extravagancia del lugar.

Siguió a uno de los hombres con paso firme mientras el otro caminaba a su espalda, vigilándolo de cerca.

Avanzaron hasta el comedor. Y, entonces, todo lo demás dejó de importar.

Alekséi buscó a Isabel de inmediato, de forma instintiva. Su mirada pasó de largo por Mei Chen y su marido, apenas una presencia periférica, y se clavó en ella.

Isabel lo miraba con los labios apretados, intentaba mantenerse firme, pero él la conocía demasiado bien como para percibir el miedo contenido en sus ojos. Aquella vulnerabilidad le atravesó el pecho como un cuchillo. Al otro lado del salón distinguió a otra mujer, con los ojos enrojecidos y el rostro húmedo por las lágrimas. Supuso que debía de ser Irene, la amiga de Isabel.

Sin apartar la vista de ella, Alekséi habló con una voz grave y controlada.

—¿Cómo estás?

Isabel tragó saliva antes de responder, esforzándose por sostenerle la mirada.

—Bien.

La palabra apenas había abandonado sus labios cuando Mei Chen se puso en pie, interrumpiendo aquel breve intercambio de palabras.

—De momento —dijo Mei con una sonrisa burlona.

El silencio volvió a caer sobre la estancia, pesado y cargado de advertencias.

—Es interesante lo mucho que significa para ti —continuó el Dragón Rojo.

Alekséi no apartó la mirada de Isabel.

—No la menciones como si fuera un objeto. Dime, qué quieres.

Mei Chen dio un paso lento hacia él, disfrutando del control de la situación.

—Muy simple —pronunció ladeando su cuello—. Si quieres salvarle la vida… tendrás que cederme el territorio. Todo. El puerto, las rutas, los locales. Quiero que desaparezcas del mapa.

—No —respondió directamente.

La expresión de Mei Chen se endureció, aunque luego se encogió de hombros.

—Entonces las mataré.

El silencio volvió a inundar la estancia.

Alekséi giró por fin la cabeza hacia ella, hacia Isabel. Permanecía en la misma posición del principio, toda tensa, pero sin derramar una lágrima. Desde luego, era una mujer muy fuerte.

—Si cedo las rutas… ¿me la entregas? —evitó decir el resto de cosas que Mei le había pedido.

Mei Chen lo observó un instante y, de pronto, se echó a reír. No era una risa nerviosa.

—¿Entregártela? Ni hablar —pronunció acercándose a él. Se inclinó ligeramente en su dirección—. Confórmate con que siga viva, ya es una concesión enorme, Alekséi.

Alekséi la miró fijamente, sin pestañear.

—Estás jugando a algo que no entiendes.

Mei Chen sostuvo su sonrisa, pero algo en su mirada se tensó apenas un segundo, lo justo para delatar que había tocado un punto peligroso.

—Oh, lo entiendo perfectamente —respondió con suavidad—. Entiendo que creías tener el control… hasta ahora.

Alekséi dio un paso hacia ella. No fue brusco, ni impulsivo, fue cargado de una violencia tan contenida que parecía vibrar en el aire. Los hombres a su alrededor tensaron los hombros, preparados, y extrajeron sus armas de sus cinturones, pero él ni siquiera los miró.

—No vas a tener territorio suficiente para esconderte.

Mei Chen alzó la barbilla, manteniéndose firme, aunque el salón pareció encogerse a su alrededor.

—¿Me amenazas en mi propia casa? —preguntó con un deje de diversión.

Alekséi sonrió, pero no había humor en su gesto.

—No es una amenaza —replicó—. Es una advertencia. He quemado imperios por menos que esto. Has cometido el error de pensar que ella es mi debilidad… cuando en realidad es mi detonante.

Mei Chen dio un paso atrás, casi imperceptible, y entrelazó los dedos con calma estudiada.

—Entonces, seamos claros —dijo—. Tú no cedes y yo no cedo. Y ella… sigue respirando mientras me convenga.

Los ojos de Alekséi se desviaron un instante hacia Isabel. Fue un segundo, pero en él cabía todo: protección, furia y una decisión ya tomada. Al volver a mirar a Mei Chen, su voz fue un susurro helado.

—Disfruta de ese "mientras". Es lo único que te queda. —El silencio que siguió no fue vacío: fue el preludio de algo irreversible. Ambos lo sabían. Alekséi se inclinó un ápice hacia Mei Chen, lo justo para invadir su espacio sin que nadie más lo percibiera. Su voz descendió hasta convertirse en un susurro áspero, cargado de la calma engañosa que precede a la tormenta—. Dime algo, Mei Chen… ¿valoras tu vida? —preguntó—. Porque, ahora mismo, todos los que estamos aquí pendemos de un hilo. Incluida tú.

Ella lo miró con atención, sin perder la compostura, aunque su sonrisa se había vuelto más rígida.

—¿Debería asustarme? —respondió en el mismo tono bajo—. No eres el único que sabe mover piezas.

Alekséi ladeó la cabeza, observándola con una curiosidad peligrosa.

—¿Sabes quién es Besnik?

Por primera vez, Mei Chen frunció ligeramente el ceño. No reconocía ese nombre. No apartó la mirada, pero algo en su expresión delató la duda.

—No —admitió aparentando estar tranquila—. ¿Debería?

—Es el jefe de la mafia albanesa —respondió Alekséi sin emoción —. Y ahora mismo… tiene a su gente apuntando con un rifle desde el piso de enfrente. Directamente a tu marido.

Antes de que pudiera reaccionar, Alekséi alzó la mano con un gesto lento, casi elegante. Un punto rojo apareció de pronto en la frente de Zhiang Xu, filtrándose a través del cristal como una amenaza tangible. El salón quedó congelado.

—Si alguien se mueve —dijo Alekséi ya sin susurrar, pero con una voz firme—, disparan. —Sus labios se curvaron en una sonrisa

maliciosa mientras volvía a clavar los ojos en Mei Chen—. Y ¿adivina qué? —añadió—. Tengo más para repartir.

Un segundo punto rojo apareció esta vez justo en la frente de ella. Mei Chen alzó la mirada instintivamente, detectando el calor invisible de la mira sobre su piel. Por primera vez, su respiración se volvió perceptible.

Algunos hombres reaccionaron de inmediato, levantando sus armas y apuntando hacia Alekséi.

Isabel dejó escapar un suspiro ahogado, paralizada por el miedo.

Alekséi alzó la mano hacia ella sin apartar la vista de Mei Chen, ordenándole en silencio, pero con gesto firme, que se mantuviese quieta. Isabel obedeció.

—Ni un movimiento más —continuó Alekséi—. Cualquier gesto tuyo o cualquier orden por tu parte, y mis amigos albaneses apretarán el gatillo. Tú decides. —Mei Chen permanecía inmóvil, con el cuerpo rígido y los ojos fijos en él. —Tus hombres bajan las armas —prosiguió—, e Isabel, su amiga y yo salimos de aquí. Lo tomaré como un aviso. Uno solo. —Se inclinó un poco más hacia ella con su sonrisa desapareciendo—. No habrá más oportunidades. La próxima vez… no hablaré, ordenaré disparar. —El silencio que siguió fue absoluto. Mei Chen entendió entonces que aquello no era un farol. Era una cuenta atrás—. ¿Qué hacemos, Dragón Rojo? —ironizó. Alekséi sostuvo su mirada sin pestañear. Su expresión no cambió, pero algo en sus ojos se volvió más oscuro, más definitivo e implacable. Inclinó la cabeza, como si considerara la ironía un gesto inútil—. Depende de ti —respondió con un tono peligrosamente sereno—. Podemos salir de aquí ahora mismo… o podemos derramar tanta sangre que este ático tan bonito termine irreconocible. Paredes nuevas, suelos nuevos... —pronunció con una sonrisa irónica—, un redecorado completo a base de plomo y de vuestra sangre. —Dejó que la amenaza se asentara, que cada palabra encontrara su sitio. El punto rojo seguía clavado en la frente de Mei Chen, inmóvil—. Tú eliges si este lugar sigue oliendo a champán caro —continuó—, o si dentro de unos minutos huele a pólvora y a muerte. Porque te aseguro, Dragón Rojo, que… si esto estalla, no quedará nadie aquí para contar la historia como una victoria tuya. —Mei Chen apretó la

mandíbula. No habló. Alekséi dio un paso más, lento, letal—. ¿Prefieres que salga con lo que es mío o que hagamos de este piso un mensaje contundente para el resto de tus aliados? —susurró—. Uno que diga que amenazar a Isabel tiene un precio que ni tú puedes pagar. —El silencio volvió a caer, pesado e insoportable. Todas las armas seguían en alto, todos los cuerpos tensos. Alekséi no necesitaba repetirlo dos veces. La cuenta atrás ya estaba en marcha—. Elige —exigió—. Es una oportunidad. La única que vas a tener.

Mei Chen desvió la mirada apenas un segundo hacia su marido. El punto rojo seguía fijo en su frente, inmóvil como una sentencia de muerte suspendida en el aire. Mei no se atrevió a moverse. Sabía que cualquier gesto, cualquier respiración mal calculada, podía costarle la vida a él… o la suya propia. Trago saliva, sintiendo por primera vez cómo el control se le escapaba entre los dedos y, finalmente, asintió despacio, con una rigidez que delataba la derrota sobrevenida.

Alekséi sostuvo su mirada un instante más, lo suficiente para asegurarse de que había entendido.

—Has elegido correctamente —dijo con una calma helada—. No vuelvas a meterte en mi territorio. Nunca. —Luego, con una crueldad casi despreocupada, añadió—.

Y, por cierto, solo dejarán de apuntaros cuando estemos bien lejos de aquí. No intentéis nada o en menos de un segundo estaréis muertos.

No esperó respuesta. Se giró de inmediato, como si Mei Chen hubiera dejado de existir. Sus ojos buscaron a Isabel y, en cuanto la tuvo delante, la tomó de la mano con firmeza, un gesto posesivo y protector a la vez. Después avanzó hasta Irene y apoyó una mano segura sobre su hombro, indicándole que se moviera. Sin mirar atrás, sin conceder una última palabra ni un último desafío, las condujo fuera del salón hacia el pasillo, arrancándolas de aquel lugar amenazante.

Mientras caminaban, el corazón de Isabel latía desbocado.

Había tenido miedo, un miedo real, paralizante, de ese que cala hasta el alma. Había temido por su vida, por la de su amiga, por

todo lo que podía perder en cuestión de segundos. Y, sin embargo, en el instante en que lo vio cruzar la puerta, supo que había venido a por ella, que no habría duda, que no se detendría ante nada.

Sabía que Alekséi era un hombre peligroso. Lo había sabido siempre, pero en aquel momento, mientras sentía su mano rodeando la suya, comprendió algo más profundo: había ido a buscarla sin dudar un solo segundo, exponiéndose, cruzando líneas que nadie se atrevería a cruzar por ella.

Entraron en el ascensor sin decir una palabra. El silencio era tan agobiante que parecía ocupar el poco espacio que quedaba entre los tres. Solo cuando las puertas se cerraron con un golpe seco, aislándolos del exterior, Alekséi giró la cabeza y miró a Isabel de reojo. Su expresión ya no era la del hombre que había negociado con sangre fría, sino la de alguien que contenía una furia peligrosa.

—Tú y yo vamos a hablar en cuanto lleguemos a casa. ¿Cómo se te ocurre?

Isabel desvió la mirada hacia Irene, que la observaba con asombro y miedo, reconociendo al mismo hombre que había visto tantas veces en el juzgado, ahora convertido en algo muy distinto. Tragó saliva antes de responder, con la voz quebrada.

—Te dejé un mensaje… —rugió.

Alekséi levantó una mano y la hizo callar sin brusquedad, pero con una firmeza que no admitía réplica.

—Pues esperas a que te devuelva la llamada —repitió. Esta vez su tono fue más serio, más oscuro.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el mundo pareció detenerse.

Isabel e Irene quedaron petrificadas.

Los hombres que minutos antes custodiaban la entrada del portal, asiáticos peligrosos y armados, yacían en el suelo, inmóviles, con los cuerpos retorcidos y rodeados de sangre aún fresca. El aire olía a metal y a pólvora. Y como si aquello no fuera suficiente, dos hombres aguardaban de pie, tranquilos, como si hubieran estado esperando ese momento. Todo indicaba que el camino había sido despejado para ellos.

Los albaneses estaban colaborando con Alekséi.

Irene e Isabel avanzaron detrás de él, incapaces de articular palabra.

Alekséi se dirigió directo a la salida, asintiendo hacia aquellos hombres.

—Hacedlo —ordenó con voz fría.

Irene buscó instintivamente la mano de Isabel y la apretó con fuerza mientras cruzaban el portal, ahora cubierto de salpicaduras de sangre. El miedo la recorría entera.

Isabel, aún en shock, alzó la vista hacia Alekséi.

—¿Qué… qué quieres decir con eso? ¿Qué van a hacer?

Él no respondió.

Un vehículo oscuro se detuvo frente a ellos. Solo entonces Isabel se dio cuenta de que había más hombres ocultos en las sombras, apostados estratégicamente, con rifles preparados. La escena era un despliegue de poder absoluto.

—Dime qué van a hacer —insistió con la voz temblorosa.

Sergei abrió la puerta trasera del coche para que entraran.

Irene se arrinconó de inmediato en el asiento.

Solo cuando la puerta se cerró y el vehículo arrancó, él se giró hacia ella.

—Con los míos no se juega —dijo con una calma aterradora mientras el coche avanzaba por la calle a gran velocidad, como si huyese del lugar—. Nunca —sentenció.

El coche avanzó calle abajo. Y entonces, de pronto, una explosión sacudió la noche.

Tanto Irene como Isabel se giraron de inmediato mientras el vehículo se alejaba de aquel portal rápidamente.

El ático estalló en una llamarada brutal, como si una bomba hubiera sido detonada sin aviso. El resplandor iluminó el interior del vehículo por un segundo que se hizo eterno.

Isabel contuvo el aliento, comprendiendo al fin el alcance real de aquella frase.

Les había hecho creer que vivirían. Les había concedido esa ilusión durante unos minutos, el tiempo justo para que bajaran las armas, para que pensaran que habían ganado algo más que una tregua humillante. Y, sin embargo, había acabado con la cúpula de la

mafia china en solo un pestañeo, justo cuando las había sacado sanas y salvas de allí.

Isabel comprendió entonces que aquello no había sido una negociación, sino una ejecución aplazada.

Debería odiarlo por lo que había hecho, por la frialdad con la que había decidido el destino de tantas vidas, sin embargo, no lo hacía. No sentía repulsión, ni siquiera rabia, solo una conciencia clara y perturbadora de hasta dónde podía llegar… y de que había ido hasta allí a por ella. Nadie se atrevía a meterse con la mafia rusa sin asumir las consecuencias. Todo el mundo sabía cómo acababan esas historias.

Mientras el todoterreno se alejaba, su mente intentó reconstruir lo ocurrido. Estaba casi segura de que aquellos dos hombres de la mafia albanesa habían colocado los explosivos en la parte alta del edificio, o quizá no, tal vez había sido algo más limpio, más quirúrgico: un proyectil desde el piso de enfrente, el mismo lugar desde donde habían surgido los punteros láser que habían marcado las frentes de los enemigos como sentencias anticipadas. Nunca lo sabría con certeza y, en el fondo, supo que nadie se lo diría jamás.

Lo que más la desconcertó fue su propia reacción. No había indignación, ni un nudo de culpabilidad atenazándole el pecho. Lo que sintió fue alivio, un alivio profundo al saber que todo había terminado, que la amenaza había desaparecido, que Irene estaba a salvo y que ella seguía viva.

Cerró los ojos un instante y dejó que esa sensación la envolviera, consciente de que, a partir de aquella noche, nada volvería a ser igual.

Isabel miró a Irene, acurrucada en el asiento del coche, los ojos todavía desorbitados, la respiración entrecortada, como si el mundo entero se hubiera detenido para ella.

— Tranquila… —susurró intentando sonar firme.

Alekséi miró un momento a Sergei a través del retrovisor.

—Vamos a casa. —Miró a Irene—. No volverás a la tuya hasta que estemos seguros de que no hay peligro. Quiero asegurarme de que todo esté bajo control.

Su voz tenía ese peso silencioso que siempre le imponía respeto, ese magnetismo que hacía que incluso Isabel, acostumbrada a la tensión, sintiera un nudo en el estómago.

Isabel giró ligeramente la cabeza hacia Irene, la cual aún estaba en shock.

—¿Cómo te secuestraron?

Irene tragó saliva y respondió con un hilillo de voz.

—Fue… Roberto.

Alekséi frunció el ceño y miró a Irene con curiosidad.

—¿Quién es ese Roberto?

Isabel estaba a punto de responder, pero Irene negó con la cabeza con un gesto desesperado.

—No, no… —interrumpió temblando—. Si dices algo… ya te imaginas lo que pasará. Irán a matarlo —susurró.

Alekséi giró la cabeza lentamente hacia delante, con sus labios curvándose en una mueca peligrosa, los ojos brillando con esa intensidad que siempre helaba la sangre a quien lo veía.

—No le haré nada —prometió—, pero sí se merece un buen susto.

Su mirada se volvió hacia Isabel, calculadora y amenazante, y ella lo entendió de inmediato. Con un suspiro, agachó la cabeza y respondió con firmeza contenida.

—Un compañero de trabajo del juzgado.

Alekséi asintió lentamente, como si aceptara la explicación sin más comentarios, y en el interior del coche se instaló un silencio abrumador.

Los ojos de Isabel se encontraron con los de él y por un instante todo lo demás desapareció: el peligro, la furia, la incertidumbre. Solo quedaban ellos.

Ella pensó, con una claridad que le dolía, que no podía vivir sin él. Cada fibra de su ser estaba atrapada en su mirada, en esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que lo hacía irresistible. Y él… él vio en ella algo que jamás había creído posible: un refugio, un puerto seguro en medio de un mundo que solo conocía violencia y desconfianza. Cada latido de su corazón le recordaba que, por primera vez, alguien le daba paz, y con esa paz vino la claridad, lo

que sentía por ella no era solo deseo o necesidad… era amor. Amor en su forma más salvaje, más intensa, porque no había promesas fáciles ni mundos seguros entre ellos, solo la certeza de que, pese a todo, se necesitaban. Comprendió que ella era la única capaz de calmar la tormenta que llevaba dentro, y que, por ella, por ese amor que crecía entre ambos, estaba dispuesto a enfrentarlo todo, incluso su propia oscuridad.

Y así, en medio del silencio, los dos se reconocieron: diferentes, peligrosos, quebrados… pero juntos, completos, amándose sin reservas en un mundo que solo entendía de supervivencia y de miedo.



28

Irene se había quedado dormida rápidamente. Su respiración pausada y regular, el leve hundimiento de sus hombros contra la almohada, todo delataba que el agotamiento por los nervios la había vencido.

Isabel permanecía en la habitación de él, sentada en un sillón cercano.

Alekséi se encontraba observándola con una mezcla de alivio y preocupación. La tensión acumulada de las últimas horas, los miedos, las amenazas, habían abierto una grieta en su habitual fortaleza.

—Eres una temeraria —dijo Alekséi de repente, con voz grave y firme, pero teñida de ese tono que mezclaba enfado y preocupación —. ¿Por qué no me esperaste?

Isabel lo miró, sus ojos centelleaban con una mezcla de cansancio y desafío.

—Me dijeron que… matarían a mi amiga en una hora y tu no cogías el teléfono —contestó con un hilo de voz, pero sin titubeos. Él frunció el ceño con su mirada profunda clavándose en ella—. ¿Qué? —preguntó molesta por la forma en que la miraba—. ¿Solo tú puedes ponerte en peligro por los demás? —Alekséi dio un paso hacia ella. Isabel se incorporó un poco y lo desafió con calma contenida—. También yo puedo arriesgarme. Por mis amigos, por quienes me importan. Irene... es lo único que he tenido durante mucho tiempo, la única familia que he tenido este último año.

Su tono y su sinceridad lo impactaron.

Alekséi suspiró, acercándose más, como si quisiera protegerla de todo mal, incluso de su propia determinación.

—En cuanto hubiese escuchado el mensaje hubiésemos ido —dijo suavizando la rigidez. Lo dijo mezclando la reprimenda con un cariño que hacía que Isabel sintiera algo cálido en el pecho.

Ella bajó la mirada con sus labios apretándose un poco.

—Lo sé… pero era demasiado tarde y no podía arriesgarme a perderla —murmuró.

Alekséi se sentó frente a ella, apoyando los brazos sobre las rodillas, y sus ojos se suavizaron.

—Haría cualquier cosa por ti —confesó—. Tú eres lo único que me da calma en este mundo. Sin ti… todo es caos.

Un silencio pesado llenó la habitación, uno que Isabel sintió casi como un abrazo. Luego, con una mezcla de firmeza y resignación, la realidad se apoderó de ella.

—Sabes que tengo que acusarte, ¿verdad? Tengo un procedimiento abierto contra ti.

Él esbozó una sonrisa, casi triste, pero llena de aceptación.

—No me importa —dijo sin titubear—. Eso no cambiará lo que siento por ti. Entiendo que es tu trabajo, como este es el mío. Pertenecemos a mundos muy distintos, pero espero… espero que no te apartes de mi lado.

Isabel respiró hondo, dejándose llevar por la intensidad del momento.

Por primera vez sentía que podía confiarle todo, que podía mostrar su vulnerabilidad sin miedo. La mafia china ya no sería un obstáculo, al día siguiente podría volver a su casa si así lo deseaba, pero, en ese instante, todo lo que importaba era la verdad en la voz de Alekséi, la sinceridad de sus palabras y la sensación de que, aunque sus mundos fueran distintos, algo los mantenía unidos, algo frágil pero real.

—Entonces… ya no hay razón para que esté aquí.

Él chasqueó la lengua.

—Preferiría que te quedases junto a Irene un par de semanas para asegurarnos de que todo está correcto, pero sí… supongo que tienes razón. La cúpula de la mafia china ha sido destruida y dudo que tengan intención de volver a cruzarse en nuestro camino —acabó con su espalda recta.

Ella ladeó su cuello y se encogió de hombros.

—Tengo que pensármelo —respondió con una indiferencia que hizo gracia a Alekséi.

Él se acercó un paso más. Isabel sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era solo protección lo que emanaba de él, sino una fuerza magnética, peligrosa, que la hacía querer acercarse.

—Me gustaría —susurró Alekséi, esta vez más cerca.

Isabel lo miró, ladeando ligeramente la cabeza, jugando con el hilo de control que ambos sabían que tenían sobre el otro. Su respiración se aceleró un poco, había algo en la manera en que él la observaba que le provocaba un hormigueo intenso en la piel.

Alekséi inclinó la cabeza, acercando su rostro al suyo con una lentitud calculada, dejando que Isabel sintiera el calor de su aliento sobre su mejilla. La tensión era casi insoportable.

—Si te quedas… —susurró con la voz ronca, casi quebrada—, puedo prometerte que no habrá nadie que te haga daño. Solo estaremos tú y yo.

Isabel tragó saliva, sintiendo cómo su pulso se aceleraba, cómo su corazón golpeaba con fuerza en su pecho. Su mirada se deslizó hacia los labios de Alekséi, tentándola, desafiándola, y al mismo tiempo luchando contra la avalancha de sensaciones que amenazaba con derribar cualquier barrera de control que aún le pudiera quedar.

Isabel cerró los ojos un instante, dejándose invadir por los sentimientos, Alekséi estaba tan cerca que podía sentir el latido de su corazón, fuerte y constante, sincronizándose con el suyo.

—Quizá… quizá me quede —dijo ella casi en un susurro, con la indiferencia fingida desaparecida y reemplazada por un reconocimiento de la atracción imposible de negar.

Él inclinó la cabeza y, con un suspiro profundo, apoyó la frente contra la de ella, notando el calor de su cuerpo rozando el suyo, mientras sus manos descansaban suavemente sobre sus hombros.

—Eso es lo que necesito —repitió esta vez con un tono que no dejaba dudas.

No era solo un deseo, era una necesidad.

El mundo podía caer, la mafia podía intentar arruinarlo todo, pero en ese instante, mientras la distancia entre sus cuerpos se

reducía al mínimo, solo existían ellos y la promesa silenciosa de que, aunque el mundo los separase, ese fuego que ardía entre ellos no se apagaría.

Isabel tragó saliva, intentando concentrarse en sus pensamientos.

—¿Irene también podrá quedarse?

—Tus amigos son bienvenidos —dijo mientras con un movimiento lento apartaba su melena rubia a un lado y besaba su cuello, provocando que un gemido saliese de lo más profundo de su ser—. Así te presentaré a mi hermano.

Isabel abrió los ojos directamente y se apartó de él situando su rostro frente al suyo.

—¿Tu hermano?

Él asintió.

—Mikhail —comentó—. He hablado con él antes de mi visita a la mafia china —ironizó. Ella enarcó una ceja—. Vendrá en unas semanas para controlar que todo vaya como debe ir.

—¿Y cómo debe ir?

—Debemos controlar que la mafia china no se rearme y quiera iniciar una guerra —explicó.

Ella lo miraba aún con la ceja enarcada.

—Serían idiotas si lo hiciesen, creo que es mejor no tener problemas contigo. No creo que nadie se atreva.

—Es lo que deben hacer. —Luego le sonrió acercándose a sus labios—. La única persona que tiene derecho a pelear conmigo eres tú. No importa lo que pase, Isabel —dijo Alekséi con su voz grave rozando el susurro—, siempre voy a cuidarte. Siempre.

Ella lo miró, sorprendida por la solemnidad en sus ojos, y sintió cómo un calor profundo la recorrió de arriba abajo. No era solo una promesa, era un juramento.

—Lo sé —respondió ella mientras sus manos buscaban las de él, entrelazándose como si no quisieran soltarse nunca—. Contigo… me siento… segura.

Alekséi inclinó la cabeza, apoyando la frente contra la suya.

Isabel comprendió algo que nunca antes había sido tan evidente: la tranquilidad que sentía junto a él no tenía nada que ver con el

miedo o la rutina. Era protección, era refugio. Era él con sus luces y sombras.

Pensó en los dos mundos que los rodeaban. Por un lado, la ley, estricta y fría, y por el otro, la violencia y el poder de la mafia, oscura y despiadada. Y, sin embargo, comprendió que ambos podían coexistir en un frágil equilibrio: no como enemigos irreconciliables, sino como fuerzas que se equilibraban, convergían, y que, si se manejaban con cuidado, podían sobrevivir juntas. Esa reflexión le trajo una paz inesperada, incluso en medio del caos existía un lugar seguro, un espacio donde podían protegerse mutuamente y mantenerse intactos.

Y mientras sentía sus manos fuertes sosteniéndola, Isabel sonrió en silencio.

Por primera vez en mucho tiempo, no había dudas ni miedo.

El mundo afuera podía ser imprevisible, peligroso y cruel, pero dentro de ese pequeño universo que compartían, había calma. Y esa calma bastaba para ambos.

Dos días después.

Roberto permanecía sentado frente al televisor, con los ojos fijos en la pantalla mientras una periodista daba la noticia: *"Explosión en un ático de Paseo de Gracia: varias víctimas mortales"*. La imagen de los bomberos retirando escombros y de la policía acordonando la zona le provocó un extraño cosquilleo de satisfacción.

Nunca había estado en aquel ático, pero sabía perfectamente a quién pertenecía. Su contacto con la mafia china le había dado suficiente información como para reconocerlo de inmediato.

Se recostó en su sofá, cruzó los brazos y sonrió con desdén, recordando lo fácil que había sido entregar a Irene. Aquella mujer… tan confiada e ingenua. Pensaba que podía jugar con él, seducirlo, ganarse su corazón con miradas tímidas y promesas vacías. Patética. Solo había sido otra oportunidad para llenarse los bolsillos sin apenas esfuerzo. Los gritos que había dejado atrás no le importaban, nada importaba más que su propio beneficio.

Quince mil euros. No era nada para la mafia, una cifra ridícula que desaparecía en un abrir y cerrar de ojos entre sus cuentas, pero para él representaban un alivio, un pequeño respiro, como si por fin hubiera encontrado algo tangible por lo que sonreír. Una vida humana intercambiada por dinero, no era más que un juego de tablero.

Irene no era más que una pieza que podía mover o destruir según le viniera en gana.

Le provocaba cierto placer pensar en lo desesperada que debía estar ahora, sola, atrapada.

Sin embargo, había un atisbo de curiosidad que no podía evitar sentir. ¿Estaría ella en aquel ático? Aquella explosión que ocupaba las noticias… podía ser que hubiese acabado también con Irene. No le importaba demasiado. No había amor, ni siquiera un remordimiento mínimo, solo la intriga de observar las consecuencias de su acción, de ver cómo un gesto tan simple, tan frío, podía desencadenar el caos.

Roberto se reclinó un poco más, cruzando los pies sobre la mesa y tomando otra copa de whisky, disfrutando del calor en su garganta mientras observaba cómo la ciudad, ajena y bulliciosa, continuaba escudriñando con interés los nuevos hallazgos para desentrañar el porqué de aquella trágica explosión.

Roberto se sobresaltó cuando sintió en la nuca un frío metálico que le erizó la piel al instante. Sin duda era el cañón de un arma. La certeza fue tan inmediata como paralizante. Con un movimiento torpe, dejó la copa sobre la mesita situada al lado del sofá y alzó las manos despacio, como si temiera que incluso el aire que respiraba pudiera detonarlo todo. El corazón le golpeaba el pecho con violencia. ¿Cómo demonios habían entrado en su domicilio? Estaba seguro de haber cerrado con llave. Siempre cerraba a cal y canto.

—¿Quién eres? —preguntó con la voz rota, traicionada por un temblor que no logró ocultar.

—Eso a ti no te importa —respondió una voz grave y fría a su espalda.

La presión del acero no disminuyó, al contrario, empujó con más fuerza, obligándolo a inclinar la cabeza hacia delante. Un sudor

helado le recorrió la espalda y sintió cómo la vejiga comenzaba a fallarle. Estaba a punto de perder el control. Jamás se había sentido tan vulnerable.

—Te has metido con una persona importante —continuó la voz.

—No… no sé de qué me hablas —balbuceó Roberto—. No sé a quién te refieres.

—Irene.

El nombre resonó en la habitación como un disparo silencioso.

Roberto soltó una risa nerviosa que sonó más a sollozo que a burla.

—¿Irene? —repitió con desprecio.

El arma presionó un poco más, lo suficiente para arrancarle un gemido de puro terror.

—Eres más tonto de lo que pareces —replicó la voz—. Nunca deberías fiarte de las primeras impresiones. —Esa voz se acercó más a su oído, intimidándolo—. Escucha bien, porque no lo repetiré dos veces: ni se te ocurra intentar volver a contactar con ella. —Roberto cerró los ojos, respirando de forma errática—. Tienes veinticuatro horas para abandonar Barcelona —continuó el desconocido—. Vete a otra ciudad, a otro país si quieres. En veinticuatro horas volveremos y si te encontramos aquí… —hizo una breve pausa—, harás compañía a los que murieron en el ático.

El miedo se le clavó en el estómago como un cuchillo.

—¿Y a dónde se supone que voy a ir? —se quejó, casi suplicante.

—Ese no es mi problema —respondió la voz, implacable—. Si quieres conservar la vida, te marchas y no vuelves jamás. Te estaremos vigilando siempre. Un solo paso en falso y una bala te atravesará el cráneo antes de que puedas siquiera pensarlo.

Fue entonces cuando ocurrió. El terror absoluto lo venció y un calor húmedo se extendió por sus pantalones. La humillación fue total, pero ni siquiera eso le importó. Solo quería que aquella presencia desapareciera.

Escuchó unos pasos alejándose, tranquilos y seguros. Después, el sonido seco de una puerta al cerrarse.

Roberto permaneció inmóvil durante largos minutos, sin osar siquiera girarse.

Finalmente, tembloroso, logró levantarse y caminó hasta la puerta. La cerradura estaba forzada.

Con manos torpes, echó el cerrojo y apoyó la espalda contra la madera, dejándose caer lentamente.

Tenía que marcharse. No sabía a dónde, no sabía cómo, pero sabía que no podía quedarse allí. Barcelona había dejado de ser un lugar seguro para él. Apretó los labios, pensando en el dinero que había conseguido entregando a Irene. Con eso se las apañaría. Lo importante ahora era solo una cosa: sobrevivir.

Por primera vez en su vida, supo que había jugado muy por encima de sus posibilidades. Había ido demasiado lejos y su codicia, su falta de humanidad, lo habían condenado al exilio.

Besnik salió del piso de Roberto sin prisa, cerrando la puerta con la misma calma con la que había entrado. El aire nocturno de la calle le golpeó el rostro y le devolvió cierta ligereza al cuerpo.

Caminó hacia la esquina donde lo esperaba el todoterreno, con las manos en los bolsillos y la mente ya lejos de aquel hombre tembloroso que había dejado atrás. A mitad de camino, el móvil vibró en su mano. En la pantalla apareció el nombre de Alekséi.

—Ya está hecho —dijo Besnik en cuanto respondió, sin necesidad de preámbulos—. Un cobarde. Se ha meado en los calzones. Literalmente —bromeó. Al otro lado de la línea, Alekséi escuchaba en silencio. Besnik sonrió con una mueca torcida mientras continuaba caminando. —No creo que haya problema en que se marche —añadió—. Después de esto, no mirará atrás. Aun así, lo vigilaremos, por si acaso.

—Bien —respondió Alekséi con voz grave, firme—. Gracias por lo que has hecho —añadió Alekséi tras un breve silencio.

Besnik se detuvo junto al todoterreno y apoyó la espalda en la carrocería fría, mirando la calle vacía.

—Lo que sea por los amigos, ya lo sabes.

Colgó sin ceremonias y guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Subió al vehículo que arrancó suavemente y se perdió entre las luces de la ciudad, como si nunca hubiera estado allí.

A kilómetros de distancia, Alekséi guardó el móvil en su bolsillo y se giró despacio en el salón. Isabel e Irene permanecían sentadas en el sofá, juntas, tensas, como si el peligro no hubiera terminado de disiparse. Él las observó un instante antes de hablar.

—Ya está hecho —dijo al fin, rompiendo el silencio—. Roberto no volverá a molestaros. Irene contuvo el aliento e Isabel sintió cómo algo se aflojaba en su pecho, una presión que llevaba horas instalada allí. Alekséi se acercó un poco más, su presencia era firme y protectora—. Se irá de Barcelona —añadió—. Y no volverá jamás.

En aquel instante, sin necesidad de más palabras, ambas comprendieron que una puerta se había cerrado para siempre y que, al menos, por ahora, podían respirar tranquilas.

Irene apretó los labios y asintió, luego miró a Alekséi.

—Gracias —pronunció y apretó la mano de su amiga.

—No hay de qué —respondió Alekséi.

Irene se puso en pie con timidez y se removió nerviosa en el salón.

—Si… si no os importa, voy a mi habitación. Me gustaría dormir un poco —pronunció dando unos pasos hacia las escaleras—. Me desperté mucho la noche anterior por los nervios.

—Claro, descansa —pronunció Isabel mientras Alekséi se sentaba a su lado.

La vieron subir las escaleras y, pocos segundos después, escucharon una puerta cerrarse.

Se notaba que Irene estaba nerviosa en los pequeños gestos, en la forma de retorcerse las manos, en cómo miraba la puerta de vez en cuando, sí, pero Isabel sabía que no era solo por estar allí, en aquella casa ajena y cargada de presencias peligrosas. Era un temor mucho más profundo, el de regresar a su propio hogar, a un lugar que ya no sentía seguro después de todo lo ocurrido.

Pensó que, paradójicamente, Irene parecía más tranquila rodeada de hombres que vivían al margen de la ley que sola entre las paredes de su piso. Allí, al menos, había vigilancia y control, una sensación constante de que nada podía suceder sin que alguien lo advirtiera. Resultaba absurdo y aterrador a partes iguales, pero también revelador: el miedo había cambiado su forma de entender

la seguridad. La normalidad ya no era un refugio, lo era aquel lugar dominado por la mafia, donde cada movimiento estaba calculado.

Irene hablaba poco, apenas lo imprescindible. No hacía preguntas, no se quejaba. Isabel percibía en ese silencio una mezcla de agotamiento y prudencia, como si cualquier palabra de más pudiera romper el frágil equilibrio que la mantenía a salvo. Aun así, había tenido el gesto de agradecer a Alekséi lo que había hecho por ella, no con efusividad, sino con una sinceridad temblorosa, casi susurrada. "*Gracias por salvarme la vida"*. Nada más.

Isabel pensó que, quizá, eso era lo único que Irene podía ofrecer en aquel momento: gratitud desnuda, sin adornos, y con eso era más que suficiente. En ese agradecimiento estaba contenido el reconocimiento del horror vivido y la aceptación de una realidad nueva, incómoda, pero necesaria.

Isabel lo comprendía bien. A veces, la seguridad no se encontraba en los lugares correctos, sino en las personas capaces de sostenerte cuando todo se desmorona y, aunque aquel entorno estuviera marcado por la violencia y el peligro, Irene, al menos por ahora, estaba sana y salva.

Alekséi tomó la mano de Isabel con un gesto lento y reverencial, y la llevó hasta sus labios. El beso fue suave, inesperadamente tierno para alguien como él, cargado de una calidez que desentonaba con todo lo que los rodeaba. Isabel sintió cómo ese simple contacto lograba calmarla más que cualquier promesa.

—Los albaneses han hecho bien su trabajo —dijo entonces, con voz baja—. Lograron reducir dos camiones que transportaban mujeres para la trata de blancas. Están a salvo ahora, protegidas.

Ella contuvo el aliento.

—¿Todas?

—Todas —afirmó—. Y la mafia china… prácticamente ha desaparecido del mapa, al menos de momento. —Isabel lo miró con atención mientras él continuaba, serio, consciente de que no había finales cerrados en ese mundo—. Aun así, no debemos confiarnos —añadió—. Barcelona es una ciudad importante, muy bien comunicada. Es probable que intenten reorganizarse y volver a prosperar. Siempre lo hacen.

Ella apretó suavemente sus dedos.

—Gracias por lo que has hecho, Alekséi. De verdad —dijo con sinceridad—. Aunque… —esbozó una leve mueca de incredulidad—, quizá lo de la bomba ha sido un poco exagerado, ¿no crees?

Él se tensó apenas un segundo antes de mirarla con una intensidad protectora, casi feroz.

—No —respondió sin dudar—. Nadie volverá a atreverse a tocarte jamás. Nadie.

Isabel sostuvo su mirada unos segundos, consciente de que aquella promesa no era una frase vacía. Luego dejó escapar una sonrisa de soslayo, más ligera.

—Creo que… —pronunció con voz lenta—, lo mejor es que mantengamos lo que tenemos en secreto. No solo por ti, sino por mí, sobre todo.

—Estoy de acuerdo —asintió él sin apartar los ojos de ella.

Isabel ladeó la cabeza, fingiendo una seriedad que no le duró mucho.

—Además —añadió—, así nadie de tu mafia se confundirá y pensará que aquí no mandas tú solo, aunque eso no sea verdad… —bromeó.

Una ceja de Alekséi se arqueó levemente.

—Ah, ¿no?

—En absoluto —replicó ella con una sonrisa pícara—. Yo también tengo algo que decir. Al fin y al cabo, soy la que decide si acabas declarando en el juzgado… o no.

Alekséi soltó una breve risa, grave, casi imperceptible.

—Me temo que eso te da bastante poder.

—Es lo justo… —respondió Isabel, más seria esta vez—, para mantener el equilibrio.

Alekséi esbozó una media sonrisa, ladeando la cabeza.

—Si eso te hace dormir más tranquila… puedes seguir imaginando que tienes algo de poder en mi mundo —dijo con tono burlón—. No seré yo quien te quite la ilusión.

—Eres un obseso del control —replicó ella.

Alekséi ladeó la cabeza sin perder la sonrisa, aunque en sus ojos apareció ese brillo oscuro que lo delataba.

—No es obsesión —respondió con calma—. Es supervivencia. En mi mundo, quien pierde el control… no dura mucho… y si no que se lo pregunten a los chinos…

Isabel alzó una ceja, divertida.

—Qué romántico es todo lo que dices —ironizó.

Él dejó escapar una risa grave.

—Lo sé. No soy precisamente material de cuento de hadas.

—No —concedió ella—, pero al menos eres sincero.

Alekséi inclinó la cabeza hacia ella, bajando aún más la voz.

—¿Quieres que sea romántico? —preguntó con voz grave.

—Dudo que puedas —rio ella.

Alekséi borró la sonrisa de sus labios, mirándola fijamente a los ojos.

—Eres la única persona por la que dispararía sin pensarlo, por la que haría arder medio mundo si hiciera falta —dijo con calma peligrosa—. El caos no me asusta… perderte a ti, sí. Todo es negociable, menos tú.

Isabel lo miró fijamente, perdiendo la sonrisa de su rostro y sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—Qué manera más retorcida de decir te quiero —dijo ella mirándolo a los ojos.

Él acarició su mejilla.

—Esa palabra se queda corta, esa palabra es para la gente que vive sin guerras internas, no para alguien como yo. Tú eres el lugar al que vuelvo cuando todo explota, cuando el ruido no se calla y el mundo se derrumba. No es solo amor, eres mi refugio, mi cura, el único sitio donde puedo bajar el arma y guardar silencio… y por eso no hay nada, absolutamente nada, que no haría por ti.

Isabel tragó saliva y acarició su mejilla con cariño, de una forma delicada, mientras sentía que algo dentro de ella se rompía al escuchar aquellas palabras.

—Te lo prometo —susurró Isabel con ternura—. Siempre seré ese lugar de calma al que puedas volver cuando todo duela, cuando el ruido no te deje respirar. Estaré aquí, esperándote, pase lo que pase. Siempre.

Isabel apoyó la cabeza en el hombro de Alekséi y comprendió que el amor que los unía no tenía nada de sencillo ni de limpio. Era un sentimiento forjado en el peligro, en decisiones límite y en una atracción que a veces rozaba lo salvaje. No era un amor dócil, era protector, feroz cuando hacía falta, capaz de arrasar con todo lo que osara amenazarles.

Sabía que aquel vínculo nacía en una frontera imposible, entre el delito y la ley. Él representaba el lado oscuro del mundo, el que actuaba cuando la justicia no llegaba a tiempo, ella, la firmeza de las normas, la palabra escrita y el juicio sereno. Dos universos destinados a repelerse y, sin embargo, allí estaban, entrelazados, sosteniéndose mutuamente. Isabel entendió que no se anulaban, se equilibraban. Que él encontraba en ella un límite, y ella en él una fuerza que no sabía que necesitaba.

Había peligro en ese amor y ambos lo sabían.

Cada gesto, cada mirada, cada promesa silenciosa podía convertirse en un riesgo. Pero también había una lealtad absoluta, una certeza profunda de que, pasara lo que pasara, se protegerían sin dudarlo. No era solo deseo o refugio: era una alianza, una unión construida sobre la aceptación de lo que el otro era, sin pretender cambiarlo.

Quizá ese era el verdadero poder de su relación: no la ausencia de miedo, sino la decisión consciente de enfrentarlo juntos.

Mientras el mundo se empeñaba en separarlos en bandos opuestos, ellos demostraban que la justicia y la oscuridad podían convivir cuando existía un propósito común. Y que, unidos por ese amor peligroso y protector a partes iguales, no había enemigo capaz de quebrarlos.

Juntos, en ese equilibrio frágil y ardiente entre la ley y el delito, eran algo más que dos personas que se amaban. Eran una fuerza imposible de detener. Eran invencibles.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado.

A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A mis padres, que siempre estan ahí apoyándome, ahora desde el cielo.

A Marta, gracias por ayudarme siempre con la documentación y por ser esas conversaciones tan amenas los miércoles cuando tomamos un café.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Isabel del blog Isabook, , Ana del blog lectorasdeana, Nerea del blog deboralibros, Lorena del blog Lorena_book, Sandra del blog devoradora.de.libros y Ainhoa del blog Deborahlibros. Muchísimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado.

Un fuerte abrazo.

Mariah.

¡ESCANEA EL QR! ¡NO TE PIERDAS NINGUNA DE MIS HISTORIAS!



---

[1] *Expresión del ruso similar a: ¡Qué cojones!*

[2] Del ruso: ¿Está herida?

[3] Del ruso: No

[4] Del ruso: Hola

[5] *Del ruso: ¿Eres Alekséi Petrov?*

[6] *Del ruso: ¿Sabes hablar ruso?*

[7] Del ruso: joder.

[8] Del ruso: Puedes marcharte, Olga

[9] *Del ruso: ¡Joder, Isabel!*

[10] Del albanés: joder

[11] Del ruso: Vamos a hacerlo.